

CR – 52 – 2.015

**TITULO:**

**RECORDANDO TIEMPOS**

**PASADOS**

***AUTOR:***

***SIXTO SANZ CABRERA***

***PROTAGONISTAS***

CANDY

ANDREW

ELISABETH

ÓLIVER

CATHY

EMERICK

IRENE

FREDERIC

Ayer pensé escribir una historia ficticia, pero no sabía muy bien cual tema escoger para que pasen ustedes un par de horas agradables; por lo tanto me van ayudar a pensar en la trama que les gusta a todos ustedes para comenzar una nueva novela.

¡AH!; Que les gustan a ustedes una trama de suspense. . . ¡No!: ¡Entonces díganme qué trama les agrada a todos ustedes?.

Lo malo es haber escrito de cada trama algo, o tal vez mucho; y ahora no sé qué escoger para que me acepten ustedes el relato consentido, con una historia de ficción; pero más o menos creíble, en parte de que pueda ser verídica ésa historietita que les contaré dentro de unos momentos.

Las hemos escrito de amores y desamores, también las tenemos ésas historias de suspense o de intriga a la vez, las tenemos de lo más increíble, en cuanto al relato de ellas mismas, no dando pie ni voto a nada de lo que se dice en las cuartillas, páginas, por no ser fiable dichas narraciones: No se ha leído nunca tales relatos. Y tienen ustedes razón, que no se puede creer para nada ésas parcas historietas; en cuanto que se ven que han salido de una mente que no las falta las ideas para formalizar tales relatos.

Pero es que ahora, me falta ésa imaginación, como ustedes están comprobando y ven por mis cuartillas; siendo un relato pobre y desordenado para conseguir con la forma de escribir, que pasen ustedes unas dos horas agradables leyendo ésta novela.

Me encuentro en una isla apartado de toda sociedad, ya que mi divagación ha sido tanto como mi devaneo en ésa sociedad, tan marchita como una hoja de fumar; para que se pueda realizar un relato en orden y creíble a la vez.

-. ¡EH!.

No dejo mirar para todas las partes donde me encuentro y no veo otra cosa más que mar, mucho mar; pero mi ilusión no estaba pérdida en éste maremagno de dificultades en el día de hoy para mi persona.

Y mi persona no está por quedarse quieta en el mismo sitio donde me encuentro en estos precisos momentos, de modo que decido explorar mis alrededores para darme cuenta dónde estoy, y lo que veo al llegar a una promoción de terreno en aquel contorno de tierra; fue más mar por todas las partes que mirase.

Volví al terreno de playa donde me encontraba hace unos minutos y me puse a recapacitar sobre mi situación en aquella isla; pues si antes dije que me encontraba en una isla, eso fue verdad. Lo dije sin recapacitar y sin saber que la pura realidad era eso; que me encontraba en una isla y solo ante la sociedad.

No me acuerdo de lo que me pasó; pero la pura realidad era que estaba solo en medio de la nada, y sin saber cuanta distancia me apartaba de la costa. No sé cómo llegué allí, ni de qué manera fue que recalé en aquella isla desértica y sin hospitalidad alguna para mi persona.

Mi vista se perdía en el mar, aquel mar inmenso; donde hasta las olas faltaban y la espuma estaba siendo como dorada: No sé que estaba pasando, ni sabía dónde me encontraba; pero lo fundamental del cuento, era que debía sobreponerme y estudiar la manera de salir de allí cuanto antes.

Y cuanto antes me puse a recapacitar en mi situación, una situación que me vino sin yo buscarla, pero pronto ese afán de buscar la salida de aquella isla fue cortado por unos pensamientos míos, al recordar mi vida anterior; lo que había sido mis hechos y mi manera de vivir hasta ahora, no encontrando otros hechos y otros valores que no fuesen el agradar a los amigos de la infancia: Pues yo no había salido de mi barrio y de mi medio entorno donde yo había vivido hasta ahora.

Pasaron por mi mente tantos hechos y tantas cosas que había acometido, que me sorprendieron por momentos; ya que me acordaba cómo conquisté a Candy, mi mujer en la actualidad. Y al acordarme de mi mujer, me di cuenta de que ésta me estaría buscando por tierra, mar y aire, pues al no dar con mi persona se estaría poniendo nerviosa, muy nerviosa.

. . . Me acuerdo de aquel día, donde se estaba celebrando una fiesta y yo fui acompañado de mis mejores amigos a dicha fiesta, no teniendo otro pensamiento que el pasarlo bien y tomarme una copa para elevar mi moral y la manera de tratar a aquellas personas tan afables en su trato, que me parecían gentes de otro mundo.

Tan afables eran aquellas personas, que me fijé muy bien en una chica de ojos preciosos y manos sedosas, así como andares graciosos; ya que mientras andaba movía su figura, todo su contorno de cuerpo de un lado a otro. Y sí señor; me gustaba toda ella y más cuando supe su nombre al llamarla una de sus amigas: Candy.

Pasaron varios días sin ver a Candy aunque me acordaba mucho de ella, de sus cabellos, de sus manos, de sus andares, de su forma de ser y su manera de hablar; con ese desparpajo que llegaba a los sentidos de las personas que la oían.

Al tercer día la vi acompañada por una chica, que al parecer sería su prima, por la manera de tratarla, pura y sencillamente; poniendo cuidado en la conversación que sostenía su prima con ella.

Hice esfuerzos para que me viese Candy pero no fue posible que dicha chica recapitase en mi persona y eso que mi persona se arrimó bastante a la suya; y a mi simple parecer, la chica que la acompañaba en la fiesta hacía tres días era una de aquellas jóvenes que asistía en la reunión de aquel día.

Bajé la cabeza y cabizbajo me alejé de ellas sin haberla podido decir algo, ni tan siquiera haberla dado el saludo de un “adiós” que tanto bien repercute en las personas conocidas.

Lo malo no fue eso, que lo malo llegó para mi persona cuando me vi solo en mi habitación aquella noche, no pudiendo conciliar el sueño en ninguna hora de nocturnidad, por no poder resistir el mucho agobio que me produjo el no haber podido despedirme de ella, de Candy.

Menos mal que sobre las cinco de la madrugada tuve llamada en mi móvil de mi amigo Frederic; cosa que me asustó por creer que le pasaba algo.

ANDREW -. ¿Qué pasa, Frederic?.

FREDERIC -. ¿Por qué tiene que pasar algo, por que te llame?.

ANDREW -. Estoy viendo la hora que es: Las cinco de la madrugada.

FREDERIC -. Como me di cuenta que pasaste cerca de Candy sin ser visto por dicha chica, te llamo al comprender que no has dormido nada ésta noche.

ANDREW -. Así es, Frederic.

FREDERIC -. Tú tampoco me vistes a mí.

Me hubiese gustado que Frederic se hubiese hecho presente ante mi, en aquel día tan ácido para mi persona; ya que éste chico se había dado cuenta de mis miradas hacia Candy.

Estuve hablando un buen tiempo con dicho amigo en aquella hora de desaliento y mal sabor de boca, por no haberme visto Candy al pasar cerca de ella, por estar ensimismada con la conversación de su prima Elisabeth.

. . . Pero mejor sería que volviese a la realidad y viese la manera de salir de aquella isla, donde me encontraba totalmente aislado del Mundo, sin saber donde había recalado, en qué playa estaba; o mejor dicho, en qué isla y en qué continente me encontraba. Para ello decidí explorar mejor las inmediaciones de donde yo me encontraba en aquellos precisos momentos de angustia para mí persona.

Volví andar toda la periferia de aquella isla sin ver otra cosa que no fuese agua, mucho agua alrededor de aquella isla. Pero cosa curiosa, la espuma que formaba el agua al llegar a la costa era como morada unas veces y otras como dando irradiaciones de colores. Tal vez se debía aquel contraste de iluminación del agua a que estaría constituida la isla por algún yacimiento mineral que le diese tales relevancias de colorido al agua.

Al pensar aquello me tranquilicé un poco; ya que me estaba poniendo un tanto nerviosos al no saber nada de aquella isla, y al no tener la suficiente capacidad como para ver sus rocas y su contenido en mineral, por estar toda ella casi sumergida en un fango de lodo por completo.



Isla rara donde las hubiesen, pues ni pesca había en su alrededor; ya que al parecer sería tóxico el contenido de la constitución de las rocas de aquella isla, por lo tanto no veía pescado alguno que se aproximase a la costa.

¡Pues, qué bien!; que bien me daba la bienvenida aquellas tierras inhóspitas, sin medio de poder salir yo hacia delante en mi permanencia en ellas, al no poder probar bocado alguno para mi sustento.

Pensé a la velocidad del rayo en la flora, si tal vez me valdría algún que otro fruto que hubiese en los árboles ó en las plantas de aquella isla.

Poco a poco fui andando por toda la isla, ya que en sí no era muy enorme, para que no se me escapase fruto de alguna planta, ya que árboles no había en aquella isla; como no fuese unos esquejes de de un árbol, más bien del mediterráneo; por lo tanto no estaría muy lejos de la civilización. ¿Pero dónde estaría tal civilización?; si no se oía ruido alguno, ni se veía aproximarse barco alguno a la isla.

Sí me pude dar cuenta que existían unas bellotas un tanto amargas en algún que otro aprendiz de chaparro y algún que otro madroño en toda aquella vegetación tan reducida y tan ecuánime en la superficie de aquella isla.

Una vez más mi instinto me decía que no debía estar muy lejos de la civilización, ya que si había crecido chaparreras en aquel contorno era porque algún pájaro había portado en su pico la semilla y por supuesto dicho pájaro no iba a volar infinidad de millas para anidar en aquella isla.

Intenté dar dos pasos en aquel recodo del terreno y me pude dar cuenta que tapado por la hierba había un frasco atado por una cuerda; no sabiendo qué significaría aquello, pero pronto supe para qué se empelaba el frasco; ya que por poco me caigo en un pozo que existía allí mismo.

No lo pensé más, cogí el frasco e introduciéndolo en el pozo le llené de agua todo el, para observar que aquel líquido era puro y cristalino; no contenía impurezas algunas; contrario al agua que había en la playa originaria de aquel mar un tanto herrumbrosas.

Una vez bien saciada mi sed, ya que la noche anterior había bebido un poco más de la cuenta, me dispuse a seguir explorando aquel terreno, pero cuando me quise levantar de donde estaba sentado desplazé una piedra quedándose al descubierto una llave como un poco oxidada.

Y claro, era que había una tapadera allí misma cubriendo la entrada de algún receptáculo y eso lo tenía yo que descubrir; por lo menos saber qué contenía aquella habitación subterránea, o para qué servía dicha especie de cueva.

Abrí la tapa de la entrada sin grandes problemas, ya que parecía la entrada de aquel sótano se abriese con frecuencia. Entonces se me ensanchó el Alma, al saber que allí llegaba alguien en días determinados; pero por otra parte me recompuse al no ver a nadie en la isla: Era una isla, que desde la parte más alta se veía si había alguien o no; ya que la flora era totalmente pequeña.

Existía una escalera que bajaba a lo más profundo de aquella concavidad; pero que al parecer dicha construcción estaba hecha de hormigón y cemento, existiendo un frescor dentro de ella que invitaba a entrar en su interior.

Comencé a bajar aquellas escaleras sin ninguna clase de problemas, y a poco estaba en la planta más baja de su interior en aquella construcción, hecha adrede porque allí mismo existía una especie de bomba para la conducción del agua.

No quise tocar ninguna llave que tenía aquel dispositivo tan avanzado en tecnología, por si acaso desequilibraba dicho montaje también hecho. Pero sí me senté en el suelo, recostándome a la pared, habiendo comido aquel día tan solo dos bellotas y un madroño.

Y así como a las diez y media de la noche, salí al exterior para ver si se aproximaba a la isla una barcaza trayendo algún que otro trabajador operario de aquella bomba de impulsión del agua hacia otra parte, no sé yo bien dónde sería.

Solamente las estrellas me daban su luz y a media penumbra llegando a la parte más occidental de la isla, por parecerme que veía más que en la oriental. Y así fue; pues a poco de estar allí observé cómo cubría todo el Cielo unos fuegos artificiales, unos cohetes, que sería parte de una fiesta de algún pueblo allí cercano; pues al parecer sería donde yo me encontraba de vacacones.

Tal vez no me confundía; pues yo sabía qué clase de cohetes iban a quemar en aquellas fiestas del pueblo donde pasaba mis vacaciones: Era característico el formar unas figuras como de globos unidos unos a otros, y así, serpenteando se veía aquellos cohetes desde lejos, pero sin oírse, hasta que se apagaban por sí mismos.

No lo pensé más y yéndome otra vez al sótano accioné una llave, que al parecer me parecía la llave que cortaba la entrada del agua, para volver una vez más a las inmediaciones de la playa que daba vista a los cohetes.

Allí estuve un par de horas esperando que apareciese una barcaza con personal de mantenimiento a bordo, pero cuando ya me disponía a penetrar en el sótano, por el frío que estaba haciendo en aquella noche vi una lancha pequeña llegar donde yo estaba.

La esperé sentado en la playa y cuando echaron pie a tierra se aproximaron a mí dos señores con traje de una empresa de mantenimiento de basura. Ya me parecía a mí que aquella agua olía un poco, y a parte que aquellas irradiaciones que hacía la espuma al llegar a la playa no estaban siendo normales.

Me levanté de donde estaba sentado y los esperé con la llave del sótano en las manos, para que no hubiese dudas de que yo no quería hacer otra cosa, más que el llamar la atención para que viniesen a por mí.

Y tanto que vinieron a por mí; pero la multa no me la quitó nadie, ya que a un apercibimiento me llegó la factura de los operarios y de su trabajo en aquella noche fatídica para mí. Era una buena factura muy abultada a mi simple parecer; pero cuando insinué algo en el Excelentísimo Ayuntamiento me dijeron que no me habían puesto algunas partidas adicionales, que yo no comprendí. Nombraron por lo menos cinco partidas de facturas que se me habían condonado por no haber tenido que hacer uso de dicho trabajo.

¡Vamos!; que salí de allí poco más que agradeciéndolo de que me hubiesen condonado dicho dinero en el Consistorio de aquella Ciudad.

Al salir del Consistorio me estaban esperando mi mujer y mis amigos, todos juntos; ya que estaban en la puerta como haciendo el paseíllo a mi persona.

La primera que me echó los brazos por los hombros fue mi mujer, que con unas expresiones, se explicaba lo mal que lo había pasado.

CANDY -. Hijo, qué mal lo he pasado sin saber dónde te encontrabas.

ANDREW -. ¡Ya ves!, no me ha pasado nada.

Mis amigos me rodeaban sin atreverse a decirme ninguna palabra, no fuese a ser que me dañasen en lo más profundo de mi ser y de mi moral; al comprender que no era la mejor manera de haberme hecho sentir en aquella isla solitaria, cerca la costa.

Hasta que uno de mis amigos, dio un paso hacia delante, atreviéndose a preguntarme por mi peculio dinerario.

EMERICK -. Si lo quieres decir lo dices, si no cállate.

ANDREW -. ¿Qué es eso?.

EMERICK -. ¿Qué multa te han puesto?.

ANDREW -. Bastante abultada.

EMERICK -. Pues si llegas a tocar la llave que hay cerca de la pared, de color rosa, hubieses pagado bastante más.

ANDREW -. ¡Por qué?.

EMERICK -. Hubieses obstruido toda la conducción del agua.

ANDREW -. ¿Por qué sabes eso, Emerick?.

EMERIDK -. ¿Cómo crees que me estoy pagando los estudios. He trabajado también en dichos oficios.

Al decir aquello Emerick miró para su chica, que puso una cara de sorpresa y de asco a la vez, pero no respondió nada mirando por la honorabilidad de la persona de Emerick.

. . .Salimos a la calle todos juntos y como mis deberes los había abandonados en aquéllos días, por no haber estado al frente de los mismos, yo me fui a mi peluquería; una vez que me despedí de mis amigos.

No me había dado cuenta, pero al entrar en la peluquería vi que me seguía mi mujer Candy, y al preguntarla por las causas que la traían hacia la peluquería me dijo, que no me iba a dejar solo en esos precisos momentos de desequilibrio para mí.

Me estuvo ayudando Candy aquel día en la peluquería y a la hora de merendar nos fuimos a un restaurante que había cerca, siendo el promotor nuestro amigo Óliver y al vernos entrar éste en el restaurante a mi mujer y a mí, supuso que Candy me estaba ayudando ése día en la peluquería.

Óliver no quiso que nos atendiese ninguno de sus camareros, ya que él mismo se dirigió hacia nosotros para saludarnos cordialmente.

ÓLIVER -. Me agrada veros juntos a los dos. Supongo que te estará ayudando Candy en éste día tan aciago para ti.

ANDREW -, supones bien.

Y después de anunciarnos los platos que tenía en aquel día, nos trajo una buena degustación en entremeses, rociado con un buen vino de mesa; haciéndonos las delicias, de sentirnos agradable en dicho establecimiento de comidas.

Aunque se sentó con nosotros al tomar el café y la copa, no quiso iniciar la conversación de pericia por aquella isla desértica y maloliente, por así decir; cosa que yo le agradecí en el Alma, y como él me había visto que me había agradado la manera que tuvo en su hospitalidad, éste mismo se alegró al verme feliz del todo, pese a los problemas que hubiese tenido en dicha isla.

Salimos del restaurante de mi amigo Óliver con el Espíritu lleno de bondad y felicidad; ya que por lo menos nos encontrábamos otra vez juntos los dos, mi mujer Candy yo. Aunque para decir verdad, Candy no era mi mujer; solamente estábamos juntos ella y yo, no nos habíamos casado: Pero en éstos tiempos modernos se llama matrimonio a todas las personas que viven juntas.

ANDREW -.¿Y ahora qué?.

Habíamos cerrado la peluquería, por haber llegado su hora; cuando al decir yo aquello a mi mujer Candy, ésta me miró y se sonrió un poco, como buscando excusas para decirme algo que yo ignoraba,

CANDY -. ¿Si tú mismo lo estás deseando?.

ANDREW -. Nos queda poco para llegar a casa. . . O tal vez aquí. . .

CANDY -. No es eso. ¿Qué es de semana?.

Yo comprendí, que quería salir de marcha mi mujer por las calles de aquella bella ciudad y así lo hicimos. Cogidos de las manos nos fuimos paseando por las calles de aquella ciudad tan encantadora a la vez que acogedora para las personas.

Aunque no se estilaba mucho salir de marcha en aquella ciudad, por no ser el carácter de aquellas personas de mucho ocio y sí de mucho trabajo; conseguimos llegar a la calle más céntrica de aquella Ciudad para ver sus escaparates y a sus gentes ir y venir de un sitio a otro.

Estábamos yendo cogidos de las manos, cuando se nos aproximó Frederic a nuestro lado, con una sonrisa que le delataba le había pasado algo agradable para él. Y desde luego sí que le había pasado un caso entrañable de gloria; pues había ganado un premio de pintura en una exposición de una sala donde se exponían cuadros de los noveles en aquella época tan gloriosa para la cultura de aquella Nación.

Le dimos la enhorabuena prosiguiendo nuestro camino hacia ninguna parte en concreto, por no tener una ruta predestinada en nuestro paseo; ya que había sido

pensado de repente y no habíamos podido tener una hoja de ruta en nuestro par de horas de ocio.

No importó mucho que no tuviésemos una hoja de ruta en nuestro paseo por aquellas calles tan bellas y tan acogedoras a la vez; pues vimos llegar a nuestros amigos muy agradablemente entre ellos; era así, que cuando estuvieron a nuestra altura nos invitaron a seguirlos.

EMERICK -. Nos agrada haberos visto. Vosotros seguirnos.

CATHY -. Sí, haced el favor de seguirnos.

No se habló más, haciendo caso a las indicaciones de Emerick y de Cathy nos fuimos detrás de ellos sin saber dónde nos llevaban éstos. Para llegar en unos minutos a un restaurante un tanto acogedor para nosotros, y digo para nosotros; porque no nos podíamos permitir entrar en restaurantes de lujos y mucho menos pagar los platos al precio que ponía la carta.

Nos sentamos en una mesa a lo largo sin saber quien era el que se iba a sentar a nuestro lado, pues se encontraban allí el resto de nuestros amigos, y a mi lado se sentó Candy y al otro se sentó Cathy. Todo me parecía bien; pues conocíamos a nuestros amigos desde hacía bastante tiempo, por decir bastantes años. Pero cuando se fue calentando el ambiente, debido a un licor que nos habían servido en la cena, empecé a sentir el roce de Cathy en mis piernas.

Y aunque Óliver tenía un restaurante, éste mismo nos acompañaba junto a su chica, Elisabeth. Una mujer risueña y afable a la vez, con un trato exquisito donde los haya. El restaurante de Óliver se encontraba en un barrio alejado de donde estábamos, un barrio



más bien de clase trabajadora, no diciendo yo que eran humildes los habitantes de aquel barrio, por ser personas trabajadoras; más bien de clase media.

Yo comencé a pensar en otra cosa que no fuese el roce tan persistente que me estaba haciendo la chica de Emerick, Cathy. Pero como Cathy no dejaba atosigarme en sus deseos de amor carnal, yo cada vez me echaba más y más hacia el lado de mi chica, viendo ésta que me pasaba algo.

CANDY -. ¿Te pasa algo?.

ANDREW -. No precisamente. Está un poco astillada la mesa en mi lado; por eso me voy más hacia tu lado.

Parece que cuajó aquella mentira piadosa, pues Candy hizo por hacerme un lado entre el suyo y el mío. Quedando así la cosa, ya que nadie se percataba de la faena que me estaba haciendo Cathy aquella noche en el restaurante.

No me gustaba mucho cómo se estaba desarrollando aquella reunión de amigos en el restaurante, pues a parte se bebía mucho y se hablaba en alta voz, como si no nos oyese el interlocutor que teníamos al lado; aunque para decir verdad, yo tenía al lado a mi mujer Candy y a mi amiga Cathy, que era la chica de mi amigo Emerick.

Hubo un tiempo que parecía se iba a subir encima de mí Cathy, pero como yo la ponía impedimento, yéndome hacia mi mujer, ésta no conseguía su objetivo por más que bregase y accionase con sus piernas y sus muslos para subirlos encima de los míos; pero sí gesticulaba con las manos y los codos puestos sobre mi muslos.

No sé si puede decir que salir victorioso de tal acoso sexual por parte de Cathy, pero lo cierto fue que no consiguió subirse encima de mí, y como yo salía de aquel restaurante eufórico por haber doblegado la voluntad de mi amiga, me lo vio mi mujer Candy preguntándome por las causas de llevar yo ésa cara de felicidad.

CANDY -. ¿Qué?: Lo has logrado.

ANDREW -. No te entiendo.

No me dijo nada más mi mujer Candy; bien sabía ella que yo no la fallaría estando en mis cabales, pues a parte que yo la apreciaba mucho y la quería mucho más. Mostrándose ella también eufórica y plena de sentido común al darse cuenta que no la fallaría nunca; sobretodo por asuntos carnales.

Hacia un poco fresco en aquella noche para estar paseando por la calle; así que decidimos irnos todos a una casa para pasar una velada agradable, deteniéndonos en la parada de un autobús, que llegaba cerca de la casa de Óliver.

Pero como el autobús llegó casi repleto, solamente montaron en él los primeros que habían subido a dicho autobús, quedándonos en la parada Cathy, Frederic y yo, y al cabo de unos minutos llegó el segundo autobús; que aunque no nos dejaba tan cerca como el primero, nos dispusimos a marchar en el hacia la casa de Óliver, pues solamente teníamos que andar unas manzanas de calles hasta llegar a dicha casa.

Fatalidad de fatalidad, el autobús se paró de repente por una avería, no sabiendo nosotros qué clase de avería había dejado al autobús en las manos de la intemperie de aquella gélida noche. Y como algunos pasajeros tenían prisa, fuimos alertados por el responsable de aquel autobús, una vez que había llamado por la emisora, de que si algún

pasajero llevaba prisa podía bajarse antes que llegase el siguiente autobús; ya que era una línea secundaria, no pasando con tanta frecuencia por allí los autobuses como en la otra línea.

FREDERIC -. ¿Qué hacemos?.

CATHY -. Mira tú. Si tiene ya un pie en el suelo y nos preguntas, ¿qué hacemos?.

No se podía refutar aquella premisa que lanzó Cathy; pues a poco tiempo Frederic se encontraba fuera del autobús y como queriendo empezar andar por las calles de aquella bella Ciudad.

Nosotros al ver su interés por llegar cuanto antes a la casa de Óliver, nos bajamos también del autobús, sin saber mucho de aquel barrio donde nos había dejado el autobús; pero que sin preguntar comenzamos a dar pasos hacia el oeste de la Ciudad, ya que nos indicaban la numeración de los bloques de las casas.

No había duda alguna, teníamos que dirigirnos rápidamente al oeste de la Ciudad, si queríamos llegar cuanto antes a nuestro destino.

Y nada más que doblamos una esquina, nos salieron dos perros, que al parecer se encontraban sueltos, no teniendo otro medio de salvación que salir corriendo a más y mejor; yéndome a poner bien en una calle larga y estrecha, y a penas sabía yo dónde me encontraba. Pero lo malo no fue eso; lo malo fue que al parecer me encontraba solo en aquella calle desértica, sin persona alguna que pudiese preguntar por una dirección.

Me calmé un poco cuando oí correr a otra persona detrás de mí, no sabiendo yo quién podía ser dicha persona; pero cuando doblé la esquina de aquella calle pude ver que se trataba de Cathy, que corría a más y mejor para poderse salvar de aquellos perros.

No era Santo de mi devoción el ver que me encontraba solo con Cathy en aquella calle desértica, pero por lo menos algo es algo; así que decidí esperar a mi amiga Cathy para marchar juntos a nuestro destino, que no era otro más que la casa de nuestro amigo Óliver.

Pronto nos tuvimos que parar por no saber qué dirección tomar en aquellos precisos momentos; a parte que la noche se encontraba muy cerrada, apenas se veía la luz de los faroles y la calle estaba como mojada, era así que comenzó a chispear con poca fuerzas a lo primero para más tarde caer unas gotas monumentales encima de nuestras personas.

No había dilación al tema; pues en un portal que había semiabierto nos entramos para resguardarnos de la lluvia tan intensa que estaba cayendo en aquella hora de desesperación para nosotros, por no saber dónde estábamos.

Por supuesto que se encontraba abierto aquel portal, puesto que el edificio estaba desabitado y casi en ruinas. Subiendo las escaleras y en el primer piso nos fuimos a resguardar en una habitación que todavía se conservaba medio hospitalaria, para recibir a un par de personas y así poder pasar aquellas oras de intensas lluvias en su morada.

Cathy se echó sobre un camastro que había en aquella habitación y yo me senté en un sillón, con su respaldo totalmente deshecho por la polilla, pero otra cosa no podía hacer; ya que me encontraba cansado y maltrecho por la bebida de aquella noche, en la fiesta de los amigos.

CATHY -. ¿En qué piensas?.

ANDREW -. Pienso en Frederic. ¿Qué habrá sido de él?.

Cathy no me contestó, parecía que estaba en otra onda; tal vez fue que no me oyó lo que la dije, por eso no me puse nervioso; al ver que los dos estábamos pensando en nuestras respectivas parejas. Aunque para decir verdad, yo pensaba, también, en mi amigo Frederic, perseguido por un perro enorme y lloviendo a mares. Pero pronto me di cuenta, que Cathy pensaba de otra manera; pues no hacía más que moverse mucho en aquel camastro, dejándose ver todas las piernas y hasta los muslos sin ningún pudor por su parte.

Me volví sobre sí mirando para la parte contraria donde estaba Cathy y ésta al ver que yo no la hacía mucho caso, se levantó con una idea predeterminada; puesto que lo había pensado mucho y quería ejecutar aquella idea que la fluía en la cabeza.

Se dirigió a donde yo me encontraba y cogiéndome de la solapa de la chaqueta me la quitó en un santiamén, antes que yo me diese cuenta; para más tarde sentarse sobre mí, desabrochándose el cinturón de los pantalones.

Yo la separé de mí con una fuerza brutal, como no queriendo saber nada de ella; así comprendería el poco interés que tenía por su persona.

Aquel aguacero intenso, en vez de amainar se incrementaba cada vez más; de modo que no podíamos salir de donde nos encontrábamos, en aquel piso maltrecho y maloliente, y a la vez atosigado por los envites que me hacía mi amiga Cathy en el amor sexual.

Se volvió a echar sobre el camastro Cathy para ser faro y guía de mi perdición en el amor; ya que me volvió a enseñar, una vez más, todas sus piernas, ésas piernas tan agradable y tan vistosas como tenía ella.

Me asomé por la ventana y pude ver a mi amigo Frederic correr por la calle, y entreabriendo una hoja de la ventana le di una voz enorme para que recapacitase y viese

dónde nos encontrábamos Cathy y yo. Pero Frederic iba como asustado por algo o por alguien; así que no me oyó, volviéndole a llamar en voz alta, y ésta vez sí que me oyó.

Ya estábamos los tres en la misma habitación, por no haber otra más confortable que ésa. Calmándose el ambiente por completo; por lo menos Cathy se tranquilizó un poco, presentando modales más definidos dentro de una persona educada.

FREDEROC -. ¿Sabéis dónde estamos?.

No hubo respuesta, no podía haberla; por no saber dónde nos encontrábamos en aquel preciso momento, ni siquiera sabíamos el nombre de aquella calle, contra más dónde podíamos ir en ésa hora fatídica para nosotros.

Le señalé con el dedo índice a Frederic para que se sentase en una silla que había a su lado, comprendiéndome éste enseguida mi idea, así que se sentó sin dilación al tema, esperando que yo le dijese algunas palabras. Pero no, no le dije nada; no podía decírsele por no saber yo absolutamente nada de lo que nos estaba pasando en aquella noche tan mala para nosotros.

Hubo un momento de silencio, hasta que fue roto por un ruido un tanto fuerte, tal vez era una ventana un poco abierta que con el aire se abría y se cerraba a modo y manera de cómo soplase aquel ventisco que estaba haciendo; puesto que al final se transformó en eso, en una intensa nevada.

Yo no pude más con aquel ruido y fui para ver de dónde procedía y qué lo causaba. Y sí, era una ventana que no cerraba bien, consiguiendo yo encajarla en su madera para que no nos desvelase en las horas de sueño. El poco sueño que consiguiésemos conciliar en aquella noche.

Desde luego allí no había quién durmiese, así que comenzamos a ver las primeras irradiaciones del día sin haber conciliado el sueño para nada. Y lo que es más; comencé a ver las caras de mis amigos un tanto lánguidas y como enfermizas por no haber conciliado el sueño y por los muchos nervios que tuvimos todos en aquella noche fatídica de tanta lluvia y de tanta nieve a la vez. Dos fenómenos, que en sí, no se dan en otras latitudes más que en aquella bella y gran Ciudad a la vez.

Miré a la calle a través de la ventana y en general no había mucha nieve cuajada, porque las primeras lluvias no la habían dejado cuajar en su totalidad, así que podíamos salir de aquel bloque para buscar nuestro destino, que no era otro más que la casa de Óliver, que fue donde se dirigieron aquella noche el resto de nuestros amigos.

Menos mal que al día siguiente de nuestra cena en un restaurante era fiesta; por lo tanto no teníamos que asistir a la universidad ninguno de nosotros, y al llegar a la casa de Óliver, se encontraban allí el resto de los amigos preocupados por nosotros tres al no saber dónde podíamos estar.

Al abrir la puerta fue como si vieses a sus familiares desde hace ya bastantes días y para ello nos recibieron con un fuerte aplauso de alegría y con vítores hacia nuestras personas. Allí se dio la alegría más sonada de todos los tiempos, en donde un apretón de mano era como si recibieses toda la amistad del Mundo, y donde un beso dado a una de las amigas era el andar por un jardín de rosas.

Decidimos en aquel día festivo ir para ver deportes y al terminar el mismo nos fuimos a dar unos paseos por el parque Millennium para evadirnos un poco de nuestros deberes en los estudios, pues el que más y el que menos estaba ya acabando su carrera en la Universidad de Chicago.

Al aire libre nos encontrábamos en aquel parque, descansando de la noche tan ajetreada que habíamos tenido algunos y tan sobresaltada que habían tenido otros al no saber dónde nos encontrábamos nosotros tres, Cathy, Frederic y yo.

Se sentó cerca de mí Candy como queriendo hablar algo sobre la noche anterior. Ella quería saber algo y yo no sabía muy bien qué era lo que ella quería saber de mí, así que la abordé yo antes que lo hiciera ella.

ANDREW -. ¿Te veo inquieta?.

CANDY ., no es para menos.

ANDREW -. ¿Y eso?.

CANDY -. Tú me dirás, sin saber de ti toda la noche; ¿Cómo no voy a estar nerviosa?.

La dije unas palabras amorosas cerca del oído tranquilizándose ésta, al tiempo que me daba la mano apretando la mía con mucha fuerza, como para que yo me diese cuenta de lo mucho que había pasado, sin saber dónde estaba yo la noche anterior y lo mucho que me quería mi mujer; pues al parecer lo había pasado bastante mal sin mí aquella noche de lluvia a lo primero y nevada a lo último.

Cuando salimos del parque nos abordaron unos jóvenes preguntándonos por algo que no sabíamos; ya que nos preguntaban si habíamos oído decir algo a unas personas que estaban sentadas en el mismo parque cerca de nosotros.

A la negativa que dimos Candy y yo, siguió un interrogatorio que no era precedente esa forma de ser y la manera de expresarse aquellos jóvenes delante de nosotros; ya que a palabras necias seguía un sin fin de empujones dados a nuestras personas, como si quisieran aquellos jóvenes que no nos durmiésemos.



Por supuesto que nos dormimos, despertando tumbados en una acera nosotros dos, Candy y yo, sin saber qué nos había pasado, y aunque sí había bastantes transeúntes en aquella acera nadie nos decía nada al respecto, por ser nada más ni menos que la Avenida The Magnificent Mile, cerca del observatorio John Hancock.

Nos levantamos de aquella acera un poco mareados; comprendiendo enseguida que habían empleado aquellos jóvenes alguna clase de estupefacientes en nuestras personas.

No sabíamos cómo habíamos llegado a dicho lugar, ni de qué manera llegamos allí, ya que nuestros cuerpos no presentaban hematoma alguno, ni teníamos contusiones de haber entado forcejeando con aquellos jóvenes tan fuertes.

Cuando ya nos vimos un poco ligeros de ése mareo que nos había dado, nos dispusimos para comenzar andar por aquella acera tan transitada; Y cosa curiosa, que al parecer nadie se había fijado en nosotros, o no se querían fijar por alguna causa en concreto; ya que las personas de aquella Ciudad son agradables y hospitalarias.

Sin darnos cuenta estábamos llegando al restaurante de Óliver, que permanecía todavía cerrado al público por no ser la hora de apertura en dicho local de comidas, mirándonos Candy y yo a la cara, como preguntándonos algo que nosotros dos queríamos saber al respecto.

ANDREW -. ¿No tienes tú la sensación de que nos siguen?.

CANDY -. Lo mismo te iba a preguntar yo.

Pero, en sí, no me lo preguntó; por lo tanto seguimos hacia el restaurante de Óliver apretando el paso para poder entrar cuanto antes en dicho establecimiento público, pues

cuando nuestro amigo nos viese llamar en las puertas de dicho restaurante nos abriría de inmediato su local, para dejarnos entrar en el.

Así fue como entramos en un local para resguardarnos en el de alguien que tal vez nos seguía los pasos, sin saber quién era ni por donde circulaba dicha persona, o dichas personas a la vez. Pero cuando parecía que los habíamos despistados comenzamos a oír unos ruidos en la puerta del restaurante como dados con algo fuerte, seguidos de una llamada con la misma mano. Temimos que derribasen la puerta, así que sin pensarlo nuestro amigo Óliver nos entró en una especie de carbonera, oscura y poco accesible y allí permanecimos el tiempo que duró las voces y las amenazas que le echaban a nuestro amigo aquellos jóvenes un tanto exaltados por la ira, al no poder saber si habíamos oído algo a alguien o por el contrario, no habíamos podido oír nada por estar hablando entre nosotros dos, Candy y yo.

Se fueron de muy malas ganas aquellos jóvenes del restaurante de nuestro amigo; pero al decir verdad yo temí por Óliver, ya que las amenazas iban en serio, según pude oír.

Cuando ya nos dimos cuenta que se habían marchado del restaurante aquellos jóvenes, nosotros dos, Candy y yo salimos de aquella especie de carbonera echa más bien para no cobijar a nadie, por su poca capacidad cúbica dentro de ella.

ANDREW -. Gracias, Óliver por escondernos en tu local.

ÓLIVER -. No hay de qué.

CANDY -. Sí Óliver. Es lo mínimo que te podemos dar, las gracias.

Aquellas gracias se las dimos de corazón; pero como vimos a nuestro amigo muy nervioso y con ganas de que nos marchásemos de allí, nos despedimos de él sin mirar para atrás, no fuese a ser que estuviese alguno de aquellos jóvenes, todavía, en el restaurante. Pero no, no se encontraba nadie en dicho local; de modo que nos pudimos marchar sin ninguna clase de contratiempos del restaurante. No sabíamos donde ir, comenzando a dar vueltas por las calles de aquel barrio sin otro contratiempo que no fuese el poco o el mucho miedo que llevábamos en nuestro cuerpo metido.

No sé cuanto tiempo llevábamos ya andando por las calles de aquella bella Ciudad, cuando nos encontramos en unas pasarelas en el Río Chicago y por N Lasalle St. Llegamos a N Coger Wacker Dr. Pero allí nos vimos desplazados y fuera de nuestro barrio, que aunque menos lujoso era más noble y acogedor que todos ellos a la vez, según nosotros, claro está.

A pasar el Río Chicago por la N Welles St, nos entramos en The Chicago School of professional Psychology para pasar allí unos momentos extraordinarios hablando con los estudiantes de aquel centro de estudios. Aquellas personas eran entrañables, ya que tenían una buena conversación y acogían a las personas con sumo interés aunque no las conociesen de nada. Y cuando creímos que estábamos a salvo salimos de aquel centro despidiéndonos de nuestros amigos.

No sabíamos dónde ir y sin esperarlo estábamos en la puerta de nuestra casa, así que entramos en ella para descansar de aquel día tan ajetreado que habíamos tenido: Sobretudo en sustos y desvelos por parte de aquellos jóvenes tan desaprensivos para con nuestras personas. Pero como era la hora de marchar a nuestra facultad, en la Universidad de Chicago, allí que nos fuimos.

Al llegar a la facultad notamos ése trato amable que tienen todas las personas de ésta hermosa Ciudad, y por supuesto en la Facultad no iba a ser menos. Pero sí notamos cerca de nosotros un ambiente un poco cargado en cuanto nos parecía que nos estaba vigilando alguien.

No sabíamos muy bien qué estaba pasando en aquel preciso momento que entramos en el aula; pues nada más sentarnos en nuestros respectivos asientos se nos arrió un joven entregándonos una cuartilla escrita, de puño y letra, con una letra caligráfica bien definida.

CANDY -. ¿Qué pone ésa nota?.

ANDREW -. Nos esperan a la salida.

Candy quería saber más, y más no ponía la nota; así que se quedó con ganas de saber un poco más de aquella nota, calmándola yo el maltrecho ánimo al decirle que no se preocupase de nada, pues yo sabía una salida que pocas gentes estaban enteradas de su existencia.

Efectivamente: Salimos por una puerta que había, medio enmascarada, al final de un aula que se encontraba vacía; dando a un pequeño jardín poco visitado por el claustro de profesores y mucho menos por los condiscípulos.

Yo sabía que existía aquella puerta en dicho lugar; pero lo que no sabía si existía otra puerta en el pequeño jardín donde dimos con nuestros huesos, por querer eludir el enfrentamiento con aquellos jóvenes. Así que visité uno por uno los rincones y los sitios de aquel jardín para buscar una posible salida.

¡Qué va!; qué iba a ver una posible salida; si estaba totalmente cerrado, por las cuatro paredes, aquel jardín. Pero cuando me quise caer al suelo a consecuencia de haber pisado una hoja húmeda, sin querer tiré de una palanca abriéndose una entrada en el mismo suelo en forma de sótano.

No era palanca, era el mango de una puerta que al manipularlo se abrió de par en par dejándonos pasar a la habitación que daba al jardín. Comprendí enseguida que eran parte de las dependencias de la planta baja, ya que entraba una luz como procedente de la calle. Y al abrir dicha segunda puerta, ya en aquella dependencia, pude observar el pasillo de salida de la Facultad.

Como me eché para atrás un tanto asustado, me vio enseguida Candy mi indecisión al no saber si salir a la calle o quedarnos allí un tiempo, hasta que se calmasen los ánimos de aquellos fieros jóvenes, que tanto nos atosigaban con querer saber más y más de una conversación que nosotros no habíamos oído.

CAHDY -. ¿Qué pasa?.

ANDREW -. No hemos logrado nada. Estoy viendo la salida a la calle de la Facultad.

Pero cuando me dispuse abrir aquella puerta pude darme cuenta que había una tercera puerta en un rincón, como especie de chaflán; sin saber dónde conducía y a qué parte dabas aquella puerta.

La abrí y pude darme cuenta que estábamos en uno de los lados de la Facultad, más bien cerca de una esquina del edificio por donde queríamos salir. No lo dudé más, y por un paseo que había cerca de la pared y tapado por los setos enormes que había allí,

comenzamos a correr más y más hasta vernos un tanto apartado de la entrada principal y sin pensarlo salimos corriendo por aquellas calles que habían cerca de la Facultad.

Comprendí enseguida que aquello no podía seguir así; pues nosotros teníamos que asistir a clase y no limitarnos a estudiar en nuestra casa; ya que era un plan ideal por ser un sitio recogido para estudiar los dos con todos nuestros deseos.

A poco tiempo de estar nosotros dos, Candy y yo, en casa llegaron nuestros amigos muy preocupados, por no habernos visto a la salida de clase; ya que nosotros no nos paramos con ellos y sí salimos corriendo hacia nuestra casa, viéndonos nuestros amigos correr con todas las fuerzas de nuestro cuerpo.

EMERICK -. ¿Os pasa algo?, que os hemos visto correr con todo el interés del Mundo.

No contestamos, nos pareció más bien no contestar a dicha pregunta; pero cuando todos ellos, nuestros amigos, estaban pendientes de la respuesta me di cuenta que sería mejor decirles la verdad: Aunque con ello involucrásemos a nuestros queridos amigos, ya que los lazos de nuestra amistad eran fraternales y muy fuertes.

ELISABETH -. ¡Ahí va!.

Sí, ahí va; fue la exclamación que dio Elisabeth por lo que les había contado, no creyendo nadie una sola palabra sobre lo mismo, por ser dicho relato inverosímil: Más bien un cuento.

Apostillé mi explicación delante de los amigos, para que fuese creíble todo mi relato y al pronto vi que los cambiaban la cara a todos ellos: Ya no era una cara risueña, como si se estuviesen mofando de aquello que yo les contaba; era más bien una cara de asombro y de comprometerse, a la vez, con lo que yo les había contado y les seguía contando para que me creyesen.

A la mañana siguiente, cuando abrimos la puerta de nuestra casa para irnos a la Facultad, Candy y yo, nos estaban esperando todos ellos en la misma entrada de la puerta, quedándonos asombrado por tal decisión.

ANDREW -. Me alegra veros.

CATHY -. Os acompañamos a la Facultad.

ANDREW -. No hace falta.

ÓLIVER -. Si alguien tiene que recibir, recibiremos todos.

Me le quedé mirando con cara de sorpresa, pero a la vez confiado en lo que decía mi buen amigo Óliver; que si alguien tenía que recibir, ellos estaban allí para defenderme o recibir también las bofetadas que nos pudiesen dar aquellos fieros jóvenes, tan obtusos en sus pensamientos.

Comenzamos a caminar con dirección a la Facultad y allí no se veía movimiento alguno por parte de aquellos jóvenes que nos acosaban con la sola idea de saber si habíamos oído algo a alguien, pues nosotros no nos percatamos de quién eran las personas que debíamos haber oído, y dónde había sido: Habíamos olvidado el lugar y la hora que aquellos chicos nos habían indicado.

Estábamos tan ufanos por nuestra conquista, el haber llegado a la Facultad sin contratiempos algunos, que nos congratulamos entre nosotros mismos, entrando en la Facultad con un grado de alegría en nuestro cuerpo metida por haber visto expedita la vía pública, sin aquellos jóvenes.

Pero claro, entramos sin fijarnos en nadie ni en nada; y a poco tiempo de estar en la entrada de la Facultad nos percatamos de dos jóvenes que no eran de dicha Facultad; ya que se distinguían muy bien por la manera de vestir y por la forma y la manera de estar en dicho recinto cultural.

Aquello cambiaba el panorama de nuestras vidas, ya que sí se encontraban allí parte de los jóvenes tan fieros, estando el resto en otras dependencias, tal vez.

Paso a paso, poco a poco fuimos avanzando hacia el aula para oír la explicación que el catedrático nos fuese a dar; pero como habíamos dejado que nuestros condiscípulos entrasen primero en el aula, nos quedamos solos en aquel pasillo; viendo aparecer por los lados del pasillo a los jóvenes, con cara de pocos amigos. Pero como vimos una puerta abierta nos entramos en aquella aula, que nos acogía en sus entrañas con sumo agrado.

No tardamos oír unos golpes dados en la puerta con afán de que abriésemos para entrar aquellos chicos tan forzudos y tan enormes. No podíamos consentir que dichos chicos entrasen en el aula por ser nuestro resguardo en ella.

Nos ocultamos debajo de unas mesas que había cerca de la pizarra, para no ser visto desde la ventana; y a poco tiempo vimos moverse una mesa por sí misma.

No tardó en volver a su estado de quietud aquella mesa, pero nosotros nos agrupamos unos con otros, como para defendernos de algo que no conocíamos, o de



algo que no veíamos. Nos estaba dando un repelo que era enorme, dentro de nuestras Almas deshecha por las circunstancias.

Nada más que oímos a aquellos jóvenes alejarse salimos de allí como asustados, ya que aquella mesa nos quería decir algo; pero cuando estábamos saliendo vimos salir debajo de la mesa a un joven, que nos echaba el alto para no quedarse solo.

JOVEN -. ¿Dónde vais?. No me quedéis solo.

Así se expresaba aquel joven, debido tal vez a otro caso de fuerza mayor, producida; no por la casualidad, más bien por las normas tan estrictas que se tenía en aquella Facultad, cuando un joven no asiste a clase.

Mientras salíamos de aquel aula nos mirábamos a la cara como diciéndonos algo así, de que todo había sido un camelo, en vez de un caso mágico.

Pese a que entrábamos tarde en el aula, pedimos permiso Candy y yo para sentarnos en nuestros asientos, habiéndonos concedido por el señor catedrático; ya que éste señor nos conocía bastante bien y él sabía que había sido provocado aquel retraso nuestro por una causa grave no achacada a nosotros dos.

En aquel tiempo las clases no se terminaban todas a la vez en aquella Facultad, por ser el tiempo de las evaluaciones; ya que se daba en algunas aulas un tiempo más alargado para desarrollar los temas preguntados.

Conseguimos salir Candy y yo entre la mayoría de nuestros condiscípulos y así despistamos a los posibles jóvenes que nos estuviesen esperando en la salida de clase.

Tuvimos suerte, pues se encontraba el autobús cerca de dicha salida, y en una

carrera conseguimos alcanzar al autobús, montándonos en el para que nos llevase lo más cerca posible de nuestra casa.

¡A nuestra casa!: Si estaban esperándonos aquellos jóvenes en la puerta de la misma, así que decidimos volver sobre nuestros pasos y sin saber cómo nos encontrábamos en el restaurante de Óliver viendo allí a todos nuestros amigos.

Aplacados nuestros nervios, nos sentamos en una mesa, como comensal, Candy y yo, rodeado de nuestros amigos; los cuales nos daban su apoyo en todo aquello que nos estaba pasando con los jóvenes.

IRENE -. Teníamos que formar una estrategia.

CANDY -. ¡Y cómo?.

IRENE -. Pensemos un poco.

Estábamos en tales pensamientos, cuando vimos entrar en el restaurante a aquellos fieros jóvenes, que con una indicación de la mano, nos quiso decir el señor que mandaba en todos ellos, que no nos moviésemos de nuestro sitio.

Era imposible retenernos allí por más indicaciones que hacía aquel señor, para que no nos moviésemos de donde nos encontrábamos. y sin pensarlo quisimos salir corriendo del restaurante de Óliver, sin conseguirlo; ya que nos retuvieron dichos jóvenes sin hacernos ningún daño, ni emplear fuerza alguna: Solamente nos cogieron del brazo a algunos y a otros de la solapa de la chaqueta.

Nosotros los mirábamos con unos ojos abiertos como queriendo pedirlos clemencia; ya que ninguno de nosotros habíamos oído nada a nadie, sobre todo, Candy

y yo, que permanecíamos impasible, como sin fuerzas algunas para salir corriendo ni fuerza para articular frase alguna.

JOVEN -. No temáis. Sabemos que no habéis oído nada al respecto.

Así se expresaba el cabecilla de aquella banda, de jóvenes insurrectos, por así decir. Y dando media vuelta se alejaron de nosotros aquellos fornidos jóvenes.

Yo respiré con fuerzas y con ganas, haciendo otro tanto Candy; para más tarde alegrarse nuestros amigos porque ya no nos molestarían nunca más aquellos jóvenes.

Tan ufano íbamos y absorto de todo lo que nos rodeaba, que no nos dimos cuenta que estábamos en las puertas de un afamado hotel, el TripAdvisor y como yo estaba un poco alejado del grupo, se acercó un señor con un maletín diciéndome algo que yo no comprendía muy bien. Quería que llevase dicho maletín a una habitación en concreto, y después de algunas sucintas explicaciones comprendí a la habitación que quería aquel señor llevase yo dicho maletín.

Lo malo no era eso; pues lo malo era que no podía entrar en aquel hotel sin que me parasen en la puerta o tal vez en el hall de aquel gran hotel. Un chico joven, no muy bien vestido y creyéndose fuese un estudiante. . . No era manera de que yo entrase en aquel hotel. Pero con todo y eso me dirigí a su entrada, consiguiendo esquivar al portero por estar atareado con unos señores; pero ya en el hall de dicho hotel se dirigió un empleado del establecimiento a mí, preguntándome por mis deseos.

Le dije a aquel empleado la necesidad que tenía yo de entregar el maletín que portaba en mis manos, en una específica habitación, yéndose el empleado conmigo a recepción para que el señor recepcionista llamase a la habitación indicada.

Pero cuando me pidieron el maletín, yo me resistía a dárselo; alegando que tenía que ser yo el que diese el maletín a la persona adecuada, ya que se me había encomendado a mí dicho recado.

Accedieron a que yo llevase el maletín a la habitación asignada, pero detrás de mí venía un empleado del hotel, para ver lo que yo hacía dentro de las dependencias tan lujosas de aquel establecimiento.

Me fue fácil entrar en el hotel, cuando yo había oído lo difícil que era entrar en el, y sobretodo a las personas de nuestra clase; pero allí me encontraba, dentro de las dependencias del hotel, aunque fuese acompañándome un empleado del mismo.

Despidió el señor que ocupaba la habitación al empleado, para rogarme entrar en la habitación aquel señor. Yo a lo primero me mostré remiso para entrar en dicha habitación, pero como aquel señor siguió pidiéndomelo por favor; ya nada pude hacer.

Después de abrir el maletín aquel señor y entrar en el, una vez leída, una nota que contenía en su interior, un pequeño bulto de nada; me pidió por favor que llevase dicho maletín a una dirección concreta, y tan concreta era que no sabía si me lo decía de veras.

Me indicó que llevase el maletín a Phoenix Military Academy; pero que me dirigiese por la S. Rockwell St, y no por ninguna otra calle o avenida; ya que sería contraproducente.

Sin decir nada a nadie me fui derecho hacia la calle que me indicaron en el hotel, y después de andar un tiempo di con la calle buscada por mí. Y así como a la mitad de la calle, en un recodo, doblando una manzana estaba dicha academia, dirigiéndome por la puerta que entraban todos los alumnos a ella.

En la puerta de la academia se encontraban varios señores uniformados, pero solo uno de ellos se dirigió a mí preguntándome por el interés de entrar en dicha academia y al mostrarle el maletín y al leer el nombre del destinatario, tomando en sus manos el maletín me despidió con sumo agrado, dando la orden a un grumete para que lo llevase a su destinatario. No había dado yo unos pasos para alejarme de dicha academia cuando me llamó aquel señor, con voz de mando.

CONTRAMAESTRE TERCERO -. Señor. Espérese.

Lo decía en un lado del maletín sin que yo lo hubiese leído; no sabía yo para qué me querían en aquel lugar, o por mejor decir, para que tuviese yo que esperar; si acaso no fuese más que para recibir órdenes.

Pronto supe para qué sirvió mi espera en aquel lugar; pues al volver el grumete entregó algo al Contramaestre tercero y éste a la vez se presentó con un sobre pequeño dándomelo en las manos a mi , y ahora sí que me despidió con un gesto y unas palabras amables que causaron impacto en mí ser.

No quise abrir aquel sobre delante de aquel señor, con tanto carácter; pero a la vez bonachón y amable. Y cuando ya me había retirado unas manzanas de la escuela militar, abrí el sobre viendo que contenía un cheque. Sorpresa de sorpresa, cuando pude leer la cifra que reseñaba dicho cheque. Sin esperarme más me dirigí a mi casa, tomando un autobús para llegar antes a ella, comprendiendo que ya estaría Candy en nuestro hogar.

Abrí la puerta de casa y como una centella entré en ella, parándome mi mujer, Candy, al no saber por qué tanto impulso en mi persona.

CANDY -. ¡EH!, así no se entra en casa.

La había asustado a mi mujer, por lo tanto me recriminaba la forma de haber entrado en casa con un impulso poco común. La pedí perdón por la manera que tuve de entrar en casa, como una centella; y dándole dos besos en sendas mejillas la conformé un poco y más cuando saqué el sobre del bolsillo de mi chaqueta, enseñándole aquel cheque tan confortable para nosotros dos.

CANDY -. Ni es mucho, ni es poco

ANDREW -. Con éste dinero pagaremos un año de alquiler.

CANDY -. Y si pensamos otra cosa, podemos obtener dinero.

ANDREW -. ¡Desde ya!. Mañana comenzamos a buscar trabajo.

Así se pensó y así se hizo; pues nada más amanecer salimos a la calle con deseos de encontrar un trabajo que nos sacase de penurias y tan ilusionados íbamos, por habernos dados en algunos medios de trabajo un grado de confianza, que cuando llegamos al Banco que ponía el cheque entramos en él para cobrar el dichoso cheque.

Había pocas personas en aquella hora para ingresar o reintegrar su dinero; por lo tanto nos arrimamos a una ventanilla y cuando parecía que iba el cajero a darnos el dinero se presentaron dos policías dándonos el alto.

POLICÍA -. Déle su dinero a éste señor, pues es suyo. Se viene con nosotros.

Nos llevaron a la comisaría más cercana, que era la 211 West Roosevelt Road. Chicago. Il united Status. Y allí nos comenzaron hacer una serie de preguntas, que mi mujer no podía contestar por no haber presenciado ningún hecho de los que hablaba la policía de Chicago.

Tuve que abogar por mi mujer y decirles a la policía que no tenía nada que ver en dichos hechos, que había sido yo el que se había visto involucrados en ellos y como dichas personas son amables y bondadosas, por eso me había dado un cheque, debido a mi recado.

En ésta tesitura me encontraba cuando acercándose a mí el señor policía me intimidaba con la mirada y con ganas de preguntarme algo.

POLICÍA-. ¿Qué interés tenía usted en dicho móvil?.

ANDREW -. Ninguno, créame.

POLICÍA -. Es difícil de creerle.

ANDREW -. Hice un recado y nada más.

POLICÍA -. Pero cobró por ello.

ANDREW -. ¿AH!; ¿pero es eso?. ¿Por eso me dejó cobrar el cheque?.

POLICÍA -. Es el único móvil que tengo para involucrarle en un acto delictivo.

ANDREW -. Se nota que lleva usted muchos años ejerciendo de policía.

Sí, se notaba que llevaba aquel policía muchos años en efectivo, al dejarme cobrar el cheque, que fue el acto por el que se me involucraba en algún operativo policial en dicha plaza. Se notaba que iban detrás de aquellos señores que me habían asignado el maletín para que se lo llevase a un señor en concreto, no pudiendo yo demostrar mi inocencia por más que me expresaba con la verdad en las manos, como se suele decir; por lo tanto me veía retenido en aquella comisaría,

¿Qué podía hacer?, si yo era poco para pensar en mi defensa personal, y mucho menos para rebatir al señor policía los hechos acaecidos en aquel día fatídico para mí.

Hubo un momento que creí verme entre rejas; pero a poco llegó otro policía dándole una cuartilla escrita al policía que me interrogaba y al leer éste lo que ponía en aquella cuartilla, se dirigió a mí con palabras amables; Pero con todo y eso se me retuvo el dinero, por si acaso fuese causa de delito. Hasta tanto no se demostrase lo contrario tendría el dinero retenido en comisaría, permaneciendo yo en todo momento a disposición de la justicia para saber dónde me encontraba, sin poder salir de aquella hermosa Ciudad.

Por lo menos me habían dado la confianza de la duda, al no poder demostrar nada entre los lazos que yo tuviese con aquellas personas; ya que yo me aferraba a que fue un recado y nada más, sin esperar estipendio alguno; que por otra parte lo había aceptado por no ofender a aquellos señores.

Salimos de comisaría, Candy y yo, más serios que cuando entramos; pues echábamos de menos nuestro dinero, ya que yo me lo había ganado, aunque sin esperarlo, más bien a pulso, por hacer el recado correctamente.



Nos fuimos, sin pensarlo, a nuestra casa y allí nos atracamos a llorar los dos, al vernos despojado de nuestro estipendio y de nuestras ilusiones compartidas a causa de aquel dinero que nos había caído como del Cielo.

No quisimos cenar aquella noche, sin poder reconciliar el sueño para nada al pensar que todo nuestro castillo se había caído como un juego de naipes.

A la mañana siguiente tuvimos un WhatsApp de comisaría, nos llamaba el policía que nos había interrogado el día anterior; no sabiendo nosotros dos, Candy yo, para qué se nos llamaba; así que fuimos raudo a comisaría, al pensar que tal vez se nos devolvería el dinero de inmediato.

Cuando llegamos a la comisaría ya nos estaba esperando el señor policía, con un nuevo recado para nosotros dos: El hacernos cargo de su casa, que estaba cerca del muelle de la Armada, en las últimas calles, dando ya al muelle de la Armada.

Candy iría en función de hacer la comida, la limpieza y yo como encargado del jardín de la casa, para dar cobertura a Candy en el acarreo de la basura y de la limpieza de la casa.

Lo primero que nos preguntó dicho policía fue que si estábamos buscando trabajo y a nuestra afirmación nos ofreció dicho puesto, aceptando nosotros de buenas ganas; pues ya teníamos un trabajo y remunerado, que aunque no fuese mucha cosa, por lo menos era un ingreso extraordinario para nuestra casa.

Nos respetó aquel señor las horas lectivas de nuestras clases en la Facultad; de modo que podíamos asistir a clase y hacer los exámenes. Y al día siguiente estábamos abriendo con la llave que nos dio aquel policía su casa para que la aseásemos de arriba a bajo, según nos dijo él.

Así como a media jornada, me quedé pensando en nuestra situación, viéndome Candy pensar mucho; por lo tanto no pudo más que hacerme la pregunta pertinente.

CANDY -. ¿En qué piensas?.

ANDREW -. En que de ésta manera nos tiene bien cogidos por el cuello, el agente policial.

CANDY -. ¿Y eso?.

ANDREW -. En todo tiempo sabe dónde estamos; pues le he dado nuestro número de teléfono.

CANDY -. ¡Ahí va!.

Sí, ahí iba yo a parar, no dando valor ni crédito a mi pensamiento; nosotros mismos nos habíamos metido en la boca del oso, por así decir al aceptar dicho empleo.

Pero como estábamos cerca del Chicago Children's Museum teníamos la posibilidad de visitar aquella joya, que es un área bastante buena para jugar los niños, estando en 700 E Grand Ave. Chicago il. 60611. Estados Unidos.

La primera vez que entramos allí se nos ensanchó el Alma y se nos subió la libido al estar el ánimo a cien, por comprender que ya era tiempo de tener un hijo Candy y yo; pero al momento teníamos que bajar a tierra, pues no habíamos terminado la carrera, aunque estábamos en el último curso.

Pero allí mismo, cerca del Museo nombrado, en el Navy Pier existía el Parque de Atracciones, cerca del lago Michigan, donde desemboca el Río Chicago. Y pese a los

millones de turistas que inundan dichos lugares cada año, aquel sitio se encontraba bastante limpio.

Los primeros días fueron inolvidables, ya que nosotros comíamos en casa del señor policía; así que nos daba tiempo visitar toda clase de atracciones que había cerca de allí.

Un día nos limitamos a pasear por la orilla del lago Michigan, llegando a un lugar recóndito para observar que había una sola casa en dicho lugar, y no en muy buenas condiciones. Nos acercamos a dicha casa por un camino de tierra, como unos trescientos metros, observando un letrero en una de los ventanales de la casa diciendo que se vendía, cogiendo el número de teléfono para si en general nos daba por llamar para saber el precio de la misma.

CANDY -. Aunque sea barata, es cara.

Así se expresaba Candy al ver la cara de satisfacción que estaba poniendo yo. No contesté; no podía contestar; puesto que a mí también me parecía cara aunque su precio de venta no lo fuese tanto.

Pero nuestro sueño estaba muy lejos de hacerse realidad; ya que el único dinero que teníamos estaba decomisado en comisaría de policía, por lo tanto todo lo demás sería un sueño irrealizable para nosotros.

Pero a poco días nos llegó el policía que nos tenía empleado en su casa diciéndonos que no podía retener por más tiempo nuestro dinero decomisado; por lo tanto que nos fuésemos a reclamarle bajo un impreso que él nos dio. Pero todo esto era

cosa rara, ya que el dinero no se encontraba en comisaría, lo tenían las Arcas del Tesoro Nacional, dirigiéndonos a una dirección que nos dio él.

No hubo problema alguno para rescatar nuestro dinero, Candy y yo; así que salimos de aquel centro oficial con cara de satisfacción por llevar nuestro dinero en los bolsillos metidos, y antes de nada llegamos al Banco que nos habían aconsejado los funcionarios del Estado para depositar aquel dinero, que ya era nuestro.

ANDREW -. Espera. . . Nos lo han dado en efectivo.

CANDY -. Sí. ¡Qué tiene que ver eso?.

Y tanto que tenía que ver; pues desde la caja del Servicio Oficial se podía haber hecho una transferencia al Banco que nos indicaron en aquel establecimiento del Estado Norteamericano, y estábamos llevando todo ése dinero en los bolsillos nosotros dos: Sobre todo con un grado de desconfianzas hacia las personas que nos cruzábamos en la calle; por lo tanto decidimos tomar el autobús ya nos habían aconsejado en el departamento oficial del Estado, que tomásemos un autobús hacia el Banco, antes de hacer el depósito de la totalidad de aquel dinero.

Después de haber hecho las tareas que teníamos asignadas en la casa del policía y después de haberle dejado la cena en la mesa, nos fuimos a nuestra casa, con una sola idea metida en la cabeza. Sobretudo yo, que no dejaba pensar en la casa que vimos en primera línea de playa en el lago Michigan, y así se lo hice saber a mi mujer Candy.

ANDREW -. ¿Sabes, Candy?.

CANDY -. Tú me contarás.

ANDREW -. ¿Por qué, en vez de gastarnos nuestro dinero en pagar el alquiler de ésta casa, no pedimos un pequeño préstamo y compramos la que hemos visto cerca de la playa del lago Michigan?.

Candy se quedó como cortada, sin saber lo que responder; así que yo no la quise atosigar más con mis preguntas: Ya sabría yo lo que estaba pensando mi mujer Candy, aunque no fuese en ése mismo día.

Pero como una mueca de satisfacción la estaba haciendo la cigoma de la cara, al pensar Candy en aquella casa que tanto la había gustado. Y para decir verdad, no había dejado pensar en aquella edificación antigua, pero grandilocuente, a la vez, en la forma y en la manera de tener hecha su construcción. No pudiendo dejar pensar tampoco en nuestro dinero; pues ya nos veíamos vivir en aquella casa, tan pintoresca para nosotros, que parecía hecha de caramelo.

No obstante me tuve que recapacitar un poco, por haberla dado qué pensar a mi cabeza, comunicándoselo a mi mujer Candy.

ANDREW -. Te vuelvo a decir lo del préstamos.

CANDY -. Un crédito, solamente se dan a las personas solventes; aquellas que presenten alguna propiedad o algún valor en Bolsa.

ANDREW -. Si nos damos prisa, presentamos la propiedad de ésa casa.

Todo quedó ahí, que presentaríamos la compra venta de la casa al Banco para que nos diese el crédito deseado y así poder hacernos con una pequeña propiedad.

Una vez que el señor cajero nos ingresó nuestro dinero, le abordé con la sola idea de pedir un préstamo en dicho Banco, pidiéndonos un aval de alguna pertenencia o de estar trabajando en fábrica, comercio, ó al servicio de alguien.

Se me notó en la cara, cuando aquel señor dijo que valía con estar trabajando con alguien; pues el señor policía nos podía firmar un impreso que valiese como aval para obtener el préstamo.

Y desde luego no se hizo esperar aquel ruego; pues en vez de marcharnos a casa, aquel día, ya que era más bien por la tarde cuando llegamos a casa del señor policía, le rogamos que nos firmase un aval como que estábamos trabajando con él. Y él en vez de negarse, cogió el móvil llamando a un tercer señor, que nosotros no sabíamos quién podía ser, quedando ir nosotros dos, Candy y yo, a por el aval a una calle y un número ya preestablecido de antemano.

Cuando salimos de aquella casa, me dirigí a mi mujer con cara de sorpresa, al ver una realidad en la posesión y dominio de la casa por parte de aquel policía.

ANDREW -. Por lo que hemos podido saber, de éste señor no es la casa.

CANDY -. ¿Entonces de quién es?.

ANDREW -. Mañana lo sabremos.

Ni al día siguiente lo supimos, ya que donde fuimos a por el aval era una especie de almacén general, saliendo el encargado dándonos el impreso del aval; pero como

todo nos estaba saliendo como queríamos, no lo pensamos más y salimos raudamente hacia el Banco.

Todo no iba a ser felicidad; pues tenían que estudiar nuestro caso detenidamente y para ello tardarían unos días; así que les dimos las señas de la casa donde estábamos trabajando Candy yo, y al salir del Banco me pude dar cuenta de una cosa.

ANDREW -. Candy

CANDY -. Dime, Andrew.

ANDREW -. No te has dado cuenta que ayer había dos policías en el Banco cuando entramos con nuestro dinero.

CANDY -. Sí.

ANDREW -. Pues hoy no había ninguno.

Enseguida lo entendió mi mujer, Candy, pues no hizo falta que la explicase más; así que salimos derecho hacia la casa del policía sin hablarnos una sola palabra, al ir pensando en la sola idea de obtener aquel préstamo.

También se nos había dado que obtuvimos el préstamo para comprar la casa de nuestros sueños, habiendo dado un adelanto para hacerlo. Y uno de esos días de ilusión y alegría para nosotros dos nos fuimos al final de la calle E 73rd St., más bien en Street Veinw, no teniendo mas que andar unos trescientos metros en un camino de tierra para dar con la casa que nos había quitado el sueño.

Parecía una casa de caramelos, de esas casas de cuentos para niños o de narraciones de hadas; no sabiendo nosotros dos, Candy y yo, si por eso nos habíamos

prendado de ella. Pero si en general hubiese sido así, aquello era grave; sobretodo para nuestra economía y antes de seguir con la compra venta, nos fuimos al Excelentísimo Ayuntamiento para saber si aquella casa tenía carga social que cubrir, existiendo una hipoteca casi pagada, pues solamente quedaban cinco plazos para hacer efectivo el préstamos de la hipoteca.

ANDREW -. No lo pienses más: La hipoteca está casi pagada.

CANDY -. La calle E 73rd St. da, por así decir, al lado Michigan.

ANDREW -. Es zona edificable, cuando existe allí dicha casa. Por lo tanto no se van a fijar en ésa casa el Excelentísimo Ayuntamiento; mientras existan parte de los terrenos colindantes sin edificar.

CANDY -. Sí; pero son terrenos arenoso, poco allegado a la construcción.

¡AY!; que aquello último que había dicho mi mujer Candy me llegó a lo más adentro del corazón. Qué sería si acaso se vendiese aquella casa por motivos de un desahucio para edificar allí un bloque de viviendas o de oficinas; ya que el turismo era feroz y lo es en la Ciudad de Chicago.

Pero con todo y eso seguimos hacia adelante con nuestro pensamiento, que era el comprar aquella casa por lo bonita y lo bien que estaba terminada, que parecía un espejismo de cuento para los niños.

La construcción de aquella casa no era fuerte, compaginándose el ladrillo con la madera, e iniciando en el centro como un promontorio terminado en un rosetón encima de la fachada principal, con ventanas cuadradas y cierre de madera, para tener un porche



en su entrada de madera, pero disimulándolo una tupida madreselva por todo su contorno.

¡Colores!, infinitos; se mezclaba el verde con el azul y un gris claro, pareciéndose un caramelo toda ella; parecía que nos estaba diciendo, aquella casa: ¡Comerme!.

Comprendimos enseguida que era una ilusión la que teníamos por aquella casa, a la vez tan destartada; al ser edificación antigua y poco conservada; pero que a la vez emplearíamos nosotros ese afán de conservación haciéndola una reforma completa.

Había una cosa en contra de nosotros, que estábamos bastante alejados a la casa del señor policía que nos tenía empleados en ella. Sí era verdad que había autobuses; teniendo que levantarnos media hora más temprano todos los días, y eso mermaba nuestra capacidad para con los estudios, ya que el sueño nos podría más que el ansia de los estudios para tener un título cuanto antes.

Mal lo comenzamos a pasar los primeros días, cuando al estudiar por la noche, nos entraba la piquita del sueño, a causa de levantarnos todos los días a primeras horas de la mañana.

Un día vimos acercarse un coche de policía hacia nuestra casa: siendo muy amable aquel policía, que nos exhortaba para que diésemos el informe de que nosotros estábamos viviendo en aquella casa, y que la casa la habíamos comprado nosotros.

Escribió algo y nos lo hizo firmar: Era la célula de habitabilidad de la casa, y sin más compromiso se despidió de nosotros por aquel camino de tierra hacia la primera calle asfaltada que estaba a unos trescientos metros. Lo que pasaba, era que había un promontorio de tierra no dejando ver desde la calle más concéntrica a nuestra casa y desde nuestra casa, desde luego, no se veía la primera calle asfaltada con sus grandes

torres de edificios. Desde nuestra casa, solamente se observaba el lago Michigan y nada más, así como un puñado de tierra sin cultivar.

Yo ya me había fijado en que aquella tierra no se había cultivado nunca; no sabiendo yo a qué era debido eso, no sabiendo a qué era debido aquel baldío de dicho terreno. Por lo tanto consulté un día con Candy; ya que se me estaba haciendo la boca agua, al ser yo un amante de la agricultura.

ANDREW -. ¿Te has fijado, Candy?.

CANDY -. Dime, en qué me tenía que haber fijado.

ANDREW -. En que éste terreno no ha sido cultivado nunca.

CANDY -. No te metas donde no tienes que meterte

ANDREW -. ¿Y si pregunto en el Excelentísimo Ayuntamiento?.

CANDY -. Te metes donde no tienes que meterte.

Así me hablaba mi mujer, Candy; que como asustada quería quitarme de la cabeza dicha idea.; pero yo, en vez de borrar de mi mente aquella idea, cada vez se fraguaba más y más en mi pensamiento. Así que un día, sin saber cómo llegué a las inmediaciones del Excelentísimo Ayuntamiento y como un autómeta entré en el para preguntar por dicho terreno.

FUNCIONARIO -. ¡Ni se le ocurra!.

Me despedí muy cordialmente de aquel señor; pero como una persona había estado escuchando mi petición, se me arrimó muy sigilosa para informarme de lo que yo no sabía, al decirme aquella persona que la zona donde yo vivía estaba calificada como urbana, y que no iba a ver un pleno para hacerla zona agrícola. Que por otra parte, todo aquel terreno había sido estudio para hacer un gran complejo de una gran extensión de venta al público, tanto como bebidas, alimentación, textil, aparatos electrodomésticos y un sin fin de ventas al público que se arrimase a dicho complejo de ventas; En fin, una gran superficie comercial. También habíamos dado el informe al Excelentísimo Ayuntamiento de que vivíamos en dicha casa, así como la calle donde vivíamos; pero al preguntarnos por el número de la calle no supimos decir, explicando en las inmediaciones donde se encuentra la casa.

Pudimos ver que ponía mala cara el funcionario que nos estaba cogiendo la afiliación, no sabiendo las causas de la misma. No obstante salimos de aquella dependencia sin preguntar nada, no queríamos que nos informase con alguna respuesta poco agradable para nuestras personas.

La vida transcurre muchas veces sin contratiempos, o por lo menos pasando desapercibida entre la sociedad, ésa sociedad de infinidad de personas que viven en una misma urbe. Y como la persona trabaja y se afana en hacerlo cada día mucho mejor, nosotros dos, Candy y yo, nos apurábamos en hacer nuestras tareas en la casa de aquel policía lo mejor que podíamos; así como llevar nuestros estudios con la dignidad que merecía aquel punto de vista, el terminar nuestra carrera y colocarnos en la vida lo mejor que pudiésemos.

Nada sucedía; pero he aquí que un día nos llegó un funcionario para revisar nuestro inmueble, averiguando que tenía algunos fallos para ser habitado por persona alguna. Era lógico, porque el inmueble existía hacía ya casi un siglo; pero no era para

tanto como sacó aquel funcionario: Debíamos revisar el tejado, las barandillas de subida al piso de arriba, así como las escaleras de subida a dicho piso, el porche que teníamos en la entrada; parecía que no estaba bien apuntalado, o por lo menos el soporte de madera estaba siendo carcomido. El bajante del agua estaba siendo obsoleto. . . y así un sin fin de cosas, que nos sacó aquel funcionario para que las retocásemos y mirásemos la manera de arreglarlas o ponerlas nuevas; dándonos un año para acometer aquella obra.

La obra nos costaba más que nos había costado la compra venta de la casa; así que no sabíamos lo que hacer.

ANDREW -. ¿Qué hacemos?.

CANDY -. Desistir y salir corriendo.

ANDREW -. ¿Y eso?.

CANDY -. No va a valer para nada arreglar la casa. El día de mañana nos llegará diciendo que hay infinidad de desperfecto dentro de la misma.

Tenía razón Candy; pues si había en las miras del Excelentísimo Ayuntamiento el crear una superficie comercial con atracciones y todo, de nada valdría arreglar la casa momentáneamente, si íbamos a tener que acometer obras continuamente en ella.

La desesperación nos llegó al fondo de nuestra Alma y todo nuestro ser se derrumbó enseguida, al ver la pura realidad de los hechos en cuanto estaban llevando los señores funcionarios nuestro asunto.

No sabíamos ni lo que hacer, por qué camino marchar y qué vereda escoger; así que nuestro ánimo estaba en lo más bajo de todo, sin ver el principio ni el final de aquella pesadilla para nosotros: Que por otra parte nos parecía, ¡eso!, una pesadilla lo que nos estaba pasando con nuestra casa.

En ésta zozobra de males estábamos sumidos, cuando nos llegó un señor muy bien vestido anunciándonos algo que nos quedó absorto a los dos, a Candy y a mí.

SEÑOR -. . . Ya saben; a las doce le quiere ver el jefe en su almacén.

Y dándonos la dirección y el número del almacén se alejó sin mediar palabra alguna: Parecía que tenía un imperativo categórico de mando.

Al escuchar la calle, a mí me pareció que era ya conocida por nosotros dos; pero como Candy no recordaba nada, tal vez sería que me lo estaba yo imaginando: Sí que salimos al medio día camino del almacén, para ver qué era lo que nos quería el amo de dicha nave.

Al llegar a la calle y al divisar el número, nos dimos cuenta que era el mismo almacén donde llevamos el maletín que se nos había encomendado un día de inocencia, por nuestra parte.

Se veía entrar de vez en cuando a personas en él; pareciéndonos bastante pequeño para que cogiesen en aquel almacén tantas gentes a la vez, así que doblando la esquina vimos con sorpresa por nuestra parte que era una edificación con doble añadido, Sin saber para qué existía tanto hueco libre en aquel almacén.

Sin pensarlo más llamamos en las puertas del almacén, abriéndonos un rudo señor y preguntándonos por nuestros deseos, nos hizo entrar en el almacén después que le dijimos nosotros dos que habíamos sido llamados, que nosotros no deseábamos nada: Más bien era que el jefe del almacén nos había rogado que llegásemos a las doce a su almacén.

Aquel rudo hombre, al oír eso de que nos había rogado el jefe del almacén que llegásemos a las doce a su local, comenzó a reír a más y mejor.

SEÑOR -. El jefe no ruego, manda y ordena. ¡Entendido!.

ANDREW -. Sí señor.

SEÑOR -. ¿Y usted lo entiende?.

ANDY -. Como usted diga.

SEÑOR -. No lo digo yo. . . La pregunto, si lo entiende. Contésteme con un sí o un no.

CANDY -. Sí señor.

SEÑOR -. Eso está mejor.

Nos hizo sentarnos en unas sillas que había arrimadas a la pared, yendo hablar con alguien, tal vez con el jefe del almacén. Pero a poco tiempo de estar sentados en aquellas sillas comenzamos a oír murmullo como de gentes que había al otro lado de aquella pared; haciéndola yo señales con la mano a mi mujer Candy para que pusiera oído a lo que se escuchaba, y lo que se escuchaba no se podía percibir muy bien por ser aquella pared demasiado ancha, tal vez.

Al cabo de un buen tiempo se presentó el señor tan rudo, con otro señor ya más modosito y más culto al parecer; pues el último señor se expresaba bastante bien, midiendo sus palabras al cien por cien.

Aquello no me parecía legal; pues un hombre que mide sus palabras es por que detrás de ellas esconde algo que no quiere se sepa. Y al verme la cara que yo estaba poniendo, mientras él hablaba, se dirigió a mí con tono familiar, como si ya me conociese desde hacía muchos años.

SEÑOR -. Hijo, le estoy intentando ayudar: Le estoy ofreciendo un trabajo, aunque extra, para que usted gane un dinero y pueda terminar sus estudios; así como pueda comprar una casa nueva.

ANDREW -. Usted no me conoce de nada.

SEÑOR -. Le conozco muy bien. Le hemos estudiado perfectamente.

No sabía yo cómo me habían estudiado tan perfectamente; si yo no me había dado cuenta de que me siguiese alguien. Tampoco sabía por qué conocía aquel señor mi situación con mi casa: El por qué tenía que comprar una casa nueva. Eso no lo podía saber él sino estuviese metido en todo el meollo de la cuestión sobre la superficie comercial, que iba ha ser una concesión por parte del Excelentísimo Ayuntamiento.

Me preguntó aquel señor si a caso tuviese algún que otro amigo, pues también los quería ver; así que los tendría que traer delante de su persona, ya que nos diría una cosa que nos alegraría el ánimo y el bolsillo.

Yo ya no oí más, al decirme que nos llenaría el bolsillo: Aquella palabra me nubló el sentido y me tráfugo el pensamiento. Solamente pensaba en lo que íbamos a ganar de aquí en adelante con aquel señor.

No esperé más, yéndome a buscar a mis amigos para contarles lo que me había pasado con aquel señor; y que sin demora debíamos estar en dicho almacén al siguiente día por la mañana. Y para ello pedí permiso para faltar a mi trabajo al policía que nos tenía empleados en su casa; aunque para decir verdad, también falté a clase aquella mañana.

Al siguiente día estábamos, a primeras horas, en la puerta del almacén todos mis amigos y yo esperando a que abriesen aquella dependencia y así poder escuchar al señor que me había recibido el día anterior.

Tres horas estuvimos esperando para que abriesen el almacén, y por fin no se abrió; pero sí nos llegó un señor indicándonos para que fuésemos a una nueva dirección, muy cerca de donde nos encontrábamos y allí que nos personificamos en diez minutos.

Nos estaba esperando el señor que había hablado conmigo el siguiente día, haciéndonos sentar en unos taburetes que había en el medio de aquella sala; para en un momento determinado rodearnos cuatro señores más, mirándonos fijamente a la cara para no perder ningún movimiento nuestro.

Nos empezó preguntándonos si queríamos ganar un dinero en un asunto que llevaba otro señor, no diciéndonos el nombre de dicho señor, ni tampoco dijo su nombre; cosa que nos extrañó mucho al no saber para quién íbamos a trabajar, ni lo que íbamos hacer en nuestras tareas, por lo tanto yo no pude más preguntándole por el trabajo a aquel señor.

ANDREW -. Usted perdone, señor. No sabemos qué clase de trabajo nos está usted encomendando; y debido a que yo he traído a mis amigos a usted, miro por sus intereses



además de los míos. Espero no sea dañino para nuestra salud dicho trabajo: ¿Quiero saberlo, señor?.

Aquel señor se levantó de su sillón y dando unos pasos por aquel pequeño recinto, se aproximó a mí con gestos amistosos, para que me familiarizase con él; y a la vez se expresó con palabras llanas y sencillas.

Nos dijo que según fuésemos introduciéndonos en materia, nos iríamos enterando de aquello que teníamos que hacer en ése mismo día o al día siguiente: Vamos, que no estaba muy claro para nosotros de qué trabajo se trataba, y como nos vio una posible duda en nuestra cara, nos siguió diciendo algo para nuestra conformidad; así como que tendríamos que hacer de camareros y a la vez de gentes de una empresa de limpieza. . . Con parte de una pequeña información que teníamos que dar a nuestros superiores. Y eso de superiores lo remarcó muy mucho; pues se le llenó la boca de aire al decir aquella palabra de “superiores”; no sabiendo nosotros quién iban a ser aquellos superiores, ya que no se había pronunciado la palabra jefe para nada.

Al salir mis amigos y yo, no lo veíamos claro el trabajo que nos estaba encomendando aquel señor, hasta que se nos hizo esperar para darnos un impreso poniendo el dinero que íbamos a ganar en cada tarea. Además existían unos extras por las horas echadas de más, así como unos complementos de desarrollo del trabajo, más bien por su demasía. Parecía que aquel trabajo que nos estaban encomendando era unas tareas muy arduas, ya que el trabajo desarrollado era mucho.

Mis amigos se conformaron un poco al ver el dinero que iban a ganar en dichas tareas; pero como siempre pasa, uno de ellos preguntó algo.

EMERICK -. ¿Estaremos seguros acometiendo las tareas que nos encomienden, éstos señores?.

ANDREW -. Sé tanto como tú: Ó sea, nada.

ELISABETH -. Te hubieses informado antes de traernos.

ANDREW -. ¡AH!, no. Estáis a punto de volveros para atrás en dicha acometida.

IRENE -. A buenas horas, manga frías. Una vez que sabemos lo que vamos a cobrar : ¡cualquiera se echa para atrás!.

ANDREW -. No hay más que hablar.

Los conté el problema que teníamos Candy y yo con el señor que nos tenía empleados, sin decirlos que era policía, entendiéndolo enseguida todos ellos; así que a la mañana siguiente se presentaron en casa del policía para ayudarnos en nuestras faenas domésticas. No solamente ayudaron algunas a planchar y otros a barrer y a lavar la casa; si no que entre todos ellos le hicieron la comida al feje de la casa, quedándosela encima de la mesa con una nota.

A la hora señalada estábamos todos en el lugar de la cita, dada por el señor anfitrión de nuestra convocatoria. A poco tiempo de estar allí se presentó otro señor con la sola idea de llevarnos a nuestro lugar de residencia.

Aquel lugar estaba un tanto apartado de la Ciudad de Chicago, pero no lo bastante como para no poder ir dando un paseo a ella. Allí comenzamos a saber parte de nuestras tareas y así como a una hora prudencial nos volvieron a llevar a la Ciudad de Chicago, quedando a una hora prudencial todos nosotros para vernos en nuestra casa, la de Candy y mía.

Sin pensarlo nos fuimos a casa del señor policía y cuando nos vio entrar él en su hogar, no hizo falta que dijésemos nada, ni diésemos una suscita explicación de lo que habíamos hecho ése día.

POLICÍA -. Si me buscáis otro matrimonio, que me pueda hacer las tareas que habías hecho vosotros hasta hora lo doy cono bueno. También os agradezco los servicios prestados hasta el día de la fecha.

Nos miramos a la cara Candy y yo, como diciéndonos algo así: ¿De dónde sabe éste señor que le vamos a dejar de inmediato?.

No, no lo podía saber, desde luego que no lo podía saber a no ser que estuviese dentro de la red, tan enmarañada, que tenían aquellas personas que nos habían recibido hasta ahora en sus dependencias: Y sobretodo el señor de la última casa donde habíamos recalado aquella misma tarde, equidistante un pequeño trecho de la Ciudad de Chicago.

Sin otro impedimento, nos despedimos de aquel policía, salimos de aquella casa hacia la nuestra para consultar con nuestros amigos, si acaso sabían ellos de algún matrimonio que quisiera asistir al policía en su casa.

Cuando nosotros llegamos a nuestra casa todavía no habían llegado nuestros amigos a la misma, teniendo que esperar un rato bastante enorme hasta ver a nuestros amigos ya en nuestra casa, la de Candy y la mía.

Fueron entrando uno a uno con cara de pocos amigos, no sabiendo nosotros dos, Candy y yo, a qué era debida aquella forma anímica con la que entraban en nuestra casa los amigos.

ANDREW -. ¿A qué es debido ésa cara que traéis todos en ésta hora de la tarde?

No contestaron nadie, o por lo menos no contestaron inmediatamente; pues más tarde nos hicieron saber, que lo que los ofrecían aquellos señores no les convencían muy bien a ninguno de ellos.

No les quise quitar su forma de parecer, añadiendo a sus frases un “tal vez”; para no dar la cosa como hecha y perfectamente rotunda en cuanto a su desarrollo victorioso para nuestros intereses, puesto que yo tampoco sabía cómo iba a resultar lo que nos proponían aquellos señores.

Todo quedó ahí, en que fuésemos a la mañana siguiente a dicha casa para contactar con nuestras faenas y que sino nos gustaban lo que nos proponían aquellos señores, les agradeciésemos su confianza para salir de aquella casa como caballeros a la vez que como personas cultas y agradables.

Y a la mañana siguiente nos encontrábamos camino de aquella suntuosa casa, para contactar con nuestras tareas; pero no muy convencidos de lo que iba a ser nuestras vidas en aquella casa.

Por lo menos podíamos seguir pagándonos nuestros estudios y tener algún que otro rato de ocio, dando riendas sueltas a nuestras vidas y a nuestra forma de ser y vivir en la sociedad, que hasta ahora no hemos podido presenciar ni un teatro de los muchos que existían en la Ciudad de Chicago.

Así se lo hice saber a los amigos, asociándose con mi idea todos ellos; y hasta uno sugirió una bonita sugerencia.

CATHY -. Podemos comprarnos un coche para salir a los eventos culturales, como el Béisbol, teatros o para ver algunos que otros museos tan bonitos como existen en ésta deliciosa Ciudad.

No la faltaba razón de pensar a nuestra amiga Cathy; pues así tendríamos un momento de evasión en nuestras vidas para desarrollar el cerebro y pensar acorde de la sociedad, ésa sociedad tan simpática como había en aquella Ciudad: Tan acorde a acoger bien al forastero y a portarse con el como si fuese un hermano.

Así, estando en estas divagaciones, nos asignaron los puestos de trabajo, uno a uno: A las chicas las asignaron la cocina y las habitaciones, y a los chicos nos asignaron los jardines, las cocheras y todo el exterior de aquella casa. Parecía como si se quisiera formar una avanzadilla con todos nosotros.

Además estábamos en forma de uve: Esto ya sí que me escamó mucho, al pensar que posiblemente seríamos los escudos protectores de aquella casa y que todo lo que sucediese seríamos los primeros que nos enterásemos de las personas que habían llegado a dicha casa.

Mi sospecha se materializó al siguiente día; cuando llegó el jefe de la casa reuniéndonos a todos los amigos para darnos una arenga: Si, he dicho bien, pues con el grado de superioridad con el que se había expresado aquel señor, aquello no parecía otra cosa más que una arenga en orden. Y eso es, le faltó poco más o menos ordenarnos que hiciésemos lo que él decía.

Miré a mis amigos, con un atisbo de sospecha al creer que con aquel imperativo categórico con el que se había expresado aquel señor no había gustado a ninguno de mis amigos, ya que tampoco me había gustado a mí.

Vi en ellos, en mis amigos, una cara larga y como subjetiva al no estar conforme de aquel trato que había empleado dicho señor para explicarnos nuestros deberes en la casa. Y en un descuido de dicho señor, se expresó un amigo con nobleza delante de mi persona, sin que lo oyese aquel señor.

FREDERIC -. Ordeno y mando. . . ¡UF!.

ANDREW -.calla, Frederic, que nos van a oír.

Aquellos señores no nos oyeron por estar hablando unos con otros; tal vez estaban dilucidando la manera de cómo tendríamos que portarnos en aquella casa, o el sitio adecuado de cada uno para barrer todos los rincones de aquella casa, más bien vigilando para saber quién entraba en ella.

No nos decían nada, ni nos explicaban nada; pero sí nos ponían en sitios que ellos creían fuese conveniente tener a su personal de confianzas. No sabiendo yo qué clase de personal de confianzas seríamos nosotros, por no habernos visto nunca hasta el día de la fecha.

Las tareas las ejecutábamos al pie de la letra, con un grado de perfección que parecía estábamos todos nosotros interesados por seguir en aquella casa; pues al parecer no se portaban mal aquellos señores con nosotros. Y sobre todo, cuando llegó la primera paga; pues hasta pluses teníamos en la nómina: ¡Pues qué bien!, ya que al parecer teníamos que tener un poco de vida exterior y para ello nos fuimos a presenciar un

encuentro de béisbol en aquella Ciudad. Para ello fuimos al estadio Wrigley Field; pues jugaban Los Cachorros de Chicago contra las Medias Blancas, pasando un día inolvidable por nuestra parte; ya que no nos habíamos visto con tantos deseos de vivir hasta ahora.

Al terminar el encuentro nos fuimos al Munsil Box Theatre para ver un evento en dicho local, entrando en el de prisa y corriendo por estar a punto de comenzar la película; pues cuando comienza el espectáculo no dejan pasar a nadie más.

Yo notaba como que alguien me rozaba con sus muslos, era una señora bien presentada y con buen porte; no sabiendo yo si me quería decir alguna cosa, por lo tanto de vez en cuando la echaba una mirada como queriendo saber algo de ella. . .Dejé mirar a aquella señora, no fuese a ser que se enfadase mi mujer, Candy, que por supuesto se encontraba en el asiento continuo al mío. Pero por nada del mundo se arredró la señora que tenía a mi lado: Es más, que aumentó su roce de su pierna con la mía y hubo un momento que yo creía me estaba cogiendo las manos.

Mi mujer Candy no se dio cuenta; pero sí se dio cuenta Cathy, pues levantándose la tiró todo el recipiente de palomitas encima de su blusa. La señora hizo un espasmo con la cara y desistiendo seguir sentada en aquella localidad, se levantó con un impulso de fuerza enorme arrastrándome a mí detrás de ella; pues me había esposado, y como me había puesto su gabardina arrollada en las manos, no se dieron nadie cuenta de que me estaba llevando esposado y eso que se encontraba en la puerta de aquel local de eventos un oficial de policía.

Todas las personas que nos veían de ésa guisa, creían que yo era su novio y que dicha señora me llevaba a casa más que corriendo; ya que salimos de dicho teatro a paso agigantado, y sin terminar ver la película. Pero al encontrarnos así como a veinte pasos

vi salir a mis amigos como una centella del teatro, para parar a aquella señora y saber dónde me llevaba. Y ahora sí que el oficial de policía tomó carta activa en los hechos; pues uno de mis amigos, Elisabeth le dijo algo al salir de aquella sala.

No hubo manera de alcanzar a aquella señora, pues a pocos pasos de allí se encontraba un coche con el motor en marcha, entrándome en el coche dicha señora para comenzar un trayecto sin saber yo dónde íbamos.

A ninguna parte: Desde luego no fuimos a ninguna parte, porque enseguida se nos echó encima dos coches de policías cerrándonos el paso. Y nada más llegar mis amigos donde estaba yo, me transmitieron con su poco pensamiento, que no era muy difícil llegar a la conclusión que ellos llegaron.

EMERICK -. Se ve la protección que tenemos.

CANDY -. Cállate, Emerick.

ANDREW -. Sí, eso. Cállate Emerick.

No nos debía oír nadie hablar así; pues se darían cuenta que estábamos protegidos, o por lo menos ya nos habíamos dado cuenta nosotros; que es todavía peor, al sabernos defendidos por nuestro. . . Señor, superior, jefe. . . No sé que sería aquel señor con tantos imperativos categóricos dentro de su entorno familiar, y hasta pasando la frontera familiar entre los grandes de aquella bonita y hermano Nación.

Volvimos todos a nuestro lugar de trabajo en la gran casa, estándonos esperando el señor de la misma para arengarnos de algo que no debíamos hacer de aquí en adelante; y era que no debíamos salir de la casa todos al mismo tiempo, a la vez, que



debíamos pedir permiso cuando deseásemos salir a la calle por causas personales, o cuando fuese nuestro día de descanso. - ¿se han enterado ustedes?-. Pues claro que nos habíamos enterado de lo que sería nuestras vidas en aquella casa: Ordeno y mando.

No, ¡no!; no podía ser. Cuando vimos a un grupo de marines tomando su desayuno a la mañana siguiente en la cocina: Ni siquiera tenían sitio donde poderse tomar aquel tentempié, para proseguir con sus maniobras en aquel día tan ajetreado para todos los de la casa; pero pronto nos dimos cuenta de que aquel pelotón de marines no estaban en unas perfectas maniobras y sí en un reten formado para vigilar la casa y defenderla de un posible evento dañino que pudiese venir del exterior de aquella gran casa

No sabíamos ni en lo que pensar; pues ya estábamos tomando miedo al darnos cuenta del peligro que corríamos dentro de aquella casa, tan enorme y con tantas dependencias, que todavía no habíamos visto ni la mitad de ellas y creíamos que no las viésemos jamás.

Aquella noche oí unos ruidos como de botas por el pasillo, abriendo la puerta un poco para que no se me viese y lo que pude ver era a un soldado vigilando el pasillo, yendo de un lado a otro. Cerré la puerta y me fui hacia donde se encontraba durmiendo Candy para despertarla y comunicarla lo que había visto.

CANDY -. ¿Qué deseas?. ¿Por qué me despierta?.

ANDREW -. Ahora he visto dónde estamos. Hay un soldado de imaginaria en el pasillo.

CANDY -. ¡No me digas!.

Sí que la decía, y la decía algo que los demás amigos debían saber a la mañana siguiente, y a la mañana siguiente cuando estábamos todos desayunando aproveché un descuido del cabo de cocina para comunicarme con mis amigos.

Yo quería decirlos algo, pero no sabía cómo iniciar la conversación sobre lo que había visto la noche anterior, hasta que me dio hincapié mi amigo Óliver al decirme que le parecía que estábamos en un cuartel.

ANDREW -. Eso quería yo decirlos. Ayer vi hacer imaginaria en el pasillo a un soldado que le habíamos visto por la mañana de reten.

ÓLIVER -. ¿No digas?

ANDREW -. Y tanto que digo.

Se quedaron todos los amigos mirándome como esperando que yo siguiese hablando, y para no asustarlos me callé en aquello que yo creía posible y así era; pues desde luego estábamos en una especie de fortín, Ya que en sí no era un cuartel pero sí una fortaleza hecha como defensa de los habitantes de aquella enorme casa.

No hubo más conversación en aquella hora de desaliento para con mis amigos y también para mí; ya que al parecer estábamos dentro de las ordenanzas militares sin saber cómo habíamos llegado allí.

Sí, sí lo supimos en aquel mismo día; ya que se habían dado cuenta que nosotros nos habíamos percatado dónde estábamos; de modo que llamándonos al salón de la casa, por parte del jefe, nos entregaron unos carné como de personal adscritos a la conservación y sobretodo como trabajadores al mando militar.

No nos daban posibilidad de mando alguno y sí de “a sus órdenes”, presentándose el furrier donde nos encontrábamos con el afán de llevarnos al almacén para uniformarnos. Y una vez ya uniformados nos hicieron llegar a Comandancia militar

Ya no sabíamos si aquello era un fortín o un cuartel encubierto; pues dado a sus múltiples dependencias aquella gran edificación no podía considerarse como fortín, y sí como cuartel; debido a que tenía todas las dependencias generales de un cuartel en activo.

Un día me encontraba en el jardín de la casa con todos mis amigos, por estar en horas de descanso, cuando se me ocurrió preguntar algo. -.

ANDREW -. ¿Quién de ustedes ha hecho la actividad de la Universidad en las fuerzas armadas?.

Fue asombroso lo que descubrí en ése preciso momento; pues todos alzaron la mano, incluyendo mi persona. No existían dudas, nos habían clasificados a todos nosotros por haber ejercido el manejo de las armas.

Lo principal era saber qué acometidas nos darían en los días venideros, y por decir verdad, no fueron acometidas; más bien fue una asignación de puestos en nuestro nuevo servicio oficial: Poco más o menos parecido a lo que ya estábamos acometiendo en el día de la fecha, pero con más responsabilidad personal para cada uno de nosotros en nuestras nuevas tareas, o desarrollo personal en nuestros ejercicios diarios al frente de aquel mando.

Sí; porque cada uno estábamos asignado a un servicio en particular, al frente de nuestro proyecto, más bien militar, que no empresarial. No dando crédito yo a lo que nos estaba pasando, por eso desempolvé mi contrato mercantil para ver los puntos claves de aquella firma, la que eché hace tiempo delante de un notario y un juez. Y ahora estaba a punto de jurar el cargo como parte de la armada.

¡A sus órdenes!, y sí señor, señor. . . Y de ahí no se podía pasar, so pena de un apercibimiento, por parte de los mandos en forma de reclusión o de arresto provisional.

Era así tanto, que un día se me acercaron los amigos indicándome algo que me llegó al corazón.

IRENE -. Por tu culpa.

Todos se quedaron mirándome con cara de querer saber lo que yo les contase a dicha pregunta; pero como no abría la boca, siguieron instándome para que me explicase o los diese una arenga del por qué se encontraban en dicha situación aunque yo sabía que aquello no me correspondía a mí: De modo que seguí callado, pese a tenerlos a todos en contra mía, más bien su opinión.

Y como no les contestaba nada se fueron yendo de mi vera uno a uno para seguir sus funciones dentro de aquel cuartel, ya que se había visto venir al sargento con paso ligero hacia nosotros; pues llevábamos allí diez minutos más de nuestro tiempo asignado al descanso.

En mala situación y muy apurado me veía yo con respecto a mis amigos; pues éstos querían saber las causas de aquel acuartelamiento. Pero como todo tiene un pase tratándose del sistema económico, aquel mismo día cobramos nuestra paga con un complemento de más, en cuanto a la peligrosidad.

Teníamos dinero fresco en los bolsillos de cada uno, y el resto en nuestras cuentas corrientes; que por no decir más se estaban incrementando por meses. Pudiendo hacer proyectos de compras con nuestras respectivas parejas.

CANDY -. Si esto sigue así, podemos adquirir una nueva casa.

ANDREW -. Pero ésta vez hay que mirar a las cargas económicas y fiscales que dicha casa tenga; no vaya a ser que nos pase igual que con la casa que ya tenemos.

CANDY -. Podemos venderla.

ANDREW -. No nos dejan. A parte que yo no lo puedo hacer debido al profundo respeto que tengo hacia las personas, hacia mis iguales.

Los días sucesivos teníamos el jardín y la casa más limpia que el jaspe, se podía hasta comer en el suelo de la casa de lo limpia que se encontraba; pero con todo y eso un día fuimos llamados al lugar de juntas, pues ya teníamos una habitación asignada como lugar de juntas. Allí no nos pusieron buena cara, ya que el jefe nos informó de que debíamos redoblar la guardia de aquí en adelante; no sabiendo nosotros con qué motivo íbamos hacer más esfuerzos que los pertinentes en cada tiempo y en cada día.

Salimos de la sala de juntas con la brújula cambiada, como se suelo decir; pues no habíamos entendido nada, o por lo menos no entendíamos para qué servía tantos

esfuerzos en nuestra vigilancia en aquella casa si nunca pasaba nada, y nada pasaba por estar nosotros allí en todo momento vigilando la entrada a la casa y no olvidando ninguna cara que se aproximase a ella o entrase en sus dependencias.

Con estos pensamientos me fui al jardín de aquella casa para poder abrir la espita del agua y regar los abetos que separaba el muro de la calle de aquella casa. Mejor dicho, quise abrir la llave del agua, pero no me dejaron. Más bien fue una mano robusta que cogiendo la mía me arrastró detrás de sí sin poderme escabullir de aquella fuerza poco humana como tenía la persona que me estaba llevando detrás de ella a las afueras de la casa, sin poderlo remediar yo.

Sin esperarlo llegué al Lyric Opera of Chicago, en la 20N Wacker Dr. Chicago IL 60606 y pese a que me habían anestesiado, la droga no surtió mucho efecto en mí, pudiéndome dar cuenta a dónde habíamos llegado. Entrando enseguida dentro de aquel edificio por el ocio y el buen Arte; ya que ése día se estrenaba, Anna Bolena en su escenario. Pudiéndome dar cuenta, perfectamente, de la obra que se estaba montando en aquel Teatro porque el lugar que eligieron para esconderme fue debajo del escenario, más bien a un lado; puesto que en el centro o en el otro lado, no me di mucha cuenta, había una bajada de escalera para llegar al sótano.

A mí me estaba gustando la voz del barítono, cuando ya no me gustó tanto fue lo que comencé a oír desde mi encierro. Dos señores hablaban entre ellos diciendo el uno al otro que era un peligro haberme llevado allí; ya que todos nosotros, y se refería a mis amigos, llevábamos un chip metido en la piel, así que sabrían dónde me encontraba yo, y hasta dijeron mi nombre perfectamente, pues los oí yo.

Comencé a tocarme todas las partes de mi cuerpo; y hasta por poco me desnudo para saber dónde llevaba yo dicho chip de vigilancia hacia mi persona no pudiendo dar con el por más interés que ponía.

Como al pronar un brazo me hice daño, me dejé caer sobre la pared y ahora sí que me di cuenta de donde llevaba yo el chip que informaba a mis mandos el lugar dónde yo me encontraba.

El chip lo llevaba en la espalda, cerca del omoplato; dándome cuenta que no era buen sitio para haberme instalado aquel artilugio; pues al ducharme se podría haber producido un circuito electrónico a simple parecer. Pero eso sí, a mi simple parecer

Si aquello fuese así, ya sabrían donde me encontraba yo en aquel preciso momento, tranquilizándome por totalidad al comprender que mis mandos sabrían el lugar exacto de mi encierro.

Comencé a oír unas carreras de un sitio a otro, al tiempo que alguien abría las puertas a base de golpes, pero a la vez con cuidado. En el mismo golpe que daban a las puertas presentía yo que lo hacían con sumo cuidado., al no ser muy estrepitoso el golpe dado a la puerta. Me agaché en aquella especie de arbitración, no más de tres metros, para que no se me pudiese hacer daño alguno, si tal vez saltase alguna astilla dentro de la habitación. Pero no, no hizo falta que me hubiese agachado, ya que aquella puerta se abrió sin golpe alguno, entrando dos soldados en la habitación para liberarme. Y ¡OH!, sorpresa de sorpresa; pues se encontraba allí mi mujer Candy.

ANDREW -. ¿Qué te ha pasado?.

CANDY -. He sido secuestrada yo también.

ANDREW -. ¿Y eso?.

CANDY -. Lo peor que ha sido dentro de la casa.

ANDREW -. Y el servicio de seguridad. . .

Sí, ¿dónde estaba el servicio de seguridad en ése preciso momento?. Eso me dio hincapié para pensar que no estábamos seguros ni dentro de aquella casa; contra más fuera de ella, y que íbamos a ser la mira de todos nuestros enemigos dentro de aquel servicio oficial, más bien militar.

Nos volvieron a la casa en un instante sin confirmarnos nada de lo sucedido, tal vez para que no nos preocupásemos mucho por el hecho de habernos secuestrado algún grupo insurgente, al tener contrarios intereses por los que nosotros estábamos sirviendo.

En realidad no nos informaban de nada, teniendo que dar nosotros la cara sin saber por qué ejecutábamos tal o cual servicio; y al parecer lo ejecutábamos muy bien: Pues si no se nos hubiese rebajado el servicio a simples empleados de las fuerzas armadas. A mi simple parecer no nos habían secuestrado; era más bien que nos habían llevado a un sitio de confianza, en donde nadie nos pudiese hacer ningún daño y así se lo hice saber a mis amigos. Y por aquello de que la susceptibilidad es mucha, nadie se creyó lo que yo le estaba contando.

Al volver a la gran casa vimos a un militar de alto rango de otra nación, vestido con su uniforme y sus condecoraciones. Pero cosa rara, pues al salir a la calle salía de paisano, por no dejar la normativa vestir de uniforme a ningún militar de otra nación a no ser que fuese de representación oficial.

Tuve idea de investigar por mi cuenta, pero no había modo y manera de hacerlo, ya que cada rincón de aquella casa se encontraba bastante vigilado por los Marines y hasta por sistemas electrónicos. Un paso en falso daría al traste con nuestros ingresos



económicos en aquel medio de personal empleado en la conservación de la casa, adscrito a las fuerzas armadas de EE.UU.

Una suscita idea tenía de los movimientos que se hacían dentro de aquella gran casa, en donde nadie podía entrar excepto el personal militar y el personal empleado en la conservación de aquella casa; que era más bien cara a los ciudadanos para que viesen una pequeña actividad fuera de la misma, como de conservación, dando sensación de que en dicha casa vivía un señor acaudalado.

Un día nos llamaron a secretaria informándonos de algún cometido en especial, para momentos más tarde pasarnos a un salón en donde se encontraba un alto cargo militar de los Marines, con el alto cargo militar que les conté más adelante. Aquel militar estaba vestido de uniforme y al parecer aquel instintivo que llevaba era de la India.

Nos pusieron a todos en un semicírculo para que oyésemos mejor lo que nos pudiesen decir aquellos dos altos cargos militares, que por cierto el militar hindú hablaba muy bien el inglés.

LORTMAN -. Soy el general Lortman, del ejército indio, adjunto a la embajada India en Boston, y desde ahora quedan todos ustedes bajo mi dirección social.

¿De qué dirección social hablaba aquel general hindú?: No sabíamos el significaban de aquellos vocablos, ni sabíamos descifrar aquellas palabras tan obtusas para nosotros. . . Y cosa rara. . . Se había dirigido antes a nosotros el genial hindú, en vez de nuestro general; como así lo manda el reglamento.

En ese mismo momento comenzó a dar unos pasos hacia delante nuestro general, y tomando fuerzas de Espíritu comenzó hablar él mismo.

HAROLD -. Soy el general Harold Allen: Vuestra dirección personal hasta ahora; puesto que dentro de unos días van hacer ustedes un viaje bajo la protección del general Lortman. Se encontrarán en otro país diferente a su Nación y espero con sumo honor se porten todos ustedes muy bien; cumpliendo todo lo que se les mande ejecutar.

La palabra mandato o deber brillaban por su ausencia; ya que nosotros éramos personal de conservación, o sea: Personal trabajador. Pero bien nos podían haber dicho, que nos estaba mandando un general extranjero, y sobretodo para qué se nos quería en otra nación que no fuese la nuestra.

Me imaginé que todos los enigmas empiezan por algo, y éste empezaba por el ocultismo personal de no decirnos una sola palabra de dónde íbamos y para qué servíamos en tierra extraña.

Pero a los pocos días nos vimos en la calle Unayzah, en una bonita casa, en el barrio de los extranjeros, en una Ciudad maravillosa según pudo ver antes de llegar a dicho chalet; pues desde el coche donde nos llevaban se divisaba unas calles lindas y muy bonitas.

Nos dejaron a cargo de un señor acaudalado y con mucho poder en aquella gran Ciudad; no sabiendo yo si acaso seguíamos perteneciendo al personal laboral de los Marines; pues para nada veía yo a uno de ellos en dicha casa. . . Mejor dicho. . . Sí pude ver al general hindú, Lortman, que con paso marcial y como seguro de sí se dirigía de la parte más occidental de aquella gran mansión a la parte más oriental. Él fue el que

rogándonos le siguiésemos nos llevó en un buen coche desde la casa hacia la avenida de Al Amir Maiid Ibn Abdul Aziz y de allí nos sacó de aquella gran ciudad con rumbo desconocido para nosotros.

Me pude dar cuenta lo árida de aquella tierra; pero que a la vez se inundaba a causa de numerosos riachuelos, “Los Wadis”, en la estación lluviosa. Y todo ello en la Región de Nejal.

¿Cuánto tiempo duraríamos en nuestro nuevo destino?: Nadie lo sabía, o por lo menos nosotros no lo podíamos intuir, debido a que el mutismo era lo precedente para todo lo que nos rodeaba.

Lo cierto fue, que comenzamos a trabajar enseguida en una casa un tanto alejada de la Ciudad, sin saber dónde nos encontrábamos: Si en una urbanización, por la gran manzana que había alrededor edificada, o por el contrario en una gran edificación amurallada por edificios no muy elevados.

Los hombres llevaban unas vestiduras sueltas y onduladas de algodón, que era el thawb y una pañuelo cuadrado, el ghutral, y las mujeres llevaban en la calle una vestidura larga y negra llamado abacal y un velo que era el nigab. ¡Pues qué bien!; en cuanto a lo que les estoy relatando; ya que yo no había visto nunca dichas vestiduras, pero que al parecer me estaban gustando.

No digamos nada de la comida de aquella gran Nación; ya que lo mejor de todas ellas era el kabasa, una especie de arroz con dátiles y almendras rebozada de cebolla, canela y ajo, complementado por una especie de pan llamado khubz y unas galletas buenísimos como eran las kbeeja y unas croquetas con habas llamado falafel.

En pocos días cogí peso y como mi mujer, Candy me veía comer con placer y felicidad, me intentó tirar un cable para que no me pusiese como un búfalo de obeso.

CANDY -. Te veo comer con satisfacción éstos manjares tan buenísimos.

ANDREW -. Es que me gustan todos; sobretodo el kabasa.

CANDY -. ¡Toma!; es que está buenísimo.

Se necesitaba un peluquero o una peluquera, y como Candy era peluquera la eligieron a ella; entrando en las dependencias de aquella gran casona, en forma de un palacete más bien moderno.

No me explicaba para quién sería la necesidad de necesitar una peluquera, pero cuando vi entrar en aquella gran casona a gentes occidentales me di cuenta que sería más bien para ellos.

Sí, allí pernoctaban infinidad de personas occidentales, sin saber yo qué hacían en dicho lugar; pues en dos o tres días se marchaban de aquella casona. Unas no volvían más y otras se las veía al cabo de un buen tiempo: Pero a quien sí vi fue al general Lortman, entrando un día seguido por dos hombres de mediana edad, y sin decir nada se fueron a las dependencias interiores con alguna que otra tarea encomendada, sin saber yo cuales serían dichos menesteres.

Mi interés se centraba por saber qué era lo que nos rodeaba, si acaso un asentamiento o una urbanización bien definida; pero lo malo era que no me podía mover de mi puesto de trabajo, ya que se darían cuenta de mi gran interés por saber dónde nos encontrábamos, o por lo menos qué nos rodeaba en aquella gran casona.

Como yo estaba encargado de entre otras muchas cosas limpiar las ventanas, esperaba que algún día me mandasen a la terraza para limpiar las ventanas de dicho

lugar; pues desde allí vería qué nos rodeaba, cosa que nunca llegaba. Parecía que en aquellas dependencias no vivía nadie; por lo tanto no hacía falta limpiar las ventanas de la terraza.

Pasaban los días y con ellos me consumía el gran interés que tenía por saber dónde nos encontrábamos, no habiendo manera de averiguar nada; hasta que un día mandaron a uno de aquellos señores para que contratase unos dromedarios que los sirviesen de transportes, y como aquel señor se presentó pronto con los camellos, me di cuenta que posiblemente estaríamos cerca del zoco.

No estaríamos muy lejos de la gran Ciudad; aunque para decir verdad ésta Ciudad ha tomado incremento en construcciones desde hace pocos años; teniendo unos cinco millones de habitantes dentro de su casco urbano.

Algo era algo: Ya sabía dónde nos podíamos encontrar y tal vez no estaría mal encaminado, en creer que no nos distanciábamos mucho de la gran Ciudad; pues en pocos días salió otro señor para mercar unas cortinas, presentándose en poco tiempo en la gran casonas con ellas. Sí, desde luego que sí estaríamos cerca de la gran Ciudad, y eso ya era mucho saber para mi persona, calmándoseme todos los ánimos y tranquilizándome en cuanto supe dónde nos encontrábamos y máxime cuando tuve que limpiar las ventanas de la terraza por estar cerca la llegada de un señor afortunado.

¡AY!, ¡AY!, ¡AY!; qué bien situado estaba el señor de la casa; pues la había construido casi en todo el zoco de aquella gran Ciudad, no entrando allí más personas que las de mucho temple y de corazón de acero. Poco se sabía de aquel lugar, que al parecer estaba desapareciendo, siendo más bien por el recelo de los occidentales para entrar en sus inmediaciones, recorriendo sus calles totalmente de estilo oriental.

Una vez más me excedía en la comida, así que me volvió a llamar la atención Candy por lo mucho que yo comía.

CANDY -. Comes mucho.

ANDREW -. Me gusta ésta comida.

Nada más se retiró de mí mi mujer Candy vi que se me acercaba un nativo de aquella gran Nación, con idea de hablarme; y como no me hablaba yo me hice el interesado con algunos movimientos y algunas miradas echadas a su persona. Fue entonces cuando aquel señor se atrevió a decirme algunas palabras.

SEÑOR -. Se fija usted mucho.

ANDREW -. ¿Sobre qué?.

SEÑOR -. En todas las cosas que le rodea.

ANDREW -. Me gusta ésta Nación: Me ha caído simpática.

SEÑOR -. Pues déjese fijar tanto y trabaje más.

Eso me lo decía aquel señor que había permanecido toda la mañana como observando qué era lo que hacíamos nosotros: tal vez era un informador del señor de aquella casona.

Pero en general el trato con aquellas personas se nos daba bien, por ser unas personas agradables y con buenos modos; se podía tratar con ellos.

Yo, en particular, me había hecho amigo, por así decir, de tres personas agradables y con tratamiento bondadoso; pues me conquistaron el corazón: Eran dos hombres y una joven muy simpática.

Un día me encontraba solo ante ellos, comenzando a bailar la joven alrededor nuestro, y eso que no tenía parentesco con ninguno de nosotros, pero la confianza en aquella región era enorme: El hombre con la mujer y la mujer con el hombre; pues se respetaba mucho a las mujeres si acaso no era la tuya.

A poco tiempo me di cuenta que el baile que nos había divertido aquella chica no era de aquella Nación, pues me parecía un baile hindú: Sus movimientos la delataron, aunque caí en la cuenta días más tarde, cuando vi hablar al general Lortman con aquella joven, ya que al terminar se hicieron un saludo como del pecho a la frente, siendo el saludo de aquellas gentes nativas solamente desde la frente.

Allí estaba pasando algo, que se me escapaba de inmediato; no viendo yo las formas y las causas de habernos contratado a nosotros en la casa de aquel señor tan adinerado y tan poderoso. Tenía que saber qué era lo que estábamos haciendo allí, a parte de la conservación del edificio; ya que estaba más limpio que el jaspe. Y por otra parte no sabía la manera de obrar para darme cuenta de los tejes y manejes de aquellas personas: Pero no había modo y manera de saber qué se traían entre manos aquellas personas entrando tanto en las dependencias del interior de la casa, mientras a nosotros se nos prohibía dicha entrada.

Eso sí: Se había ganado por la mano el general Lortman al propietario de aquella casa, así que hacía lo que él quería; siendo tal vez el que estaba al cargo del personal de toda la casa, no solamente de nosotros.

Me di cuenta, enseguida, que el quererme enterar de lo que pasaba allí me acarrearía enormes castigos morales para mi persona, tal vez me apartarían de mis amigos y me mandarían trabajos poco dignos para mí.

Todo mi interés por saber de aquellos movimientos quedó en nada, al comprender que me hundiría en averiguar qué se traían unos y otros con esas idas y venidas a las dependencias de la casa; siguiendo con mis tareas encomendadas de tener bien limpio y floreciente el jardín de aquella casa, que no estaba ubicado en poco terreno, ya que era una extensión de unos quince acres: Unos sesenta mil metros cuadrados, si el acre tiene cuatro mil cuarenta y siete metros cuadrados.

A los pocos días tuve un accidente con el cortacésped, pero se pudo subsanar gracias a los doctores, que me saturaron la herida, no quedando yo muy conforme con los hechos de mis tareas cotidianas, que sí con las mismas; por encontrar en ellas continuamente alguna desperfección en lo que estaba haciendo. Era así tanto que el accidente que tuve a los tres días de tener el primero se me complicó la existencia en un cierto grado; ya que el camión que usaba para retirar la basura se puso en marcha sin yo esperarlo y por poco me pasa por encima.

Allí se encontraba Candy en la enfermería, conmigo, cuidándome para que me pusiera bueno y pudiese seguir haciendo mis tareas con honra y dignidad; pero lo que ella no sabía, era que tenía rotas dos costillas flotantes y unas grandes contusiones en la misma pierna donde me golpeó el camión.

Hasta el mismo general Lortman llegó a la enfermería para saber mi grado de lesión, viéndolo un tanto mal el estado en que me encontraba.



LORTMAN -. Etlennai, éste mozo tiene que ser sustituido de inmediato por otro que tenga sus movimientos más acorde a la situación.

ETLENAI -. Sí, querido.

No sabía lo que quería decir el general Lortman, con aquello de que debía tener los movimientos deseados por ellos; al no ser que tuviese que salir corriendo del lugar donde se encontraba. Por eso haciendo un esfuerzo me acerqué más al general Lortman, con afán de hablarle a la oreja, y éste me comprendió de inmediato haciendo un gesto como de agacharse para oírme mejor.

ANDREW -. Mi general Lortman,

LORTMAN -. Me parece que me quiere decir usted algo.

ANDREW -. Sí, mi general. En todo lo que hago soy consecuente: Por lo tanto me veo incapacitado, por momento, de seguir narrando la historia que nos incumbe.

LORTMAN -. Y quieres que sea yo.

ANDREW -. Sí, mi general..

. . . Me dirigí a Etlennai, que permanecía callada y como absorta por la recomendación de aquel mozo y sin cortapisa la indiqué lo que teníamos que hacer. – Ya lo has oído -.

Desde luego que lo había oído Etlennai lo que yo la quería decir, así haciendo un gesto de despedida y dando la mano al mozo salió de la enfermería rumbo a su nuevo destino, que no era otra acometida más que el encargarse del resto del personal.

Yo por mi parte me fui a las dependencias interiores de aquella gran casa para poder escudriñar en sus habitaciones y saber dónde se encontraba la llave que habría el cofre que yo quería divisar por dentro, para ver si en el se hallaba un documento especial, que era la causa por la que estábamos allí.

Pero al darme la vuelta pude ver a un allegado al jefe de la mansión mirándome muy fijamente; como con algún grado de sospecha en el interior de su Alma. Y como yo era también personal de confianzas del dueño de la mansión, le hablé con contundencias sin cortarme para nada.

LORTMAN -. Veo que mi personal de mantenimiento corre mucho. Éstos muebles no están bien limpios.

SEÑOR -. ¿Por eso su grado de interés en saber de los muebles?

Le miré sin titubear a la cara y a los ojos, diciéndole algo así, como.- Nunca he estado conforme si mi gente no hace las cosas bien hechas -.

No me quedé conforme con eso, que le pregunté si sabía de algún comercio cercano que vendiese productos de limpieza, dándome aquel señor la dirección de un comercial en el mismo zoco; pero como apostilló dicho señor: Al jefe no le hacía falta ahorrar ningún dinero, y sobretodo si era en productos de limpieza; ya que tenía contratado dichos productos con una buena firma comercial en la gran Ciudad.

Me pude dar cuenta que aquel señor no se había quedado muy satisfecho con mis preguntas; ya que dicha contrata la tenía yo que saber y aprovechando que estaba cerca Emerick le hice cargo de acarrear dichos productos.

LORTMAN -. Señor Emerick, vaya a ésta dirección para mercar productos de limpieza, no hay tiempo que perder.

Y dándole la nota con la dirección que me dijo el señor; Emerik salió a paso agigantado hacia el comercio que indicaba aquella nota, quedándose aquel señor con mejor semblante y con Espíritu quieto, al saber cómo era yo, con ése grado de pulcra en mi ser metido, que no podía ver una miasma de polvo en ningún mobiliario de aquella casa, y sobre todo cuando estaba a punto el jefe de aquella gran mansión recibir una visita de alcurnia. .- Recibe el señor una visita importante dentro de unos momentos -. Así le hablé aquel señor, quedándose completamente complacido por la disponibilidad que tenía yo para con el amo de la casa. Y no solamente eso; que saqué de sus tareas al señor Óliver para que ayudase a la señora Candy en la cocina, quedando la merienda de aquel día perfilada para su degustación.

No me conformé con eso; pues al saber que llegaba entre el séquito de aquella comitiva personas occidentales, le pedí al señor Andrew que volviese a coger la maquinilla de pelar y las tijeras, quedándose como asustado dicho señor por saber yo a qué se dedicaba en el tiempo que no estudiaba.

Todos ellos acometieron dichas tareas con sumo agrado, saliendo todo a la suma perfección y máxime cuando pedí por favor al señor que me investigaba la ayuda para obtener un buen éxito y así fui llamado por el jefe de la casa para darme la enhorabuena y subirme la remuneración económica a mi cuenta corriente. No me quedé totalmente conforme con eso.

LORTMAN -. Señor. El mérito lo tiene todo mi personal; ya que han trabajado con sumo interés para que saliese todo bien para complacerle a usted.

Pude pasarme en mis palabras; ya que estuve a punto de decirle al jefe de la casa, que quién había tenido el mérito de que saliese todo bien, eran mis hombres. . .

JEFE -. ¿Pero Abbud es también parte de su personal?.

Sabía el jefe de la casa que había pedido ayuda a Abbud, dándome cuenta que tenía que tener cuidado y prudencia en lo que hacía y decía; ya que sabía a los pocos segundos el jefe de la casa todo lo que se urdía dentro de ella.

No estaba muy satisfecho con haber pedido a Etlennai que tuviese cuidado con el personal laboral, ya que no estaba siendo parte de la nómina dentro de un statu militar, y así, en cambio lo era la joven que bailaba al son de las palmas un día. Estaba cayendo en falta yo mismo al indicarla aquella tarea que tenía que ser designada a un miembro de las fuerzas armadas; pero con todo y eso no hizo falta que la relevase del cargo en esa ocasión, ya que mando no tenía.

No, no hizo falta decirle nada; ya que ella me llegó con cara de sorpresa y como asustada, por no saber nada de lo que se tenía que hacer y qué tareas encomendar a cada uno del personal de limpieza o de cocina.

ETELNAI -. Nortman, querido. No sé qué tareas tengo encomendadas al respecto, ni qué tienen que hacer cada señor en lo suyo.

NORTMAN -. Veo que te está siendo difícil lo que te he encomendado.

ETLENAI-. Rebájame en dichas tareas.

NORTMAN -. Etlennai; no vuelvas a decir eso.

ETLENAI -. ¿El qué?-

NORTMAN -. La palabra rebajar. Se emplea más bien en la disciplina militar.

ETLENAI -. Y no nos pueden oír nada de eso.

NORTMAN -. Lógico.

Lo que sí era verdad, que debía tener mucho cuidado con el señor Abbud; pues era el perro guardián del jefe de aquella casa, como ya había podido yo ver.

Respiré, sí, respiré un día que tuve la suerte de salir de la casa a la gran ciudad para contactar y poder volver a firmar el contrato de las personas que yo llevaba como empleados.

Íbamos por la avenida Al Amir Majid Ibn Abdul Aziz, cuando llegamos a la altura de la calle Unayzah no dando la señal de entrar en ella el chofer siguiendo su trayecto hacia otras calles; y así, cuando llegamos a la altura de la calle Umar Ibn Abdud Aziz RD dobló hacia ella entrándose por dicha calle, para después bajar a la calle deseada, que era la calle Unayzah, en donde teníamos que recibir órdenes de nuestros enlaces en dicha Nación.

Las órdenes eran tajantes: No debíamos dejar respirar ni un solo instante al personal de confianza del señor por el cual estábamos contratados todos nosotros; pues el tiempo y el patrocinio, con respecto a los Marines, se nos estaba terminando.

Fui requerido una vez que se terminó la reunión con los representantes de mi Nación, para hablarme de algo trivial para mí, que no para ellos.

AGREGADO MILITAR -. Mi general Lortman. Le tengo que decir algo sobre el trato que está teniendo con los empleados de la casa donde está usted destinado por nosotros.

LORTMAN -. Dígame.

AGREGADO MILITAR -. Ya que nosotros estamos haciendo todo el esfuerzo posible para no ser detectado: Hágalo usted también.

LORTMAN -. ¿De qué manera?.

AGREGADO MILITAR -. No dando confianzas a ningún empleado de la casa donde usted está destinado. Es totalmente contraproducente.

Aquel señor me vio un tanto aturdido por no poder contestar a su requerimiento, pero a la vez se mostró un tanto afable por saber que yo quería conseguir mi objetivo fuese como fuese, dentro de un marco legal internacional.

Tal vez había cometido una falta leve en el trato que di un día al señor Abbud, al preguntarle por algo que yo ya sabía; pero que esperaba me lo dijese dicho señor para entablar una pequeña amistad entre él y yo. Cosa, que al parecer, no podía ser; porque tal vez sería contraproducente aquella unión de amistad entre el señor Abbud y yo.

Pero eso sí, al salir de aquella casa donde nos habíamos entrevistado con los representantes de mi Nación, se me cruzó el chofer preguntándole yo por el motivo que tuvo no dirigirse directamente a la calle donde nos encontrábamos.- vi en ésta calle,

andando , al señor Abbud-. Así se expresaba mi chofer, que además era un hombre de mi confianza; o por lo menos así me lo dijeron al asignarle a mis órdenes.

En ése momento sabía lo que menos quería saber, que era la presencia del señor Abbud en la gran Ciudad; no habiendo permanecido en el complejo residencial por alguna causa desconocida para mí, pero no exenta de un atisbo personal de desconfianza hacia dicha presencia del señor Abbud en el centro de la Gran Capital.

Aquella ida del señor Abbud al centro de la Gran Capital no podía ser otra causa más que la de permanente vigilancia hacia mi persona; por lo tanto los delegados de mi Nación tenían razón: Debía agilizar mi marcha de dicho complejo, encontrando lo que yo estaba buscando allí. Pero aquel señor, el jefe de la casa, lo guardaba con sumo interés y con mucho empeño: Tanto era así, que se había rodeado de un grupo de personas totalmente de su confianza.

Nada más llegar a la gran casona, me puse en contacto con Etlennai, con la simple idea de ver si todas sus pertenencias las tenía a mano, viendo que por el contrario estaba fuera de ella la mayoría de su ajuar personal. No obstante ella me vio un tanto inquieto, que no nervioso, preguntándome por las causas.

ETLENAI -. Querido: ¿Qué te trae aquí?.

LORTMAN -. Querida, mi instinto familiar por saber cómo estás.

ETLENAI -. Ya ves que estoy bien. Lo único que quiero saber quién son los dos señores que te ayudan; porque la chica ya sé quien es.

LORTMAN -. Uno, el más fuerte es inspector militar, el otro es el tácito militar: Los dos los tengo a mí. . .

Iba a decir la palabra mando, pero me corté pensando que allí hasta las pareces oyen, saliendo al quite Etlennai.

ETLENAI -. Sí, tu personal de limpieza de total confianza.

Y para que Etlennai supiese la verdad y no quedarla colgada en sus propios pensamientos y en su poco saber, apostillé lo que hacía cada uno de ellos en una forma metafórica hablando.

LORTMAN -. Uno tiene cuidado de lo que hacen y dejan de hacer las personas laborales que tengo a mi cargo, trayéndome informes suyos y el otro elige muy bien los lugares y los destinos donde tienen que ir dichas personas para que esté totalmente seguras.

Haciendo un gesto característico con la cabeza y con las manos Etlennai, después de haberse movido en su silla de una manera especial, como dando a entender que había comprendido muy bien mis explicaciones sobre el personal que nos rodea.

Sí, a parte de la chica que era el enlace militar que yo tenía: Uno era el Inspector militar que me habían asignado para que no cometiese falta alguna con respecto al reglamento militar que teníamos dentro de nuestro glorioso ejército, el otro era el que nos indicaba, cuando, dónde y cómo debíamos actuar e ir a los sitios y a los lugares de destino con suma solvencia de causa, sabiendo la posibilidad de que saliese bien nuestro



objetivo en un cien por cien. Dicho señor era el que nos debía decir a qué Nación teníamos que ir, una vez lográsemos terminar con resultado positivo nuestro sistema operativo en aquella casa.

Para saber si todo mi personal contratado se encontraba bien, o por lo menos podía seguirnos en caso de tener que andar lo nuestro, me fui a enfermería para ver al señor Andrew, encontrándole como agotado en la cama. Pero al poco tiempo de estar hablando con él pude observar que el agotamiento que yo creía a lo primero no era tanto; era más bien que se encontraba cansado de estar allí, todo el día acostado. . . Ya que a un día le seguía otro, y otro sin saber cuando iba a poder andar.

A mi pregunta si él se encontraba fuerte para poder poner los pies en tierra me sonrió y me explicó que no solamente podía poner los pies en tierra; también podía correr. Aquello me lo dijo mirándome a la cara y a los ojos, como queriendo trasmitirme algo que tenía metido en su Alma. Me había comprendido aquel señor y yo estaba seguro de que podía andar y correr un poco; pues era suficiente ese esfuerzo que podía hacer aquel señor para seguir a todos en nuestra marcha, lejos de la gran casona.

Ahora o nunca: Sí, ahora o más tarde el operativo no tendría posibilidad de salir victorioso en aquel mal destino, por parte de nuestros jefes militares; ya que todo mi personal era parte de paisanos no estrenado en causas de guerrillas.

Me asaltó una sospecha, y era si yo me pudiese quedar atrás a parte de todo aquel personal, tan simpático y tan aguerrido en sus tareas. Aquella idea me estaba atormentando mi conciencia, al darme cuenta en qué estado de peligrosidad iba a ponerlos a todos ellos: Sin una práctica, al respecto, de saber operar en compañía de otros compañeros; puesto que tenía los mínimos hombres formados para dicha retirada y máxime en un terreno árido y desértico.

Aquella noche sería la ideal para obtener el documento buscado; ya que los beduinos dormirían y no nos verían al respecto. Pero cuando estaba en éstas zozobras llegó a mí Etlennai.

ETLENAI -. ¿En qué piensas?.

LORTMAN -. Si me curaré de mi gripe ésta misma noche.

ETLENAI -. Estoy limpiando mis pertenencias.

Me había entendido Etlennai y comenzó a recoger sus pertenencias para una posible salida de aquella casa a paso agigantado.

Pero cuando más tranquilo estaba yo fui llamado en presencia del amo de la casa, que preguntándome qué hacía yo en el barrio de los extranjeros, parecía que me recriminaba el haberme alejado tanto de mi destino; ya que el contrato que teníamos para acarrear el suministro de enseres para la limpieza estaba más cerca de su casa.

No sabía qué contestarle, pero en un alarde de mi pensamiento le dije una cosa que le cayó muy bien.- Me pudo más el interés que tenía por saber cómo era dicho barrio-.

SEÑOR CASA-.Usted ha estado otras veces.

LORTMAN -. Sí; pero llevado en compañía, nunca he paseado por sus calles.

SEÑOR CASA -. Sino fuese extranjero, diría que me está mintiendo.

Todo quedó ahí, en que no volviese solo al barrio de los extranjeros, a no ser que hiciese falta; dándome cuenta que si no formaba el operativo aquella noche no lo podría formar nunca, pues mis horas en aquella casa estaban contadas.

Me fui a las dependencias de los empleados con una sola idea, el mostrar toda clase de interés por la limpieza, levantando a todo el personal para que volbiesen a limpiar toda clase de mobiliario que se encontrasen a su paso y así tenerlos levantados a todos ellos para una posible salida de inmediato de aquella casa.

Parecía que Abbud no dormía, no dormía casi nunca aquel señor; pues se le vio entre el personal de limpieza un tanto extrañado, por las horas en que dicho personal estaba haciendo la limpieza.

Yo por mi parte me fui a donde se encontraba Etlennai para ver qué era lo que estaba haciendo, encontrándola con sus pertenencias ya en las manos.

ETLENAI -. Te encuentro un tanto pensativo.

LORTMAN -. Gracias por no decir que me encuentras un tanto nervioso.

ETLENAI -. ¿Y eso?.

LORTMAN -. El personal de limpieza no limpian ni medio bien.

Parece que me entendió Etlennai, no sé si hice tanto esfuerzos con los ojos para que me entendiese o que cazó al vuelo mis palabras volviéndolas a una oración en pasiva; pues mi retórica era simple y concisa, saliendo yo de allí de inmediato.

Lo primero que hice fue ver cómo estaban haciendo la limpieza el personal encomendado a ella, haciendo un gesto al señor Emerick para que tuviese una trifulca

con alguno de sus compañeros. No sé si me había entendido dicho señor, pero lo cierto fue que me retiré de allí esperando un bullicio de espanto: Así tendría que ir Abbud al sitio de la controversia para ver qué pasaba entre los empleados de la casa.

Yo no oía nada de bulla entre aquellos amigos, haciendo yo como que también estaba atareado limpiando el mobiliario a mi paso; pero a poco tiempo se comenzó a oír unas voces que salían del salón principal, que era donde estaba todo el personal de limpieza en aquel preciso momento.

No perdí tiempo, y salí rápido a las dependencias donde el señor tenía un cofre guardando el documento, y cuando llegué allí el cofre ya no estaba en su sitio, mirando para todas las partes de aquella gran dependencia y como vi una pequeña puerta al fondo me dirigí hacia ella abriéndola para poderme dar cuenta de que encima de una mesa se encontraba el cofre que yo buscaba.

Me fue muy fácil abrir el cofre, pues no estaba cerrado, viendo el documento en su interior. Volviendo a divisarlo una vez más dicho documento; pues la primera vez fue en otra Nación.

Tomé aquel documento en mis manos y dejando todo como lo había encontrado salí de aquellas dependencias con el sólo propósito de sacar de aquella casa a todo el personal contratado por el gran señor. Y todavía tuve suerte, pues Abbud se dirigió a las dependencias interiores por otra puerta diferente a la que yo estaba saliendo, así alerté a los señores de limpieza que siguiendo a la chica salimos de aquella casa no sin pocas complicaciones; ya que el grupo de vigilancia nos dio el alto, diciéndolos yo que me los llevaba para que anduviesen un par de horas, ya que veía se estaban quedando anquilosados por no tener ninguna clase de movimientos: Y que por eso no me gustaba nada cómo hacían sus tareas.

También tuve suerte, pues no encontraron a Abbud por ninguna parte de aquella gran casona y al parecer, según pude saber yo días más tardes, había salido para alertar a los beduinos para que tuviesen toda clase de cuidado en aquella noche y así reforzasen la guardia.

El táctico nos conducía por caminos desconocidos por nosotros, pero que al parecer eran más seguros que otros caminos; pero eso sí, en unos camiones un tanto destartalados, y como a diez minutos de distancias el uno del otro.

Al parecer, el señor de la casa su mayor ejercito en cubierto no lo tenía dentro de su casa, más bien en las arenas que removía el desierto y por supuesto estábamos llegando a él: A esos fieros y aguerridos hombres que hacen frente al polvo del desierto sin contemplaciones algunas.

El señor que conducía nuestro camión, que era el primero, miró hacia atrás como dando señal de que se aproximaba el terreno de los beduinos, preparándonos para su recibimiento, si acaso éramos detenidos por ellos.

No se veía nada, pero allí estaban aquellos hombres, apostados todos ellos como esperándonos; no poniendo mucho interés por aquellos dos camiones, ya que por allí pasaban todas las noches llevando los enseres del señor de la casa. Sí eran los camiones del señor de la gran casona, que vendía parte de los víveres que le sobraba a las tribus más meridionales de aquella Región. Y por supuesto allí nos dirigíamos: No me lo había dicho nadie, pero yo lo sabía; me había dado cuenta que nos estaban dejando pasar sin interrumpirnos el paso, debido a que el señor Abbud los había alertado en otro sentido.

Me pude dar cuenta que teníamos buen personal a nuestro cargo, pues habíamos dejado sin camiones al señor de la casa para poder pasar las líneas enemigas y de feroces guerreros.

Al llegar al primer asentamiento nos estaban esperando, mejor dicho; esperaban la carga del señor de la casa para descargar los víveres para su mantenimiento cotidiano y al ver que no parábamos se increparon aquellos hombres en medio del polvo de aquel camino. Pero nada más pasar aquel asentamiento divisamos un pueblo en lontananza y allí estaban nuestros apoyos logísticos, los que nos conducirían a la frontera de aquella Nación en un tiempo prudencial.

Nuestra marcha prosiguió en un medio mucho mejor que el que habíamos traído, ya que eran jeep mucho más rápidos y con personal adiestrado y con armas. Me di cuenta que en poco tiempo habíamos cogido una carretera convencional para poder correr a pleno ritmo del motor de aquellos coches. Y aquella misma noche estábamos pasando la frontera de aquella bella Nación, gracias a que dichos señores estaban uniformados como los señores que existían en la misma frontera: Alegando que nos habían contratado para cargar y descargar los vehículos.

Al oír aquello, de que estábamos contratados como personal de cargas y descarga de los vehículos, levanté una lona que había debajo de nosotros viendo un completo arsenal a nuestras plantas.

Pero eso sí, nada más pasar la frontera nos hicieron bajar de aquellos vehículos, para montarnos en unos autobuses, conduciéndonos a alguna parte desconocida para nosotros, sin saber por dónde íbamos, ni por qué camino transitábamos; hasta que por fin vimos un helipuerto allí mismo; pues hasta que no estuvimos metidos en el no le vimos.

Llegamos a una Nación cercana, creyéndonos a salvo; pues aquel señor no era del gobierno, ni movía hilos para buscarnos, como no fuesen los beduinos que recibían numerosas dádivas de aquel señor de la gran casa.

Pese a tanto tiempo viajando por infinidad de terrenos, yo no cesaba en guardar aquel documento con sumo cuidado y lo llevaba atado a mi cuerpo, más bien en los músculos pectorales; así sabría si seguía allí o lo había dejado atrás.

Hasta que por fin llegamos a un aeropuerto bien constituido, y de allí a la Fontana de Trivoli, aunque estaban limpiándola; para salir a los dos días rumbo a New York, llegando más tarde a Chicago.

Aquel destino me descolocó un poco; pues yo creía que el documento se iría a quedar en New York para su conservación, pero no, no fue así: Que llevándonos a la bonita Ciudad de Chicago me hicieron entregarle de inmediato a las autoridades militares el documento obtenido, estando cumplido mi destino.

Para su información, les diré que aquel documento era el que forzaba abrir tantos puertos a la India en la segunda guerra mundial, el que yo había cogido prestado en una Nación. Una vez más había puesto en peligro mi físico; y no solamente eso, también había puesto en peligro a mis hombres y al personal de conservación.

Busqué al señor Andrew para hacerle saber que mi acometida en dicho operativo militar estaba cumplida.

LORTMAN -. Me agrada verle a usted mejor.

ANDREW -. Sí, ya estoy mucho mejor. Pero usted, mi general Lortman no ha venido aquí para saber de mí; cosa que se lo agradezco.

LORTMAN -. Si después de habarle visto todos los días, hubiese venido a su lado para preguntarle cómo se encuentra, sería una falacia. Vengo para pedirle que siga narrando sus vidas, esas vidas de jóvenes estudiosos y muy bien aplicados.

ANDREW -. Así será, general Lortman.

. . . A poco tiempo de estar en Chicago fuimos llamados todos los amigos al cuartel general sin saber qué nos querían; cosa que nos chocó un poco, pues no habíamos hecho más que terminar un operativo y comenzar otro sería la ruina para nosotros y nuestras carreras.

Ya que fuimos reclamados; nos presentamos en el cuartel general, no sin antes haber hablado entre nosotros con una especie de recelo por parte de todos lo amigos, al no saber qué nos querían decir y para qué nos habían emplazado una vez más.

Sí; nos costaba creer que fuese para darnos las gracias, pues ya habíamos recibido nuestra remuneración económica y estábamos totalmente conformes todos nosotros.

Al dar el nombre cada uno de nosotros y al presentar el requerimiento, por parte de las autoridades militares en la vigilancia del cuartel, en la misma puerta; parecía que ya nos estaba esperando el sargento de guardia con órdenes de llevarnos a una dependencia, dentro de dicho cuartel.

En aquella dependencia había un teniente ayudado por un sargento, que era el que escribía todo lo que se decía o lo que tenía que redactar en aquel día, para nuestro cumplimiento general, sin saber para qué nos habían requerido en dichas dependencias.

Entramos, al principio, como cohibidos todos nosotros; no sabiendo para qué nos habían llamado a dichas dependencias, pues nosotros no habíamos cometido falta alguna y sobretodo falta grave.



TENIENTE -. Han demostrado una entereza supina y un valor considerable en el operativo que han llevado a cabo; de modo que como sabemos están dentro de la edad para entrar en la academia militar, dentro de la Universidad Militar, les ofrecemos que se suscriban a las prácticas de cadete, en sus estudios.

Nos quedamos todos como descolocado en aquel momento que nuestro teniente nos decía aquello; sin saber si era bueno para nosotros o tal vez nos haría abandonar nuestras carreras. Que por otra parte alguno las estábamos terminando.

ANDREW.- ¿Tenemos que contestar de inmediato?.

TENIENTE -. Se están formalizando las matrículas en estos días. Tienen ustedes cinco días para pensarlo.

Desde luego se habían dado cuenta un poco tarde nuestros mandos; pero con todo y eso debíamos dar las gracias por haber pensado en nosotros; que por otra parte debíamos estar formando un plan estratégico de estudios dentro de dicha promoción, que no sería otro más que el destinarnos a servicios especiales dentro de los Marines. Así se lo hice saber a mis amigos, que sopesando las causas no lo veían claro por parte de todos ellos: Eso de enrolarse en los Marines sin haberlo pensado ninguno de nosotros, no era plan para que en un momento determinado cambiásemos de parecer en nuestra manera de ser y en nuestras vidas.

Algunos de nosotros desconfiaban si tal vez debíamos dejar nuestras carreras por el objetivo asignado; ya que tales operativos en el ejército eran de varios meses y algunos de muchos años.

Yo veía en las caras de algunos de ellos un atisbo de cierta alegría por participar en las fuerzas armadas como parte activa; pero en cambio, en otros no veía yo esa confianza en sí mismo. La que más ilusionada estaba era Elisabeth, que se mostraba totalmente ilusionada al saber que iba a ser cadete; pero la que menos ilusionada se encontraba en aquellos precisos montos era Cathy, debido a la aproximación de sus nupcias con Emerick.

Pedí permiso a mi teniente para hablar con mis amigos y alejándome un tanto de dicho oficial les hable con el corazón en las manos a todos mis amigos. Les dije, que si no pensaban en la gran oportunidad que nos estaban ofreciendo las fuerzas armadas para ser alguien en la vida, y que por otra parte seguiríamos estudiando, como nos dijo nuestro teniente.

FREDERIC -. Ten en cuenta que sólo es un teniente.

Me fui derecho para el teniente y así le trasmití las dudas que teníamos, más bien las tenía Frederic que no todos nosotros, pidiéndonos nuestro teniente que esperásemos unos minutos sentados en dicha sala para volver con un Major (Mayor) portando una carpeta en las manos.

Aquel Major nos mostró un catálogo de las actividades que tendríamos durante el año de formación como cadete; pero que a la vez podíamos seguir estudiando en la Facultad hasta terminar nuestras carreras y así nos lo hizo entender con toda clase de detalle por parte de aquel Major. Pero con todo y eso no se habían quedado algunos de nosotros totalmente conforme por atrasar nuestras carreras con tanto ejercicio militar como teníamos que hacer y así se lo hicieron saber al Major, sacando el horario de entre la

carpeta para decirnos las horas que teníamos en la academia militar y en la facultad. No habiendo duda alguna, al respecto, de que sí podíamos estudiar y terminar nuestras carreras siendo suficiente para ellos.

Como todos estábamos de acuerdo comenzó a sacar el teniente los impresos de inscripción rellenándolos nosotros, cada uno por su parte, y así estábamos matriculados en la Universidad Militar; sin haberlo pensado tan siquiera ninguno de nosotros.

Siendo hoy día aquel Major un experto general; por eso no hemos dado su nombre y eso que él si nos dijo cómo se llamaba.

Quisimos salir de aquellas dependencias, dándonos el alto el teniente, con mucha amabilidad pero sin ninguna clase de miramientos para nosotros.

TENIENTE -. ¿Dónde van?.

ANDREW -. Mi teniente: Nos marchamos a casa, hasta que nos llamen.

TENIENTE -. Ustedes están ya enrolados en los marines.

Así era; pues nosotros habíamos firmado un contrato y la matrícula en la Universidad Militar para obtener el grado de cadete; así que no pudimos salir de la escuela militar para nada, poniéndonos enseguida a las órdenes de un sargento, que en vez de alabarnos lo que habíamos hecho, nos echaba en la cara los sacrificios que íbamos a tener que hacer de aquí en adelante.

Nos miramos todos como asustados, sin saber dónde nos habíamos metido; ya que estábamos allí todos los amigos y todas las amigas, pues en éstos tiempos se admiten también a las señoras; gustándome a mí eso, ya era hora, ¡aleluya!.

Y como nos dijeron que teníamos el perfil deseado, sobre nuestros estudios de matemáticas y de ciencias; allí que ingresamos en sus aulas para recibir las enseñanzas de aquella gran institución. Pues hasta que no terminásemos nuestros estudios no ingresaríamos en las fuerzas armadas. Y eso, siempre que nosotros quisiéramos; pues ahora es otra cosa.

Eso sí, nos dijeron que estudiásemos con todas nuestras fuerzas y con todo el esfuerzo que nuestro cerebro pudiese: Ya que eran estudios muy difíciles, compaginándolos con nuestras carreras; y eso que ya, el que más y el que menos estaba terminando su carrera.

La deferencia con nosotros fue que nos dejaron en la bella y grandiosa Ciudad de Chicago, no queriendo emplazarnos en ninguna otra plaza donde se compartían dichas disciplinas.

No sé si era para todo aspirante a cadete, pero nosotros no pudimos salir vestidos de cadete a la calle hasta que cumplimos una etapa dentro del centro.

Era un sábado por la noche, y allí que nos lanzamos todos los amigos para probar las mieles del que se sabe ya cadete, o por lo menos seríamos en poco tiempo.

Nos fuimos desde la academia militar Phoenix a la calle 20N Wacker DR. Chicago. Más bien a la Lyric Opera Of Chicago para presenciar un montaje de una bonita obra en lírica musical, que era lo que se llevaba antes y al parecer ahora también se lleva con más fuerza y misterio. Y sí, sí había compañeros nuestros presenciando dicho montaje de opera, extrañándose mucho de como íbamos uniformados; pues al parecer los chocó un tanto dichos uniformes, que según ellos se daban a los estudiantes más revoltosos que existían en la universidad.

ELISABETH -. ¿Qué va!, ¡qué va!.

CANDY -. Os confundís.

ANDREW -. De todos por todas os estáis confundiendo. En nuestro caso ha sido por buena conducta.

Al decir yo aquello, de que había sido por buena conducta sopesé las causas y las consecuencias que traerían dichas palabras; así que me retracté de ellas con un movimiento de hombros, como no sabiendo nada.

Nos pudimos escabullimos de aquellos condiscípulos, que nos habían esperado a la salida de la opera, para irnos a una buena cafetería; en donde existían juegos y te podías tomar un café tranquilamente.

Era un decir aquello de que nos podíamos tomar un café tranquilamente, pues en unos momentos nos rodeaban todos los conocidos y condiscípulos nuestros, mirándonos con ojos de sorpresa. Algunos hasta nos tocaban los uniformes como queriendo saber si eran de verdad.

Yo no me sentía tranquilo en dicho lugar; aunque para decir verdad, solamente se encontraba bastante tranquila Candy, que demostraba un aplomo de hierro en todo su ser, no moviéndose para nada de su silla. Viendo a todos mis amigos como nerviosos, de modo que los insté a salir fuera de dicho establecimiento y así podernos tranquilizar un poco de nuestro sufrimiento, al ver a los demás jóvenes como absortos en nosotros, al divisarnos a todos nosotros uniformados, con el uniforme de cadete, mas bien de estudiantes.

ANDREW -. Queridos: Hemos tenido nuestro día de permiso; pero mañana nos tenemos que levantar muy temprano. Sugiero que nos marchemos pronto para descansar.

Así fue como me los llevé a todos mis amigos a las dependencias militares, para poder descansar y estar en forma al día siguiente. ¡AY!, al día siguiente; cuando nos vieron entrar en la facultad todos nuestros condiscípulos, aunque íbamos vestidos de paisanos. Algunos se habían creído que lo pasado en el día anterior fue una broma que los habíamos gastados todos nosotros.

Pero la seriedad que poníamos en nuestra Alma los convenció de que aquello había sido una realidad, y que en definitiva estábamos haciendo el curso de cadete todos nosotros.

Poco a poco los ánimos se comenzaron a calmar entre nuestros condiscípulos, aceptando la decisión que habíamos tenido nosotros con ingresar en la academia militar.

No queríamos molestar, pero para que se fuesen haciendo a la idea de que estábamos estudiando el curso de cadete, llegamos a la facultad vestidos, todos nosotros, de cadete. Y cosa rara: Nadie se extrañó de dicha decisión, tomándolo como lo más normal del mundo, viendo mis amigos y yo que habíamos dado en la clave; pues era el camino fundamental para acostumbrar a nuestros condiscípulos para que nos viesen uniformados a todos nosotros. Observando en la cara de mis amigos una pizca de alegría por haber tomado aquella decisión.

No obstante dieron una broma un poco pesada a una de mis amigas y compañeras de armas. Habían escondido la gorra de plato a Irene, montando en cólera

Frederic por dicho hecho; aconsejándole yo que se calmase, pues era contraproducente los improperios que los decían a los discípulos.

Le cogí de un brazo a Frederic sujetándole para que no se acercase a los discípulos que la habían escondido la gorra de plato, de paseo, a Irene, éste me miró como queriendo saber qué era lo que yo quería de él.

ANDREW -. No te acerques más a ellos, que te van a oír.

FREDERIC -. ¡Y tanto que me van a oír!

ANDREW -. Pues si quieres que la devuelvan la gorra a Irene, hay que usar la diplomacia.

Quedó todo ahí, en que sería peor el remedio que la enfermedad; ya que aquellos chicos no eran malos, lo único que querían jugar un poco con nosotros al parecer por sentirse mejores estudiantes que nosotros. Y era que no podíamos explicar las causas por las que estábamos haciendo el curso de cadete en la Universidad Militar.

Nos separamos de ellos sin habernos dado la gorra de plato, más bien de paseo, de Irene; no sabiendo nosotros qué contaría Irene al sargento cuando la viese sin dicha prenda del uniforme. Pero como la picardía era mucha, uno de nosotros, más bien Cathy, infundió en Irene para que la comprase en un comercio de ropa militar que ella conocía; más bien era ropa usada, por lo tanto se veía que no era su gorra, al estar ya descolorada y como usada, más bien muy usada.

IRENE -. ¿Y ahora qué hago?.

CATHY -. Llevarla siempre en la mano; hasta que se dignen darte la tuya nuestros condiscípulos.

Así lo hizo, pues evadía encontrarse con nuestro sargento en todo momento: Si le veía aparecer por una zona del campus donde hacíamos las prácticas, ella se iba para otro lado, y así Irene no sería amonestada como falta grave, tal vez. . . Veríamos a ver aquel sargento cómo se tomaba dicha falta de incorrección al uniforme militar; puesto que llevar, llevaba gorra, pero se veía que no era la suya.

Aprovechamos la ocasión, cuando salimos de clase en la facultad donde nos impartían las explicaciones de aquella ciencia que a nosotros nos gustaba mucho, y así buscamos a los que habían guardado la gorra a Irene hacia ya dos días, para poderlos hablar a todos ellos.

FREDERIC -. Os ruego devolváis la gorra a Irene; ya que puede ser arrestada por no llevar dicha prenda en condiciones.

CHICO -. ¿Y qué nos dais vosotros a cambio?.

IRENE -. Os daremos las gracias.

CHICO -. No vale: Demostrar que cobráis y regalarnos un sueldo.

Nos quedamos mirando todos los amigos con cara de sorpresa; pues nunca había habido un caso similar en aquella facultad, por años que existía, y hay que ver si existían ya desde hace muchos, muchísimos años.



Ninguno de nosotros quería hablar por prudencia, al comprender que aquello había sido una broma que nos daba aquel joven: Hasta que uno de nosotros se atrevió abrir la boca.

CANDY -. ¡Vale!; hecho.

Y así fue como aquellos jóvenes nos sacaron un sueldo de los que cobrábamos nosotros, con gran estupor nuestro al no ser las formas que existían en dicha facultad de convivencia, unos con otros condiscípulos.

Por supuesto que pagamos la parte proporcional cada uno de los amigos del sueldo que le habíamos entregado a aquel joven, y sí nos devolvió la gorra; pero le esquivábamos todas las veces que podíamos, no queriendo saber nada de aquel chico, que al parecer no era noble ni correcto con sus condiscípulos, compañeros de clase.

Una vez que estábamos solos con nuestro teniente dando las clases teóricas, aprovechó éste para hablarnos sobre lo que nos había pasado con los compañeros de la facultad.

Al parecer no se los ocultaba nada a nuestros mandos militares, todo lo sabían y todo lo intuían a la perfección. No sabíamos cómo se enteraban de todo lo que hacíamos y de todo lo que nos pasaba, pero se enteraban. Por lo tanto nuestro teniente nos aconsejó ir vestido de paisanos una vez que saliésemos a la calla; para que así no nos pudiese ver nuestro sargento y no nos pudiese dar un correctivo a su tiempo por aquella falta. Nuestro teniente era buenísimo: Un hombre correcto y agradable, era de carrera, aunque también lo era nuestro sargento, pero en sí su voluntad y su manera de ser era diferente a la de nuestro teniente.

Y ya en el patio de instrucción, esperamos a nuestro sargento con sumo interés; pues todos teníamos los uniformes impecables, aunque fuesen los uniformes de batalla, que no por eso debíamos tener ni una sola mancha en el.

Aquel día nos hicieron hacer zafarrancho en nuestra sección, poniendo bien el traje de gala, que era el de salida, y viendo el traje de combate, el de todos los días, por si acaso se veía en el alguna mancha o estaba mal planchado.

Aquello nos chocó un poco; pues hasta nos enseñaron a limpiar armas a la suma perfección, no sabiendo nosotros si dependíamos de alguna dependencia militar fuera de aquella plaza; pues al parecer no íbamos mal encaminados.

Nos dejaban seguir nuestros estudios y a la vez estábamos haciendo una especie de servicio militar encubierto, con todas las consecuencias que eso acarrea a nuestro cuerpo.

No sabíamos a quien preguntarle nada, por si nos arrestaban al hacer dicha pregunta; pues para nosotros era peor no poder salir de allí, que toda la gimnasia y todo el esfuerzo hecho antes de asistir a clase en la facultad.

Claro que entre los estudios que teníamos de mucho sextante y otros instrumentos, no podíamos abrir la boca para preguntar nada; pues hasta clase de pilotar avionetas nos comenzaron a dar, sin saber las causas de aquellas implantaciones en las materias asignadas por nuestros mandos. Cuando íbamos a clase en la facultad ya estábamos lo suficientemente cansados como para fijarnos muy bien en las explicaciones del catedrático; pero eso sí, íbamos aprobando de chiripa, como se suele decir.

Fuimos llamados al claustro de profesores, pues nuestro tutor nos quería hablar de los estudios y allí que nos fuimos.

TUTOR -. Veo que han mermado las notas en todos ustedes: ¿por qué es debido eso?,

Nadie quería hablar, hasta que se oyó una voz un tanto conocida por todos nosotros y sobretodo por mí.

CANDY -. Señor. Estamos haciendo los cursos de cadete y nos está costando mucho seguir la disciplina de nuestros estudios.

TUTOR -. Es causa necesaria, sine qua non, que ustedes terminen sus carreras; pues están ustedes a punto de hacerlo.

Nos instó nuestro tutor a que entre todos nosotros pensásemos la posibilidad de llevar nuestros estudios sin tantos esfuerzos físicos, como los que estábamos haciendo hasta ahora. Pero nadie pensaba nada al respecto; hasta que él mismo nos comunicó cómo debíamos hacerlo: Era más bien un sistema mental, pues al entrar en la facultad debíamos hacer un ejercicio mental como que llegábamos a dicho Ente sin ninguna prisa y cuando entrásemos en el aula, deberíamos poner nuestro conocimiento en causa de que íbamos sin agobio ninguno; para rotar un poco nuestro cuello y hacer gestos con las manos. Daría o no daría resultado, pero nosotros lo comenzamos hacer viendo un adelanto en lo que nos había mandado que hiciésemos nuestro tutor. Y así un día tras otro, hacíamos los ejercicios físicos y mentales que nuestro tutor nos había dicho que hiciésemos, viendo un adelanto en nuestros estudios totalmente sustancial. No diciendo que estábamos obteniendo notas buenísimas, pues para ello teníamos que estudiar con todas nuestras fuerzas y con todo el interés del mundo; pero eso sí, las notas fueron

mejorando cada vez más, aunque para ello nos tuviésemos que entrar en los escusados para no ser vistos por nuestros condiscípulos al efectuar dichos movimientos, y al quedarnos absortos en lo que nos rodeaba para dominar la mente y el Espíritu.

La preparación de comandos nos llegó sin esperarlo, por lo tanto tuvimos que hacer las prácticas en un campo acondicionado para la misma, y ahí sí que nos pegamos sendos sustos todos nosotros; pues nos teníamos que tirar a tierra una vez que nos lo mandase el sargento, y sin contemplaciones.

Algún que otro quejido se oía por parte de mis amigos y compañeros; sobretodo de Elisabeth, que era la más débil de nosotros: Aunque para decir verdad, algunos lo callábamos para no hacernos de menos, pues yo me caí sin esperarlo a tierra produciéndome una pequeña luxación en un hombro, aunque me callé para hacerme el hombre fuerte, cosa contraproducente para mí; pues cuando se me enfrió el hombro sentía un dolor espantoso, y máxime cuando nos encontramos en la zona de tiros al día siguiente, no creyendo nuestro teniente que era prioridad el adiestramiento al tiro, más bien nos puso a lanzar granadas de manos. ¡UY!. ¡UY!, ¡UY!; ya era que no podía más, apenas lanzaba la granada de mano a unos pocos metros de mí, alegando que me había dado contra la esquina de una mesa y tenía un hematoma en el hombro que me dolía mucho. Pero al verme mi teniente el moratón que tenía yo en el hombro y al apretar con su mano mis carnes, hice un gesto de dolor que me delaté yo solo.

Me mandó a enfermería mi teniente con la sola excusa de que me pusiera bueno y me curase de mi herida; pues como él decía, aquello era una herida y no de las menores: ¿Qué habría visto mi teniente en el mal que me aquejaba?, para mandarme a la enfermería con suma prioridad.

Al llegar a la compañía nos derrumbamos todos en los camastros como si en ello nos fuese la vida. No podíamos ni hablar, ni movernos; así estuvimos unos momentos, hasta que uno de nosotros dijo algo que nos chocó mucho.

EMERICK -. ¿Y esto para qué?.

CATHY -. ¿Cómo dices?.

EMERICK -. Estamos en primero de cadete: ¿Por qué ésta instrucción y por qué enseñarnos los manejos de las armas y de los instrumentos que iremos a dar en cuarto de cadete?.

Nos pusimos todos a pensar, de que tal vez seríamos un cuerpo especial, al que se le debía formar antes de tiempo; pero en los Marines no se pasa de un grado a otro, o de un curso a otro sin haber hecho el anterior. En éstos pensamientos estábamos cuando sonó el reloj; ya que era la hora de asistir a clase en la facultad, y ¡AY!, nuestros huesos, pues no nos podíamos mover.

Haciendo un esfuerzo enorme, nos preparamos para irnos a la facultad, llegando a ella casi cuando iba a cerrarse la puerta del aula, pero como digo pudimos pasar por llegar justamente en el último minuto. Se quedó el catedrático mirándonos a todos nosotros con cara de extrañeza. Y no digamos nada de nuestros condiscípulos, pues al parecer nos veían como agotados.

Era verdad, nuestro cuerpo no podía más: Y mucho menos, cuando en ése día no habíamos hecho los ejercicios físicos y mentales en el escusado; nos habíamos pasado de largo dicho lugar para poder entrar a su hora en clase, así no nos reprendería el señor catedrático por nuestra tardanza.

Aquel día: ¡Pero y los otros!; sobre todo el siguiente día, cuando nos enseñaron a formar un comando entre nosotros. Creímos fuese difícil dicho ejercicio; pues no estábamos preparados para tales esfuerzos: Siempre andando y vigilando por dónde íbamos, teniendo cuidado los unos con los otros, apoyando al grupo de avanzadilla con todo nuestro empeño: Que si avanzábamos en paralelo, que si avanzábamos en cuña. . . Qué sé yo de tanto avance, ni situación estratégica. . . Y todo eso lo teníamos que retener en la mente todos nosotros, según nos dijo el teniente.

Éramos jovencitos, pero como si ya fuésemos mayores; para tal caso era igual, debido a que no estábamos acostumbrado a tanto ajeteo con nuestro cuerpo, viendo llegar el fin de aquel curso con suma alegría; pues hasta yo terminé mi carrera muy joven, habiéndolo hecho también Candy y el amigo Óliver; así que al siguiente año solamente nos acoplaríamos en los ejercicios que hiciésemos como cadete de marines.

Y como todo termina terminó el primer curso de cadete en la escuela militar, relajándonos un poco al sabernos en estado de vacaciones; así que nos fuimos para celebrarlo a un lugar de recreo aquella misma noche; pero en vez de divertirnos nos tuvimos que emplear en defendernos de los mismos condiscípulos nuestros, al decirnos toda clase de improperios y hacernos burla de nuestro destino.

Nos decían que no éramos dueños de nosotros mismos, que nos emplearían como marionetas de peluche, para tocar los hilos nuestros mandos a modo y manera; no sé yo qué más nos dijeron por haberseme ofuscado el cerebro al oír tantas sandeces en poco tiempo, ya que yo estaba que estallaba de un momento a otro no pudiendo más pero me contuve al pensar que involucraría a mis amigos y compañeros de armas si hacía algo que me fuese arrepentir el día de mañana. Pedí a mis amigos y compañeros que nos saliésemos de dicho establecimiento de ocio sin que se nos elevase el libido y ducho en la moral de sabernos integrados dentro de la Universidad Militar.

Aunque eran horas intempestivas de la noche, nos fuimos a otro local de recreo; pero ésta vez a una sala de fiestas, en donde se intercalaban los juegos con las atracciones, pudiendo venir con nosotros las chicas. Aquel local era más bien una sala de atracciones y de juegos, no teniendo que ver nada con otras salas de fiestas más acorde a la sexualidad.

Ahora sí que la habíamos liado, al comprobar cuando salimos de aquel local de fiestas y de diversiones que no teníamos dónde dormir aquella noche. Uno de nosotros, concretamente Frederic nos indicó una pensión en una calle que estaba equidistante de donde nos encontrábamos en ésa hora de sueño. Allí que nos fuimos, ya que los autobuses comenzaron a funcionar hacía ya una media hora, llegando a dicha pensión sin medios para quedarnos en ella, ya que estaba totalmente completa.

No sabíamos lo que hacer, y yo me encontraba con los nervios elevados; así que echando una mirada a mi amigo le dije algo que él comprendió -. Frederic -. Solamente le dije eso para después recapacitar y pensar que nuestro amigo nos había indicado con todo el amor del mundo dicha pensión. Posiblemente me salieron los colores a la cara, por haberme sobrepasado con nuestro amigo Frederic, una persona servicial y noble como el primero.

Pero como estábamos en la calle S. Rockwell St. no lo pensamos más y nos fuimos a nuestra compañía, para poder conciliar el sueño un par de horas; pero eso no nos fue posible, al ser requeridos por nuestro teniente, una vez que nos había visto dentro de nuestra compañía militar.

Al parecer habíamos incurrido en una falta leve; ya que habíamos entrado en la compañía sin permiso alguno y por otra parte se nos requería en comandancia para

informarnos de algo que debíamos saber. Y camino de comandancia íbamos todos como aturdidos por no saber qué se nos iba a comunicar en dicho departamento.

Pero lo que teníamos que saber, lo supimos en pocos minutos; nada más que entramos en comandancia seguido por nuestro sargento, que no nos perdía de vista para nada.

MAJOR -. Tienen que saber ustedes una noticia.

ANDREW -. Sí major; usted dirá, señor.

MAJOR -. Han entrado en una bolsa de intercambios internacionales. Éste año su destino es un país en conflicto.

¡Acabáramos!: Enseguida nos dimos cuenta todos nosotros qué prácticas íbamos a aprender allí, el manejo de las armas y la destreza en el combate; cosa que a todos se nos erizó el pelo por intuir qué sería nuestra instancia en aquella nación, tan castigada por la guerra y tan maltratada por el tiempo en ella.

No a poco llegamos a la nación que nuestros mandos nos habían dicho, y al pisar tierra vimos un terreno completamente árido, pero que se podía sacar de allí un beneficio si se trataba bien aquella tierra.

SARGENTO -. Cadete, déjese de benéficos y atienda más a lo que debe atender que es. . .



Al decir aquello mi sargento estalló un mortero cerca de nosotros, agachándonos todos y tirándonos cuerpo a tierra, según las enseñanzas que habíamos recibido. Y desde luego el sargento era nuestro sargento; que nos había acompañado hasta el lugar beligerante de aquel terreno.

Nos llevó el sargento a un barracón; pues parte de la tropa, por no decir toda tenían compañías de mampostería; pero al parecer faltaban edificaciones y nos habían asignado un barracón de madera.

Estábamos tan cansados, que nos echamos un poco sobre los camastros que nos tenían preparados en el dormitorio de la compañía que nos quedamos todos dormidos, oyendo a las pocas horas tocar a fajina, para en un momento determinado, antes que dejase el toque de fajina sonar, presentarnos en la explanada de aquel batallón para recibir órdenes.

Nos entraron a todos en unos aviones de transporte militar más bien para personas; haciéndonos lanzar, como a las dos horas, de dicho avión. Aunque para decir verdad a nosotros no nos hicieron lanzarnos desde el avión, más bien aterrizó en una pista totalmente de arena, pero bien definida.

A la orden de marcha a paso ligero, nos vimos involucrados, sin nosotros esperarlo, en una reyerta de aquellos señores por la contienda de defender una plaza que ellos crían con el deber y la moral de que ésa plaza era suya.

Yo lo veía así, no sé si estaba totalmente confundido o en parte; pero vi que los que avanzábamos éramos nosotros, oyendo el vozarrón de mi sargento detrás de mí, que sin titubear nos decía las causas por las que estábamos allí. Pero a pesar de tener mi sargento una voz vigorosa, llegaba a nosotros en forma intermitente debido al ruido de la artillería.

No lo pensó más, mi sargento se arrimó más a nosotros para volvernos a transmitir lo de antes.

SARGENTO -. Nos ha llamado ésta Nación y nuestro deber ha sido responder a la llamada.

¡Ahora sí!. Aquello cambiaba todo mi sentido de ser y mi trayectoria en aquella guerra; pues si nos había llamado el gobierno de aquella gran Nación, nuestro deber había sido el responder a la llamada, como dijo el sargento.

No obstante, cuando nos quedamos a solas, comentamos entre nosotros el por qué de dicho destino y las consecuencias que nos acarrearía el mismo.

IRENE -. No entiendo por qué nos han traído a un sistema hostil.

ANDREW -. El reglamento dice, que tenemos derecho al intercambio; pero siempre en zonas más calmadas; como en embajadas o en alguna práctica necesaria de nuestros estudios, dentro de un emplazamiento militar bien constituido.

CANDY -. Sí; poco más o menos dice eso el reglamento que yo he leído. . .

ANDREW -. ¡Candy!: No seas suspicaz.

Y aunque Candy no quería ser recelosa, tenía una pizca de desconfianza dentro de aquel desarrollo militar y de cómo nos habían llevado a dicho terreno con tanta beligerancia para nosotros; pues era en sí, que todos teníamos la misma desconfianza en aquellas maniobras hechas con nosotros para que aprendiésemos las prácticas de

comandos o de guerrilla. Pero que al parecer, en algunas ocasiones era un estado de “sálvese quién pueda”, al no oír nada a nuestros mandos por el mucho ruido de artillería y el de los morteros estallando cerca de nosotros.

Me arrimé a Candy para contactar con ella los movimientos que teníamos que hacer en aquella hora fatídica, ya que dicha chica tenía los nervios más calmados; era como si no tuviese nervio alguno: Pensaba mejor que nadie en las circunstancias que nos encontrábamos sopesando los pros y los contras. Seguro que sería buen mando militar el día de mañana.

Ella veía, que si permanecíamos apostados en dicho lugar no nos iría a pasar nada; puesto que los proyectiles caían a una considerable distancia de nosotros. Hasta que por fin cesó el fuego de la artillería y nuestros bombarderos aterrizaron en su base aérea.

Una vez calmado todo aquel estruendo de morteros y de bombas cayendo del Cielo, se aproximó a nosotros nuestro sargento con una sola idea.

SARGENTO -. Si estamos aquí, es por que ha habido una avería en el avión que nos traía al aeropuerto de la Capital de ésta Nación.

Nos miramos todos a la cara con un cierto escepticismo, que no disimulamos nuestro enfado para nada, por habernos metido en todo el fregado, como se suele decir, de morteros y bombas de aviación, tiradas a pares desde los grandes reactores para allanar el camino a la marina de a pie.

Ahora sí que no teníamos mucha cobertura moral ni judicial, al saber que el avión había sufrido una avería; cosa que nosotros no lo podíamos demostrar, y sí lo

podían demostrar nuestros mandos, ya que aquel avión había sido alcanzado por un obús quedando completamente fuera de servicio.

ELISABETH -. Ya veremos si es verdad.

ANDREW -. ¿Qué quieres decir, Elisabeth?.

ELISABETH -. Si nos llevan a la capital; donde estaremos más tranquilos.

Tenía razón Elisabeth; pues nuestras sospechas eran que nos iban a dejar en el mismo lugar donde había aterrizado el avión que nos llevaba a la Capital de aquella gran Nación, como nos dijo nuestro sargento.

Pero como muchas veces, hasta las piedras oyen; aquella conversación la había oído nuestro sargento.

SARGENTO -. Les he dicho que llegarán ustedes a la Capital de ésta gran Nación.

¡¡¡FIRMES!!!.

Dando nuestro sargento una gran voz nos ordenó ponernos firmes, y como ninguno decía nada, apostilló la idea de que nos llevarían a la Capital de aquella bella Nación.

SARGENTO -. No les oigo.

TODOS -. Sí mi sargento, sí señor.

SARGENTO -. Como ustedes han podido buenamente. Ya irán aprendiendo.

Vi una inflexión en el Alma de mi sargento; cuando en sí era un hombre aguerrido y combatiente: Ordenes que daba se tenía que cumplir a la primera, y práctica que instruía era a base de voces y como enfadado.

Se le estaba ablandándosele el corazón, se le estaba doblando el brazo en las prácticas militares a nuestro sargento; pues dejó pasar nuestra torpe contestación hacia su persona y sobre todo a su graduación militar.

Nosotros, por nuestra parte, habíamos cogido el tranquilo y la disciplina militar enseguida; haciéndonos a las normas y a la ordenanza interna de los Marines: Parecía como si ya estuviésemos unos pocos de años formando parte de las fuerzas armadas.

Se me puso cerca Candy con idea de hablarme; pero como no podía hacerlo, la indiqué, dando un giro retórico, que hiciese caso a su prima Elisabeth; ya que ella sabía andar mejor por dichos andurriales. Comprendiéndome enseguida Candy para hacerme un gesto con la cara y afirmármelo con la cabeza: Me decía con aquellos gestos que Elisabeth, tal vez, tuviese razón.; pues nuestros mandos parecían sin ganas para llevarnos a la Capital de aquella gran Nación.

No solamente no nos llevaron a la Capital de aquella gran Nación, si no que nos montaron en unos aviones de combate yendo como tutor de cada avión un teniente: Ahora sí que íbamos aprender la instrumentación y el manejo de aquellas máquinas mortíferas; así mismo aprendimos como lanzar los cohetes del mismo avión con suma precisión hacia el objetivo predeterminado.

¡UF!, que mareo cuando bajamos de los aviones; se nos veía a cada uno en la cara que aquello nos había cogido descuidado. ¡Cuántas vueltas!, para no ser dado por la

artillería o por otro avión enemigo; pues al decir verdad, no había muchos aviones enemigos, tal vez ninguno.

Cuando íbamos pasando por el avión donde había ido Elisabet se veía totalmente manchado; pues dicha chica había arrojado todo lo que había comido aquel día de combate aéreo, y al bajarse del avión echó todo lo que tenía en su estómago.

Yo hice un gesto con el dedo índice a Candy para que se fijase bien de lo que podía hacer su prima en tales condiciones y ésta me miró para hacer un gesto con los hombros como no queriendo saber nada de aquello.

Y esto en el segundo curso de cadete: ¡Pues que bien!; que sería estando terminando ya el cuarto curso, que era el último de cadete. Y así sucesivamente un día tras otro, para completar una enseñanza que tal vez no era reglada; más bien sería un ardid de nuestros mandos para que tomásemos el pulso a las contiendas y a las máquinas de matar, como decíamos nosotros.

Se veía que nuestro lenguaje no estaba totalmente dominado y adiestrado en el argot militar; pues a esos artilugios los denominábamos por su fuerza mortífera y nada más; cosa que a nuestros mandos no les gustaba nada, pero que nada.

Un día nos llegó nuestro sargento con todos los nervios a flor de piel, y haciendo que nos pusiéramos en fila peinándonos, nos echó una arenga de lo más fina que yo había oído nunca.

Fiero como ninguno, era aquel sargento de marines, más bien de infantería; pues ya se veía donde iríamos a servir el día de mañana: Donde estábamos obteniendo las prácticas en éste mismo día. Y así poder valer mejor para los Marines, para el ejército de los Estados Unidos del Norte de América. Por lo menos ése pensamiento teníamos

todos nosotros al vernos esclavos de una situación y comprometido con la causa de servir ha dicho ejército.

SARGENTO -. ¡Aspirantes!: ¿Cómo denominan ustedes a la aviación?.

Como no contestábamos ninguno, se enfureció aún más nuestro sargento, poniéndose como un obelisco para infundirnos el miedo dentro de nuestros cuerpos.

SARGENTO -. No les oigo.

TODOS -. Señor, sí señor.

Se nos quedó mirando a la cara uno a uno, viendo en nuestros rostros una sensación como de recogimiento por algo exterior a nosotros.

SARGENTO -. Que no vuelva yo a oír que llaman ustedes al armamento de los Marines, como cosa despectiva. Y ahora pongan otro semblante mejor, que yo no les estoy intimidando; quiero instruirlos en el manejo de las armas y de las prácticas militares. Solamente quiero eso y nada más: ¿Entendido?.

TODOS -. Señor, sí señor.

Poco más hicimos una vez que terminaron las prácticas del segundo curso de cadete, siendo aspirante al mismo; pues al poco tiempo fuimos llevados a los Estados Unidos del Norte de América, más concreto a Georgia y de allí a Chicago.

Estábamos otra vez en nuestra compañía, en el dormitorio, esperando que siguiese el segundo año de nuestros estudios de un día a otro; y por supuesto éste comenzó donde le habíamos quedado al anterior curso, en unas prácticas de manejo de armas y dando muchas ciencias exactas, matemáticas, muchas matemáticas, para saber hallar en qué grado o sextante sería mejor para hacer que el mortero cayese en el sitio deseado por nosotros, o la precisión de lanzar un cohete desde un avión a un blanco concreto.

Pero eso sí, que en el ejército nunca olvidan nada, y por consiguiente no se olvidó que entramos en nuestra compañía sin haber pedido permiso alguno; así que nuestro teniente nos arrestó un mes sin salir a la calle. Solamente salían los que tenían cursos pendientes o alguna asignatura para su evaluación.

¡Rabioso!; nos veíamos todos rabiosos, hasta las chicas estaban como si estuviesen atadas y amordazadas a una columna: Y ¡AY!, cuando nos dejaron salir un sábado a la calle. Fue la desbandada entre nosotros; pues algunos no nos encontramos hasta pasadas dos horas de salir de la escuela militar, por el paso que habíamos cogido y la marcha que llevábamos en nuestra diversión particular.

Y como nuestro distintivo decía que estábamos ya en segundo curso, teniendo idea los demás condiscípulos nuestros, que ya no estábamos empezando; que por lo menos ya habíamos hecho algo en nuestra formación militar.

CHICO -. ¡Mirad a estos!. Ya han empezado el segundo año de cadete.



CHICA -. Por lo menos, algo es algo.

Tenía razón aquella chica; que por lo menos algo era algo, así nos fuimos ufanos a la escuela militar y al llegar a ella nos llamó nuestro teniente, para leernos el parte de retreta en los comedores; pues teníamos que ayudar en los fogones a los cocineros. Pero aquello no fue sólo, ya que los que habíamos terminado la carrera, que éramos Candy, Frederic y yo; teníamos que limpiar la compañía y fregarla dos veces en la semana, a parte de que se hiciese el toque de zafarrancho en la compañía por parte de todos nosotros.

El primer sábado que salimos de paseo lo hicimos con todas las ganas de nuestro cuerpo; para divertirnos con deseo en los lugares de ocio de aquella bella y gran Ciudad; pero eso sí, salimos vestidos de paisanos, yéndonos para ver un partido de béisbol, pues nos gustaba mucho asistir a dichos eventos.

A mediados del partido había pedido, un condiscípulo nuestro, un refresco y al pasar por las gradas donde se encontraba Óliver se le vertió por completo dicho refresco encima de nuestro amigo, poniéndole como un ece homo todo su traje. Con todo y eso no se pudo hacer nada al respecto, pues aquel chico le pidió perdón a nuestro amigo Óliver.

Pero no solamente quedó en ésa anécdota en aquel estadio; que cuando se terminó el partido no se podía levantar Emerick de su asiento por estar pegado en él. Habían echado un producto por el cual nuestro amigo se había pegado al asiento, sin poderse mover de él.

Cuando llegamos al centro militar de formación no nos dejaba pasar el cabo de guardia, llamando al sargento para que viese cómo íbamos de sucios todos nosotros;

pues en nuestro trayecto del Campo de béisbol se había caído Cathy al río; ya que nos habíamos empeñado en dar una vuelta por aquellas bonitas calles, antes de llegar al complejo de formación militar. Allí acudió hasta mi teniente, que arrojándonos otra vez más nos quería hacer entender la vida con más aplomo que usábamos nosotros en nuestro cuerpo: Un buen marine tenía que saber defenderse solo ante los avatares de la vida.

Pregunté a mi teniente con todo el respeto del mundo por las causas de habernos arrestado, una vez más, y éste me dijo que con seguridad nos había pasado dicho trance por haber estado tonteando entre nosotros. Y desde luego no le faltaba razón; pues Cathy se había caído al río huyendo de las bromas que le daba Emerick, pero lo que le pasó a Óliver y a Emerick, ya no era producto de un juego por parte de nosotros, aquello había sido un ataque directo hacia nuestra personas, ya que dichos actos están tipificados por la Ley.

Vimos pronto que todo no estaba perdido; pues al siguiente día vino a nosotros el abogado militar sosteniendo que posiblemente, tuviese que pagar un traje a los dos aspirantes a cadete, por parte de los jóvenes que habían urdido dicha trama: Ya que había sido pensada con anticipación a los actos, y no un hecho fortuito.

Nosotros felicitamos a Emerick y a Óliver por defenderlos nuestro abogado militar, que tanta falta nos hacía; pues los trajes en aquella Ciudad costaban su dinero en los comercios. Y por supuesto se los sacó el dinero a aquellos graciosos jóvenes, por parte de nuestro abogado; haciendo que dichos chicos comprasen sendos trajes a nuestros amigos y compañeros de armas.

CANDY -. ¿Qué te parece?.

ANDREW -. Ha sido una respuesta hacia la sociedad, para que sepa que nos tienen que respetar.

CANDY -. A mí me parece también eso.

Desde luego que había sido una llamada de los marines a los paisanos; para que no volviesen a meterse con nosotros, habiéndoles pegado donde más duele, en el dinero.

Nosotros salíamos sin cortapisa ninguna a la calle, e inclusive íbamos a las salas de ocio sin que nadie nos dijera nada: éramos los amos de la pista como se suele decir.

Recuerdo un día que nos habíamos adentrado por la 700 E Grand Ave. Chicago il. 60611, Estados Unidos, viendo al fondo de la calle una gran superficie comercial, decidiendo entrar en ella todos nosotros. Y ¡OH!, sorpresa de sorpresa; se encontraban allí nuestros condiscípulos, una vez que habían perdido el juicio por tanto acoso moral y físico como nos habían hecho.

Estos chicos se fueron retirando a nuestro paso, no queriendo saber nada de nosotros; parecía como si tuviesen recelos al saber que los podía caer una buena multa en un juicio previo, si acaso se volvían a meter con nosotros: Tanto moralmente como físicamente.

CANDY -. Han aprendido pronto la lección

ANDREW -. No lo digas muy fuerte.

Sí, porque en un momento determinado se podía volver la torta; siguiendo aquellos chicos con las bromas tan espantosas para nosotros. Me comprendió enseguida

Candy callándose por si acaso eso no fuese de recibo, el que se mostrasen aquellos chicos tan correctos con nosotros.

Estuvimos paseando por todas las dependencias de aquella gran superficie, y en un momento creíamos ver, en un señor, a nuestro sargento.

Hice una indicación a mis amigos y compañeros, para que se ocultasen entre unos maniqués que había allí mismo, en el apartado cinegético; ya que nuestro sargento estaba observando un traje de campo, como de caza.

IRENE -. ¿Pero es él?.

FREDERIC -. ¡Calla!, y mira.

ÓLIVER -. Claro que es él. Lo que pasa, que no va vestido de guerra.

ANDREW -. Como te oiga hablar de ésta manera te pone un correctivo.

Claro que le habían puesto un correctivo a nuestro amigo Óliver, si le hubiesen oído hablar de ésa manera; pues la jerga, dentro de los Marines, era otra; no allegada al reglamento interno del mismo cuerpo. Pero eso sí, dentro de la normativa de los marines eran palabras más graciosas y amables, para conllevarla mucho mejor entre nosotros.

Pues claro que sí había sido nuestro sargento, pues al llegar a la Academia Militar, nos emplazó mi teniente, para enterarnos de las nuevas ordenes que teníamos todos nosotros: Nos enrolaríamos en la Marina como grumete, y así poder aprender mejor los manejos de un barco y sus entresijos y a la vez la designación que daba la tropa a cada servicio.

Pues claro que aprendimos pronto la designación que daban aquellos Marines a cada servicio; siendo unas palabras agradables y preciosas: Así supimos lo que era mar alta, manejada y manejadilla, o mar viva, como otros manejos de la Armada en pleno mar.

Por saber supimos la fuerza de las olas al chocar con la cubierta de la fragata, donde íbamos enrolados. Sí lo supimos, sí; pues tanto a babor como a estribor saltaban las olas sin darnos tiempo a podernos levantar una vez más del suelo de la cubierta.

Hubo un tiempo que parecía zozobrar el barco de un momento a otro por las fuerzas de las olas, y por ése mar embravecido. ¡Adiós!, ¡adiós!, ¡adiós!; pues en un momento determinado se encontraba paralelo a nosotros y muy cerca un submarino.

ELISABETH -. ¿Quién ha pescado éste pez?.

No pudo repetir dos veces aquello nuestra compañera Elisabeth; puesto el sobrecargo lo había oído, dando cuenta al comandante del navío.

Nos imaginamos que nuestra compañera Elisabeth sería amonestada, si eso no era arrestado por haber dado una broma en tiempos de maniobras de la Marina de los Estados Unidos del norte de América. También supimos que era mejor callar y obedecer, que hablar mucho y herrar más en lo que se dijese.

Desde aquel preciso momento, ninguno de nosotros quería decir ni una sola palabra; solamente contestábamos cuando nos preguntaban y eso con monosílabos por si acaso.

Pasamos aquellas maniobras, no siendo agradable nuestra presencia en aquella fragata por la tripulación del navío; ya que éramos inexpertos en el manejo y en la ayuda que pudiese hacer falta, así como en los partes de guerra.

Y digo yo: Algún día teníamos que aprender todo aquello, pero por otra parte pensaba, ¿qué Escuela Militar mandaba a sus cadetes a esas maniobras?. La pregunta la quedé en el aire, por si acaso; ya que a Elisabeth se la había arrestado una vez que llegamos a la Escuela Militar por parte de nuestro teniente.

Entre peripecias y mucho estudio se nos pasó ése año sin darnos cuenta alguna, así que una vez más estábamos de vacaciones en un intercambio de estudios, y por aquello que el Mare Nostrum es unos de los pequeños mares de veraneo fuimos a recabar en el golfo de León, más bien en Niza, en una base militar de la marina.

Zarpamos en pocos días en una fragata de guerra, para unirnos a varios navíos militares en unas maniobras de alto calado. Y así como a unas doce millas de la costa se formó un zafarrancho de combate, sin tiempo para que nos repusiésemos de tal evento.

Al llegar a tierra estábamos todavía como si fuésemos en la fragata de guerra, pues nuestras piernas no se estaban quietas, se movían mucho; como pareciendo que fuésemos todavía en dicho navío militar.

No hubo tiempo ni para respirar; pues nos llevaron a un campo de aviación al siguiente día para que participásemos en otras maniobras militares, pero esta vez aéreas; y hay que ver cómo lo pasábamos, si parecía que habíamos participado toda la vida en dichas maniobras, , , Bueno, eso a lo primero, pues cuando empezaron hacer acrobacias con aquellos aviones, se nos removieron las tripas, al dar vueltas y vueltas aquellos aviones de combate, así como viraje a cada lado de su morro.

El objetivo lo tenían determinado, pero muy bien detallado; solamente se debía apuntar al objetivo, siempre que los instrumentos de abordaje te lo permitiese y lanzar la bomba a la diana.

Y sin esperarlo, una vez que habíamos terminado dichas maniobras recalamos en París. . . ¡Oh la la!, mon amour. Allí tomamos el pulso a las noches parisinas, yéndonos de cabaret y de bares de copa, para poder expansionarnos un poco dentro de la sociedad de aquella bella y gran Nación.

Pero como venían también las chicas, nuestros instintos se nos retraían un poco por respeto a ellas; y como no sabíamos dónde nos metíamos, nos entramos en un local que al parecer lo iríamos a pasar bien: Lo ponía en su puerta, con un letrero enorme y luminoso.

CANDY -. Andrew, me parece que hay un chico mirándome mucho.

ANDREW -. Disimula y no le hagas caso.

No fuimos capaces de despistar a aquel joven; pues viniéndose hacia nosotros la quería sacar a bailar a Candy, y ésta se oponía a bailar con aquel joven desconocido, y mucho menos no quería hacerme a mí de menos.

A lo primero, aquel joven, la pedía salir a bailar a Candy con respeto y con mucho cuidado, pero cuando ésta reiteró su negación a las pretensiones que tenía aquel joven, éste se enfadó atrayendo a otros jóvenes a donde estábamos nosotros, para en un momento determinado hacernos un corro, mirándonos como si fuésemos gente extraña para ellos.

Al pronto se me acercó Cathy diciéndome, que aquel local era una sala de intercambio de parejas; así que salimos de allí más ligeros que una paja; no sabiendo dónde ir por el mucho susto que teníamos metido en nuestras Almas. Y sin pensarlo estábamos paseando por la orilla del Río Sena, viendo en aquel lugar un paseo maravilloso y bonito como ninguno.

Se nos acercó un señor muy amable e invitándonos para que subiésemos a una barcaza que tenía en el río, cerca de donde nos encontrábamos, que le servía de hogar todo el año.

ÓLIVER -. ¿Qué hacemos?.

CANDY -. Hacer caso al primero que nos pido algo. . . ¡No te digo!.

Así fue como rechazamos dicha invitación de aquel maravilloso señor, que con toda clase de palabras y de gestos nos estaba cautivando a todos nosotros, para más tarde sentarnos en sendos bancos que hay de trecho en trecho en aquella orilla del río sin pensar en nada ni en nadie.

Fuimos llamados de urgencias a nuestro centro de estudios en Chicago, para dar las ciencias de la comunicación, y así poder manejar la informática con destreza. Todo esto parecía muy rápido; como si quisieran que en unos años manejásemos el Windows superior cuanto antes.

En aquel curso de unos meses, antes de empezar el tercer curso de cadete dimos el manejo de todas las partes de un ordenador, sabiendo muy bien cómo recibir, imprimir y crear una página nueva en nuestros iconos.



¡Vamos!, que la base principal ya la teníamos; Ahora había que saber los conceptos más intrínsecos de ser un buen informático, dentro de las ciencias de comunicación de aquella facultad.

Nos aseguraron, que cuando terminásemos dar aquellos cursos, seríamos unos buenos agentes de comunicación, como se denomina en Chicago a la informática y en otras naciones.

Y entre unas cosas y otras comenzó el tercer curso para nosotros, estando ya ducho en toda clase de manejo de instrumentos, como así en saber obedecer a la perfección las órdenes que nos diesen nuestros mandos; pues lo fundamental de todo era el saber obedecer a nuestros mandos sin pensar en otra cosa, que no fuese hacer bien la tarea encomendada o el operativo a nuestro cargo.

ÓLIVER -. Te estás dando cuenta; quieren un ejército autómatas.

ANDREW -. En los tiempos que corremos, tal vez es mejor así.

No hablamos más, mi compañero y yo; pues había muchos oídos cerca de nosotros, como para podernos explayar bien el uno con el otro. No obstante eso lo sabíamos ya cada uno de los compañeros: Pese a que no sabíamos quién nos había avalado para estudiar en los marines, que sin ésa condición no entra nadie. Aunque nuestras sospechas seguían fundamentadas en el cuadro superior de nuestros mandos de aquella grandiosa y poderosa Nación.

Yo cada vez que veía las barras ondear me quedaba extasiado, como dando gracias al Altísimo de ser de aquella grandiosa Nación y de pertenecer a las fuerza armadas de la misma: ¡Vamos!, que me sentía otro.

En aquel curso pasamos de la teórica a la práctica sin tiempo de reponernos de nuestro asombro; pues se nos llevaba de un sitio a otro, de una parte a otra, como si fuésemos marionetas; y menos mal que ya habían terminado su carrera otros dos compañeros: Frederic e Irene.

Por lo tanto ya teníamos otros dos compañeros que nos ayudasen en el manejo de las armas, para su limpieza; como así, hacer la limpieza dentro de la compañía. Y al parecer, cuando terminase el tercer curso ya estábamos todos licenciados en nuestras materias de estudios, para comenzar el cuarto curso de cadete todos juntos, sin tener que asistir a clase de aquellas materias comprendidas en la disciplina elegida por nosotros en la Facultad.

En aquel mes nos tocaba, a los que nos quedábamos en la escuela militar auxiliar en la cocina en los fogones, y como un día no pudo estar el cocinero mayor, tuvo que relevarle el segundo de abordó; pidiendo a Óliver que se encargase él de uno de los fogones, o sea: Que hiciese la merienda junto con los otros cocineros. Aquello nos desarboló un poco; ya que éramos pocas manos y ahora tendríamos que redoblar los esfuerzos al vernos pocos y sin prácticas.

Una vez que los marines habían almorzado, se fue nuestro teniente a cocina para felicitar a Óliver y darnos fortaleza de ánimo al resto del grupo. Aquello nos enarboló como a una bandera; pues nos sentíamos alagado por algo que habíamos hecho a gusto de todos.

Pocos días duramos en la escuela militar, pues nuestros mandos nos tenían reservado un lugar inhóspito dentro del territorio de los Estados Unidos del norte de América; en una tierra árida y desértica casi por completo, y los pocos habitantes que había en aquel lugar ya estaban acostumbrados a ver comandos realizando maniobras.

Montados en unos Kaman SH 2G Super prite nos llevaron cerca de la frontera a un lugar desértico y poco habitado, no viendo nosotros ningún aeródromo a la vista; pues claro que no lo veíamos, pues en un momento determinado nos pusieron los paracaídas y nos lanzaron al espacio como si ya hubiésemos hecho las prácticas pertinentes para saber saltar desde el avión.

Aquellos helicópteros eran de combate, no sabiendo nosotros por qué nos habían lanzado desde ellos pero lo cierto era que estábamos llegando a tierra a una velocidad un poco fuerte, para en un momento determinado lograrse abrir el paracaídas del todo y así amortiguar la caída en el suelo.

Las cuerdas y las correas que tenía el paracaídas, como así su lona, se nos engancharon en nuestros uniformes y hasta nos cubrían la cabeza y algunos todo el cuerpo, luchado más bien, por así decir, contra aquel invento.

Cuando logramos desentumarnos de nuestros paracaídas, oímos a Elisabeth como que no respiraba bien; ya que tenía unas correas por todo su cuello, se estaba quedando morada toda su cara y en un momento determinado comenzó a echar espumarajos por la boca.

Elisabeth se estaba ahogando; pues aquellas correas la estaban asfixiando por completo, así que corrimos todos a socorrerla viéndonos en un trance muy difícil para nosotros, ya que nos costó mucho quitar de su cuello aquellas correas que la estaban quedando sin vida a nuestra amiga y compañera.

Bueno, aquello que corrimos todos para socorrer a nuestra compañera Elisabeth era un decir; pues Irene tenía una pierna rota y Frederic una luxación en un hombro, añadido de que Elisabeth no se podía mover por el agobio de asfixie, mermaba nuestro

plan de acción bastante; la capacidad de maniobra del comando se veían truncadas por la poca agrupación militar para conseguir nuestros objetivos.

Me habían hecho responsable del comando, pidiendo yo a mis compañeros que dejásemos los paracaídas en un mismo sitio, así sería mejor para que los Marines lo encontrasen; pero lo que no sabía como íbamos a transportar por el desierto a nuestros compañeros heridos. No veía yo otro medio de transportar más que las lonas de los paracaídas.

Por otra parte se veían unos cactus en el desierto, que tal vez cortados por el centro nos servirían como camilla para llevar a nuestros compañeros heridos a un lugar de sanidad. Pero créanme, que también estaban protegidos aquellos cactus por el gobierno de los Estados Unidos de América del Norte.

¡Pues qué bien!; no pudiendo hacer nada por nuestro compañeros; hasta que se me ocurrió una cosa: Que si unas correas la habían podido asfixiar a nuestra compañera Elisabeth, las correas que llevábamos en el uniforme servirían para portar a nuestros compañeros heridos por el desierto, y así fue.

Yo no tenía más ganas que llegar a una colina que había como a una media milla; ya que se oían voces como de llamadas: Tal vez sería un grupo de casas, donde habría un médico a su cargo. Y con mucha dificultad llegamos a lo alto de la colina, viendo venir a un grupo de personas corriendo a más y mejor hacia donde estábamos nosotros.

Aquellas personas, nada más llegar a nuestro lado nos comenzaron a pedir residencia en los Estados Unidos del norte de América: USA. Quedándome yo totalmente extrañado por aquella petición que nos estaban haciendo aquellas gentes: Tres hombre y una mujer.

Enseguida comprendí la gran invasión que habían hecho aquellas personas dentro del territorio de EE.UU. y sin dudarle una sola vez les di el alto; diciéndoles que quedaban en espera a lo que dijese las Leyes de EE.UU.; así no fallaba, al no saber la legislación de nuestra bella y gran Nación, por no haber dado extensamente el tratamiento que se debía dar, por parte de los Marines, a una invasión dentro del Estadio Nacional.

No sé si había fallado en algo; pues entonces se me amonestaría por ello, ya que llevábamos heridos y tendría que responder a dicha causa. Ya que al parecer tenía que llevar el personal sin daño al objetivo que nos habían asignado nuestros mandos militares; o por lo menos, tendríamos que llegar todos juntos, fuese como fuese, al dicho objetivo militar.

El que más ducho estaba en lengua española era Cathy, que había pasado en aquella bella, bonita y hermosa Nación dos veranos consecutivos estudiando filología española en Santander. Y ella misma fue quien se entendía con aquellas personas, que a parte de ser muy simpáticas querían ayudarnos.

Uno de ellos, haciéndome un gesto característico con la mano, para que no tuviese recelo de lo que él hacía, quitó las correas a Irene, para cargar con ella en su espalda; así como las otras dos personas cargaron con Frederic y con Elisabeth.

Pero a poco de dar dos o tres pasos el señor que portaba en sus espaldas a Irene tuvo que desistir de llevar a nuestra compañera de ése modo; ya que ésta comenzó a dar alaridos de espanto por el mucho dolor que recibía al estar la pierna suelta y al moverse de un lado a otro.

Y ahora sí que se formó con las correas una especie de camilla; pues echando sus mantas sobre las correas sostenía mejor el cuerpo de Irene, habiéndola sujetado la

pierna dentro de la camilla. Y así llegamos, a base de mucho sacrificio, a un pueblo que no digo su nombre para no involucrarle en aquella invasión por parte de dichas personas. Pero que allí si había un médico experto en luxaciones y en roturas de huesos, y no es que fuese especialista en huesos, es que de tantas fisuras y roturas de las gentes de aquel pueblo, ya era ducho en el manejo de la compostura para que quedase bien dicho hueso.

IRENE -. Doctor: ¿Me iré a quedar bien?.

DOCTOR -. Ha tenido suerte; la cabeza del fémur se le ha salido, teniendo solamente una fisura en la tibia.

Y dándola un gran tirón de la pierna, como a media altura del muslo, para no dañar más la fisura que tenía en la tibia, y dando un gran chillido Irene de dolor, logró poner bien el hueso del muslo, articulándolo con el hueso coxal.

Busqué al sheriff entregándole las personas que habían entrado ilegalmente en nuestra Nación, diciéndome el sheriff que si yo los había prometido algo, y expresándome correctamente delante de la autoridad, le dije que los había informado que estaban a espera de lo que dijese de ellos la Ley.; que yo no me había comprometido en nada, por no tener la potestad de hacerlo.

SHERIT -. ¡Muy bien!.

DOCTOR -. Lo ha hecho usted estupendamente.

Y quitándose la bata de asistir a los enfermos el doctor dejó ver un uniforme militar de los Marines del cuerpo logístico. Mirando entonces al Sherit para saber de él; pero éste comprendió mi mirada mostrándome la placa.

COMANDANTE -. De aquí en adelante no se puede pasar.

Al momento salieron del interior de aquel edificio unos soldados de marines que haciéndonos montar en unas unidades de transporte de tropas nos llevaron a una pequeña base, donde estaban los helicópteros que nos habían traído a ése lugar.

Escuché que decían al comandante de la nave, que debido a ir personal de los Marines heridos, debían llegar a la Ciudad de Chicago para su completo restablecimiento, así que no hicimos escala alguna. Solamente repostamos en la Ciudad de Memphis en el Estado de Tennessee.

Enseguida se los llevaron a los lisiados y a los heridos al hospital militar viendo el grado de maldad que tenían dichas lesiones en nuestros amigos; pues al parecer no era tanto lo que los había pasado a nuestros compañeros de armas.

TENIENTE -. Les ha pasado a ustedes lo mínimo.

Así se expresaba mi teniente, informándome que me esperaban en comandancia; yéndome enseguida para dicho destino y así dar informe y tomar las medidas pertinentes que mis mandos deseasen, según el reglamento oficial de los Marines.

Pero como había tenido que dar parte de lesiones y como nos habíamos apoyado en los invasores de nuestra Nación, se me puso una nota con un correctivo; no podía salir en un mes de la escuela militar.

Yo echaba de menos la casa donde viví un tiempo al lado de la costa, y cuando pude salir de la escuela militar me dirigí a dicho lugar, viendo donde había estado la casa un gran edificio de varias plantas: Habían vendido la casa para construir un bloque de viviendas en dicho sitio. Aquello no me gustó nada, pues el terreno donde estaba la casa valía solamente para un edificio pequeño y no uno enorme como el que habían construidos en aquel terreno de arenas y no muy firmes: Si estaba metido casi en el lago Michigan.

Un día tras otro, unas veces con prácticas y otras con teorías y estudiando mucho las materias asignadas en tercero de cadete por nuestro mandos militares, se pasó el tercer curso; esperando para que nos mandasen de intercambio a otra Nación, pero como se atrasaban en mandarnos a otro país, sospechamos algo que nos hizo temblar.

Y efectivamente, en pocos días se nos hizo llegar a una base aérea militar para aprender mejor el manejo de aquellas naves aéreas de guerra. A lo primero nos hicieron pilotar unos aviones sencillos, para saber mejor de su manejo; una vez que nos habían dado un cursillo acerado de las piezas del avión y de cómo teníamos que elevarnos y descender con ellos, mirando siempre la presión.

Eran sencillos aquellos aviones de guerra, pero con todo y eso pasábamos un miedo enorme al vernos solos en los mandos de los aviones; aunque detrás de nosotros fuese el instructor, siempre un teniente y alguna que otra vez un capitán de Marines.

¡AY!, el día que salimos a pista viendo aparcados allí mismos otros aviones de más fuerza y dimensiones que los usados hasta ahora. Parecían mastodontes para



nosotros; pues el que más y el que menos se sobrecogieron y recelaron en subirse al avión que se le había asignado. Se nos veía en la cara ése recelo que teníamos todos por algo que nos estaba siendo grande: Pues con un cursillo acelerado y unas prácticas de nada, querían que pilotásemos aquellos aviones. Dándose cuenta nuestro capitán de tal agarrotamiento en nuestro cuerpo.

CAPITÁN -. Éstos aviones se pilota como los otros; pero tienen que saber ustedes que los mandos los tienen en sus manos; teniendo que pasar los mandos a sus instructores tocando lo que a continuación se los dirán.

Así fue, pues a poco estábamos volando todos en grupo como si ya lo hubiésemos hecho toda nuestras vidas; pero eso sí, a una distancia considerable unos de otros, así cuando virásemos hacia una parte tuviésemos el espacio deseada para hacernos con el avión.

En un momento determinado vimos como el avión que pilotaba Elisabeth se venía abajo: Era así, que hasta vueltas comenzó a dar, y ya a poca altura parece ser que se hizo con los mandos el teniente que acompañaba a nuestra querida compañera de armas. Pero aquel día estuvo por liarla Elisabeth sino hubiese andado lista a poca altura del suelo, pasándole los mandos del avión al teniente.

Fue llamada Elisabet por el capitán, que echándola una arenga, primero, de cómo tiene que ser un Marine, más bien con temple de acero, para después recriminarla en su poco conocimiento.

CAPITÁN -. Se oía claramente al teniente darla las explicaciones.

Elisabeth no decía nada; se limitó solamente a escuchar, y cuando terminó de reprenderla nuestro Capitán balbuceó algo. -. ¡Señor, sí señor! -.

Menos mal que se la ocurrió a Elisabeth decir eso; pues nuestro capitán estaba esperando que dijese algo nuestra querida compañera, ya que la estaba viendo aturdida y como embobada: Aterida por los nervios.

Nos entraron en una compañía de marines veteranos y duchos en los manejos de esos aviones; compartíamos aquella compañía nosotros con ellos. Y para que no nos oyesen, saqué unos naipes, jugando todos nosotros encima de un camastro de aquella compañía y así poderlos hablar en confidencia a mis compañeros; pero enseguida me echó el alto Candy, que era la comandante jefe en dicho comando.

Me dio una vergüenza enorme, pero cuando alcé la vista vi detrás de ella a un soldado de Marine con la insignia de vigilancia militar. Había hecho bien Candy en echarme el alto en mi conversación; pues si no, nos hubiese oído aquel Marine nuestras divagaciones y nuestros apuros que teníamos por que llegase el siguiente día.

Y el siguiente día llegó y con el la clase en forma de charla, que nos dieron, en un barracón para que tomásemos el pulso a aquellos aviones: Entendiendo mejor nosotros los operativos de aquellos mandos y los instrumentos que llevaban dentro de sus cabinas aquellos aviones.

Parece ser que ahora sí lo habíamos entendido mejor, saliendo a volar en aquellos aviones por la tarde con más confianza cada uno de nosotros. Y hasta la agrupación se estaba viendo más estrecha cada vez, pues cada vez nos acercábamos los unos a los otros, sin habernos dicho una sola palabra al respecto; así que cuando

bajamos aplaudían todos los veteranos nuestra decisión de tomar las riendas de aquellos aviones, que no el mando.

VETERANOS -. ¡UF, UF, hurra!.

Sí, ¡hurra! por nosotros; pues estábamos rompiendo ésa velocidad de crucero que hace falta para que te den las alas en el uniforme, y claro que al terminar aquel verano sí nos dieron el impreso acreditando haber hecho los cursillos y las prácticas necesarias, con sus horas, en la aviación de marines.

Por supuesto aquella manera de vitorearnos, se veía que eran hispanos parlantes todos los soldados de Marine de aquella compañía. Y sin esperarlo nos anunciaron que se quedaría nuestra compañera Elisabeth un tiempo en aquella base, para perfeccionar el manejo del avión; pues nos querían a todos unificados.

CANDY -. ¿Has oído lo que ha dicho el Major de ésta base militar?.

ANDREW -. No me ha pasado desapercibido dicha explicación dada por nuestro Major.

Cada vez quedaban menos dudas para nosotros de que éramos un cuerpo de élite dentro de un cuerpo de destino especial para los Marines. Y ésas fuerzas especiales las emplea los Marines para avanzadilla, para información, para meterse entre las líneas enemigas. . . Etc. No sabiendo nosotros para qué nos querían y en qué nos emplearían; siempre que sirviésemos para dicha acometida. Pero lo cierto fue, que en poco tiempo

volvió a nuestra escuela militar Elisabeth con el certificado en las manos de haber hecho las prácticas bien y haber volado las horas necesaria para su reconocimiento.

Con éste encuentro comenzó el cuarto y último año en la academia militar, poniéndonos el instintivo de “Second Lientemant” que es lo mismo ser alférez. Sí, ya habíamos alcanzado una barra, aunque más bien sin brillo, más bien blanca; saliendo a la calle con nuestro nuevo uniforme y nuestra reciente y adquirida barra en la hombrera de la guerrera militar.

Íbamos ufano por las calles de Chicago, con nuestro impecable uniforme y nuestra barra en la hombrera de la guerrera militar; no nos paraba nadie, ni nos sujetaban a nuestros pasos ninguna persona; estábamos siendo respetados por los habitantes de aquella bella Ciudad, no sabiendo qué nos deparaba la suerte una vez que llegásemos a la academia militar. Mucho trabajo, mucho estudio y mucha formación de ingeniería militar, así como las teóricas y las prácticas de ser un buen amante a la patria y a la formación militar; pues la gimnasia era parte fundamental de aquel año.

El uniforme y el aseo corporal formaban toda nuestra división dentro de los Marines; ya que era cosa nuestra, pasando revisión todos los días por parte de nuestro capitán.

Un día que estábamos de maniobras en un terreno pedregoso, vi que Cathy se había tirado cuerpo a tierra cerca de mí y como estábamos tan juntos comenzó a rozarse conmigo, no haciendo yo caso a las insinuaciones de mi compañera; pero ésta no se dio por aludida, siguiendo con su faena.

ANDREW -. Cathy, es una temeridad.

CATHY -. Nos tienen a dos velas.

Sí, nos tenían a dos velas como había dicho mi compañera Cathy; pues teníamos que ser solteros y sin hijos en dichos cursos de la academia militar; era el punto más principal para ingresar en dicha academia: A parte que no podíamos tener hijos.

Si yo la comprendía a mi compañera; pero lo mismo la estaría pasando a Candy y ésta permanecía impasible al Espíritu militar y al reglamento de la academia. Y máxime viéndonos ya con una barra.

Siguieron los estudios de ingeniería y para hacer las prácticas nos llevaron a un terreno con declives pronunciados, englobado en el cuerpo de ingenieros militares, y en un terreno que había una falla nos enseñaron a construir un puente para que pasase el material pesado de la infantería de Marines. Teniendo que dormir en dicho lugar aquella misma noche; ya que al día siguiente formaríamos nosotros un puente.

Creíamos haber tomado bien las medidas pertinentes de un lugar a otro, desde la parte de la falla a la otra parte, pero cuando tuvieron que pasar los camiones pesado el puente falló, no en sus pilares; más bien falló en la sujeción de una parte a la otra de esa falla, ya que las medidas eran cortas y no se ajustaban para que los lados del puente cayeran conformes a las dos partes de esa falla, de lado a lado. Nota: Imposible de haber pasado dichas prácticas, ya que aquellos ingenieros tuvieron que sacar al camión con una grúa del fondo de la falla de aquel terreno, pasando más vergüenza todos nosotros que nunca y poniendo todo el interés del mundo al siguiente día para que nos saliese bien la construcción del puente en aquel terreno, que había sido elegido para tal fin.

Desde entonces se nos apretó más en los estudios de matemáticas, al comprender nuestros mandos que no estábamos muy duchos en los problemas y en las medidas, calculando la distancia de un lugar a otro. Y para ello, a los tres meses nos sacaron a un

campo más bien llano, para que calculásemos desde el terreno la distancia de un objetivo a otro; haciéndolo sumamente de maravillas todos nosotros, ya que no fallamos ninguno en las medidas calculadas.

Hubo también prácticas de convivencia social dentro del grupo; pues unos expertos en la materia nos relacionaban unos con otros para ver cómo nos llevábamos entre nosotros, y al parecer ahí sí sacamos buenas notas.

La relación entre nosotros era exquisita; a parte que nos conocíamos desde pequeños, no teniendo ninguna clase de problemas entre nosotros: La convivencia era mutua y entrañable.

Tan entrañable era nuestra convivencia, que un día nos dio por preparar nuestras bodas; ya que vivíamos como pareja al margen del servicio militar: Creyéndonos las gentes fuésemos marido y mujer cada pareja de nosotros. Así para cuando tuviésemos la barra pertinente, nos casaríamos sin pérdida de tiempo.

El curso estaba dando su fin y aunque nuestros mandos sabían de dichos preparativos de nuestras bodas, lo dejaban pasar por saber que nosotros esperábamos terminar en la Academia Militar nuestros estudios, no poniendo impedimento alguno a que nosotros preparásemos nuestras bodas.

Un día que yo iba por donde se hacía la instrucción de los jóvenes cadete me crucé con un capitán echándome el alto por creerse dicho capitán que yo no le había saludado correctamente; cosa que a mí me extrañó mucho, ya que me cuadré al llegar a su altura, haciéndole el saludo formar como se debe hacer a un militar de graduación superior. No creyendo mi capitán que yo había hecho el saludo correctamente, comenzó a hablarme en voz alta, distrayendo a la tropa que estaban haciendo sus prácticas de formación militar en el campo de instrucción.

Tal algarabía se formó en dicho campo, que fui llamado a comandancia para saber por qué no le había hecho el saludo a mi capitán, alegando yo que había hecho el saludo pertinente, como mandan las ordenanzas militares, a mi capitán; que tal vez él no lo había percibido así. Pues con todo y eso, el que fui apercebido era yo, por dar credibilidad a mi capitán y no a mí.

El pliego de descargo que me formalizó un abogado de Marines fue genial; ya que dicha falta cometida por mi persona a la persona de mi capitán, era grave, para la ofensa que había recibido aquel capitán, de otra compañía; teniendo consecuencia en mi expediente y en la resolución final de mis exámenes para coger la siguiente barra deseada por todos nosotros.

Quise entrevistarme con mi capitán, pero el abogado no me dejó; alegando que era contraproducente dicha reunión, ya que al parecer aquel capitán se aferraba a la ofensa que yo le había hecho.

Como el cuerpo de abogados en los Marines era buenísimo, quedó en agua de borraja aquel apercebimiento, al declinar mi capitán en la petición que le hacía en el recurso, como que yo estaba lo suficientemente apenado por la incorrección que le había hecho a mi capitán en su persona al no haberle saludado correctamente como se debía por su graduación. Aquello sí le llenó de satisfacción a mi capitán, dando su brazo a torcer una vez que creyó haber conseguido su objetivo, que era el hacer ver a la tropa que se le debía respeto por su graduación; pues como me dijo mi abogado, nadie le trataba con el suficiente respeto a aquel capitán, estando dolido por la manera de cómo le trataba la tropa,

Solventado aquel escollo para mi carrera militar, me dediqué hacerlo todo lo mejor que sabía y lo bien que pudiese, no encontrando más respuesta que felicitaciones por parte de mis mandos.

Faltaban pocos días para el final del curso y quería llegar a la graduación con buenas notas en mi expediente; para ello me esforcé en estudiar lo más posible y sacar buenas notas en las materias del cuarto curso; que al parecer no eran pocas.

Un susto recibí un día, al presentarse la policía, el FBI, a comandancia con un solo pensamiento: Preguntarme si en una fecha concreta estuve en un sitio determinado y a una hora concreta. Dando fe mis compañeros de armas, que yo había estado con ellos en ése mismo día y a ésa misma hora; ya que fue en el periodo de las maniobras con los ingenieros militares construyendo un puente.

Pues con todo y eso, me costó mucho el hacerlos ver que yo me encontraba en otra parte, lejos del sitio indicado por ellos: Pudiendo mis mandos afirmar lo ocurrido en aquel día, que era formando parte activa en unas maniobras con mis compañeros de armas.

Al parecer, un condiscípulo de facultad, me había visto en el sitio encausado por unos hechos delictivos, un compañero con el que yo no me había llevado bastante bien, es más; no le había dado cuartelillo en algunas confianzas que se tomaba conmigo.

No era malo, aquel chico; pero como se le había quedado en la cabeza algo metido de mi persona, al no confiar en él, me había denunciado a la policía en un hecho relacionado con importación de opiáceos.

Tal vez me vio acercarme al sitio donde yo tenía mi casa, por motivos sentimentales, al hacer bastante tiempo que no iba por tal lugar; dando rienda suelta a su imaginación, al leer en la prensa digital un artículo que hablaba de contrabando.



Entre que sí y que no, fui requerido por el señor juez para preguntarme qué hice en aquel día y en aquella hora, declinando yo toda responsabilidad en las maniobras de aquellos días. Teniendo que ir, por requerimiento judicial, mi capitán para dar afirmación por lo que yo le dije al señor juez días anteriores.

Aquello no costó en mi expediente, pudiendo seguir estudiando, lo poco que faltaba para fin de curso y con el mi graduación en el cuerpo de cadete, en la escuela militar.

Llegó, claro que llegó; llegó aquel día en que estábamos convocados todos mis compañeros de armas para nuestra graduación militar. Pero cosa curiosa; en vez de hacer aquel acto en la explanada de la escuela militar nos llevaron a Georgia para que nos entregasen el complementario, en dicha plaza militar.

Aquel certificado nos daba paso al nombramiento de teniente de Marine, no pudiendo contenernos lanzamos las gorras al aire, como lo hicieron todas las compañías que en aquel día asistían a su graduación militar dentro de los Marines.

Yo no había oído nada de la arenga militar que nos había echado el Admirante para refortalecer el Espíritu militar. Estaba como ausente; solamente quería pasear mi barra por aquella bonita y grandiosa Ciudad, y créanme que por poco lo consigo, al no ser que a la media hora fuimos reclamados para llevarnos de vuelta a la Ciudad de Chicago y allí sí que pude pasear mi barra en aquel día por las calles de aquella hermosa Ciudad. Pero poco me duró pasear por las calles de la Ciudad de Chicago; ya que al siguiente día me dieron mi primer destino.

Sí, era en una Nación linda para descubrir sus entornos y su terreno; pero mi acometida no me dejaba visitar todo su territorio como yo quería, ya que había un topo en la embajada donde me destinaron como adjunto al agregado militar. Y ése topo lo

tendría yo que descubrir y de mascarar a dicho topo por completo, ya que nos cortaba el medio de información, dentro de los marines, para llevar acabo nuestro compromiso con dicha Nación.

En el paso de una sala a otra oí decir a un señor: Ha estrenado hace poco la barra. Y al otro señor le oí decir: Así será él.

Me propuse que se confundiesen por completo aquellos dos señores; ya que estaban hablando de mí, no había duda alguna, pues allí no existía otra persona más que la mía.

Mi primer día pasó en aquella embajada sin altibajos ninguno, como para tener sofocones de ningún género; pues en deshacer mi petate, en poner bien mis trajes, en pensar en mi Candy, en no pensar en nada, excepto en dicho topo. . . Etc. y así un sin fin de cosas que me pasaban por la cabeza al sentirme completamente solo sin mis compañeros de armas; ya que estábamos muy unidos desde la juventud. Me entró un decaimiento moral dentro de mí, que no podía resistir; así que por la tarde tuve que salir al patio para tomar aire en los pulmones, llegando un señor de la embajada a mí para indicarme de que no podía estar en dicho lugar, que hiciese el favor de entrar en las dependencias de la embajada.

Todavía me entró más desánimo al verme poca cosa, al no poder estar donde yo quería; comprendiendo que estaba siendo blanco de algún fanático tirador, entrándome dentro de la embajada. No queriendo ni cenar aquella tarde, por el congojo que me dio al saberme blanco de un posible señor, exaltado por sus creencias.

Al entrar en la embajada vi a un señor dejar un papel debajo de un periódico, no sabiendo qué significaba aquello. Dejé que el señor se fuese de aquel sitio, para poder

divisar mejor, qué sería aquel papel que había metido debajo del periódico: Y claro que lo vi.

No habían letras en aquel papel; solamente tenía unas rayas hechas de arriba a bajo y del medio a un lado: Parecía como si algún chaval lo hubiese hecho, como si hubiese querido pintar alguna cosa, ¡Vamos!, unos garabatos.

Mentalicé aquellas notas, que al parecer serían parte de un mensaje formalizado para otro señor y me senté en un sillón que había detrás de una cortina, pero dejándome ver la mesita donde estaba el periódico con la nota que había dejado aquel señor, no perdiendo la fisonomía del mismo.

No ha mucho tiempo vi llegar a otro señor como limpiando los muebles, y al llegar a la mesita cogió el periódico con la nota; haciendo como si no la hubiese visto dicha nota, pero cuando fue a poner el periódico encima de la mesita hizo como que se dio cuenta de la nota que estaba debajo de la prensa escrita. Cogió aquella nota y revisándola la volvió a dejar en el mismo sitio; pero ésta vez dentro de las páginas del periódico, pudiendo darme cuenta que aquello significaba algo.

La fisonomía de aquellos dos señores no se me iría de la mente, la tendría siempre consigo en mi subconsciente, para acordarme de sus caras y de sus cuerpos, así como de sus movimientos: ya que era causa fundamental de hacerme con aquellos dos señores, para no darlos cuartelillo alguno en sus maneras operativas; por si acaso eran parte activa de lo que yo estaba buscando. Para que no me vieses, cuando terminó el segundo señor de limpiar los muebles de aquella sala, pues nada más terminar de limpiar aquella mesita se retiró a otra dependencia, me fui a mi cuarto ocultándome en el.

Me descuidé un poco al creerse aquellos señores que yo no me daba cuenta de nada; así que me distraía pensando en que podía haber sido ya nuestra boda, la de Candy y la mía, como también las bodas de los demás compañeros de armas.

En éste estado mental estaba, cuando vi salir de la embajada al señor que había guardado la nota debajo del periódico, seguido del señor que la había leído y sin falta alguna pedí a mi superior permiso para salir aquella mañana fuera de la embajada para pasear por las calles de aquella gran y bonita Ciudad; que a parte de ser la capital de aquella Nación, era motivo de turismo.

Aquellas calles eran espaciosas y bellas, sus gentes iban y venían por sus avenidas sin fijarse en nada, como si no estuviesen en contienda alguna; así se sucedían unas y otras calles, hasta que nos fuimos adentrando por calles más estrechas y como empinadas, que costaba mucho su tránsito por ellas al estar llenas de mercados mostrando sus productos a los turistas.

Poco a poco se fueron estrechando cada vez más aquellas calles: En una me metía y en otra salía; más bien por callejones y vericuetos. Hasta que por fin vi dirigirse hacia mí cuatro hombres con una altura considerable y una fuerza en sus músculos enormes, pues iban remangados enseñando sus bíceps.

No lo dudé más y salí corriendo callejón abajo, hasta dar con las primeras calles; pero como observé que dichos hombres me seguían muy de cerca, apreté el paso y sin pensarlo salí a pleno campo. Y ahora sí que no tenía escapatoria alguna, ya que no había allí nadie que me pudiese socorrer. No obstante seguí corriendo por aquel terreno llano y como arenoso, para hacerse cada vez, dicho terreno, como más mullido a causa de la gran cantidad de arena que tenía en el suelo. Me costaba mucho avanzar por aquel terreno arenosos, pero también costaba el avance a los señores que me seguían con no sé

qué intenciones. Pero con todo y eso no cedí en mis pretensiones de seguir y seguir corriendo, como si mi salvación dependiese de mis piernas, hasta que divisé a lo lejos una avioneta de los años cincuenta del siglo pasado; no arredrándome para nada, me dirigí recto a dicho avión, sin saber si tenía bastante combustible.

Encaramándome a él en unos segundos; pues no tenía medios para subir como no fuese por el ala. Ya en su interior pude observar que la hoja de ruta que tenía aquella avioneta estaba en un idioma no conocido por mí. Y en ése mismo momento oí como subía otra persona por el ala, sin saber quién era.

Me volví para atrás viendo en aquella persona la figura de Candy, que entraba en el avión con ganas de alzar el vuelo.

ANDREW -. Candy, hija mía: ¿No ves cómo está escrita la hoja de ruta?.

CANDY -. Pero los instrumentos de todos los aviones son los mismos.

Tenía razón Candy, que no sé de dónde había salido, y pensando que todos los instrumentos eran los mismos en todos los aviones, cogí la palanca y busqué el medio de encender su motor; pues enfrente de nosotros había una pista con su arena despejada.

¡UF!; qué mal sonaba aquel motor, parecía como si no le hubiesen limpiado nunca, como si no le hubiesen engrasado hace ya bastantes años, pero como aquella avioneta comenzó andar, me dispuse a que tomase más fuerzas para elevar el vuelo en aquel terreno arenoso.

Parecía que quería tomar vuelo, pero al momento se posaba en tierra, y hasta se notaba que cada vez tomaba más fuerza en su motor y en sus alas, hasta que en un

momento determinado se elevó la avioneta, así como unos metros, para dar más fuerzas a los motores, consiguiendo que aquella avioneta volase por aquel espacio arenoso y desértico.

Hacia ya como tres cuartos de horas que estábamos volando, cuando vi en tierra una lumbre hecha por alguien que quería decirme algo: Pues en un momento se desplegó una especie de lona brillante haciendo unas señales de Morse bien visibles a simple vista desde la avioneta.

ANDREW -. Candy, nos dicen que aterricemos.

CANDY -. Haz caso.

Así lo hice; pues aterricé a duras penas en aquel terreno, ya que la avioneta por poco pega con los morros en el suelo. Se quiso empinar por su cola y si no ando listo seguro que lo hubiese hecho. Siendo la culpa mía; pues la hice algo que nunca se debe hacer y es que cuando se aterriza se debe dejar proseguir a los aviones un trecho en tierra, pues el avión cuando aterriza está como volando, y al pegarla yo un frenazo en seco, se me quiso levantar de alerones y del tren de aterrizaje por la cola. Era característico de los aviones del año cincuenta del siglo veinte.

Y sin tiempo de presentación nos montamos todos nosotros, mis compañeros de armas y yo, en unos coches que nos llevaron a un emplazamiento nómada; pues aquellos señores que me perseguían no se atreverían a acercarse.

Los compañeros que iban conmigo en el todo terreno comenzaron diciéndome, que estaban en aquel sitio como emplazamiento de apoyo para mi cobertura en la huida; ya que se sabían tendría que ser así una vez que de mascarases al topo.

No me gustó nada la manera que tenían los mandos de los Marines, para formar un grupo de apoyo a mi persona, pero por otra parte me alegré al ser rescatado por mis compañeros. Ya decía yo que no podía estar solo en aquel operativo tan peligroso para mi persona.

Pero quien conducía aquel vehículo era Cathy, extrañándome mucho al ver llegar, una vez más, la Ciudad de los hechos y preguntándola dónde íbamos me contestó -. A la embajada -. No, no y no: Yo no quería volver otra vez al mismo sitio donde se habían producido los hechos tan peligrosos para mi persona, pero allí estábamos todos dentro de la embajada: oyendo decir a un señor, -. Se ha llenado de tenientes toda la embajada -. Refiriéndose que pasaba algo y él no lo sabía.

Dos horas; dos horas estuvimos en la embajada, hasta que haciéndonos montar en los vehículos que habíamos llegado a ella nos dirigimos como al éste de la Ciudad, saliendo al campo en la misma dirección, para cambiar unos sesenta grados al norte de nuestra ruta.

El operativo o la avanzadilla iban dirigidos por Candy, que con mucho tacto y aplomo estaba mandando aquel cuerpo de ejército de Marines, con sumo cuidado y como si se tratase de nuestra madre, para que no nos pasase nada a ninguno de nosotros.

Nuestro objetivo o nuestra acometida era el observar la avanzadilla del ejército contrario, informando a nuestros mandos de los movimientos de aquella avanzadilla: Algo era algo, por lo menos servíamos para informar a nuestros mandos de dónde se encontraban las fuerzas rebeldes. No sabiendo yo para qué nos tenían a todos allí; si con sólo dos de nosotros nos valíamos para hacer el servicio de vigilancia de aquel terreno; ya que se oteaba muy bien por se completamente llano.

Pero a poco llegamos a un fuerte, en donde nos estaban esperando la tropa; y ahora sí supimos para qué nos estaban llevando a dicho lugar, ya que cada uno de nosotros nos pusimos al frente, comandando, un pelotón de soldados y avanzando en campo abierto, como si fuésemos los gajos de una naranja: Unos al sudeste, otros al centro, otros al nordeste y así sucesivamente. Ésas órdenes nos daba el sobre que abrió Candy una vez que estábamos en el fuerte para poder llevar a cabo nuestro objetivo militar.

El objetivo militar no era otro, más que el hacer un círculo al ejército rebelde, atrapándole en el medio como si se tratase de un bocadillo. Y para ello a mí me dirigieron, con mis hombres, al centro de la avanzadilla, así retendría la marcha de aquellos soldados rebeldes.

Yo conseguí desviar a mis hombres; unos cuantos metros más a bajo de la línea divisoria que me habían mandado los mandos, según el papel de la parte, y otros hombres los puse en la parte más arriba de esa línea divisoria, ya que en ése sitio había un promontorio seguida de una depresión, como falla, en el terreno.

Claro está que aquella compañía se entró en la depresión más profunda de aquél terreno inhóspito para cualquier persona que no fuese de allí, ni que supiese andar por aquél terreno.

Los dejé se concentraran bien en aquella hondonada, sentándose toda la compañía para tomar fuerzas. Y en un momento determinado di órdenes a mis soldados para que saliesen y retuviesen a aquella compañía, habiendo obtenido un éxito fenomenal; pues algunos de mis soldados no llevaba munición en la recámara de su arma, pero fue tanto el coraje que pusieron aquellos soldados, de primeras, que consiguieron retener a los soldados de aquella compañía.



Un exitazo fenomenal y una buena nota para mi expediente personal; pues sin haber disparado ninguna bala, habíamos cogido a la compañía de soldados rebeldes; y así llevarlos al fuerte donde llegaron a por ellos, una vez desarmados, una compañía de Marines.

Habíamos despejado aquel terreno; pues no existían muchos defensores en ése altiplano; ya que la mayoría de los contendientes estaban al norte de aquella Nación, más bien en un terreno montañoso.

Ahora sí que podía operar nuestro ejército a sumo placer; pues se encontraba sin nadie el frente, extendiendo el dominio a todo ése terreno baldío y digo extender y no ocupar, porque eso no era nuestro objetivo en aquella bonita Nación.

Pero como todavía existían algunos que otros rebeldes sin enlaces de sus compañías, los reducíamos para llevarlos de vuelta al campo donde los teníamos a cuerpo de Maharajá, como se suele decir: Se los trataba con dignidad y se los daba de comer el rancho de la misma tropa; pero eso sí, por parte de nuestros psicólogos los hacían comprender lo poco primordial que estaban su manera de pensar, en cuanto a sus formas de operar, no quitándolos la manera de ser y la manera de pensar.

En aquellos tiempos, los Marines respetaban a los soldados que reducían sus pensamientos y con ellos sus creencias. Pero con todo y eso, yo tenía muchas ganas de salir de aquella Nación, donde comprendí que allí no hacía nada. Para no complicándome mi existencia en aquella revuelta militar.

Era tanto así, que con sumo respeto me marché de aquella Nación una vez que mis mandos militares me lo ordenaron, para empezar otro operativo en una Nación ya conocida por mí.

Era en los mismos Estados Unidos del Norte de América, en una base militar que dependía de la OTAN. Pero ésta vez me encontraba solo haciendo mi servicio a la patria. Pero aquí había un dilema: Si se conocía que aquella base estaba regida por las siglas arriba indicada; aunque para decir verdad, me enteré días más tarde de que era un intercambio militar, ya que había Marines y soldados de la OTAN.

No, no estaba aquella base totalmente regida por soldados fuera del territorio de los EE.UU., no, para nada. Fue un espejismo lo que yo había supuesto al principio; pues solamente veía soldados con ésos distintivos militares, hasta que por fin me mandaron a la parte que me correspondía como teniente de marines.

Allí hice un cursillo y una prácticas para formarme en el manejo de los buques, ya que sería imprescindible supiese todo su vericuetos a la perfección y el manejo de los mismos buques, y cuando estuve ducho en dichas prácticas pasé al lado de mis compatriotas.

A poco tiempo de estar en aquella base, me mandaron a Europa, más bien a Niza; sin saber qué haría yo allí: Hablando el patois francés. Sí, en una base militar también de la marina.

Me vi enrolado en un buque de guerra francés rumbo a Sicilia y en medio del trayecto nos cruzamos con una fragata de otra Nación haciendo como que la esquivábamos y lanzando al agua una descarga; pero lo más raro fue, que aquella fragata respondió con otra descarga, tomando un rumbo como de tener ganas de ponerse a babor para defenderse.

No quedó ahí todo; pues desde Sicilia pusimos rumbo a Cerdeña, volviendo hacer lo mismo con otro buque de guerra que se cruzó en El Mediterránea. Y a mi simple parecer que se estaba en una completa guerra socavada.

Sí, me parecía a mí que aquello no era de recibo; pues a dichas provocaciones llegaban otras provocaciones por parte de aquellos buques de guerra: ¡Vamos!, que estábamos en una lucha sin cuartel a mi parecer, en una guerra fría, no sabiendo yo qué consecuencias traería aquel comportamiento por parte de la armada de cada Nación.

Pero si yo creía que todo había sido eso, me confundía por completo; ya que al llegar a Roma vi a Candy con dos barras; sí, era ya capitán de Marines.

No me desagradó ver a Candy graduada ya como capitán de Marines, pues eso era preludio de que yo iría a coger, también, las dos barras; pues yo no dejaba estudiar y emplear todos mis conocimientos para hacer bien mis servicios en todo lo que me mandaban mis mandos.

ANDREW -. Candy, hija: Cómo estás?.

CANDY -. Yo bien, ¿y tú?.

ANDREW -. Me encuentro bien, gracias. . . Me alegro verte, me alegro mucho.

CANDY -. Yo también me alegro verte, Andrew.

Corrimos los dos el uno hacia el otro para fundirnos en un abrazo sentimental, de tal manera que se nos cayeron sendas lágrimas de nuestros ojos; por no habernos visto desde hacía ya tres meses, y a la pregunta que me hizo Candy, la capitana Candy, alegué que me sentía orgulloso de ella, que no tuviese pena de que no me hubiesen dado el despacho de capitán; pues al parecer pronto tendría dicho despacho en mis manos. Pero como las órdenes eran tangentes, tuve que abandonar a mi querida Candy con un: A las órdenes de mi capitán, ya que me estaban oyendo sus compañeros.

Me embarqué en un pequeño barco de arrastre que servía más bien de cargamento militar, llevando a la base de Niza dicho cargamento. Pero el trayecto a su destino no fue fácil; pues al llegar al golfo de León nos avistaron dos buques de guerra yendo enseguida a por nosotros, poniéndose uno a babor y otro a estribor, como si nos quisieran abordar.

Yo permanecía pendiente más bien, no a lo que hacían aquellos buques, si no a lo que estaban pensando la tripulación de aquella barcaza militar; sobretodo los gestos y el grado de compromiso entre su tropa. Pero al ver que la tripulación permanecía impassible, yo me calmé un poco; ya que al parecer nos estaban abordando desde una de esos buques.

Aquello no sé yo qué sería; si de broma o algo poco serio en la armada de aquellas Naciones. Yo, por si acaso, me quité la guerrera y escondiendo las chapas de identificación entre la camiseta me puse a barrer por donde yo me encontraba, oyendo unas risas entre ellos espantosas; dándome cuenta que era por mí, por mi poco aplomo que tuve en ése preciso momento que abordaron la pequeña nave donde yo iba enrolado en la armada de una Nación.

Cuando llegué a Niza comenté con mi comandante, dándome ánimos y moral para que otra vez tuviese más entereza y ánimo de Espíritu en mi cuerpo; ya que esas escaramuzas se daban algunas veces dentro de las marinas de guerra de las Naciones ribereñas.

Se darían a veces aquellas escaramuzas dentro de las marinas de guerras de aquellas Naciones; pero lo que no comprendí que se diese un desembarco de tabaco tan enorme desde la barcaza militar donde yo había recalado en la base de Niza pensando, sin ninguna clase de maldad, que para algo tenía que valer aquellas escaramuzas.

Ya me parecía a mí, que abordaban a la barcaza con mucho peso aquellos aguerridos y nobles soldados de la armada. Comprendí que tenía que andar más listo y abrir los ojos para no recibir bofetadas morales como ésta que estaba asumiendo en estos momentos de incertidumbre para mi persona.

No tardaron mis mandos en darme nuevo destino, en una Nación de un continente de variopintas Naciones y de terrenos diferentes: Unas veces áridos, otros frondosos y algunas veces montañoso por el norte.

Me llevaron a colocarme bien en el centro de ése continente, en una Nación que estaba a punto de estallar en una guerra civil, sino era que había estallado ya.

Estaba un día esperando la llegada de un compañero, Óliver, cuando vi a un señor sentado en una silla en el aeropuerto de ésa Capital, al parecer se encontraría con alguien que nunca llegó; cuando observé que se aproximaban a él la policía del aeropuerto preguntándole algo, que yo no oí. Llevándoselo consigo y como yo no le pude ayudar me encrespé un poco para mis adentros, yéndome al servicio del aeropuerto para lavarme un poco la cara; cuando vi allí mismo a un comandante de una línea regular de una Nación conocida, y al coger su maletín éste se le abrió dejando ver unos paquetes de dólares dentro de él. No me inmuté, pues comprendí que lo llevaba para una ONG de su profesión; ya que casi todos los pilotos de dichas aeronaves pertenecen a ella.

Pensé de momento en la preparación de mi boda con Candy, quedándome totalmente serio y en estos precisos momentos llegó mi compañero Óliver, preguntándome por el mal que me aquejaba; no queriéndoselo decir a mi compañero, para que no participase en mi mal, ya que era bastante enorme al saber de tales artimañas de ésos pilotos: Llevaban el dinero a su nación: ¡Dios sabe para qué!

Pero con todo y eso; aunque yo le había dicho a mi compañero que no me pasaba nada, no se quedó conforme, volviéndome a preguntar lo mismo.

ÓLIVER -. No estoy conforme con la respuesta que me has dado : ¿Dime qué te pasa?.

ANDREW -. Tal vez sería el cansancio de estarte esperando.

ÓLIVER -. Tal vez.

Sin decir una palabra más nos marchamos a nuestra embajada; ya que nos estaba esperando el agregado militar en ella para darnos órdenes en concreto; siendo ésas órdenes el saber del manejo que tenían en el aeropuerto algunos compatriotas nuestros.

¡Acabáramos!: No hacía falta que yo lo dijese a mis mandos lo que había visto, que sí pensaba decirlo; pues ya lo sabían ellos: Pero con todo y eso me atreví a preguntar a mi mando, una vez que le había pedido permiso para hacerlo, por las gestiones que se habían hecho en aquel aeropuerto. Aquel mando me informó de unos movimientos ilegales que se estaban acometiendo; pero como me vio un tanto acongojado, me preguntó por las causas, diciéndole yo que ya lo sabía -. ¿Y cuando pensaba comunicar su pesquisa? -. Y al decirle yo que pensaba decirlo de inmediato se tranquilizó un poco aquel mando.

No lo pensé: Llamé de inmediato a Candy diciéndola que estaba en el aeropuerto de aquella Capital, llegando mi compañera a las pocas horas, con el solo propósito de verme un rato. Y allí disfrutamos de nuestra presencia el uno del otro, teniendo que marcharse mi compañera a las pocas horas para hacer su servicio a miles de kilómetros de ése aeropuerto.

Una vez que me había quedado solo en mis pesquisas de saber quién entraba y quién salía de dicho aeropuerto, volví a pensar en mi boda con Candy y por consiguiente me entró un escalofrío por todo mi cuerpo que se me helaban hasta los huesos.

No duré en aquella Capital de la Nación donde estaba ofreciendo mis servicios militares, ya que al poco tiempo se me asignó otra gran y bella Capital dentro del continente europeo. Pudiendo yo estudiar con más desahogo que en otros destinos; pues aquellas gentes eran serias y puntuales en sus citas.

Un día me monté en un autobús de dos pisos para recorrer sus calles en el, y créanme que lo vi todo: Ésa gentes paseando con su bombín y su paraguas en las manos, por las calles más comerciales de aquella bonita Capital; pero lo que más me llamó la atención fue cuando estuvimos cerca del río; ya que había unas gradas que bajaban a sus aguas, recordando a Jack el destripador, en una novela muy fluida en lectura.

Pero al llegar a mi puesto de servicio me anunciaron, por medio de un fax que debía volver a EE.UU. con algún motivo no especificado en el.

Me faltó tiempo para hacer mi petate y contratar un billete de avión desde la embajada; ya que allí teníamos una agencia de viaje, y en unas doce horas estaba en la academia militar, cumpliendo las órdenes recibidas.

MAJOR -. Mi teniente. Se tiene usted que presentar a las prueba de capitán.

Ya decía yo que tardaban mucho en convocar aquellas pruebas, así que me fui a la dirección que me dio mi Major sin pérdida de tiempo, presentándome a la prueba física y la prueba de matemáticas; pero cuando iba hacer la entrevista con mis mandos

se me ordenó un nuevo puesto de servicio con suma urgencia, no pudiendo terminar dichas pruebas; no siendo acumulativa ninguna de aquellas pruebas.

Por lo tanto se truncó el obtener dicha graduación en aquella convocatoria, ya que mi deber era salir lo más pronto posible hacia mi nuevo destino. Y mi nuevo destino era, una vez más, aquel terreno tan árido y con tanta arena; pero no fui allí, expresamente, que mi destino era en la parte montañosa de aquella gran Nación, en todo el flanco de la contienda.

Y allí, en el norte de la gran Nación se me asignó un grupo de soldados para que fuésemos parte de una avanzadilla, dentro del territorio en litigio militar. No sabiendo yo cómo lo había hecho, una vez que fui llamado, junto con mis soldados, al cuartel general de los Marines, dentro de aquel territorio levantado en armas.

No sé cómo lo hice; pero sí sabía cómo me presentaba delante del comandante: Sin hombreras, sin ningún botón en la guerrera, y con las botas abiertas por sus suelas de tanto correr y saltar por aquellas peñas.

El comandante se quedó mirándome con cara de extrañeza, para después preguntarme por mi indumentaria; lo que tenía que parecer un uniforme, y sobretodo de un teniente de Marines.

MAJOR -. Mi teniente. ¿Ha participado usted en un maratón?.

TENIENTE-. Señor, sí señor: He corrido más que un reno. Señor.

MAJOR -. Déjese usted, mi teniente, de similitudes que no sean castrenses.

TENIENTE-. Señor, sí señor.



Y así fue como le di, a mi Major, parte de la información confidencial de lo que había en el frente de aquella discordia militar, pasándosela mi Major lo más pronto posible al cuartel general de ejército, no gustándolos nada a mis generales.

Se veía que aquella guerra la teníamos enteramente perdida, por no saber avanzar en forma de guerrilla por aquel terreno de tantas piedras y con tanto monte en declive. Tanto era así, que a mí me estaba dando repelús si acaso me volviesen a mandar a ése terreno inhóspito y con tantos montes horadados en su interior para su defensa.

No se me mandó allí, a aquel terreno con tanta dificultad para andar; contra más para correr por aquellos lugares, sin poderse cobijar en nada: Le veían a uno de momento, ya que como no te escondieses eras pactos de las llamas. Más bien me mandaron, con una compañía apoyar a mi capitán, que se encontraba con un grupo de ingenieros construyendo un puente entre dos montes.

La cobertura se la di a mi capitán formando un asentamiento con dicha compañía en aquel terreno, poniendo sendos vigilantes a cada extremo de aquel asentamiento militar.

No tuve problema alguno; pues al parecer aquella zona estaba expedita de contendientes en aquel litigio militar; ya que la infantería de a pie de los Marines, habíamos hecho nuestros deberes, expulsando de allí a los rebeldes.

Una vez mas fui llamado a los EE.UU. con motivo de nombrarme nuevo destino; pero esta vez en la bella y bonita Ciudad de Chicago, pudiendo permanecer allí tranquilo y estudiando con todas mis fuerzas; ya que la convocatoria que me tendrían que hacer mis mandos estaba a la vuelta de la esquina.

Y por fin llegó dicha convocatoria, pasando las pruebas, tanto físicas como prácticas muy bien, así como la entrevista con mis mandos.

Y como las pruebas fueron hechas en Georgia, al coger el despacho de capitán volví, una vez más, a Chicago al igual que la mayoría de mis compañeros de armas; ya que el teniente Elisabeth no pudo presentarse a dichas pruebas, la quedaba un año más para poder acceder a las pruebas de capitán.

En mi permanencia, anteriormente, en la Ciudad de Chicago no salí para nada de la escuela militar; pero cuando me vi con las dos barras y estando en dicha Ciudad con Candy, es que no paraba de un lugar a otro para poder celebrar nuestro ascenso.

¡OH!, cuando entramos en el estadio de béisbol de Los Cachorros, se nos quedaron mirando los condiscípulos que habíamos tenido en la facultad, enterándonos por ellos que tenían ya sus carreras terminadas y algunos tenían un buen despacho.

Al saber aquello me decayó un poco los ánimos; pues yo quería enseñar mis dos barras a dichos condiscípulos de facultad y ahora ellos me estaban informando de lo bien que les iba la vida en sus carreras.

Salí de allí con mi gorra de plato entre los brazos para que me mirasen mejor a las barras; pero con el semblante tenso, notándomelo Candy.

CANDY -. ¿Te pasa algo, Andrew?.

ANDREW -. No; para nada.

CANDY -. Bonita respuesta, para no pasarte nada.

No podía confundir a Candy, ya que ésta chica, mi capitán, me conocía perfectamente y por supuesto no se creyó que a mí no me pasase nada; poniendo ella una cara como de no estar de acuerdo.

No obstante proseguimos nuestro camino hacia el hotel asignado por mí durante el partido de béisbol: El TripAdvisor, que es el mejor hotel de la Ciudad de Chicago, pasando allí una noche inolvidable.

CANDY -. No olvidaré ésta noche que estoy pasado contigo.

ANDREW -. Ni yo tampoco la voy a olvidar.

Hablamos de las cosas que nos incumbían; sobretodo de nuestro enlace matrimonial, que al parecer no llegaba nunca, por más que lo deseábamos los dos. Hablamos también de distribuir mejor el tiempo para vernos allá donde nos asignasen nuestros servicios militare: Unas veces iría uno para ver al otro y así sucesivamente.

Era la única manera de vernos hasta que pudiésemos formar un hogar por derecho y estar de servicio militar en la misma plaza, el uno con el otro.

Pero pronto me di cuenta que aquellos propósitos de querernos ver y las artimañas para vernos no eran otra cosa más que sugerencias, sin base de apoyo alguno a nuestra conjetura para podernos ver y para servir en la misma plaza los dos.

Por lo tanto había que dar tiempo al tiempo, y comprendiéndolo así nos fundimos en un abrazo interminable, de fraternidad y hermandad de nuestros cuerpos; ya que momentos antes habíamos intercalado nuestro flujo sanguíneo.

Casarnos nos podíamos casar, pues nada decía el reglamento al respecto de dos capitanes; si se podían casar o no. Lo único malo era que estábamos en plazas diferentes para poder llevar una vida agradable y plácida el uno con el otro: Todo sería un sobrecogimiento de Espíritu, dando paso a un estado de incertidumbre por no saber el

uno del otro y por no poder salir de paseo, comer el uno con el otro, padecer el mal que el otro padecía, y así sucesivamente. . . Etc. Hasta que por fin vimos el primer rayo de Sol entrar por las ventanas de aquel grandioso Hotel.

CANDY -. Hoy aquí y mañana. . . Mañana no se sabe dónde vas a estar.

ANDREW -. Si tu fortaleza es enorme, estaré dentro de tu corazón siempre que tú pienses que me tienes.

CANDY -. No lo dudes. Estarás siempre que te encuentres lejos de mi persona dentro de mí, sin saber que yo te pienso.

Aquello me aplacó un poco mis ánimos; pues los tenía completamente decaídos a base de decirme Candy, que eran las últimas horas que pasábamos juntos en ése día; hasta que nuestro destino se juntasen en un sitio consolidado,

Ella se quedó en la escuela militar y yo hice por salir rumbo a mi nuevo destino; pero antes nos cogimos de las manos sin querernos soltar: Era así más que tuvimos que soltarnos por el impulso de la fuerza que existía al separarnos uno del otro.

CANDY -. ¡Andrew!

ANDREW -. ¡Candy!

Fue lo último que nos dijimos, cuando arrancó el autobús que me llevaba al aeropuerto con rumbo a mi nuevo destino, que no era otro más que el llevar una compañía de infantería de Marines por un terreno desconocido para mí.

Aquello era un triste calvario, toda mi existencia, en unos terrenos que no eran los míos, pero que yo los tenía que defender.

Un día vimos venir a lo lejos una columna de rebeldes hacia nosotros, e inmediatamente pensé en destacar un vehículo en el flanco derecho nuestro y el otro en el flanco izquierdo de nosotros para en un momento determinado mandar su marcha para que se acercasen a nosotros; ya que los mandé como a un kilómetro de donde tenía yo la compañía de infantería de Marines.

Aquellos rebeldes llegaban a pie con paso tosco, así que cuando vieron salir tanto polvo de sendos lugares dieron media vuelta, para escapar por la retaguardia de donde se encontraban ellos. De modo que no hizo falta disparar un solo tiro, devolviéndoselos yo a sus gentes.

Había tenido tanto éxito mi estrategia, que destacué la mecanizada en los dos flancos de nuestra retaguardia, deseando tener la misma suerte que tuve con los rebeldes, y el resto de la compañía la desplacé en cordón a todo lo largo de aquella línea de terreno para su defensa. Les anuncié a mis soldados, que el primer fuego sería para intimidar a los rebeldes; que no apuntasen a dar por ningún concepto. La tropa se me quedó mirando con cara de circunstancias, teniendo yo que explicarles mi estrategia dentro del campo de batalla.

Aquellas gentes eran aguerridas no rindiéndose a las formas que yo tenía para su intimidación, siguiendo su trayectoria hacia nosotros; comenzando a disparar al aire para que tomasen conciencia de que allí había una compañía de Marines; pero según el polvo que levantaban la mecanizada, creyeron que llegaba otra compañía de Marines a nuestra defensa, volviéndose por donde habían llegado todos ellos. Quedándose mis soldados mirándome como no sabiendo lo que decir.

Una vez más habíamos intimidado a los rebeldes, y aunque habíamos disparado algunas balas, no habíamos apuntado a dar para nada y así los reexpedí a su cuartel, sin habernos puesto ninguna clase de resistencia.

Nos hicimos fuertes en aquel lugar, no dejando pasar a ninguna compañía de rebeldes por aquel sitio donde nos encontrábamos nosotros; y como sí nos hacían falta municiones pedí que nos mandasen cinco cajas de municiones para nuestras armas automáticas.

Nada más que vi aquella munición no me gustó nada; así que la probé personalmente en un promontorio que había allí cerca, viendo en ella que no era munición convencional pues hacían polvo a un hombre y según la convención de Ginebra tenían que ser homologadas todas las municiones que se empleasen en las contiendas: Lo único que se quería, que se quedase cojo el soldado que avanzaba no pudiendo dar un paso más; pero de eso a otra cosa, allí no había hablado nadie nada.

Cuando pedí munición convencional, rehusando la munición que me habían mandado desde el arsenal, lo primero que me faltó fue el avituallamientos de la tropa; mandando cada vez menos comida, para más tarde llamarme al cuartel general de los Marines en aquella parte de terreno, ya que hacía diecisiete meses me encontraba allí.

TENIENTE CORONEL -. Mi capitán, tiene usted mucho tacto; pero también tiene muchos escrúpulos.

ANDREW -. Señor, sí señor.

No hablando más mi teniente coronel conmigo y cuadrándome me despedí de él.

A poco tiempo se necesitaba comandar a una compañía de infantería de Marines por un terreno muy peligroso y allí que me mandaron a mí con unos soldados muy bravos y peleones; cosas que aquello no me gustó mucho, porque los primeros que caen son los bravucones.

Por supuesto estaba siendo difícil desplazar aquellos rebeldes de un montículo bien constituido entre la llanura de aquel campo de piedras y arena; por lo tanto, yo me curé en salud mandando a un grupo de mis soldados, como arrastrándose por el terreno para ver si existían cuevas a cada lado, ya que por el centro estaba totalmente expedito el camino. Pero cualquiera salía allí, ya que las ametralladoras barrían el terreno de parte a parte.

Puse a mi compañía a salvo, a una cierta distancia del alcance de aquellas balas de muchos centímetros y quitándome la guerrera y colocándome la gorra de uno de mis soldados, me arrastré por el suelo, no sin antes haberlos instruido al pelotón de la tropa que elegí para que presentasen la gorra e hiciesen que los habían abatidos uno a uno, y así conseguí subir por aquel monte tan peligroso, tomando a dos soldados que había en un nicho de ametralladoras como rehenes, quedando un retén en aquel monte.

Poco me duró la alegría de haber hecho prisioneros a esos dos rebeldes sin tirar un solo tiro; pues una vez que los hubimos bajado del monte, se presentó un cuerpo de ejército rebelde encima de aquella colina, queriéndonos acribillar a tiros a toda la compañía.

No teníamos salido de aquel sitio donde estábamos parapetados todos nosotros, a causa de que aquel terreno era muy llano, no pudiendo resguardar la cabeza en un terrón, ni tan siquiera salir corriendo. Por lo tanto no tenía otra opción que avanzar en forma de cuña hacia la cima de aquel montículo; y gracias al retén que quedé a

retaguardia, ya que dimos media vuelta dirigiéndonos al acuartelamiento, y al mucho valor de mis hombres los redujimos a todos los rebeldes en poco tiempo.

Mientras curamos a los heridos y tuvimos cuidado con lo heridos de los rebeldes, así como de los rehenes que habíamos tomado en aquel asalto a dicho montículo, se nos fue todo el día.

Hicimos una especie de círculo para los rehenes, metiéndolos en el medio y poniéndolos yo guardia a su alrededor toda la noche. Noche gélida donde las hubiese; pues se nos helaron hasta los huesos

Yo no me podía estar quieto, pues me había rozado un proyectil en la asila, más bien cerca del omóplato y por consiguiente estaba sangrando mucho. Al principio yo esperaba que se cortase la hemorragia, pero aquello fue a más, a parte que me escocía mucho, dando cuenta de mi herida a los sanitarios; para decirme éstos, que si hubiese tardado más se había infectado la herida a causa del polvo y la suciedad que tenía.

Pero como pude darme cuenta, aquel sanitario me había apuntado en la lista de heridos como caso grave; así que no pude más exclamando:

CAPITÁN -. Doctor, cúreme sin rebajarme del mando.

DOCTOR -. Señor, sí señor. Mi capitán, lo que usted necesita ahora es más bien antisépticos, para que ésa herida se le cierre bien curada, señor.

Lo que pasaba era que yo no estaba por la labor de dejar a la compañía en manos de mi teniente; ya que era una persona joven y sin experiencia alguna. Y máxime en las circunstancias en las que nos encontrábamos de máxima peligrosidad, debido a que casi



estábamos rodeados por todos los lados por aquellos rebeldes. Y como pudimos nos fuimos retirando por retaguardia a zonas más beneficiosa para nosotros, que era una parte de aquel terreno con fallas y hondonadas.

Allí nos encontrábamos más protegidos al no ser vistos por aquellos fieros defensores de su terreno. Y al llegar al cuartel general que dependíamos, me supieron curar mi herida y constar como si hubiese recibido un fuerte impacto en mi cuerpo, cosa que así no había sido, pero no podía hacer nada para borrar aquel apunte como me pusieron en mi expediente.

Y al pensar en mi expediente, pude darme cuenta que tenía el baremo mayor que mis compañeros de armas; pero también pensé que me faltaba el cariño de Candy, no sabiendo yo cuando la iría a ver; ya que en ése operativo había tardado nueve meses en salir victorioso de aquel terreno, por no ver la posibilidad de mover mi compañía a lugares mejores donde nos pudiésemos parapetar en algo. Hasta que una noche fue cuando dirigí a mi compañía con pasos firmes por la retaguardia, debido a las inclemencias del tiempo.

Por lo tanto yo estaba deshecho, al igual que cada uno de mis soldados; ya que nos presentamos en la base de aquel cuartel general de Marines con menos peso y con el semblante terso.

Para reponerme mis mandos me destinaron a una embajada en el continente europeo, pero pronto tuve que hacer servicios de vigilancia a un alto cargo, dentro de la comunidad europea, y para ello tuve que instalarme en Bruselas, pero en un apartamento alquilado por mí. Y estando haciendo mis pesquisas, me di cuenta de que estaba mal instalado; ya que aquel señor vivía más en el estado sajón que en el centro de operaciones del mercado europeo.

Pensé de inmediato qué servicio estaba acometiendo yo en esos días de mis pesquisas en Bruselas. . . Y es que las amenazas no caen en balde; ya que Europa quiere a todos sus países unidos.

Que si ahora me salgo, que si ahora me quedo; eso no, ya que la inestabilidad europea puede venir por un estado europeo. Y para desarrollar mi acometida, dentro de mi servicio, pedí a mis mandos en la embajada que me concediesen trasladarme a Londres; pero no accedieron a ello, alegando que dicho señor iría de inmediato trasladado a Berlín.

Ya sabía yo donde iría a dar con mis huesos, en Berlín sin falta de tiempo; pero pasaron unos tres meses y todavía no me habían destinado a la bonita y fantástica Ciudad de Berlín. Comprendiendo que era mejor no correr en tal decisión; ya que se daría cuenta aquel señor de que le estaba siguiendo, y eso no me lo dijeron mis mandos, pues lo podía intuir yo sin que me dijese nada.

Desde el Estado Mayor de los Marines se me mandó de servicio oficial a la maravillosa Ciudad de Berlín, como adjunto al agregado militar de la embajada de EE.UU. en aquella plaza.

Llevaba cuatro meses en aquella embajada, habiéndome dado cuenta que allí no se podía coger ninguna clase de confidencia por parte de ninguna persona; ya que no te las daban tan gratuitamente. ¡Vamos!: Ni gratuitamente ni nada, que allí no había manera de tomar información de ninguna persona y mucho menos de algún impreso o apuntes que pudiese yo coger sin que me visen; puesto que cada sitio, cada puesto de trabajo había dos o más personal en el.

Así se lo hice saber a mis mandos, no diciéndome nada ellos, pero al parecer tomaron apunte de lo que yo les dije; ya que en pocos meses tenía mi comandante unos

informes bien detallados encima de su mesa. Pues al parecer yo había sido un señuelo para confundir al servicio de vigilancia de aquel organismo estatal. Todas las miradas estaban puestas en mí, mandando a otro compañero de armas en aquel operativo.

Lo único que se dijo de mí, que no me encontraba en mi puesto de trabajo; por lo tanto no querían saber nada del operativo que yo había formado en la Ciudad de Berlín, quedándome como absorto por tal contestación: Se lavaban las manos sin ninguna contemplación para mi persona, y mi persona se quedó dolida por aquella respuesta tan sutil.

En pocos días me mandaron a Georgia, donde yo dependía como infantería de Marines, sin saber para qué se me había llamado a la escuela militar de la infantería de marines, pero pronto lo supe. Mi general me llamaba para algo, y ése algo era el nombramiento de Major sin esperarlo. Ya era Major en la infantería de Marines, por lo tanto permanecía en espera de destino, el cual no llegaba.

Pero en cambio, sí llegó mi capitán Candy a mi lado con un grupo de compañeras de armas, pero sin sus parejas.

CANDY -. Mi Major, le doy la enhorabuena por su ascenso.

ANDREW -. Sin ninguna clase de celos. Comprende que yo tenía más baremo que usted, mi capitán.

ELISABETH .. ¿Por qué no nos llamamos de tú?; estamos solos nosotros.

ANDREW -. Te veo las dos barras, te doy la enhorabuena.

ELISABETH -. Ya hace años.

Sí, ya hacía años que no estábamos juntos, y sobre todo a solas; como para poder hablar todo aquello que nos incumbiese, pues tal vez por eso estarían allí aquellas señoras, a transmitirme una noticia o a darme un informe que me alegrase.

Y lo que me alegró fue, que pude darme cuenta a qué venían aquellas señoras a mí: Ya que en su mente traían el poderme hablar de nuestras bodas, aplazadas hace tiempo; así como varios años en nuestras vidas.

La voz cantante la llevó Candy, hasta el momento que me tuvieron que dar la noticia sorprendente de consolidar nuestras nupcias.

CATHY -. Como sabes, Andrew; nuestros preparativos de boda se truncaron con nuestros nombramientos y el destino que nos asignaron a varios miles de kilómetros los unos de los otros.

ANDREW -. ¿Y queréis retomar aquellos preparativos?.

Así era y así me lo comunicaron aquellas señoras, junto con la mía: Pues el interés de todas ellas, era el casarse con sus respectivas parejas.

Comenzaron los preparativos de nuevo para poder formar pareja de derecho y no quedarnos en pareja de hecho: pero como nunca se había dado una boda colectiva, eso iba a ser más difícil que se cumpliera.

No obstante, Candy era una activa ferviente de una iglesia; ya que su fe era mucha, teniendo sus conocimientos fundamentados y en orden: Por lo tanto nos agarramos al Espíritu de la ilusión, no faltándonos la fe en que aquello podía ser cierto.

Yo estaba nervioso, pues tal vez me destinarían algún puesto de trabajo, dentro

de la infantería de Marines, teniéndome que marchar sin contemplaciones algunas a mi nuevo destino. No llegaba el día que nos fuese permitido la boda en conjunto, no creyendo yo que lo lográsemos.

Hasta que un día llegó Candy con suma alegría en la cara, y dándome un beso en las mejillas, se echó para atrás enseñándome ésos carrillos frescos y con tanta alegría en la cara.

ANDREW -. ¿Qué, lo has logrado?-

CANDY -. Sí y no.

ANDREW -. Explícate.

CANDY -. En grupo, no; pero sí uno a uno.

Los superiores de aquel religioso, le habían concedido permiso para que nos casase de uno en uno, en un cierto tiempo; y así fue. Pues en pocos días me vi vestido con el traje de granito, el de las fiestas, al igual que todos mis compañeros de armas en aquel grupo de amigos de la infancia.

No hubo dilación al tema; pues se me había apuntado a mí el primero, tal vez por mi rango, para terminar con Elisabeth y Óliver. Y para hacer honor a la infantería de marines, nos presentamos en unos vehículos de una compañía mandada por Candy, y abalada por el resto de los compañeros. Allí no hubo limusina, ni ninguna clase más de motor que no fuese unos grandes vehículos de transporte militar de la tropa. Hicimos honor a la infantería de marines y con ella al ejército de EE.UU., para que no quedase ninguna sospecha de que éramos fieles a la patria y a la bandera.

No se los llamó la atención a los capitanes; porque Candy, con su compañía y Emerick con la suya, pidieron permiso en comandancia para hacer unas maniobras y así poder sacar aquellos vehículos fuera de la escuela militar.

Al salir del templo nos estaban haciendo guardia nuestros tenientes, espada en alto teniendo que pasar todos por el arco que formaban las espadas: pero como yo había dicho a los sargentos que continuasen a su destino, ya no teníamos en la puerta de aquel templo los vehículos militares, así que llamamos a unos taxis para que nos llevasen al cuartel general de la infantería de marines y así podernos cambiar para nuestros viajes de novios.

Y sí, que nos pudimos cambiar de traje; del traje de granito o de fiesta al de batalla, o diario: Ya que fuimos llamados todos a comandancia con suma urgencia. Siendo enviados todos de servicio al continente europeo, en donde teníamos que trabajar como personal, unas veces administrativos y otras como ejecutivo y algunas otras como personal subalterno, en los diferentes entes de los estados de la nación donde nos habían asignado nuestro operativo: Cada dos a una nación, según los matrimonios; y menos mal que nos dejaron juntos a los matrimonios en nuestro nuevo servicio.

El objetivo fundamental era el abrir los ojos y poder saber de las cuentas de aquellas naciones y del grado de desconfianzas de sus súbditos o ciudadanos, según fuese el signo del gobierno de la nación.

Pero siempre en el cono sur de aquel continente; sí, en las naciones más meridionales del continente, no dando tiempo para que se diesen cuenta los funcionarios de aquellas naciones de nuestra presencia.

Pues claro que no podían darse cuenta los funcionarios de aquellas naciones; ya que en fiestas se pasaban toda la vida. Y eso no lo digo por la nación que a Candy y a

mí nos habían destinados para que hiciésemos nuestros servicios con completa fidelidad, ya que pasábamos de vez en cuando a otra nación con esos mismos funcionarios, para poder participar en sus fiestas.

El trabajo no era mucho, si acaso te veían un poco dejado en resolver tus tareas; por que si no te echaban todo el trabajo; pudiendo darnos cuenta, que la persona responsable y que se remangase se cargaba todo el trabajo de los demás. Cosa que mermaba la capacidad empresarial de dichas naciones.

Otro escollo muy importante era la confrontación entre los compañeros de trabajo por dichas causas: Mientras unos pueden ejecutar los servicios con agilidad, otros no tienen esa predisposición, por causas genéticas; siendo parte de un rencor a los compañeros que podían hacer su trabajo sin despeinarse tan siquiera por así decir.

Las administraciones de aquellos gobiernos no estaban bien definidas, en cuanto daban el trabajo a unos cuantos, haciéndolos responsables de la caja fuerte y del dinero; en cambio los otros, la mayoría, los tenían que subir el suelo mucho más que a los señores que trabajaban el doble, para que se sintiesen conformes consigo mismo y con la administración de turno, consiguiendo una doble confrontación entre todos los compañeros de trabajo, dentro de ése Ente, o departamento oficial.

Pero con todo y ello, nosotros dos, Candy y yo, lo estábamos pasando bastante bien, ya que estábamos en otra cultura que no era la nuestra: Los horarios de los servicios se ejecutaban en diferentes horas a las nuestras; se acortaban más los plazos de las tareas encomendadas a los funcionarios, no revisando los servicios de los funcionarios de base, como no fuese en algunos departamentos superiores a dichos funcionarios: Cada uno trabajaba a su manera; no diciendo yo que hiciese lo que quisiera, pero poco más o menos terminaba su tarea haciendo lo que buenamente podían

aquéllos funcionarios con poca capacidad de trabajo, guardando sus vergüenzas para no darse a conocer, y así poder ser alguien entre los compañeros de trabajo al estar mezclados con todos ellos. Por lo tanto dichos funcionarios con menos capacidad de trabajo estaban mezclados con los otros de más capacidad de trabajo,

Aquella amalgama de funcionarios, no daba poder para ver si la administración tenía las personas adecuadas en cada puesto de trabajo; por lo tanto no se podía saber si pasaba lo que se acaba de contar o era causa de la imaginación de otras personas.

Si estudiado, estaba estudiado todos los moviéndoos de los funcionarios; pero ¿y los funcionarios que llevaban las cuentas?: Eso no se podía saber, ya que en ésa sección era un búnquer todos los negociados que pertenecían a ésa parte de tareas.

Los informes que dábamos a nuestros mandos eran totalmente fidedignos a lo que nosotros estábamos viendo, o intuyendo en realidad; ya que todavía no se había terminado el operativo para saber la realidad y las causas de aquella manera de actuar de los funcionarios, sobre todo donde Candy y yo estábamos cumplimentando nuestras tareas en el servicio de vigilancia.

No me quedé conforme en mis pesquisas, así que activé la ruleta de donde estaba el equipo contable, por medio de los servios secretos nuestros; ya que sabía yo hacerlo, para que nos destinasen a contabilidad y no nos quedasen en ésos servicios tan banales para nuestro posible hallazgo de alguna falta en la contabilidad.

Sin dilación al tema, nos mandaron, a Candy ya mí, a los servicios de contabilidad; alegando nosotros dos, que no sabíamos mucho de ello, de modo que nos comenzaron a explicar el método y la forma de la llevanza de ésa contabilidad.



Ahí fue ya otra cosa: Pues nada más que me comenzaron a explicar las llevanzas de las cuentas contables, vi un fallo en ellas, callándome aquel día por si acaso no había entendido yo bien, dichos asientos.

Al siguiente día pude darme cuenta que yo lo estaba entendiendo bien lo que aquellos señores me querían decir, y hacían hincapié para que yo viese que aquello era así, de ésa manera que me decían ellos.

Mi cabeza no estaba para muchas bromas y menos las que me querían dar aquellos señores; pues como todo el mundo sabe, el diario consta de activo y pasivo o lo que es lo mismo de debe y haber, o lo que es lo mismo débito y crédito y que un préstamo es siempre un crédito

Y aunque en la contabilidad nueva, ya no hay diario; se ajusta mucho la nueva formula empleado en la llevanza de las cuentas, más que con otros nombres u otros números para apuntar dichas cuentas. ¡Pues bien!; siempre íbamos a lo mismo: Que una amortización no podía formar nunca parte de Banco, como aquellos señores estaban poniendo en las llevanzas de las cuentas. Y mucho menos apuntar en el otro lado un crédito; pues mientras se fuese pagando el préstamo, era cuando se estaba debiendo, y así cuando se pagase todo el préstamo era cuando debíamos todo el montante del capital prestado.

¡Claro!, que tenían aquellos señores el dinero flotante que había llegado por digital, en los Bancos; pero no era suyo todo aquel montante de capital súper fugo; ya que era causa de un préstamo hecho por el fondo del Banco europeo.

¡AY!; que aquello no me cuadraba a mí, hablando con Candy por si mi capitán había visto otro tanto de lo mismo: Y claro que lo había visto en la misma tesorería; ya que allí llegaba el libro blanco con las mismas cuentas de contabilidad.

Repasé un poco el efecto económico que aquello podía tener en las consecuencias fundamentales para seguir prestando más y más dinero, hasta. . . A la nación donde ejercíamos nuestros servicios oficiales, Candy y yo. Mirando el riesgo que tenían las naciones para prestar a ésta su dinero; así que ninguna Nación prestaba su dinero a la nación donde yo me encontraba, como no fuese el fondo del Banco europeo, siendo ése riesgo de novecientos cincuenta y seis puntos, mientras decían que era ciento dieciocho, por tener tal dinero.

Dando cuenta a nuestros mandos, siendo llamados por ellos de inmediato; ya que cuando llegamos al cuartel general de nuestro ejército teníamos allí a tres generales escuchándonos, sin pestañear y muy serios.

Les informamos todos nosotros, los que estaban de servicios en otras naciones, como Candy y yo, casi coincidiendo en lo mismo; pero cuando estábamos dando el parte de las cuentas, y al decir su trayectoria, fuimos callados todos nosotros; pues aún había mucho más.

Fuimos trasladados de inmediato a Georgia, en el cuartel general de la infantería de Marines, para que descansásemos en dicho lugar unos días. Y en esos días fui nombrado comandante de Marine, quedándose mi capitán Candy como aturdida por lo pronto que pasé de Major a Comandante; pero era, que yo tampoco me lo creía mucho, ya que me fui a comandancia alegando que quería el acta de aquel nombramiento, dándomelo comandancia enseguida. Y sí, había sido nombrado comandante de marines en EE.UU. sin esperarlo y con suma rapidez.

CANDY -. No acabo de creerlo.

ANDREW -. Yo sí me lo creo.

CANDY -. ¿Por qué?.

ANDREW -. Estábamos metiéndonos en un peligro por lo que descubríamos; así que nuestros mandos nos tienen asignado algún servicio especial dentro de los Marines, no sabiendo yo dónde haremos ése servicio tan especial.

Desde luego que nos tenían preparados nuestros mandos un servicio especial; pero antes teníamos que ir al continente europeo, pues era de donde dependíamos nosotros, ya que no se nos había rebajado de aquellos servicios, costando en el cuadro de servicio junto con el estadillo de la tropa: Todos nosotros estábamos apuntados en las diferentes naciones que habíamos estado anteriormente con nuestras tareas.

Una vez allí se nos emplazó al continente africano, para saber qué economía y movimientos económicos existían en dicho continente, y así poder saber mejor qué cobertura existía, dentro de las asistencias económicas, de ése continente a otros continentes, especialmente a Europa.

Estábamos ya dispuesto para salir a nuestro nuevo destino, cuando fue llamada Candy a Georgia, con no sé qué motivo; pero que al llegar Candy a nuestro lado supimos el motivo para qué había sido llamada, y eso sin haber dicho mi compañera ni una sola palabra, pues se la veía desde lejos el botón en la solapa y en el gorro. Había sido ascendida a Major, Candy. Pero con todo y ello repitieron lo mismo con Cathy, presentándose de Major delante de nosotros.

Mis sospechas eran fundamentadas; pues yo había pensado que nuestros mandos dividirían en varios compartimentos el gran continente africano; ya que al parecer no podríamos abarcar tanto terreno, todos juntos.

Así fue, pues nos asignaron tres zonas en aquel gran continente, dando el mando de una a Candy y de la otra a Cathy, para quedarme a mí mandando en el cuartel general de aquel operativo.

No fue fácil instalarse en las zonas que nos eligieron nuestros mandos; pues se veía la repulsa de los nativos hacia nosotros.

Alerté a mis compañeros de que habíamos sido descubiertos, no sabiendo por quién, ni en dónde; pero que de aquí en adelante teníamos el deber de reforzar la guardia entre nosotros para poder hacer mejor nuestro servicio.

Y como la zona era amplia, nos trasladábamos en cada periodo de un sitio a otro para despistar mejor a nuestros seguidores. Pero un día que llamé a mis dos Majores, tuve que ir en busca de Cathy, metiéndome en una emboscada donde estaba ella.

La encontré metida en un pequeño río, que allí son enormes; metiéndome yo con ella para poderla ayudar en las medidas que pudiese. Pero al llegar a Cathy la vi con una pulmonía enorme y para que no fuese doble su pulmonía formé, con las ramas de un árbol una especie de choza bien resguardada del viento y de la corriente. Permanecía seco aquel sitio para que Cathy pudiese mejorar en su pulmonía.

A mí me empezaron a dar unos escalofríos de muerte, debido a que Cathy presentaba sus muslos al descubierto; aquella rosa abierta al tiempo y a las inclemencias de aquel día, no pudiendo más me quité la guerrera y se la eché encima de las piernas para no seguir viendo ése complemento rosado de carnes bien hechas.

Cando me calmé un poco pude ver una salida por unos matorrales que había allí cerca; y como donde yo había tumbado a Cathy servía como de transporte, la llevé hacia donde estaban aquellos matorrales metiendonos en ellos sin saber qué consecuencias nos acarrearía dichos hechos.

Iba con mucho cuidado para que no sonase el agua a nuestro paso, y así podernos escapar de aquellos fieros hombres que nos estaban acosando en todo momento, pero pronto me di cuenta que aquel lugar no era propicio para una escapada de nuestros enemigos; ya que pronto puede ver unas fauces bien abiertas en señal de querernos atacar, era un cocodrilo y de los mayores.

Sin dejarle mirar a los ojos fui saliendo del agua por la orilla mas candente de nuestro acoso, por parte de aquellos hombres; que se empeñaban en capturarnos vivos, fuese como fuese. Y cosa curiosa, aquellos hombres no prestaban ninguna clase de atención a los matorrales que tenían a un lado: Tal vez por los cocodrilos, o por la cantidad de agua que existía allí mismo.

Eso me dio pie para seguir avanzando cada vez más, hasta que me vi en una especie de llanura, ya que aquel terreno cambia con frecuencia, no sabiendo qué hacer en aquel momento de debilidad para mí: Pues si salía al descampado sería visto por aquellos fieros hombres, y si me quedaba allí de nada nos hubiese valido el avance que hasta ahora habíamos hecho, por ser apresado por nuestros hostigadotes.

No sé cómo se las apañaron, pero traían a un señor escoltados por tres de ellos, que al parecer le habrían encontrado sin rumbo fijo y perdido por aquel lugar inhóspito para la persona humana.

Me fijé mejor y pude darme cuenta que estaban prestando atención todos ellos al señor que habían escoltado hasta donde se encontraba aquel grupo de fieros hombres; así que aproveché las circunstancias y armándome de valor pude arrastrar de tras de mí a Cathy, que quejándose iba como moribunda.

Una vez que habíamos salido de esas circunstancias tan estrechas para nosotros, conseguí guiar a mi compañera en aquella especie de camilla, hecha de leños caídos con ramas de los árboles.

No sabía donde nos dirigíamos, pero lo cierto fue que dimos con unas cuantas chozas hechas a base de ramitas y excrementos de animales, llamadas Manyatas, existiendo allí unos nativos que nos acogieron con el mayor cuidado del mundo, llamando enseguida a un señor que sabía curar aquella enfermedad.

Mezclaba parte de hierbas secas con partes de animales y alguna que otra roca que él conocía para tal fin; dándola a beber aquel brebaje que había cocido anteriormente.

Otras veces quemaba parte de aquel follaje dándola a oler su aroma, para elevar los brazos hacia arriba haciendo como un acto ritual y una llamada a alguien.

A mí no me fue difícil comunicarme con aquellos señores nativos; pues nada más que hice un gesto de cómo eran los señores que nos acosaban, se hicieron para atrás como asustados.

Un día que tuve necesidad ir a por agua, ya que al parecer Cathy se estaba poniendo mejor y me pidió beber, y al tardar en traer el agua por estar un poco lejos de ese lugar, me encontré a Cathy con las chapas de Marines fuera de su sitio. Me di cuenta que ya sabían quién éramos nosotros, pues los encontré mirando a Cathy con ojos de incertidumbre para ellos; Pues el ejército de los Marines de EE.UU. se los veían más superiores a ellos, por no decir a cualquier otro ejército de aquel contorno.

Dando a entender aquellos hombres, que ya sabían quién éramos; pues uno de ellos se refirió claramente a Cathy como Major, no diciendo nada de mí por no saber qué graduación tenía.

Nos preparamos para salir de aquel asentamiento donde estábamos, cuando uno de ellos nos cortó el paso diciéndonos a su modo y manera de que no podíamos salir de aquel poblado; ya que aquellas cinco chozas las denominaban poblado.

Nos recluyeron en un chambao, o chabola, hecho con una especie de panizo que abundaba en los alrededores de aquel poblado, para resguardarnos del frío en la noche, en vez de cobijarnos en una de aquellas chozas hechas por ellos mismos. Pasando un frío aquella noche horroroso.

Pero así como a la media noche, nos llegó un señor haciéndonos gestos para que le siguiésemos y aunque Cathy quiso levantarse para seguirle, yo la cogí de un brazo reteniéndola en su sitio; pues tal vez sería una encerrona.

Aquel señor no dejaba de hacernos señas para que le siguiésemos, enseñándonos un pequeño mapa hecho por él. Al parecer cerca de allí había una cueva según informaba el mapa no conociéndola nadie de aquel poblado. Y era más: que aquella cueva salía por la otra parte de aquel monte.

ANDREW -. ¿Qué hacemos, Cathy?.

CATHY -. Si lo dices por mí: Yo ya estoy para andar y correr por el campo.

ANDREW -. No se hable más.

Y levantándonos los dos de nuestro sitio seguimos aquel hombre tan decidido para sacarnos de allí, completamente sanos, que parecía verdad los gestos y las figuras que ponía en su cara. Y así era; pues en unos minutos estábamos delante de un matorral y de una planta con pinchos en la base de aquel gran monte, y corriendo sus púas dejó

ver una especie de concavidad oscura, por donde teníamos que marchar Cathy y yo según nos hacía señas aquel hombre con las manos para que nos fuésemos cuanto antes de allí.

Aquel hombre nos quedó a oscura y sin poder ver nada; ya que volvió a correr otra vez la mata de pinchos no dejando pasar la luz del exterior para nada. Y la suerte que tuvimos fue que yo llevaba una linterna en uno de mis múltiples bolsillos de mis pantalones, pudiendo ver qué clase de cueva era aquel pasadizo donde nos había metido el buen señor.

La dije a Cathy que no se parase y me siguiese cuanto antes; pues era mejor salir al exterior de aquella cueva cuanto antes, ya que en sí era un verdadero pasadizo natural en aquel gran monte. Saliendo a la otra parte de aquel monte en donde nos encontramos infinidad de árboles por todo aquel terreno, desperdigados unos de los otros así como a varios metros de distancias.

Corrimos con todas nuestras fuerzas para podernos perder de vista ante nuestros posibles seguidores, no dando tregua alguna para que llegasen aquellos hombres a nuestra altura donde nos encontrábamos en aquel terreno.

A poco pude darme cuenta que Cathy no podía más y sentándonos en una gran sombra creímos estar a salvo de cualquier mano humana y de las inclemencias del tiempo en aquellas latitudes; pues eran horas bien entrada la mañana.

Yo tocaba como a un animal enorme y al mirar para arriba pude ver una enorme bestia como mirando fijamente a un árbol de aquellos que existían en aquel terreno, dándome cuenta que había estado dormido.

No quise decir nada a mi compañera de armas, por saber de su sensibilidad femenina; ya que habíamos sido amigos de la infancia; pero con todo y eso, la cogí de



una mano sacándola de allí, para mirar con mucho disimulo hacia arriba viendo un cuello largo y extendido, pero con todo y eso seguí sin decirla una sola palabra a Cathy para que no se asustase al saber debajo de quién había estado.

Pronto nos asignaron nuevos servicios, pero ésta vez dentro de las mismas administraciones de las diferentes Naciones. Ya sabíamos muy bien cómo era la sociedad de aquellos pueblos más alejados a las grandes urbes, y todo su intríngulis para formar sus etnías en cada tribu; pero lo que no sabíamos era su plan de administración en cada Nación.

Al parecer no era suficiente el plan de organización interna al que estábamos sometidos, por lo tanto le llegó el nombramiento de Major a Óliver; pudiendo tener una buena cobertura dentro de nosotros mismos.

Enseguida nos dimos cuenta, que ése continente estaba más hermanado que otros en general, y de que allí se podía trabajar con completa confianza; al unirse todos ellos como si fuesen una gran hermandad de gentes pensando lo mismo.

Yo hice que mis compañeros de armas se reuniesen todos conmigo, para intercambiar opiniones y saber la pura realidad; dándome cuenta que todos ellos coincidían en lo mismo: En aquel continente se entendían todas las Naciones.

Cuando di parte de lo mismo a mis mandos, éstos se alegraron mucho, en saber que por lo menos un continente estaba completamente unido; aunque para decir verdad, ésa unión rompía algunos moldes. . .

Y para ello teníamos que reforzar la guardia y ser cauteloso de aquellos movimientos, que nos estaban pareciendo completamente hermanados en una sociedad castigada por el tiempo.

Las cuentas estaban claras, todo se hacía con completa legalidad; al ser que la economía estaba en manos de los occidentales. Tal vez por eso era una economía sostenida, sin grandes fluctuaciones ni contratiempos, hasta el punto que toda su estructura fundamental dependía de dichos occidentales.

No sabía yo qué hacíamos allí una vez que habíamos dado parte a nuestros mandos de todo lo que habíamos encontrado en aquellas administraciones y en sus buenas cuentas; pues al parecer nuestra instancia en aquellas naciones tan distintas cada una, pero unida en lo fundamental, había finalizado en el plan de la amistad. Y aunque me parecía mentira seguimos, cada uno, en nuestras correspondientes Naciones.

Estaba siendo un terreno muy abonado para introducir nuestro medio de vida en todas aquellas naciones, siempre que respetásemos sus Leyes y sus costumbres. Aunque para decir verdad, había alguna nación un poco remisa para abrirse a un comercio más acorde a los tiempos que vivíamos, dentro del siglo veintiuno.

Pero eso sí, la técnica en algunas naciones estaban más avanzadas que en otras; de modo que había que poner aquello en orden y saber distribuir toda clase de electrodomésticos y aparatos de información digital a su debido tiempo., siempre que ellos lo viesen de buena forma y convencidos de su progreso.

CANDY -. Andrew, me va a costar marcharme de éstas tierras tan acogedoras.

ANDREW -. ¿Tú qué crees?. Igual me pasa a mí.

Así hablábamos un día Candy y yo; al sospechar que nuestros mandos nos daban fin para seguir en las naciones asignadas por ellos; ya que la conjunción de caracteres y de pensamiento eran lo mismos entre aquellas personas: Eso es, que se llevaban como

hermanos todos ellos, fuesen de la nación que fuesen y a la vez las naciones entre sí se llevaban de primores.

Y sin habernos dicho nada, cada vez nos metían más y más en sus costumbres y en su manera de pensar; hasta el punto que valíamos más para ellos que sus mismos conciudadanos de esas naciones.

Pero algo se estaba fraguando entre las personas de aquellas naciones, que un día te levantabas y ya no eras tan bueno para ellos, y otro día sí lo eras; según los dieses o los quitases. Eran unas naciones que habían sufrido mucho antaño, por lo tanto se mostraban un poco recelosas en sí, que no en cuanto siendo abiertas al Mundo.

Nuestros mandos no estaban conformes con saber el manejo de las operaciones dinerarias de aquellas naciones; así que a mí me mandaron a una embajada, pues se había jubilado el agregado militar y yo le tenía que sustituir en aquella embajada.

Por vez primera era agregado militar en aquella embajada; aunque era verdad que estaba cubriendo plaza de sustitución, como agregado militar. Pero eso no me arredraba a mí para saber hacer mis servicios, ya que lo había hecho otras veces como adjunto al agregado militar: Se me había impuesto en tales servicios.

Me era más fácil llevar a mi grupo desde aquella embajada, ya que aquella nación era una de las mejores del continente africano; pero lo que sí pude darme cuenta enseguida, de que algunas de mis órdenes no se cumplían de inmediato, tenía que mandarlas a través de conducto reglamentario para que fuesen hechas efectivas dichas órdenes: Con un cierto peligro, de que podían ser interceptadas por otros grupos no partidarios a nuestra causa. Haciéndolo saber a mis mandos para que tomasen medidas pertinentes a tal problema.

Era tanto así, que un día quise saber de la problemática que había en una nación, sobre conflictos bélicos que no llegó mi orden a destino y al parecer no había salido de dicha embajada mi orden; por lo tanto tenía que saber dónde se estrangulaban mis órdenes, y al parecer había otro comandante un tanto relegado en sus funciones, según él. Y para paliar eso tuve que dar cuenta a mis mandos de tal hecho.

No tuve respuesta alguna por parte de mis mandos, siguiendo con mi servicio en aquella embajada un tanto receloso, por no saber si mis órdenes llegarían con puntualidad a su destino; no queriendo yo hablar nada con mi compañero de grado militar, por si éste no fuese el culpable de intervenir mis órdenes o se pudiese molestar por haberle dicho yo algo al respecto.

Lo que me estaba temiendo, que nos asignasen otros servicios en alguna nación que ya habíamos estado; saliendo de allí maltrechos por la desgana de unirse de aquellas naciones, y por la pérdida económica de otras con la merma de capacidad adquisitiva de sus súbditos o ciudadanos, según fuese el signo político del gobierno de esa nación.

En ésta zozobra me encontraba cuando me llegó un despacho del Estado Mayor de los Marines. Me quedé mirándole sin ganas de abrirle, para no saber qué ponía en él; sería alguna orden o algún traslado de inmediato a otro continente, y por supuesto no sería otro más que el continente que no queríamos ir ninguno de nosotros.

Me fui al mueble bar descorchando una botella de jerez tomándome un baso de aquel caldo exquisito, para poder tener fuerzas en mi pobre Espíritu.

De vez en cuando me acercaba al despacho, que permanecía cerrado encima de mi mesa, en mi escritorio particular; y así una y otra vez, me acercaba y me separaba de aquel sobre cerrado, como no queriendo dar un disgusto a ninguno de mis compañeros de armas, pues ya estaban bastante agobiados por el mucho trabajo que tenían ellos.

Nada; había que abrir aquel despacho y así lo hice, con la correspondiente sorpresa al leer unas letras, como que habían nombrado efectivo a otro compañero de armas, como agregado militar: Sí, porque empezaba con las palabras, Lientenant Colonel o lo que es lo mismo: Teniente coronel.

Nombraban a un teniente coronel en el puesto de agregado militar, que era a quién correspondía dichas funciones y dichas tareas dentro de ésa actividad. Pero cuando bajé la vista un poco más abajo del impreso pude ver mi nombre reflejado en el.

No me lo podía creer, que me hubiesen ascendido a teniente coronel en tan poco tiempo; pero las circunstancias obligaban a ello; ya que el comandante no daba opción a otra cosa, más que yo fuese de una graduación superior a él.

Mandé firmado aquel expediente militar de ascenso, recibiendo contestación afirmativa en poco tiempo; así que me preparé en mi cuarto, vistiéndome de teniente coronel para poder salir a los pasillos y así poderme ver todo el que se cruzase conmigo.

No había hecho más que cruzarme con cuatros señores, cuando el quinto fue el comandante, el adjunto al agregado militar de aquella embajada.

¡UF!; qué saludo, que saludo me hizo aquel comandante al verme con la graduación de teniente coronel.

ANDREW -. Mi comandante, he sido ascendido a teniente coronel como usted puede comprobar.

COMANDANTE -. Señor, sí señor.

Pues eso: Que costase bien claro que yo era el mando inmediato superior que él tenía y si era que en su subconsciente se oponía a ello lo hiciese costar: Claro que eso no le dije a mi comandante.

No se quedó muy conforme aquel comandante, pero los servicios comenzaron a fluir con mayor rapidez y en cuanto a mis órdenes, estaban en su debido lugar en poco tiempo.

La sorpresa fundamental se la guardaba yo a Candy, pues llegaba aquella misma mañana a la embajada donde yo prestaba mis servicios para darme parte de sus gestiones y de sus pesquisas militares de la zona en la que ella estaba.

Yo me hice querer, haciendo como que tenía un servicio oficial con algún jefe de aquel gobierno de esa misma nación; pero cuando comprendí que ya había esperado bastante Candy para poderme ver salí de mi despacho con ganas de poderla saludar y al verme se echó para atrás como asustada.

CANDY -. ¡A la orden de mi teniente coronel, señor.

ANDREW -. Descanse usted, mi Major.

CANDY -. Señor, sí señor.

Me llevé a Candy a mi despacho para poder hablar mejor los dos a solas, ya que nos habíamos visto en un pasillo a las miradas de todas las personas que estaban allí y así poder descansar en sendos sillones. Pues nada más se vio sola conmigo Candy se abalanzó a mi cuello besándome toda mi cara, yo hice otro tanto de lo mismo, para

pedirla que se quedase allí aquella noche; pues sería una noche inolvidable para los dos, como se suponía.

Que noche, ¡qué noche!; si hasta las mismas estrellas parecían que lucían más que nunca, dando una visión al campo tan hermosa y perfecta que yo no creía hubiese sitios así en el Mundo tan bellos y primorosos.

Poco duró nuestro encuentro, entre Candy y yo; pues nosotros hubiésemos querido que durase mucho más, no solamente una noche, pero una noche de pasión desenfrenada, ya que hacía varios meses que no veía a mi mujer, Candy, ni ésta a mí.

Pero de todas maneras llegó la despedida, marchándose mi mujer, Candy, de mi vera; habiéndose quedado consolidada la posición, por parte nuestra, en aquel continente, tan perfecto y tan bonito como ninguno, tan hospitalario y tan sublime en sus cosas, en su quehacer cotidiano que nos estaba conquistando por completo a todos nosotros.

Ya estábamos bien constituidos en un grupo de marines, dentro de la legalidad en aquel continente; ya que cada uno ocupábamos un cargo y un puesto en nuestro servicio y tareas de cada día, para hacer bien nuestras funciones de militares y a parte de un servicio de información eficaz, muy eficaz para el resto de los tiempos dentro de un saber quehacer en aquel continente, más bien con sus gentes.

Y desde luego las informaciones fluían como el agua en una fuente, llegaban sin esperarlo; aunque algunas se nos resistiese, como el saber algunos movimientos susversistas dentro de algunas naciones, por no tener la cobertura suficiente en aquel terreno poco habitado.

Pero con todo y eso, íbamos adquiriendo infinidad de información; de tal manera que hacíamos llegar a nuestros mandos un detallado y perfecto saber de aquellas tierras,

vírgenes todavía. Y máxime cuando mis compañeros de armas se portaban perfectamente y con suma fidelidad a mí y a su patria, nunca olvidada por nosotros.

Había algo que se nos estaba escapando a simple vista y era el sedentarismo tan brutal que estábamos teniendo; pues ninguno se movía de donde se le había asignado, y era tal vez por haberlos alertado yo cuando me pasó un caso y tuve que ausentarme de mi puesto designado por mis mandos: No se hicieron cargo de mis hechos.

Eso dio hincapié a nuestros mandos para autorizarnos a viajar de un lugar a otro y así poder observar mejor, si a las estructuras de éstas naciones correspondía la manera de vivir, o era ficticio aquel papeleo y forma de llevar los diferentes ministerios; puesto que el sistema de cada nación se sabía ya bien qué era: Unas tenían un pensamiento y otras tenían otro pensamiento, pero todas ellas coincidían en unirse para formar un perfecto continente y bien allegado, a base de mucho sacrificio y de mucho trabajo entre todas ellas.

Una noche que me desvelé, comencé a recordar las formas y los hechos de otro continente; en el que todos querían más y más en vez de dar algo, aunque fuese poco y de trabajar mucho. Nadie era responsable de nada, aunque sí se unían entre los mismos habitantes de una nación para defender a ésa nación, no queriendo saber nada de otra nación aunque fuese vecinas o hermanas entre ellas: ¡Qué va!; allí no quería saber nadie de nada, ni de su misma familia.

Creo que no se hará mucha cosa en aquel continente de gentes tan desunidas entre sí; ya que algunas naciones dependían de otras económicamente y eso es malo, muy malo para el pensar de éstas gentes. Y sin esperármelo recibí la orden de salir a otras regiones y a otras naciones desde una base militar, para poder tomar mejor el pulso a la economía de aquellas naciones y al pensar de sus súbditos.



Hacia mucho que no pilotaba un avión, pero me fui a la base militar asignada para salir en un F-22 A Raptor con rumbo a otras tierras más lejanas de donde yo me encontraba haciendo mis servicios en aquella embajada.

Llegué a la nación donde se encontraba mi mujer, la Major Candy, para que ella me informase mejor de todos los caminos posibles que pudiese yo coger para ver la economía de aquella nación y tomar el pulso a sus moradores de aquella gran Capital de Nación.

Al final de la jornada me llevó a una recepción que daba otra embajada en aquella gran capital para que pudiese comprobar mejor las formas y los hechos de aquellas naciones. Y por lo que pude ver y observar, me congratulé muchísimo las relaciones que tenían entre ellos para comunicarse y la manera de hablar entre todos ellos; aunque fuesen del lejano oriente, o del medio oriente, para el caso era igual.

Me quedé prendado del carácter tan afable de aquellos hombres, pues entre ellos no había una palabra más alta, ni un solo gesto de indiferencia entre ellos.

A la vuelta tuvo que venir conmigo mi mujer, el Major Candy, para que ella también tomase el pulso a toda aquellas gentes; pero con la mala suerte, que el avión asignando a mi persona se había averiado, teniendo que pilotar una avioneta y no de las más modernas. Pero con todo y eso llegamos a la nación donde yo ejecutaba mis servicios, en la bella Ciudad y capital de aquella nación.

Estuvimos todo el día visitando a las personas que yo conocía, o por lo menos que me habían presentado; siendo el principal anfitrión el hijo del Jefe de Estado de aquella gran nación, el cual se las sabía todas; hasta el punto de avernos cogido los pensamientos y habernos llevado al mismo Estado Mayor de su gobierno militar. La

organización era perfecta y la hermandad que se podía ver entre aquellas personas estaba siendo fuera de toda duda que no fuese de hermandad social entre ellos.

Como tenía Candy dos días, la siguiente mañana la pasamos visitando pueblos cercanos a la capital; pero cuando llegamos a la base no teníamos asignado avión alguno, de modo que vimos la avioneta que nos había traído a la nación, donde yo ejercía como teniente coronel, en un hangar. Ni ella ni yo lo pensamos ni un solo instante, así que abordando aquella avioneta la hicimos salir de donde estaba guardada, para pedir permiso de vuelo: Y cosa curiosa, que como había mucho tráfico en aquella base por estar de maniobras se nos concedió volar a nuestro destino sin carta de navegación, y eso que estaba terminantemente prohibido salir sin un plan de vuelo.

La primera hora fue como la seda, la avioneta parecía estar en perfecto estado como para podernos llevar a nuestro destino, que no era otro más que la ciudad donde ejercía su servicio la Major Candy.

Digo que la primera hora, de las tres horas de autonomía que tenía aquella avioneta, la pasamos hablando de nuestras cosas, de cuando estuviésemos en Los Estados Unidos de América del Norte: Allí formaríamos nuestro hogar para educar a nuestros hijos a la manera y costumbre de los habitantes de aquella grandiosa y bonita Nación. Y estando en ése mismo debate entre Candy y yo, vimos que la avioneta comenzó a moverse mucho, debido a una tormenta que teníamos delante de nosotros; pero con todo y eso seguimos nuestro rumbo, a velocidad crucero, para poder llegar cuanto antes a nuestro destino.

Mientras yo pudiese ver las luces de las alas de aquella avioneta no tendría problema alguno, pero mientras más se intensificaba la tormenta y se recrudecía el viento provocado por ella, las luces desaparecían de vez en cuando, no sabiendo yo qué

rumbo íbamos llevando en aquellos preciosos momentos de incertidumbre por no coincidir con los instrumentos interiores de la avioneta.

Sin disminuir la velocidad, tuve que bajar unos grados hacia el suelo aquella avioneta, ya que la instrumentación interior de la avioneta me estaba siendo nula, y así poder ver mejor, al resplandor de los rayos, el terreno por donde estábamos volando aquella noche de misterio y cargada de suspense para nuestras vidas.

Y tanto que era de suspense todo lo acaecido aquella noche en nuestro vuelo, con aquella avioneta; pues hubo un momento que creíamos ver unas luces en el suelo, desapareciendo pronto de nuestra vista.

ANDREW -. Las chapas métetelas entre el calcetín y las botas.

CANDY -. ¿Por qué me dices esto, Andrew?.

ANDREW -. Tú hazme caso,

Así fue, pues Candy se quitó del cuello las chapas que nos distinguía para entrárselas en la planta del calcetín. Y era más; pues también la dije que mentalizase nuestra fuga.

CANDY -. ¿Qué fuga?.

Aquello lo dijo con un cierto grado de desconfianza por no saber lo que yo la quería decir; por lo tanto la tuve que informar sobre mis sospechas, por haber visto aquellas luces, que desaparecieron enseguida de nuestra vista.

La infundí para que dijese, que estábamos trabajando con un señor que nos tenía agobiados de tanto trabajo y que estábamos yéndonos de él sin más preámbulo que no fuese encontrar otro trabajo mejor y poder desarrollar nuestras vidas como personas, no con tanto agobio en el trabajo.

CANDY -. ¡Vamos: Que nos tenía esclavizados.

ANDREW -. No pronuncies nunca la palabra, “esclavos”.

CANDY -. Comprendido.

No sé si me había comprendido mi mujer Candy; pero lo cierto era que yo ya la había alertado para que no pronunciase aquella palabra, tan maldita para ellos; y así poder ser parte social de ellos mismos. Por lo tanto Candy estaba bien informada de lo que tenía que decir y no agregar ninguna palabra más a dicha cuestión.

Sin disminuir la presión, yo me acercaba, cada vez más, al suelo para poder ver su orografía y saber si teníamos terreno suficiente para aterrizar de inmediato, pues en el aire no podíamos seguir ni un solo segundo más; viendo un descampado, con alguna que otra luz de llama a sus alrededores, disponiéndome a posar la avioneta en tierra, con parcial flag, por lo tanto la fuerza tenía que seguir siendo mayor, ya que había alrededor de dicho terreno como chozas habitadas y algún que otro promontorio en el terreno.

¡HORROROSO!: Aquel espectáculo era horroroso para nosotros, ya que acudieron infinidad de hombres armados para darnos el recibimiento más cordial que yo había visto nunca. Apuntándonos con sus armas, parecían como si quisieran decirnos que bajásemos de la avioneta y en un relax de mi Espíritu la pude decir a Candy que

hiciese todo lo que aquellos hombres nos mandasen, siempre que estuviese dentro de un orden y de una altura en dignidad para nosotros dos.

Se abalanzaron a la avioneta con un impulso considerable, sacándonos de ella como si fuésemos un saco de paja, dando con nuestros huesos en la tierra en pocos segundos debido a que nos habían lanzado en el aire para que saliésemos de la cabina de aquella avioneta.

ANDREW -. ¡Menos mal!

Se arrimó uno de aquellos señores a nosotros para ver qué era lo que yo decía, con cara de extrañeza: Parecía como si ya lo hubiese oído, pero quería oírlo de nuevo, no sin antes revisarnos el pecho por si teníamos algún distintivo en el y al no encontrar lo que el buscaba se tranquilizó un poco, queriendo oír de nuevo lo que yo había dicho.

SEÑOR -. ¿Qué ha dicho?.

ANDREW -. Mire usted. Me alegra que hayamos salido del señor que nos tenía empleado.

SEÑOR - ¿Y ustedes saben dónde están?.

ANDREW -. Ni idea.

Mandó aquel señor que nos desnudasen por completo a los dos, a Candy y a mí, de tal suerte que no nos quitaron los calcetines, quedándose las chapas identificativas

dentro de ellos; porque si las hubiesen encontrado hubiese dado otro rumbo en aquella misma hora nuestras vidas entre aquellos señores.

Una vez que comprobaron nuestra insolvencia en el conflicto que los atañía con su gobierno, nos entraron en una especie de choza echa de barro y palos secos, dándonos una sustancia viscosa para comer aquel día, que al parecer no se pegaba en el esófago ni en los intestinos. Parecía que habían obtenido aquella sustancia de algún árbol que había en aquellos alrededores. No estaba mal de sabor aquella comida, pero cuando Candy me señaló en el borde de la lata donde habían puesto aquella sustancia, pude ver como si alguien hubiese escupido allí mismo.

Dejé que Candy comiese de aquel brebaje, ya que no se podía denominar con otras palabras aquella amalgama de revueltos de alguna sustancia leñosa; pero cuando mi mujer Candy hubo terminado de comer aquello, me dispuse a decirle lo que yo creía fuese aquella comida que nos habían dando los señores de aquel campamento; pues eso era el asentamiento de aquellos hombres armados.

La miré a la cara y vi en ella ése atisbo de querer intuir algo, como si yo la tuviese que contar una cosa para que ella lo supiese.

ANDREW -. Candy.

CANDY -. Dime, querido.

ANDREW -. Ésta comida son las sobras de estos señores.

CANDY-. ¡No me digas!.

ANDREW -. Como te lo digo.

CANDY -. ¿No puede ser?.

Señalándola para el borde de la lata que había contenido aquella comida, enseguida lo comprendió Candy, queriéndose caer para atrás, emitiendo una voz característica de sorpresa no grata.

CANDY -. ¡OH!... Di... .

Menos mal que yo la tapé la boca; pues ya iba a pronunciar la palabra “Dios”; ya que estábamos dando el pego, por llevar yo una barba de hacía varios días. Anunciando a Candy de que no debía pronunciar aquella palabra.

Enseguida nos emplearon en llevar productos poco pesados de una parte a otra; pues hasta el agua la teníamos que llevar a los diferentes grupos, pareciendo que éramos los chicos del acarreo.

A la pregunta de uno de ellos, de que si estábamos conformes en aquel campamento, pues así lo consideraban ellos, la respuesta mía fue afirmativa, al igual que la respuesta de Candy.

Pero con todo y eso, no estaban conformes con lo que les contásemos; ya que se nos arrimó, una vez más, el señor que nos había recibido en el compendio de aquellas chozas, con una sola idea; el querer saber más y más de nosotros dos, por no tener los conocimientos en regla, de quién éramos nosotros y a quién servíamos: Pues al parecer había una cosa que no cuadraba en nuestras explicaciones.

SEÑOR -. ¿Me ha dicho usted, que tenían contrato con un señor de la nación que han dejado atrás?.

ANDREW -. Justamente. Eso le he dicho.

Y mirando hacia la avioneta, que se encontraba embarrancada en un pequeño precipicio que había delante de los barracones, o de aquellas cabañas; ya que quise dar marcha de nuevo a la avioneta para que nos sacase de allí, encontrando dicho escollo en nuestro camino.

SEÑOR -. Entonces. . . ¿Cómo han volado con una pertenencia de Los Estados Unidos del Norte de América?.

Señalando a la avioneta, aquel señor quería saber la verdad de cómo habíamos podido elevar vuelo en la base sin habernos interceptado y abordado dicho vuelo los militares de aquella base, siendo los marines expertos en dichos menesteres.

Por poco le doy las gracias al oírle decir aquello a aquel señor; ya que se me elevó el ánimo al cien por cien al saber la consideración que nos tenían aquellos hombres en cuanto operativos militares .No podía alegar nada ya que la prueba la teníamos en los ojos; pero eso sí, puse cara de escepticismo, como que yo no sabía nada y por supuesto no me había dado cuenta de que en su fuselaje, aquella avioneta llevaba las barras pintadas.

En los días sucesivos seguimos acarreado utensilios y avituallamiento, Candy y yo, de una parte a otra, como si fuésemos mulos de carga; pues a veces teníamos que



unir nuestras dos fuerzas para poder transportar aquello que nos dijese nuestros caseros, por así decir y por no decir otra cosa.

No hacía más de una semana que nos encontrábamos allí, cuando se comenzó a oír ruidos como de una artillería pesada, saliendo todos los hombres de sus cabañas bien armados, para hacer frente a un posible evento entre las dos partes en litigio.

Dos, solamente dos hombres se quedaron con nosotros para acompañarnos en ésa precisa hora de desaliento para todos ellos, ya que estaban siendo desalojados de aquel emplazamiento militar.

Yo hice una señal con los ojos a Candy para que cogiese a su debido tiempo un arma que había encima de la mesa donde nos encontrábamos, comprendiéndome ésta enseguida; así que en un momento determinado la hice dicha señal, abalanzándose Candy a por el arma.

Era una pistola; pero como aquellos hombres estaban atareados viendo en la distancia los movimientos de sus hombres, no nos fue difícil saber si dicha arma estaba cargada y si la munición que contenía dicha arma no fuese de fogeo: No, para nada era de fogeo; de modo que ya teníamos un arma en nuestras manos, mientras se encontraban desarmados aquellos dos hombres, que permanecían atentos a los eventos de sus compañeros que a nosotros mismos. Y pese a que yo eché el precursor hacia atrás de aquella pistola no se percataron aquellos dos hombres, que seguían ofuscados por saber de sus compañeros.

Y a punta de pistolas, y con un carácter bonachón, los invitamos a sacar aquella avioneta de aquel pequeño bache donde la quedamos ancladas. No fue fácil sacar a la avioneta de donde la habíamos quedado nosotros, Candy y yo, sobretodo yo.

Pero una vez que sacaron los morros de la avioneta fue fácil hacerla girar unos ciento veinte grados para tomar pista en aquel poblado, y tomando fuerza en su motor la hicimos correr a más y mejor por aquel terreno tan dificultoso, sin una carta de vuelo; pues eso fue lo más difícil, ya que se nos terminaba el terreno llano, teniendo que volver al sitio de arrancar el vuelo para ejecutar otra vez el intento.

Ya sabíamos en qué sitio debíamos manipular los alerones para que tomase vuelo dicha avioneta, y así al llegar al sitio deseado comenzó a levarse la avioneta teniendo cuidado para que no mermasen las fueras de vuelo, ya que estábamos muy cerca del suelo.

ANDREW -. Oh mein, oh mein.

TORRE DE CONTROL -. Air force one.

No sabíamos muy bien a quién estaban pidiendo permiso para volar; pero aunque Candy se quedó como asustada, yo la aplaqué con un -. Así estaremos más vigilados -.

En pleno vuelo conseguimos sacar las chapas de entre los calcetines para colocárnoslas en el cuello; así sabrían al aterrizar quién éramos: El teniente coronel Andrew y el comandante Candy; dos miembros de los marines en activos. Y de ésta manera bajamos de la avioneta en la base militar enseñando las chapas que caían sobre nuestros pechos.

No obstante tuve un correctivo de menos de un punto, pero como mi baremo tenía bastantes puntos no se tambaleó en nada, además que en esos días me llegó el justificante de haber aprobado el curso de Estado Mayor, cosa que me tenía que haber

llegado hacía ya bastante tiempo; pero como en ciertos sitios de la administración se sabe que no tienen mucha prisa; por eso me llegó en ésa fecha el curso de Estado Mayor aprobado, cuando hacía ya tiempo se me había nombrado teniente coronel.

Y picado por el gusanillo de querer saber más, pedí al Estado Mayor mi baremo, llegándome en pocos días a la embajada, para alegría mía; ya que si seguía aumentando mi puntuación, pronto llegaría a ser coronal. Así se lo manifesté a mi mujer Candy, que me mandó las mayores felicitaciones que una esposa pueda expresar a su marido.

No tomé a mal aquella tardanza en llegarme la justificación de haber aprobado el curso de Estado Mayor, pues para mí era eso: Una justificación y nada más, ya que quien debía tener constancia era el mismo Estado Mayor de que yo había aprobado dicho curso.

Los cero coma y pico puntos que se me había quitado por mi correctivo, al llevarme una avioneta de la base y haber tenido que aterrizar en otra Nación en litigio los gané con creces por haber estado haciendo un servicio de estudio social de aquellas gentes, ya que yo tenía el título que me extendió la facultad en mi poder. Ésa información me llegó por medio de un mando superior conocido mío, al que yo había caído bastante bien; y así se lo hice saber a Candy, que también había estado haciendo los servicios de estudios sociales con aquellas personas de la nación donde prestaba servicios ella. Con la correspondiente sorpresa que a Candy se la nombró teniente coronel en pocos meses, quedándonos los dos con la misma graduación militar, para el gozo de nosotros dos y de nuestro cariño.

Pero ahí no queda todo, que tuvimos informes de algo superior a nosotros; ya que Elisabeth fue nombrada Major en aquellos días. Por lo menos su carrera no se estancaba en ser solamente Capitán; ya que ella misma había hecho méritos suficientes

como para que los mandos la asignasen el ascenso militar. Y es que aquella tierra, donde nos encontrábamos, era un atisbo de ilusiones y de buen quehacer en nuestras tareas cotidianas, no mermando nuestros servicios para nada.

Pero como en aquellas fechas era el tiempo de la acción de gracia, yo me entrevisté con mis compañeros de armas para que lo celebrásemos en una nación equidistante de las otras; y así fuimos a celebrarlo donde ejercía sus funciones el Major, Elisabeth, teniendo ya preparada en su casa toda la mesa en perfectas condiciones.

Como llegué yo el último; ya que los preparativos de la gran visita el Secretario de Estado no se habían terminado, que fue por la cual nos autorizaron para tomar vuelo a Candy y a mi desde la nación que estuvimos en un poblado de hombres armados. Y aunque el gran jefe se había marchado, el desmontar tanto embolismo en muebles y en otras cosas nos costaba mucho; ya que había sido un recibimiento en orden.

ANDREW. ¡AH!, no. La celebración tiene que ser en un gran restaurante: ¿Cuál es el mejor?, Elisabeth.

ELISABETH -. Llamaré para reservar mesas.

ANDREW -. Elisabeth.

ELISABETH -. Sí, Andrew, ¿Dime?.

ANDREW -. Has dicho mesas; que estén todas ellas juntas.

ELEISABETH -. Perfecto. ¡A sus órdenes!, señor, sí señor.

ANDREW – (Y echando una risa). Ése trato para afuera, para la calle.

Bien sabía ella que me tenía que tratar como amigos de la infancia, y que yo no me dejaría llamar por mi graduación, siempre que estuviésemos solos nosotros, al igual que cada uno de ellos.

Fue un día inolvidable; pues todos comimos, todos reímos y todos nos congratulamos por haber estado juntos entre nosotros; ya que algunos no nos veíamos desde que nos destinaron a dicho continente.

Después de haber merendado unas buenas viandas, nos fuimos a casa de Elisabeth para descansar en ella y poder tomar opiniones los unos de los otros. Y el que más y el que menos contaban alegrías de su paso por aquellas tierras, vírgenes y con el saber que le proporcionaba la vivencia de ellos mismos.

Tanto fue así, que cuando nos tuvimos que despedir, unos de otros, lo hicimos con lagrimas en los ojos por no saber cuando volveríamos a estar todos juntos y en qué nación o en qué continente; ya que éramos un cuerpo especial para estudiar y poder saber cómo se tenía que tratar a dichas gentes, como así saber mejor las costumbres y la vivencia en cada etnias o tribus.

A los pocos días tuve información de que Candy estaba haciendo los cursos al Estado Mayor, para ser teniente coronel; ya que se necesitaba un punto de apoyo, además de el mío, en otra nación hermanas a la que yo me encontraba.

Los eventos se producían con suma rapidez, cogiéndonos de improviso a nosotros; ya que no nos esperábamos tales avances en los hechos y en la manera de llevar aquel servicio encomendado a cada uno de nosotros; por no ser una fuerza militar enseñada desde sus comienzos.

Tal vez por eso recibimos un día la orden de traslado de todos nosotros a otro continente, y: ¡OH!, sorpresa de sorpresa al saber de qué continente se trataba. Siendo

remiso cada uno de nosotros por reexpedirnos, una vez más, al continente europeo, donde ya habíamos estado otra vez, teniendo unos recuerdos. . .

Picardía, pillaje. . . Y otros tantos sinsabores que teníamos la mala suerte que hacer frente a todos ellos; como si se tratase de nuestra Nación, por estar haciendo en dichas naciones nuestro servicio oficial.

Nos dieron los días pertinentes que teníamos derecho para nuestra mudanza, y al cabo de los cuales, yo me vi en una embajada bien acreditada en aquel continente: No así algunos de nosotros, pues hubo alguien que le trasladaron a embajadas más humildes y tal vez con más peso social dentro de aquella nación, al estar completamente entrampada.

Sé que está mal decir algo de la nación donde nos mandasen; pero como ya ha pasado tiempo y aquellas naciones han resuelto sus problemas favorablemente, lo digo sin ánimo de enfadar a nadie.

Lo primero que hice al llegar a la nación donde se me había trasladado, sin yo pedirlo, fue tomar el pulso dentro de las fuerzas armadas de aquel gobierno. Eso sería la mejor luz provisional que yo podía ver en cuanto supiese cómo estaban estructuradas aquellas fuerzas armadas dentro de aquel estado. Y por otra parte contacté con las demás embajadas, para ver el grado de ánimo o desánimo con el que se estaban haciendo los servicios dentro de ellas mismas.

Desde luego que sí, sí salían los servicios de puras ganas; pues no sabía yo cómo estaba sacando mis servicios en la embajada que me destinaron por ser un mar de reproches toda ella y de contrariedades, civiles y económicas.

Tan mal me vi, que no sabía con quién hablar, ni con quién tomar parecer; hasta que dando vueltas a mi pensamiento en mi cabeza comprendí que sería mejor llamar a

Candy para que me rubricase lo que yo veía y contactaba en mi servicio, dentro de aquella embajada. Pero como dentro de aquella embajada también se tenía noticias de lo que pasaba afuera, nada era ajeno a mi; y sobretodo a mi persona, que se movía por ciertos enlaces de privacidad competentes.

ANDREW -. Candy. No quiero asustarte.

CANDY -. Ni yo a ti tampoco.

ANDREW -. ¡No digas!.

CANDY -. Sí digo. Todo lo que tú me vayas a contar, ya lo sé yo.

Pensé hasta pedir traslado de aquel continente; ya que la sorpresa excedía a nuestros ánimos de pobres espíritus, como era el cogernos a todos nosotros descuidados todos los hechos, los eventos, que se formaban en aquella época como descuidados y sin medio de poderlos pensar antes que se lograsen perpetuar en el tiempo.

Pensé que si acaso pedía traslado por mi cuenta iba a tirar todo por la borda, hasta mi carrera militar; pues era signo de que yo no podía llevar tales servicios, me estaba considerando incompetente para desarrollar mis servicios en dicha embajada.

Como tenía hasta master hechos de economista y sociólogo, contactaron conmigo algunos empleados de las sucesivas embajadas, de aquel continente y hasta de otros continentes mandándoles una reseña de cómo se llevaba en dicha nación la contabilidad y la llevanza de esa misma contabilidad en los libros.

Un día contactó conmigo un señor para que le informase de una actividad y al terminar de hacerlo me pidió que le informase de otra actividad; por lo cual me opuse,

diciéndole que tenía que pedí permiso a mis mandos para hacerlo, dejándome llamar dicho señor. Pude darme cuenta, que no se trataba de un señor interesado en una actividad; era más bien algún compañero de armas, diferente a mis amigos de la infancia, que quería cogerme las manos.

No quiero ser mal pensado; pero los movimientos que había visto en días anteriores iban todos por ése mismo derrotero. Parecía que algunos de mis compañeros estaban aprendiendo demasiado deprisa los intrínquilis de aquel continente.

Tal vez yo no servía para el sistema de litigio de un ejército a otro, ni siquiera para apuntar con un arma a una persona, contra más tirar municiones con ése mismo arma a las personas. Pero para lo que sí servía era para hacer el bien y defender a mi nación y a mi puesto de trabajo, allí donde me mandasen mis mandos; allí que estaba yo haciendo el bien común a todas las personas de mi alrededor.

Llegó mi mujer Candy nombrada teniente coronel por el Estado Mayor; pues aunque estaba ocupando plaza sobre lo mismo, era una plaza interina; no nombrada por el Estado Mayor hasta ése mismo día que se la comunicó a mi mujer Candy su ascenso.

Ahora sí que podíamos hacer un grupo bien definido, como para poder movernos mejor y estudiar el carácter de aquellas personas, así como su manera de vivir y de ser entre las diferentes comunidades de aquellas naciones.

Ahora sí: Sí comenzamos a movernos en todos los sentidos, en el espiritual, en lo mercantil, en la cultura y en todas las demás condiciones de la vida.

Nos introducimos en algunas organizaciones paraestatales y personales y en una de ellas se me invitó para dar una vuelta por el Mediterráneo, en un buque de uno de ellos, alertándome Candy que no debía aceptar tal invitación.



No podía rechazar aquella invitación; pues sería la mejor manera de saber qué era lo que estaba haciendo aquel señor con su patrimonio, pues en los buques de tal calado se celebran unas orgías y fiestas hasta que no se resiste más. Así podía yo sonsacar a aquel señor en una conversación para que contase algo de sus actividades económicas.

Cnndy no me quería dejar solo, así que se ofreció para acompañarme en dicha singladura por todo el Mediterráneo, pero como yo la dije: Que sería más factible fuese yo sólo a dicha singladura; ya que sería más normal se inclinarse aquel señor por las ganas que yo tenía en participar en un crucero semejante.

La singladura empezó bien, pero así como a unas treinta milla de la costa, la quilla del buque, el tercio anterior del buque, donde íbamos todos en aquel crucero, chocó contra un escollo en un saliente de roca abriéndose un boquete por aquella parte.

La vía de agua que se abrió en su quilla dejaba entrar una gran cantidad de agua suficiente como para que el barco no se sostuviese flotando; así que se estaba hundiendo por completo y con una velocidad constante, por medio de ésa vía de agua.

No había botes de salvamentos suficientes para que montase en ella toda la tripulación del barco y los invitados al mismo crucero, por aquellas aguas tan azuladas y bellas como tenía en aquel tiempo el Mar Mediterráneo.

Yo hice por montarme en unos botes de salvamentos que estaban bajando desde el barco a las aguas, y al ver que no había más botes pregunté por las causas de no tener botes de salvamentos suficientes, contestándome el capitán del buque que estaban arreglándolos en una dársena de aquel puerto.

Como presentí que era uno de los últimos pasajeros que existía a bordo de aquel buque, miré al agua tirándome a ellas sin saber qué me encontraría sumergido en aquel líquido elemento.

Pero lo que me encontré fue diferente a lo que yo esperaba; ya que un buzo se dirigía hacia mí, presentándome los brazos como en señal de que me cogiese para aflorarme a la superficie de aquellas aguas tan heladas. Y sí, sí se dirigió a mí aquel buzo; pero con intenciones subversivas para mi componente físico, ya que al llegar a mí hizo por aplastarme la cabeza con una bombona de oxígeno que llevaba en las manos, para su salvamento.

Desde luego sí me hubiese pegado con aquella bombona en la cabeza si yo no hubiese estado listo para esquivarla, al tiempo que le arranqué de la mascarilla el tubo de respiración; pudiendo salir a flote con gran esfuerzo debido a mi agarrotamientos de músculos por aquel susto dado por el buzo. Pero con todo y eso salí de esas aguas para respirar el aire fresco y ¡OH!, mi sorpresa cuando vi que aquel buque se sostenía flotando en las aguas de aquel Mar, tranquilo y apacible.

No sé yo cómo llegué a cubierta de aquel buque, pero allí ya me estaba esperando el anfitrión de aquella singladura: La ilusión de hacer un crucero por todo el Mediterráneo se me truncó por completo. Desde luego que me habló y me habló bien claro aquel señor.

SEÑOR -. Se ha salvado de milagro.

ANDREW -. Desde luego ha sido como usted ha dicho.

SEÑOR -. Teniente coronel, no meta usted las narices donde no le llaman.

ANDREW -. No le entiendo a usted.

SEÑOR -. Se está esquivando al decir la palabra, señor.

No sé si estaría totalmente vendido en aquel buque; pero mi condición de marino era el permanecer allí para poder hacer bien mis servicios, no dudando nunca de mi capacidad y de las ganas que yo tenía por saber algo sobre aquel señor.

Cuando se dio media vuelta aquel hombre, yo me la di también con idea de volver al camarote que me habían asignando en la singladura de aquel buque; pero mi vista chocó con unos ojos un tanto femeninos, no sabiendo yo qué haría allí Candy. Al parecer mi mujer Candy se encargaba de las tareas de limpieza de aquel buque y poco más o menos, llevándomela yo, a base de mi mirada, a un lugar recóndito y allí hablamos los dos.

ANDREW -. ¿Supongo bien?.

CANDY -. Perfectamente.

ANDREW -. ¿Tú has estado aquí desde un principio?.

CANDY -. Tú lo has dicho.

No hablé más con Candy, marchándome a mi camarote donde pude descansar un buen tiempo del susto que me había llevado en aquella hora de desaliento y de naufragio para mi persona.

Desde luego no se me habían aplacado los nervios; pues al saber que se encontraba a bordo de aquel buque Candy me estaba dando más que pensar en la posibilidad de un accidente en la persona de mi mujer.

Así que salí a cubierta con la cara desencajada y el semblante terso buscando con la vista a mi mujer, Candy, y como no la veía me puso más nervioso que nunca; notándomelo toda la tripulación de aquel buque. Y como yo veía a aquella tripulación un tanto remisa en mis condiciones de invitado, le dije a uno de ellos, que no se me habían calmado los nervios, al no poder dejar pensar en mi naufragio.

Aquello pareció que había surtido efecto en toda la tripulación, pues lo que yo le dije a uno de ellos corrió como la pólvora y así pude paliar mi manera de ser cuando salí afuera buscando a Candy, con cara desencajada. Y desencajado estaba, desde luego, mi pobre Espíritu al no ver por ninguna parte a mi mujer Candy.

TRIPULANTE -. ¿Qué, todavía nervioso?.

ANDREW -. Compréndame usted.

TRIPULANTE -. Si le comprendo.

Aunque estaba dando sensación de lo que no era, convenía que fuese así; para no dar qué pensar a toda la tripulación, y sobre todo al capitán del buque: Un hombre muy desconfiado y poco bondadoso con sus víctimas.

Pero mostrándome como yo no era, me estaba poniendo un signo malo para mi reputación, dentro de las fuerzas armadas de EE.UU., más bien en los marines.

Respiré una vez que atracó el barco a puerto; pues se veían bastantes gentes en el, unas haciendo su cometido y otras con una tarea de amarre a los bolardos y algunas otras bajando y subiendo de aquel barco por sus escalas. Bajé de aquel barco no sin antes haberme despedido del señor que me había invitado al crucero, con una sola idea:

El ver cuanto antes a Candy y saber cómo se encontraba ella; pues tal vez había sufrido mucho al saber de mi naufragio, sin motivo aparente. Y desde luego que aquel naufragio no tuvo motivo aparente; no sabiendo yo, ni nunca lo sabré, como se encontraba flotando aquel buque cuando en sí se estaba hundiendo.

No se me había quitado la imagen de aquel buque de la cabeza cuando me llamó Candy con un asunto muy arduo; y era que Elisabeth se encontraba en apuros en un lago europeo por haber descubierto algo que chocaba contra los intereses de un grupo asociado de personas.

No lo pensé y convocando a todos mis compañeros de armas nos fuimos sin pérdida de tiempo al lago donde estaba siendo hostigada nuestra compañera Elisabeth. No había otro camino más que el agua para llegar donde se encontraba nuestra compañera; así que pregunté al Major Óliver por su situación y contactando con una busca nos dio el sitio detallado donde se encontraba el Major Elisabet.

El agua se encontraba en aquellos días muy frío, hasta el punto de darnos una lipotimia a todos nosotros; ya que nos metimos en aquel lago el grupo completo, no dejando a nadie en retaguardia pues se veía que en la parte contraria de donde se encontraba Elisabeth era un sitio tranquilo. Y por otra parte me hacían faltas todos los efectivos posibles para el rescate de nuestra compañera de armas.

Estábamos ya muy cerca de conseguir nuestro objetivo, que no era otro más que el rescatar al Major Elisabeth cuando comenzamos a oír disparos hechos por un fusil de asalto y aunque parezca mentira nos tranquilizó oír con qué arma se estaban haciendo los disparos; pues era el momento de intentar un operativo en orden, no como lo estábamos llevando a cabo. Por lo tanto, si ellos tenían un operativo formado, nosotros formaríamos otro operativo para rescatar a nuestra compañera.

Con muchos apuros fuimos capaces de sacar al Major Elisabeth de donde estaba retenida y al son de la munición de aquel fusil de asalto nos alejamos todos de aquel lugar sin ser heridos.

Después de dar las gracias a todos mis compañeros de armas, me fui a mi embajada, donde tenía encima de mi mesa de escritorio una nota para que me presentase de inmediato en la base de Georgia.

La nota no ponía más, y mi suspicacia me decía que debía de ser por motivos de cuidado el llamarme a dicha base lo más rápido que pudiese: Así que alegué a mis mandos lo que me reseñaba la nota yéndome rápidamente, en un vuelo, a Georgia.

Nada más llegar y enseñar la nota, me recluyeron en un departamento con otros compañeros de armas; pero cosa curiosa, allí había desde tenientes, capitanes. Comandantes y yo: Teniente Coronel.

A los pocos días recibí un requerimiento disciplinario para que me presentase de inmediato en comandancia, viendo en un despacho a un Coronel conocido por mí, el cual me saludó muy cortésmente, en plan de amigo, después de haberme dado la bienvenida con el reglamento en las manos.

CORONEL -. Tratémonos de tú, no hay nadie que nos pueda ver ni escuchar.

ANDREW -. Señor. ..

Haciéndome una señal con la mano para que no prosiguiese, me callé para ver qué quería mi coronel, estando yo atento a sus señales o a lo que me pudiese decir con palabras; pues tal vez el requerimiento era importante para mí.

CORONEL -. Sin prólogo ninguno. Aterrizaste con una avioneta de la Armada en un terreno de conflictos; justamente donde existía un poblado de litigio con aquella nación. Te fuiste de crucero invitado por una persona particular, encallando la embarcación y por poco te matas; habiendo abandonado tu puesto de servicio sin pedir permiso a tus mandos. Organizaste, por tu cuenta, un rescate en un lago europeo hace días, pudiendo ser heridos algunos de ustedes. . . ? . . . ¿Cuéntame más?.

ANDREW -. No tengo más qué contar, señor.

CORONEL -. Ése señor ha sido por miedo.

ANDREW -. Señor, sí señor.

CORONEL -. Sigámonos llamando de tú. Has estado a punto de ser degradado, pero tu baremo personal no ha disminuido tanto como para hacerlo. Sí es que tienes que pasar un tiempo en formación de personal.

Y dándome un impreso me mandó que me presentase donde ponía aquella reseña; haciendo caso a lo que me dijo mi coronel: Que no era otro sitio más que el departamento donde ya estaba asignado.

Un día que salía para dar un paseo por aquel patio de formación personal a los componentes de las fueras armadas de EE.UU. vi que se me hacia señales desde un coche para que me acercase, yendo con paso firme, pero sin avanzar mucho en mi marcha; hasta que pude reconocer a mi coronel que estaba dentro del coche.

Me acerqué al coche con mucho sigilo, y abriéndome la puerta del vehículo, mi coronel, me hizo señales para que entrase en el.

CORONEL -. Cierra bien; así no nos oirán.

Me quedé mirándole fijamente a la cara, como teniendo ya confianzas en él, pues nos conocíamos desde hacía bastante tiempo, y al ver que no respondía mi coronel me puse nervioso notándomelo él; así que continuó hablándome.

COROENEL -. Pidió permiso en vuelo, para levantar el vuelo en el mismo campamento; pero lo hizo de una forma sui géneris. . . ¡Digo yo!: Oh mien; que es una forma alemana de pedir vuelo. Además no costa en el informe que hiciste de haber aterrizado en un poblado en litigio. Esto no forma parte del sumario; puedes hablar tranquilamente conmigo, es extraoficial.

Pero como me parecía que todo iría a formar parte del sumario, le dije a mi coronel que me dejase pensar en ello, ya que no me acordaba bien, para no complicarme más mi carrera militar; ya que no lo dije a su debido tiempo, ni creo que Candy lo hubiese contado. Despidiéndome de aquel coronel lo más formalmente que pude.

Nada más salir de aquel embrollo que me había metido yo llamé a Candy con la sola idea de saber si había dicho la verdad, diciéndome ésta que no había dicho nada al respecto de aquel poblado, para aconsejarla que dijese la verdad, que yo lo aria también: Pero que no metiese mucha tinta en aquellos hombres armados que encontramos en aquel lugar, entendiéndome perfectamente Candy.



No las tenía todas consigo y nosotros teníamos que decir la verdad pero sin explayarnos mucho en los detalles que vimos y en nuestras explicaciones; pues sería contraproducente para nuestra carreta militar. Así fue lo que hizo el teniente coronel Candy al ser preguntada por el día que aterrizamos en el poblado de litigio. Pero lo que quería saber los mandos, si aquellos hombres estaban en un completo litigio para lograr sus intereses particulares.

Estando formándome con mis compañeros de armas en aquella base, me llamaron a comandancia; en un despacho que me quedó helado. Era el despacho del Almirante, que quería saber personalmente qué pasó en aquella noche cerrada y con una tormenta enorme.

ALMIRANTE -. Mi teniente coronel. Señor, tenga a bien decirme qué los pasó a ustedes dos en la noche que aterrizaron cerca del poblado.

ANDREW -. Señor, sí señor. No aterrizamos cerca, señor; aterrizamos en medio de dicho poblado, señor.

Pero cuando miré a un lado de aquel despacho pude ver allí al coronel, mi amigo por así decir, que comenzó a mirar al Almirante y éste al coronel cuando yo dije eso.

ALMIRANTE -. Mi teniente coronel, vio usted litigio en dicho lugar.

ANDREW -. No vi nada de litigio en esos hombres; lo que sí fue que nos rodearon armados hasta los dientes.

ALMIRANTE -. Mi teniente coronel; eso es estar en litigio.

ANDREW -. Señor, sí señor.

No quedó duda de que sí estaban en litigio cuando detallé que salieron todos a su defensa, pues los estaban atacando y así pudimos salir de aquel lugar, a las dos intentonas de la avioneta: Cuando supe el sitio que tenía que levantar ala.

Se volvieron a mirar el Almirante y el coronel como incrédulo por mi vocabulario; pero yo estaba muy asustado, como para emplear un argot con las palabras deseadas y legítimas dentro del manual de los marines.

ALMIRANTE -. Mi teniente coronel: Es usted necesario para la causa; cuídese.

ANDREW -, señor, sí señor.

Después de despedirme salí de allí más que corriendo, salí volando como se suele decir, para tomar aire en los pulmones ya que los tenía cerrados a causa del miedo por ser amonestado al no haber dicho la verdad en mi informe en el día de los hechos.

Pasaron los días y no llegó la amonestación; de modo que me consideraba salvado por no haber dicho la verdad en mi informe en aquel día; ya que hacía más de tres meses desde que le confesé al Almirante la pura realidad.

Había pasado tiempo desde que yo me encontraba en formación en dicha base, cuando me llegó la noticia de que Candy había ascendido a Coronel, por tener el baremo suficiente como para ascenderla nuestros mandos.

Hubo un día que sin esperarlo fui trasladado a un regimiento para hacer unas prácticas, ya que me valdría para obtener los puntos quitados a mi baremo.

Al parecer lo hice lo suficientemente bien, que me felicitaron mis mandos superiores dentro de las fuerzas de los marines, para pasarme a un destacamento cerca del Río Hudson; dándome cuenta enseguida de que aquello era la Escuela Militar de los Marines en los EE.UU.

No sabía yo qué hacía allí, en aquel gran complejo militar; si ya mi formación académica estaba sobreentendida por mis mandos, pero a medida que fue avanzando el tiempo me di cuenta de que aquellos meses me servirían para coger baremo en mi historial militar; así que me conformé con dejar pasar los días y con ellos los meses, hasta que un buen día fui llamado a la base en Georgia, anunciándome que dichos cursos había sido favorables para mi expediente militar, habiendo pasado las pruebas para coronel ó lo que es lo mismo coronel.

Se me asignó pronto un regimiento en una nación conocida por mí, dando enlace a otra que llevaba el coronel Candy, teniendo a mi mando a la mayoría de mis compañeros de armas.

Enseguida puse al comandante Óliver en la frontera con la otra nación, donde ejercía su servicio el coronel Candy; pues yo sabía que el comandante Óliver me informaría perfectamente de alguna variación en los servicios que yo no supiese.

Distribuí por las zonas más emblemáticas, dentro de ése litigio militar que estábamos llevando a los demás compañeros de armas: Así asigné en un destacamento militar en el flanco sur a Elisabeth, pues yo sabía que no la hacía falta nadie para saberse defender. En el flanco norte le destaqué a Frederic junto con Irene, su mujer; para quedarme el resto de mis compañeros de armas conmigo y así poder tener personal de confianzas en caso de urgencias, dentro del servicio militar de aquella zona y de toda aquella región, donde nos habían asignado los servicios nuestros mandos superiores.

Así sabía en todo momento lo que estaba haciendo el coronel Candy en su demarcación militar; pues al parecer no nos podíamos exceder en nuestras funciones: Solamente debíamos servir a la patria en el lugar asignado para ello.

Yo, por mi parte, tenía relaciones telefónicas a través de nuestro ejército con el coronel Candy; ya que estábamos apaciguando aquellas tierras, de una forma hermana; pues eso era lo que parecía en todos los movimientos que hacíamos, y ¡AY! el que se pasase en sus operaciones militares; se tendría que ver conmigo.

Como tuve información, y yo mismo lo pude ver, de que aquellas personas maravillosas no tenían bastantes bienes materiales y también suficiente comidas para su sustento, hice traer a dicha nación cargamentos enteros de viandas para distribuir las por todas las regiones, hasta el punto que me llegó el Brigadier General ó lo que es lo mismo, General de Brigada, con la sola idea de ver qué estaba haciendo yo con tantos alimentos en mi jurisdicción militar.

No quería, pero yo le llevé por sitios recónditos y caminos inverosímiles para hacerle ver la realidad de aquellas gentes, que habían dejado de ser nómadas para asentarse en su tierra, sin ninguna clase de beneficios en ella. Allí no sacaba nadie nada de aquella tierra tan seca, pero tan hospitalaria a la vez.

Los lazos de hermandad se estaban uniendo cada vez más, entre los marines y aquellas personas tan amables y simpáticas; al ver la pura realidad; pues sin nosotros no podían subsistir mucho tiempo. Claro que eso era las personas que estaban más cerca de nosotros.

Y como aquel acto humanitario había salido en la Televisión de EE.UU. No tuvieron más remedio mis mandos que presentarme en ella como el defensor de la sociedad en dicha nación.

Por supuesto los productos alimenticios abundaron por todas las regiones, al ver mis mandos que aquello era causa de una confraternidad entre marines y aquellas buenas gentes, deseosas de comer todos los días muy bien.

Lo mismo hizo el coronel Candy en su nación; pues desde su regimiento abastecía de alimentos a la mayoría de las personas que carecían de la totalidad de ellos, no sin antes copiarme al dedillo cómo lo estaba yo gestionando.

Para ello la hice ver que se asociase con unas ONG de distribución de alimentos, pues ellas mismas lo distribuirían en aquellas naciones con gran esmero, siempre que pudiesen entrar en dicha nación y así ningún militar abandonaría su puesto de servicio de ninguna manera.

Me pareció que mi explicación no estaba lo suficientemente detallada, de modo que la expliqué el modus operandi de el operativo que tenía formado con las ONG; ya que la mayoría de los alimentos procedían de forma oficial en los reclutamientos y la minoría lo obtenían las ONG con su labor social en cada nación: Así que no hacía falta se distribuyese los alimentos por el gobierno de la nación donde llegasen dichos alimentos, los distribuíamos directamente nosotros; ya que de momento se podía hacer así, por falta de recursos humanos de esas naciones donde llegaban los alimentos.

De ésta manera salió enterado el coronel Candy, de cómo tenía que hacer el bien social para proseguir con un bien común entre todas las personas de aquella nación, tan mermadas de víveres y de sustento personal para su cuerpo.

En los sucesivos meses se aplacaron los nervios de aquellas personas de esas naciones y hubo un periodo de tranquilidad y sosiego entre todas ellas, no viéndonos mal dentro de su nación; pues ellos sabían que el medio de subsistencia se lo dábamos

nosotros de balde, no teniendo ninguna clase de problemas nosotros, los marines, con ellos, las personas de aquellas bellas y agradables naciones.

En bloque, fuimos rebajados de nuestros servicios todos nosotros en aquellas naciones, para asignarnos otros servicios dentro de un continente al que para hacerse de una actividad económica la teníamos que comprar; ya que todas las actividades estaban dadas a dedos. Era una economía de guerrilla; si lo han leído ustedes bastante bien, de guerrilla.

La desavenencia colectiva se daba mano con una desavenencia personal, en donde nadie se creía nada, y en donde nadie engañaba a otra persona con sus intrínquilis maltrechos por la soflama de un deje no convencional.

No sabíamos bien cómo íbamos a salir de dicho atolladero personal de cada uno; al saber cómo se las gastaban allí, queriendo decir qué forma de trato y de conciencia tenían aquellas personas para con las demás personas que no estaban en el poder político; siendo parte de aquel poder político los Mercados, a lo primero: Para hacerse, ésos Mercados con todo el poder político al correr el tiempo.

No había más gobierno que el Mercado; para toda ésa zona los mercados mandaban ante el gobierno constituido de cada una de ésas naciones.

Aunque sabíamos todo eso, nos fuimos a nuestro nuevo destino: A ésas naciones donde nos habían mandado nuestros mandos superiores. Y para tomar mejor el pulso a la economía de la nación donde comencé a ejercer mi servicio, me di de alta en una actividad, más bien en las importaciones y exportaciones de aquella nación; pero para ello tenía que comprar el puesto a un señor que había sido señalado a dedo para que ganase el suficiente dinero como para no trabajar en toda su vida. Viendo una vez más que era una economía de guerrilla, en donde nadie hace nada si no está allegado al

poder gubernamental. Cuando se lo comuniqué a mis mandos superiores no podían dar crédito a lo que estaban leyendo en mi informe; y para involucrarme más me metí de lleno en dicha actividad. Mis mandos superiores me compraron el puesto en la actividad donde me había dado de alta: exportaciones e importaciones.

Desde luego no era un paisaje bueno a la vista todo el teje y maneje de aquella actividad; ya que pude darme cuenta de que algunas personas allegadas a aquellos gobiernos, en las naciones donde abunda mucho el petróleo querían hacer transacciones económicas al continente, y por otra parte se creaba señuelos con algunas personas inocentes para que viajasen a dichas naciones y así los pilotos de una línea regular de vuelo se traían los maletines llenos de dólares, al amparo de una ONG propia de aquellos pilotos.

No digo yo que las exportaciones e importaciones no fuesen legales, que sí eran legales; pero se daban el ellas la picaresca de una economía sumergida para clarear el dinero procedente de otras naciones, en forma legal.

En mi segundo informe, aquello saltó todo por los aires, como se suele decir; pues fuimos rebajados de servicios en aquel continente todos los compañeros de armas, asignándonos unos servicios dentro de nuestra Nación, o sea: Estados Unidos del Norte de América. No dándonos tiempo para saber más de aquella economía maltrecha y cerrada a base de guerrilla.

Pasaban los días y no nos asignaban ninguna clase de servicios dentro del cuerpo de infantería de los Marines; siendo más, que un buen día se nos trasladó a la bella y acogedora Ciudad de Chicago, nuestro destino de origen.

En dicha Ciudad fuimos bien acogidos, pues todos nuestros amigos nos recibieron con los brazos abiertos, y máxime cuando éramos ya, algunos, mandos

superiores del ejército. Siendo nuestro destino particular el visitar museos e ir paseando por las bellas avenidas de aquella grandiosa Ciudad.

Nos recluyeron en unos barracones, a lo primero, para que pudiésemos vivir en ellos; pero eso sí cada pareja en un borrachón, cohabitando Candy y yo en uno muy preciosos, pues hasta flores había en el, de alguna otra pareja que había vivido antes que nosotros.

Una noche que comenzamos la tertulia bastante pronto, por no haber cosa alguna que nos gustase a Candy y a mí en la Televisión, nos sentamos en el sofá, muy cerca el uno del otro; para podernos oír bien y acariciarnos cuando tuviésemos ganas de hacerlo.

CANDY -. ¿Te arrepientes de algo?.

ANDREW -. Yo de nada; solamente hemos hecho cumplir con nuestro deber y con las órdenes dadas por nuestros mandos. Además, yo no he hecho otra cosa más que el bien social y el amparar a toda ésa gente necesitada de alimentos.

CANDY -. Y que lo digas. A mí me pasa otro tanto de lo mismo: Me enseñaste tú.

ANDREW -. Candy; porque tú estabas predispuesta para hacer el bien.

CANDY -. En cuanto a los informes económicos que faltan de dar a tus mandos. ¿Qué me dices de ellos?.

ANDREW -. Que el inversor se olvide de los mercados, pues son el verdadero gobierno de cada nación y perderían todo lo invertido en ellos: Sin fórmulas, sin reglas. . . ¿Pero esto qué es?.

CANDY -. ¿Nada más?.



ANDREW -. Que se olviden también en invertir en esas naciones en la construcción; ya que tienen los bancos infinidad de casas y pisos a su cargo; por lo tanto el que se de de alta en dicha actividad pierde todo el dinero que emplee en la construcción.

CANDY -. ¡Pues chico!: No hay por donde cogerlos, ni con pinzas.

Ésa fue toda la conversación que sostuvimos Candy y yo antes de comenzar a ver una película en la Televisión. Y lo malo no era solamente eso, sino que me volviesen a mandar de nuevo al continente de mis penas; pues allí lo peor estaba por llegar, sobretodo para algunas naciones del cono sur de aquel continente.

En medio de la película, dejó ver el celuloide Candy para hacerme una pregunta a la que estaba dando vueltas y vueltas en la cabeza.

CANDY -. Andrew: El dinero que se transfiere en las transacciones económica de los préstamos que hace el Banco Central de aquel continente, ¿Cómo son?.

ANDREW -. Digitales todas, capital flotante; más bien eventual.

CANDY -. ¿Entonces el dinero tangible está dentro de las arcas del Tesoro del Banco Central de dicho continente?.

ANDREW -. Justamente. Y no es eso lo malo; que dicen ha desaparecido el diario, cuando en realidad es que se denominan de otra manera los apuntes; habiendo un Debe y un Haber, ó lo que es lo mismo, Activo y Pasivo, ó lo que es lo mismo, Débito y Crédito, aunque sea con otra denominación como de amortización a Bancos.

CANDY -. ¿A qué quieres llegar?.

ANDREW -. Quisiera saber dónde han apuntado los préstamos dados por el Banco Central; pues dicen que la prima de riesgo es ciento veinte, cuando en realidad está en novecientos cincuenta y seis y a primero de años llegará a los mil puntos.

CANDY -. ¿Cómo se paga entonces los préstamos?.

ANDREW -. Pues nada; si eso es así, mientras se vaya pagando las cantidades, entonces será cuando las comience a deber dicha nación; por estar en el lado opuesto del asiento, con el gravamen de que ni se puede. . . ni se. .. Los préstamos en esas naciones.

CANDY -. Me he quedado helada.

Candy comenzó a dar golpes encima la mesa, como queriendo transmitirme una idea que yo ya la sabía.

ANDREW -. Sí, sí; te endiento: No des más golpes; sobretodo económicos.

Aquellos informes cayeron en manos de mis mandos, siendo yo llamado de inmediato a la academia de Georgia; para anunciarme algo que sobrepasaba mis conocimientos.

Nada más presentarme en la puerta de Comandancia, me recibieron con un saludo que no me correspondía. Pues me hicieron el saludo de general cuando yo iba vestido con ropa de calle: Una incorrección por mi parte. Pero como estaba allí Óliver salió a mi ayuda, para llevarme a intendencia y prestarme un traje de coronel.

ÓLIVER -. ¿Cómo se te ocurre venir vestido con ropa de calle?.

ANDREW -. Llevo bastante tiempo vestido de súbdito en vez de militar de los Marines.

ÓLIVER-. Quieres decir: La costumbre.

ANDREW -. Exactamente.

Una vez más me saludaron como general, advirtiéndole yo a mi Sargento que solamente era coronel de los marines. Y cuadrándose por segunda vez me indicó algo que me quedó helado.

SARGENTO -. Mi general: Señor, ha sido usted ascendido a Brigadier General, señor.

No daba crédito a lo que estaba oyendo, así que pidiendo permiso entré en el despacho del Almirante cuadrándome delante de él para después poner las manos y los brazos detrás de mí en señal de respeto militar al mando y de quererle oír bien lo que me tenía que decir.

Efectivamente; había sido ascendido a Brigadier General ó lo que es lo mismo a General de Brigada; saliendo de allí apenas habiéndome despedido del Almirante.

Lo antes posible llegué a la bonita Ciudad de Chicago para hacerla partícipe a mi mujer Candy del ascenso que había tenido en el día siguiente; cuando me informó el Almirante. Y para que me lo creyera, la di un justificante del despacho de mi nombramiento; pues el original me llegaría en fechas inmediatas.

Candy saltaba y reía de alegría delante de mi persona; mientras yo permanecía impasible como previendo algo, que se me escapaba de entre las manos y de mi pensamiento.

Cuando me vio así, sin alegrarme por mi ascenso Candy dejó de reír y de pegar saltos para preguntarme por aquel estado anímico que estaba yo presentando.

CANDY -. ¿No te alegras por tu ascenso?.

ANDREW -. ¿No comprendes que éste ascenso provocará mi marcha lejos de ti?.

CANDY -. ¿Te nombrarán un destino?.

ANDREW -. ¿Y si no: Para qué va ha ser dicho ascenso?.

En pocos días supe donde tenía que marchar: Una vez más al continente de mis penas y de mis sufrimientos; siendo dicho continente una atracción de turistas de recreo y con personas muy hospitalarias, por lo cual me tranquilizo un poco al saber del carácter tan afable de sus gentes de a pie.

Volvía a la actividad de exportación e importación con las fuerzas necesarias como para llevar la dirección de aquella empresa; pero pronto tuve una visita de un señor defendido por la clase social que había en aquellos tiempos en la nación que ejercía mi servicio y ocupaba aquella actividad.

Clase social, por no decir otra cosa. . . Por lo tanto le tuve que oír todo lo que ése señor me tenía que decir, que no era poco; ya que estaba ocupando un dominio dentro de la actividad de exportación e importación: Habiendo sido dicha actividad un colectivo cerrado hace tiempo: Se nombraba quién podía llevar a cabo dicha actividad y

quién no; así que aquellos señores de antaño no dejaban a extraños complementar dicha actividad.

Aquel señor se sentó en mi sillón sin yo haberle autorizado para que lo hiciese, con una prepotencia que rayaba el misterio; y sobretodo aparentaba sabérselas todas, ya que sus primeras palabras comenzaron a nombrar mi gradación.

SEÑOR -. Mi general.

Así empezó hablándome aquel señor, como dándomelas a entender que se las sabía todas, sobre todo de mi vida y de mi trayectoria en los marines; ya que nuestro currículum no lo sabía nadie más que el Estado Mayor de EE.UU.

Permanecí callado, mirándole a la cara fijamente y poco a poco se fue derrumbando el ánimo de aquel señor; parecía que ya no las tenía ninguna consigo, como se suele decir.

A mi negativa de no hablar nada, comenzó a moverse mucho en el sillón aquel señor, como en son de estarse poniendo bastante nervioso; mientras yo me escudaba en los marines, en el ejército de los Estados Unidos del Norte de América y en general en dicha Nación: Ya que siempre ha sido un faro de poderío para las personas de esa nación, siendo temida toda mi nación por aquellas personas y además respetada.

ANDREW -. Sabe usted demasiado de mí. Pero dígame: ¿Cuál es el desarrollo económico que me quiere plantear?.

Al decirle yo aquello se echo hacia atrás en el sillón, como en señal de defenderse; viendo pronto en aquel señor que no venía respaldado por gobierno alguno, ni tan siquiera por un grupo de activos empresarios; tal vez tendría atrás a uno u a dos empresarios y nada más.

Aquello me dio un repulsivo en mi ánimo para no seguirle hablando y sí dejar que hablase él, para ver qué se traían entre aquellos cuatro amigos.

Yo toqué el botón que alertaba a un grupo de marines que tenía esperando en una sala contigua, para que viniese uno de aquellos forzudos y enormes caballeros militares y así fue.

¡UF!, cuando se presentó aquel marine cuadrándose delante de mí; pues aquel señor no sabía lo que hacer, si levantarse o salir corriendo a la calle sin despedirse; pero como la hospitalidad dentro de las fuerzas armadas era siempre correcta, le indiqué lo que tenía que hacer aquel Sargento.

ANDREW -. Mi Sargento: Acompañe a éste señor a la calle, puesto que ya se iba.

SARGENTO -. Señor, sí señor.

Así fue como despedí aquel señor, y como no veían marines por ninguna parte los visitantes de la empresa se quedó en que hubiese sido una casualidad de haber habido militares en ése preciso momento; ya que aquel señor lo difundió por toda aquella bonita Capital.

No sé si al nombrarme general mi ánimo se aplacó; pero lo cierto era que a mí no me inquietaba nadie, así que yo recibía toda clase de proveedores y acreedores sin inmutarme tan siquiera.

Parecía que me las sabía todas y aquello era peligroso; dándome cuenta que tenía que estudiar más y saber más de aquella actividad, tan oculta a la vista de cualquier persona como para llevar a buen término su contabilidad, con sus resultados positivos.

Empecé a estar remiso en recibir a los representantes de otras actividades, que querían contratar nuestra actividad para su completo desarrollo de ellos mismos; pues todos ellos iban pensando en una cosa: Estar dentro de la Ley, por medio de las exportaciones e importaciones mientras clareaban su dinero.

Así les informé a mis mandos en pocos días, viéndolo todo oscuro en cuanto a la actividad mercantil que dirigía; puesto que la actividad comercial estaba siendo un fiasco; ya que se clareaba dólares con suma facilidad, dentro de la legalidad mercantil.

Un día me informaron las personas administrativas de la empresa, que una señora me quería ver; rechazando yo dicha visita, pero cuando se lo informaron a la persona interesada por reunirse conmigo, ésta dio un salto para atrás comenzando a correr hacia la puerta de mi despacho: Oyendo yo un revuelo en las oficinas, como para no inquietarme.

Una señora abrió la puerta de mi despacho con fuerza, viendo en ella un atisbo de querer saber de mí y no de la actividad empresarial; por lo tanto la miré a la cara y a los ojos fijamente, viendo en aquella persona, nada más ni menos, que a Candy.

Me levanté de mi sillón como si tuviese un resorte en el, ya que di un salto y me fui derecho a ella, con los brazos abiertos, haciendo gestos al personal de la oficina para que se retirasen.

ANDREW -. Candy, hija. Qué bien que has venido.

CANDY -. No podía estar por más tiempo sin verte.

ANDREW -. A mí me pasaba otro tanto de lo mismo.

Y mientras estábamos arrullándonos llegó un Sargento, pidiéndome permiso para hablar con el coronel Candy.

SARGENTO -. Señora; requieren su presencia en la embajada, señora.

Así se tuvo que ir Candy a la embajada nada más llegar a la bonita y grandiosa Capital, que por ser bella eran acogedoras y muy hospitalarias sus personas.

Sin falta de tiempo me fui a la embajada para saber por qué la requerían con tanta urgencia en ella; así que cuando entré en la embajada, cuadrándose la guardia que había en la puerta me llevaron a donde se encontraba el coronel Candy, y ésta al verme casi me abraza delante del Major General, sin saber yo que allí había dicha graduación, ni para qué. Y pidiendo permiso Candy y yo al Major General, comenzamos hablar ella y yo muy afectuosamente.

CANDY -. Me han destacado en ésta embajada.

ANDREW -. ¿De Coronel?.

CANDY -. No. Con un grupo de Marines.



Tal vez sería saber de algo social ó estudiar el carácter de aquellas buenas personas que vivían en aquella Capital; por lo tanto yo no quise preguntarla nada más, callándome para no molestar al Major General, pero como pude darme cuenta Candy quería seguirme hablando. Puse oído a lo que ella me tenía que decir y así saber su periplo por aquella bonita y graciosa Capital; pero como no lograba yo que Candy dijese una sola palabra me inquieté un poco y al verme de ésa manera fue cuando decidí hablar Candy.

CANDY -. Han ascendido a Comandante al Major Elisabeth.

ANDREW -. ¿No digas?.

CANDY -. Su currículo y su baremo en puntuación son fenomenales.

Me di cuenta, que pronto irían a ascender todos mis compañeros de armas y de juventud: pues con nosotros querían formar un cuerpo totalmente especial, a mi simple parecer.

Pero aunque Candy dependía de la embajada para asuntos oficiales, tenía su emplazamiento, junto con un grupo de marines en una base cercana a la bella Capital, y allí que me fui a vivir con ella: Al concederme mis mandos que viviésemos juntos Candy y yo; en una casa maravillosa dentro de la base. Pues la casa se me asignó a mí, como general.

Una noche que estábamos viendo un canal de Televisión, que se estaba emitiendo desde New York .bajó la voz de la Televisión Candy para podernos hablar.

Me comenzó hablando de lo agraciado que éramos, sin saber en el peligro que yo me encontraba por el acoso económico de algunos empresarios, al no acceder a sus pretensiones de clarear dinero. Recordé un día que estaban preparados los contenedores en el muelle de salida de una nación para ser vendido los productos en ésta misma nación; cuando se me avisó de un posible fraude a Hacienda Pública.

Aquellos contenedores eran legales todos ellos; pero en uno se trasportaba una cantidad de oro considerable, dejándolo yo a la empresa subsidiaria todos los contenedores en el muelle sin cargar, no queriendo comprometerme en su actividad delictiva: De ése modo no desperfeccioné los productos ni di cuenta a la autoridad competente, que era mí deber haberlo hecho; pero entre aquellos. . . No se podía tener bromas algunas. Busqué el contrato de embarque no encontrando más que tres contenedores de aquella empresa, pues el cuarto no existía en el contrato, que era el que contenía el mineral precioso; pues todos los contenedores venían perfectamente detallados en el albarán de aduanas.

Mientras tanto, Candy seguía y seguía hablándome como si yo la estuviese escuchando, y al pronto me di cuenta que no estaba oyendo, para nada a mi mujer Candy; poniéndoseme una cara como de asustadizo y al notármelo mi mujer Candy me preguntó por las causas.

CANDY -. ¡UF!, hijo: Qué cara se te ha puesto.

No era para menos, y al decirle que me estaba acordando de ciertos hechos que me habían acaecido durante todo mi servicio, dentro del cuerpo de los Marines, se asombró ella también. Dando más volumen al altavoz de la Televisión; pero de pronto

pareció que había recapacitado para volver a bajar el volumen a la Televisión: Algo quería decirme mi mujer Candy.

Yo me puse en guardia por si aquello que me quería decir Candy fuese el cese de toda actividad dentro del cuerpo de los Marines; al que ya había tomado demasiado cariño, como para abandonar sus filas.

Con un - Anda, no seas así -. Todo pasó en un momento, al considerar yo que no me quería hablar para nada de un posible abandono en mis servicios militares. Aquello estaba mejor, pues enseguida se me alegró el ánimo y se me notó en la cara, haciendo un gesto, como de extrañeza mi mujer Candy.

CANDY -. ¿Qué creías que te iba a decir?.

ANDREW -. Nada que me comprometiese o me asustase.

CANDY -. Andrew, ¡hijo!.

Todo quedó ahí, en que ella solamente me diría palabras de cariño, como se pudo sobrentender: Ésa mujer me quería a mí, teniendo yo mucho cuidado para no defraudarla nunca.

Al día siguiente me llegó un contable anunciándome algo que yo ya sabía; pues la nueva contabilidad daba pie para dobles asientos, ya que habían desaparecido los EFECTOS, un recurso fundamental para que pasase de un lado al otro toda la balanza económica de aquel día: Además se basaba todo en AMORTIZACIONES, no sabiendo por qué asunto se cargaba la cuenta de resultados. Sobraban los números en los asientos y faltaba el detalle de los mismos.

ANDRFEW -. Lo que se quiere es que se gaste, que se gaste mucho para deshacer inflación.

CONTABLE -. ¿Si es así. . .?. . .

ANDREW -. Pero no han tenido en cuenta que está llegando una deflación brutal.

No sabía yo cómo iba a desarrollarse todo el plan contable de aquel continente; ya que lo único que se quiere es que se gaste, que se gaste mucho por todos los súbditos de aquel continente, estando en peligro la moneda única del continente.

Mis informes eran cada vez más inquietantes para mis mandos inmediatos; ya que hasta el mismo poder político de nuestra Nación tomó carta activa en el asunto, mandando un requerimiento a dicho continente de oficio.

En medio de tanto embrollo monetario, me enteré de que Elisabeth estaba obteniendo bastantes frutos en sus pesquisas ante la unión monetaria de aquel continente, sin merma de su capacidad física ya que se sabía defender por sí sola.

Tan bien lo estaba haciendo Elisabeth que sí fue nombrada comandante, asignándola en una brigada, dentro de sus funciones de información sobre la economía y el carácter de sus gentes. Tenía a su mando toda la graduación inferior y la contabilidad de toda su zona, dando informes al Secretario de Armas de los EE.UU. de los marines en cuanto supiese alguna forma concreta o hubiese averiguado algo diferente a la orden del día.

Pero un día tuvo que dar parte directamente al Secretario de Armas de los Estados Unidos del Norte de América; ya que visitó la zona donde operaba Elisabeth, siendo una completa revelación el parte que dio la comandante en aquel día.

Para que no tuviese que moverse la comandante Elisabeth se la concedió que diese el parte por medio de la YouCam (Webcam), en un sitio concreto y con un ordenador expresamente asignado a tal oficio. Teniendo unas buenas relaciones con sus mandos, y expresamente con el Secretario de Armas de los Estados Unidos del Norte de América.

Una noche que nos encontrábamos solos mi mujer Candy y yo, entablamos una conversación amena, tan amena era que en ella entramos a los padres de cada uno; teniendo a bien no profetizar nada de los cambios que se diesen en nuestra Nación: Grandiosa y benigna Nación.

Pero sí coincidimos en que los cambios tenían que ser inminentes y adecuados a cada presupuesto de cada nación; no poniendo plazo al desembolso que tendría que hacer cada nación por su cuenta.

Se veía claro que en el continente donde estábamos actuando de forma y con hechos, no se vislumbraba un atisbo de resurgimiento dentro de la contabilidad y la balanza de pago económica de aquellas bonitas y grandiosas naciones; pues en general los créditos no dejaban vislumbrar otro horizonte que no fuesen unos grandes nubarrones, en donde la sociedad se estaba diluyendo como un terrón de azúcar, dentro de un baso de café.

Al parecer se estaba queriendo hacer dos cabezas visibles de mando, dentro de aquel continente; pero dirigiendo la más fuerte; que era, nada más ni menos, que mi

humilde dirección. Era así tanto, que fue nombrada Elisabeth teniente coronel en poco tiempo, dándole la responsabilidad de una embajada, como agregada militar en ella.

Estaba visto, para los estudios nuestra amiga Elisabeth no estaba muy despierta; pero en cuanto a la graduación militar era una cabeza visible de lo más primordial en la acometida que se la diese por parte de nuestros mandos.; luego ahí iba a ser donde tuviésemos una cabeza visible de mando, de las tres posibles que yo ya había percibido: Una mi humilde perronas, otra Candy y otra Elisabeth.

No había más dilación al tema; o se distribuía en tres partes el continente enseguida o no nos podíamos hacer con el, con el debido respeto, por no tener medios ni manera para llevar la llevanzas de las cuentas dentro de cada nación, que por otra parte no se relacionaban unas con otras.

Se perfilaba ya un triunvirato jerárquico, dentro de las naciones de aquel continente y a través de las fuerzas armadas de los marines. Ahí es nada: siempre que se llevase a buen término las normas y las órdenes dadas por nuestros mandos militares. Ésos grupos especiales, en contabilidad y la tirantez que hay entre las personas, al no ser correspondida económicamente por sus diferentes Estados.

Sí es verdad, que cuando se formalizase dicho triunvirato, aquello no tendía marcha atrás y yo me vería inmerso dentro de aquella maraña, como una especie de tela de araña, en la que no podía escapar nadie; ni yo tendría la escapatoria como para saber a que lado remar: Si a favor de la corriente o en contra de la corriente. Pero como mi convicción era mucha, siempre aludía a la buena fe y al estar dentro de la Ley y de un buen orden social.

Con permiso de mis mandos tuve que ir para visitar a cada uno de mis compañeros de armas, y a la primera que hice la visita, según se me informó, fue a

Elisabeth, que se crecía por momento, dentro de un parámetro oficial, no habiendo llegado nunca nadie donde ella estaba llegando; pues las informaciones que estaba obteniendo de sus pesquisas traslucían hasta el mismo pensamiento.

Para que viese la pura realidad de las formas y de los hechos, Elisabeth me hizo viajar por aquella nación, más bien por el éste de aquellas tierras, anegadas por infinidad de canales; perdiéndolos en poco tiempo entre aquellos canales que a ninguna parte nos conducían. Era así tanto, que la desidia por poco nos hace aparentar personas diferentes a nosotros; ya que sin poder decir quien éramos, nos tuvimos que conformar con dar vuelta y vueltas por aquellas canales sin rumbo fijo, por no saber el camino adecuado para salir de aquel terreno. Hasta que por fin dimos con una dársena, un tanto conocida por nosotros; ya que todas tenían la misma forma; pero lo que era más curioso fue que dentro de sus muelles no había gran cosa: Algunas que otras embarcaciones de poco calado y poco más.

Dejamos el vehículo que llevábamos, que era un Land Rover, en nuestras manos, para seguir al poco personal que hacían sus tareas en aquellos muelles con tan pocos buques, y los que había no se podían considerar, ni tan siquiera, fuera de borda.

Nos preocupamos, al bajarnos del vehículo, en echarle por los lados nuestras prendas de vestir, para cubrir alguna insignia que tuviese aquel vehículo, que al parecer no contenía ninguna insinuación a las fuerzas armadas de los marines, por ser un vehículo antiguo.

Vimos que estaban cargando unos sacos poco pesados en una embarcación, cogiendo nosotros dos, Elisabeth y yo, un saco cada uno para llevarlo a la embarcación, que al parecer hasta podía ser de recreo, en vez de transporte.

Pero en un momento determinado apareció un buque al fondo de la dársena pareciendo que tenía que ver algo con aquellos hombres; y desde luego, sí tenía que ver aquel buque con los hombres de la dársena, pues echó el ancla a una distancia considerable de la costa.

Nos miramos Elisabeth y yo como queriéndonos decir que abriésemos bien los ojos; pues allí se iría a producir un intercambio de algo valioso para aquellos hombres, y así fue: Pues aquellas embarcaciones llevaron los sacos al buque sin pérdida alguna; y para no levantar sospecha dije a mi teniente coronel Elisabeth que nos separásemos para no levantar sospecha alguna sobre nuestras personas, trabajando aquel día con ahínco y con tensión en el transporte de aquella mercancía.

Después de cargar toda la mercancía en el buque, se fueron a retirar a un barracón en donde esperaban comer algún que otro bocado de algo sustancioso para ellos; ya que el desgaste físico había sido imponente.

Elisabeth y yo aprovechamos para escabullirnos de la mayoría de aquellos hombres, sin que nos viesan, alcanzando pronto un terreno seco donde se encontraba el Land Rover saliendo de inmediato de aquel contorno con Espíritu aventurero; debido al trabajo que habíamos hecho.

Desde luego que no me quedaron más ganas de volver a ejecutar una vez más algún trabajo como el que había hecho yo en aquel día de evasión delante de aquellos forzudos hombres.

Pero al llegar a mi destino, una vez que me hube despedido de mi teniente coronel Elisabeth, me estaba esperando allí el Major General, general de división, con una sola idea: Decirme nada más, que estábamos allí para informar, no para ejecutar



cualquier servicio o cualquier tarea; sobretodo no encomendada al cuerpo de los marines.

Supe enseguida que el teniente coronel Elisabeth fue asignada el tercer grupo, en el que yo ya tenía sospecha; pero fue asignada como coronel, siendo teniente coronel; Hacía las funciones de coronel.

Ya estaba totalmente configurada la estructura y los servicios encomendados aquel cuerpo especial de marines. Redoblando la guardia en especial en todo el territorio de aquel bello continente.

Hasta me comencé a sentirme de allí, de aquel continente, de aquellas personas tan hospitalarias y tan sencillas, por la humildad que los caracterizaban; por no tener grandes posesiones ni grandes pretensiones, pero sí un Espíritu formidable para entender la vida.

Pero una cosa se me quedó gravada en la memoria; aquello que me dijo el Major General, con una fuerza impar y poderosa: “Nosotros estamos aquí para informar, no para desarrollar acontecimientos”. Por lo tanto me prometí a mí mismo no formar parte activa de ningún operativo, ya fuese extraoficial como oficial.

Para ello desplazé a mis hombres en todos los avatares de la vida; ya fuesen entre la sociedad, como en sitios recónditos, y así poder saber más y más de aquellas personas que estaban a veces sin trabajo alguno. Y como el triunvirato estaba ya formado, no había más remedio que esperar, esperar que por sí solos se acometiesen los antecedentes sociales de aquellas personas, no tardando en ver un atisbo de incredibilidad en aquellas gentes de aquel continente, al no llevarlas sus gobiernos a un estado más acogedor para ellas mismas.

Así se lo hice saber a mi mujer Candy, quedándose ésta fijamente en mi persona; como si yo lo hubiese descubierto hacía poco tiempo.

CANDY -. Pero Andrew. ¿Es que lo sabes desde hace poco tiempo?.

ANDREW -. Lo sé, desde que puse los pies en éste continente.

CANDY -. Menos mal.

Sí, lo sabía desde un principio que aquellas gentes demandaban a sus gobiernos más y más interés para llevarlos con un poco de dignidad en sus vidas.

ANDREW -. Para que la moneda única tome fuerza común en éste continente y se fortalezca tiene que ser así.

CANDY -. Espero pase pronto éste letargo en el que están viviendo las gentes de éste precioso continente pase; en donde ha pasado infinidad de casos y de hechos importante.

ANDREW -. Y que lo digas, Candy. En éste continente se han visto todos los eventos de la mayoría de casos que se han desarrollado mientras el Mundo ha sido el Mundo.

Así hablábamos Candy y yo en aquella noche de recogida familiar de los dos, en nuestro chalet, no sin antes habernos puesto en guardia por lo que pudiese suceder dentro de un orden especial con aquellas personas de aquel continente. Y para no tener ninguna clase de dudas pusimos la Televisión cuando nos pareció que estaban dando las noticias.

No había duda alguna, de que aquellas gentes lo estaban pasando mal: ¿Qué digo yo?; lo estaban pasando bastante mal, hasta que se consolidase su moneda única, ya que aquello tenía que pasar así, y así estaba siendo.

Es más: Sigo diciendo que si éste grupo político no consigue encarrilar su economía, no lo logra ningún grupo político más; debido a las múltiples observaciones de la Sociología, sobre todo la Sociología de Mando.

Sin esperarlo se nos trasladó a todos a la Academia Militar de los Marines, en son de saber cual sería nuestro nuevo destino; y eso era lo malo, que se nos había trasladado a todos juntos, por lo tanto yo no esperaba otra cosa que no fuese algunos que otros reproches, para que no nos diésemos cuenta de la labor tan inmensa que habíamos hecho en aquel continente. Y de ésta manera tenernos a todos en vilo, o en ascuas como se suele decir; al creernos que habíamos fallado en nuestras tareas encomendadas con tanto celo por nuestros mandos superiores. Así que yo no podía hacer nada para hacerlos saber la buena labor que habían hecho en aquel continente.

No podía adelantarme a mis mandos, por si acaso recibiera yo mayor correctivo, en cuanto fuese de palabras dadas a mi persona por mis mandos; con la sola idea de que no me creyera imprescindible en mis servicios.

Una mañana que tuve un problema en cuanto a mi anexo de mi expediente, tuve que ir al cuartel general, viéndolos salir a todos mis compañeros de armas y amigos de la infancia con una cara larga y como anonadados por lo que se les había dicho en aquellas dependencias militares. Pero como yo no podía hacer otra cosa más que saludarlos, así lo hice sin hablar una sola palabra sobre dicha cuestión; ya que yo sabía lo que les habían dicho nuestros mandos, pues sería poco más o menos lo que a mí.

Lo que pasa, que unos se lo creen y otros no; al sopesar los pros y los contras hechos en nuestros servicios, en medida de cada uno al pasar todos los operativos por la cabeza de cada uno: Unos hicieron más, otros hicieron menos; pero todos cumplieron con su deber perfectamente, en cada puesto que los destinaron.

Intenté llevármelos todos para tomar unos refrescos en la cantina de oficiales, consiguiendo llevarme a unos cuantos nada más: Los menos aprensivos, ya que el exceso de celos que pusieron todos mis compañeros de armas en sus tareas no estaba en tele de juicio como para sospechar de ellos.

Pero como los vi, a los que se vinieron conmigo, como tristes y dolidos en sus pundonor de oficiales me los llevé pronto de aquel lugar; yéndonos a dar un paseo por el campo de instrucción, ya que allí había pocos soldados como para que nos viesan de esa manera: Tristes, cabizbajos, pensativos a todos nosotros y con un pesar en nuestras Almas que causaba pena vernos.

Una vez que me despedí de ellos fui a buscar a mi mujer Candy, ya que había decidido no asistir a un acto público viendo como se había quedado de triste.

Encontré a mi mujer Candy, al coronel Candy, hecha un eccehomo, no sabiendo yo las causas de aquel decaimiento moral; pues como yo la dije: -. Eso se hace para que un militar no se crea imprescindible en sus tareas que se le encomiende-.

Desde aquel preciso momento, el coronel Candy, comenzó a pensar y a cavilar en las tareas que se la había encomendado, no viendo mal alguno en ninguna de ellas; pues todas las había llevado a buen fin con mucho interés y con mucho amor a las fuerzas armadas.

CANDY -. Si es que nos metieron en las fuerzas armadas sin nosotros querer.

ANDREW -. Eso no te debería servir de excusa; y sobre todo a ti, con la graduación que tienes.

CANDY -. A ninguno se nos preguntó, si queríamos formar parte activa de las fuerzas armadas.

ANDREW -. Ninguno de nosotros se opuso a su debido tiempo; por lo tanto a todos nos pareció bien: A unos más y a otros menos.

CANDY -. No te faltan salidas para convencerme.

Pues claro que no me faltaban salidas para convencer al coronel Candy de que todos habíamos aceptado, con sumo agrado, formar parte activa de las fuerzas armadas de los Estados Unidos del Norte de América.

Pero como siempre pasa, era yo el último que se enteraba del desarrollo de mi expediente; pues nadie me decía nada, ni creo que se lo dijeren a nadie; teniendo efecto el anexo que llevé a comandancia, en el cuartel general de los marines.

Habiendo sido nombrado Major General, general de división, sabiendo en ése mismo momento que a Elisabeth se la nombró coronel: Ya teníamos dos coroneles y un general entre los amigos de la infancia y entre los compañeros de armas.

Dándonos unos permisos a todos nosotros en aquellos días para que pudiésemos visitar a nuestros familiares más allegados, y como casi todos, por no decir todos nosotros teníamos a nuestros familiares más allegados en la bella Ciudad de Chicago, allí que nos fuimos para pasar aquel periodo de descanso en forma de permiso oficial.

Al terminar el permiso se nos llamó al Cuartel General de los marines, pensando yo que se nos iría asignar un nuevo servicio, dentro de la infantería de los marines; pero

fue todo lo contrario, ya que al resto de los compañeros de armas y amigos de la infancia se los ascendió a teniente coronel y el que ya lo era se le quedó en dicho escalafón. Y como habían ascendido a la mayoría a teniente coronel, se paró el nuevo servicio que nos tenían encomendados; hasta que un día fuimos llamados todos, otra vez más, al Cuartel General de los marines, más bien en comandancia; para anunciarnos que habíamos pasado a la reserva.

Aquella información se nos dio uno a uno; habiendo sido yo el primero que se le anunció dicha orden del almirantazgo, pasando los demás compañeros de armas para saber dónde los habían destinados.

Desde luego salimos de allí sin poder hablar nada y con cara de sorpresa mayúscula, al saber que nos habían jubilado, siendo tan jóvenes; pero como la ordenanza dice, que la reserva es un cuerpo como de retén, para emplearte en caso que hiciese falta a la Nación.

Cada uno se fue con su pareja a su hogar asignando en dicho Cuartel General de los marines, sin que nos hubiésemos despedido los unos de los otros.

Paso a paso íbamos pensativo Candy y yo sin decirnos una sola palabra, no fuese a ser que se rompiese el hado de ése efluvio de vapor etéreo que pululaba alrededor nuestro; hasta que por fin rompí yo el hielo de la conversación.

ANDREW -. ¡Por saber demasiado!

CANDY -. Eso no lo digas: No se puede decir; ya que por lo menos se nos ha puesto en la reserva.

ANDREW. ¡Qué manera de hablar!: Hasta eso se nos ha perdido, el argot de la ordenanza militar.

No sabíamos ya ni lo que éramos; mientras hacía unos días yo sabía que era Major General, y los demás sabían la graduación en su escalafón: ¡Qué cosas pasan en ésta vida!, hoy eres alguien y mañana no eres nadie.

Se nos ofreció la oportunidad de un crucero a un país exótico o un viaje a tierras desérticas, pero desconocidas para nosotros; ya que aquel desierto no lo conocíamos; así que decidimos irnos a las tierras desérticas.

En un vuelo chárter, nos dirigimos hacia una nación cercana a nuestro destino: Un desierto desconocido para nosotros, pero que a nuestras personas todo le importaba poco, ya que el agobio que llevábamos en nuestras Almas era supino, al vernos relegado a un segundo plano dentro de las fuerzas armadas: Con lo que habían sido para nosotros las fuerzas armadas, ya que no conocíamos otra vida más que el pertenecer a dichas fuerzas armadas dentro de los marines de EE.UU. habiendo servido a la patria con tensión y orden.

Tan enfrascado en aquellos pensamientos íbamos sumido, cuando por casualidad nos dimos cuenta que estábamos adentrándonos en aquel desierto de belleza singular, de dunas y de oasis inconfundibles.

ELISABETH -. Me dan ganas de no volver jamás a la civilización.

Todos a una, la indicamos que se callase; pues era mejor no abrir la boca en algunas ocasiones. Y cuando se dio cuenta nuestra compañera Elisabeth lo que la queríamos decir se echó en la arena de rodillas, como queriendo implorar algo que no sabíamos a quién era; pues Elisabeth pertenecía a Los Santos de los Últimos Tiempos.

Algo era algo; ya que las personas deben creer en una fuerza superior, y no acobardarse en la vida por algún contratiempo o un evento malo para ella.

Nos acercamos Candy y yo a nuestra compañera de armas y amiga de la infancia, cuando ya estaba allí Óliver para poderla consolar, a su querida mujer y amada señora. Pero como nuestro guía se las sabía todas comenzó apretando el paso para llegar bien sabía él dónde; que no era otro sitio mas que a unas dunas de arenas movedizas y cambiantes.

Nos hizo acampar en aquel lugar el guía, pues se nos estaba echando la noche encima, como se suele decir; no sabiendo nosotros cómo había pensado nuestro guía aquello, si eran dunas de arenas que estaban moviéndose en todo tiempo. Era así tanto, que por la noche notamos como un ruido que se nos venía encima, saliendo de nuestra jaima viendo que una duna enorme se echaba sobre nosotros a paso ligero.

Pero más ligero salimos nosotros corriendo de aquel lugar para que no nos cubriese aquellas arenas que se movían como si fuesen plumas de aves sopladas por el viento. Y para no dejar rastro alguno íbamos arrastrando nuestras chaquetas por todo el trayecto que estábamos haciendo en aquel preciso momento, pese a que aquella duna se había quedado atrás hacía ya bastante tiempo, por lo menos lo creímos así.

De nuestro guía no se veía ni el rastro, no sabiendo si le había cubierto la duna en su camino o si se había salvado por haber corrido tanto o más que nosotros.

Cuando amaneció nos dimos cuenta en el peligro que habíamos estado expuestos; pues la duna había llegado a pocos metros de donde nos hallábamos, viendo un gran montículo de arena frente a nosotros.

IRENE -. Tenemos que buscar al guía.



ANDREW -. El señor guía sabe más que nosotros.

CANDY -. ¿Qué quieres decir?.

ANDREW -. Ése señor está ahora a unos kilómetros de donde nos encontramos.

Se miraron todos a la cara como incrédulos; pues apenas se podía dar un paso sin que tuvieses que pararte por tanta arena como había en aquel lugar.

CANDY -¿Cómo lo sabes?-

Señalando las huellas de unos deslizantes en la arena, comprendieron todos lo que podía haber sido de aquel señor, tan espabilado y tan amable como había sido con todos nosotros; intuyendo enseguida mis compañeros de armas la trata que había tenido el señor guía para abandonarnos a nuestra suerte.

CATHY -. ¡No lo quiero ni pensar!.

ANDREW -. No lo pienses ni un solo momento.

CANDY -. ¿Cómo ha sido?.

ANDREW. Nos han pagado éste viaje y nada más, en éstos lugares. Todo operativo se ha formado en éstas arenas de tanta atracción, y nada más.

ELISABETH -. Major General. ¿Qué operativo tiene mi general?, señor.

Saqué un mapa y haciéndome explicar dije a todos mis compañeros de armas que cerca de allí había una base de marines; así que se tranquilizaron un poco, ya que al parecer se estaba incrustando algo en la arena, y todavía no habían dado a ninguno de nosotros.

Les ordené que se echasen cuerpo a tierra y se parapetasen en la misma arena, detrás de los montículos que había allí cerca de donde nos encontrábamos nosotros. y como al parecer existía un franco tirador, salimos corriendo hacia el sur de aquella costa; ya que como pude hacer ver a mis compañeros de armas, la costa se encontraba cerca, pero que muy crezca.

Pronto tuvimos que desistir en correr por aquel terreno de tanta arena; ya que la misma arena nos frenaba nuestros pasos, siendo muy penoso el dar dos pasos seguidos sin que te pudieses hundir en ella.

Llevábamos caminando varias horas cuando vimos que algo se movía en la arena de un sitio a otro: Eran los peces del desierto, así que conseguimos coger algunos de ellos para deleite de nuestra hambre.

La noche la pasamos recostados a unas rocas, que había cerca de la costa, y así nos quitamos el frío gélido que hacía aquella noche, prosiguiendo nuestro camino muy temprano a la mañana siguiente. Y, ¡OH!, visión de colores; pues se nos presentaba un pequeño poblado nativo delante de nosotros; siendo sus habitantes muy hospitalarios con nuestras personas.

Tan hospitalario fueron aquellas gentes, que a mí me daba vergüenza ver cómo comían algunos de mis compañeros de armas: A dos carrillos, por así decir y a manos llenas.

Poco más o menos entendimos a la distancia que estaba la base de los marines; así que sin pérdida alguna salimos camino de aquella base, para que nos pudiesen socorrer en la protección de nuestro físico.

Algunos de mis compañeros de armas me miraban como queriéndome preguntar algo, hasta que Elisabeth se atrevió hacerme una pregunta.

ELISABETH -. Señor, mi Major General. ¿Puedo preguntarle algo?, señor.

ANDREW -. Hágalo usted, mi coronel.

ELISABETH -. Señor, sí señor.

ANDREW -, hágalo pronto, mi coronel. Haga usted su pregunta.

ELISABETH -. ¿Éste camino es seguro?.

ANDREW -. Por éste camino nos evadimos mejor.

ELISABETH -. ¿Luego es una evasión?.

ANDREW.-, sí, mi coronel.

ELISABETH -. Señor, mi Major General, sí señor.

Nada más se comentó durante nuestra fuga hacia la base de los marines, pues hasta que no estuviésemos a salvo nadie estaba segura de sí mismo.

Me seguían sin pestañear; como si yo fuese inapelable en aquel operativo que yo había formado de inmediato, para nuestra evasión de alguien que nos quería hacer daño. No consiguiendo que se callasen mis compañeros de armas, pues sí era verdad que hubo

un tiempo en el que no hablaba nadie; pero en un momento determinado abrió la boca uno de nosotros preguntando por la cuestión de habernos atacado.

FREDERIC -. ¿Y esto a qué ha venido?.

ANDREW -. Sabemos demasiado.

No le dije más y con una indicación de la mano, animé a los restantes compañeros de armas para que prosiguiesen su marcha sin que el ánimo decayese o por lo menos tuviese dudas en toda ésta zozobra de ir y venir de un sitio a otro; ya que al parecer, y a causa de la mucha arena, estábamos dando vueltas y vueltas en el mismo sitio cada vez que nos movíamos.

En un momento determinado, puse la rodilla en tierra recopilando unas piedras que me encontré en mi camino, cuando la arena se hizo menos pesada y el suelo parecía más firme. Y sin dar tiempo para que me preguntasen una vez más por lo que yo estaba haciendo, logré coger unas hierbas muy finas que había en unas matas cerca de nuestro camino y así saqué el pedernal para comenzar a darle golpes con el machete, saliendo chispas de él, consiguiendo avivar la llama que formé en aquella hora de desesperación para nosotros. Y sin esperarlo me quité la chaqueta haciendo señales de SOS con el humo que salía de aquella lumbre hecha por mí, al amparo de aquellas dunas cerca de la costa.

Proseguimos nuestro camino y al poco tiempo vimos como un viento de polvo que salía de aquel terreno desértico, pero que no se quedaba quieto: Aquel polvo se acercaba cada vez más a nosotros.

Pregunté a mis compañeros de armas si tenían algún arma, enseñándome todos sus 1911 Colt y como yo llevaba bastantes municiones las distribuiríamos como se desarrollasen las circunstancias.

Comenzamos a divisar unos vehículos, que eran los que levantaban tanto polvo; sin saber quién podían ser los que llegaban a nosotros, pero cuando estaban ya a una distancia prudencial comenzamos a ver algún distintivo en aquellos vehículos, que se aproximaban a nosotros.

Enseguida los dije que presentasen todos sus chapas para su posible identificación personal delante de aquella tropa, que se aproximaban a nosotros no sin duras penas, debido a la mucha arena que había en su camino.

Cuando estuvimos seguros de que eran los marines, los que se aproximaban a nosotros salimos todos de donde estábamos apostados para que nos viesan desde lejos y pudiesen dirigirse a dónde nos encontrábamos nosotros.

Fuimos recogidos por la infantería de marines y llevados a la base para podernos auscultar un facultativo, por si a caso tuviésemos alguna contusión de cuidado; pero cuando vieron los facultativos que estábamos en perfecto estado físico nos pasaron al comedor para saciar nuestra hambre.

Yo sabía que los marines nunca nos abandonarían a nuestra suerte: Cosa que se lo dije a mis compañeros de armas en pleno desierto; pues había algunos de ellos que desconfiaban de nuestras posibilidades de ser buscado por los nuestros, los marines, y al parecer ya nos estaban buscando en aquel lugar inhóspito para cualquier ser humano.

De modo que se puede decir, que las fuerzas armadas de los EE.UU. nunca abandonan a los suyos, aunque sea una sola persona, eso que quede constancia en ello, al comprobarlo nosotros.

La vuelta hacia el aeropuerto la hicimos en sendos coches militares, con su guardia y todo, para que no nos pasase nada; teniendo un vuelo agradable, ya que al principio hicimos escala en una nación ya conocida por todos nosotros, pero lo que nosotros considerábamos que fuese una escala, fue más bien un cambio de aeronave.

Arrancando el vuelo desde aquellas bellas tierras y preciosa Capital del viejo continente, para llegar a nuestro destino en ocho horas que duró aquel vuelo.

Lo primero que vimos fue Manjattan, descubriendo su estatua más bella que nunca; pues las nubes nos dejaban ver de cuando en cuando su configuración, como dándonos la bienvenida y cosa curiosa: Todos se fueron al lado donde se podía ver la famosa estatua, como haciéndola un brindis desde las alturas y sin hablar ninguno la confeccionamos un bonito soneto, que resonó en nuestras mentes, para al final terminar aplaudiendo todos a una.

ACADEMIA GENERAL DE LA MARINA DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE DE AMÉRCIA: Sí, allí nos encontrábamos una vez más todos nosotros, los compañeros de armas, para pasar al Estado Mayor con no sé qué información o con qué órdenes.

Pero, pese a mi extrañeza, solamente nos pasaron lista a todos nosotros: Eso fue lo único que pude darme cuenta, pues no hubo más actos que el saber si todos nos encontrábamos en aquel sitio de honores.

Bonita forma de recibirnos a todos nosotros; pues yo creía que se nos iría a dar alguna arenga o una circular para poder saber lo que estábamos obligados hacer en aquellos precisos momentos.

Nada de eso se nos dijo, solamente se nos despidió por parte del cuerpo que ejercía sus funciones dentro del Estrado Mayor de los marines y nada más; saliendo de

aquel despacho como decepcionados todos nosotros, por no habernos dicho ni una sola palabra sobre nuestro periplo en las vacaciones pagadas por el mismo Estado de EE.UU. al lugar elegido por nosotros.

Nos trasladamos a Chicago, donde todos teníamos nuestra casa, y algunos su piso bien amueblado. Y como aquello de que siempre es la primera vez que entra uno en su casa, yo cogí a Candy y en vilo la pasé del umbral a casa sin ella esperarlo.

CANDY -. Gracias por entrame en brazos a nuestra casa.

ANDREW -. ¿No te lo esperabas, verdad?.

CANDY -. De ti me espero eso y mucho más, querido.

Dándola un beso que resonó en todo el salón de la casa, nos dirigimos los dos a la habitación para darnos la bienvenida en nuestro hogar, preciosos y bello hogar; en donde las musas pululan por sus alcobas, en donde la menta fluctúa con el bálsamo del Olimpo y los nenúfares de las aguas.

Ni lo pensamos una sola vez; allí que estábamos amándonos el uno con el otro, para una vez terminar nuestro amor desenfrenado, levantarnos por la mañana con un hambre insaciable, yéndonos a la cocina para tomarnos unos beicon, huevos fritos, unos xirles y una ensalada de lo más agradable que yo había probado nunca; pero en ése mismo tiempo se sintió mi mujer Candy un tanto indispuesta.

Pasó ése día y como mi mujer Candy se encontraba bien la llevé a la opera; ya que se estaba montando una gran obra en el teatro, pero cuando íbamos por 1900 M.

Hamlin Ave Lyric opera of Chicago, parecía que Candy se volvió a sentir mal, alegando ella que era una indisposición por haber comido demasiado.

Pese a que yo insistía para que nos volviésemos a casa, o tal vez para que la viese un doctor, ella quiso proseguir camino de la opera, ya que estábamos demasiado cerca como para desistir ver ésa gran fundición aquella tarde.

En el extremo opuesto de platea vimos disfrutar de aquella obra a Elisabeth y a Óliver, que aplaudían con ganas toda aquella función que se estaba desarrollando en el teatro: Pues de verdad que era buenísima la obra, interpretándola un elenco demasiado bueno como para no asistir a ella.

Cuando salimos del teatro estuvimos esperando Candy y yo para poder saludar a nuestros amigos, pero en éste intervalo se cruzaron delante de nosotros Irene y Frederic que se pararon para saludarnos, saliendo del teatro Elisabeth y Óliver en ése preciso momento.

Entre saludos y, ¡OH! muchacho, ¿qué haces?; consumimos bastante tiempo en las presentaciones, hasta que uno de nosotros se le ocurrió decir que sentía el estómago como vacío, que era tanto como invitarnos a cenar en un restaurante, accediendo todos los demás a su pretensión.

Tan acalorada estaba nuestra conversación, que no nos dábamos cuenta que el Hotel TripAdvisor estaba delante de nosotros, alegando yo que entrásemos en el para tener una buena sobremesa entre todos, ya que al parecer había una especie de atracción buenísima mientras se servía la cena y como no vi muy seguro a la persona que alegó tener el estómago vacío hacía un buen rato, me dispuse para seguir nuestro camino, que era más bien llegar a un restaurante cerca de donde estábamos. Pero sin darnos cuenta alguna, la persona que alegó tener el estómago vacío entró en el Hotel sin decirnos



nada, viéndole dentro de el nos dispusimos para entrar todos en el mismo establecimiento.

Un bello restaurante se abría a nuestros ojos y entre la librea y los paños en las mangas de las personas a cargo de aquel restaurante se marcaba un estilo prosaico lleno de pompa y de grandeza.

La cena. . . ¡AH! sí, la cena: La cena fue de lo mejor que yo había probado hasta ahora, servida por aquellos chalanes con un estilo pedestre pero de lo más sublime del Mundo.

CANDY -. Te fijas, ¿Verdad?.

ANDREW -. Mientras la cena sea buena, que me importa que el personal sea nuevo y poco formado.

CANDY -. Leí algo en la prensa el otro día.

Ahí se quedó nuestra conversación, pues se unieron a ella el resto de los comensales que asistían en nuestra mesa. Y como habían cazado algo nuestros amigos, no sabiendo bien a qué nos referíamos, nos anunciaron que había unos movimientos sociales en aquellos días en Chicago, por parte del personal de servicio alegando menos horas y más estipendio en las nóminas. O sea, que aquel personal era totalmente eventual, pues el fijo se encontraba de brazos caídos en plena calle.

Pese a todo, tuvimos una velada aquella noche inolvidable para los asistentes en aquel restaurante de lujo y de confort. Y aunque pasase el tiempo sería recordada todas las horas de aquella noche por nosotros.

Al siguiente día cogí a Candy con unas cuartillas en las manos, como escribiendo algo que a mí me interesaba mucho saberlo; así que pregunté a mi mujer, diciéndome ésta que estaba escribiendo una novela.

Pues todavía no me había quedado conforme con aquella respuesta que me dio Candy escuetamente; ya que sí sabía yo lo que estaba escribiendo, una novela. Pero la forma y el fondo no lo sabía; por lo tanto lo tenía yo que averiguar y cuanto antes, ya que me mataba la curiosidad por saber qué trataba la novela.

Como comencé a dar vueltas y vueltas por el salón, donde estaba escribiendo Candy, ésta comenzó a sentirse inquieta por mis andanzas de una parte a otra, y mirándome fijamente me transmitió el contenido de aquella novela.

CANDY -. ¿Te puedes estar quieto, querido?.

ANDREW -. Sí me puedo quedar quieto, pero. . .

CANDY -. ¡Anda!, sí. . . Se trata ésta novela de la vida que hemos llevado todos nosotros, los relatos de nuestras hazañas

ANDREW -. ¡AH!; ¿pero hemos realizado hazañas?.

CANDY -. Mira tu graduación. . . Mira la mía. . .

No la quise contradecir y me senté en un sillón un tanto alejado de donde se encontraba Candy para no seguirla molestando, aunque la procesión iba por dentro de mí, al no saber en qué forma y estilo la estaba confeccionando aquella novela, tan querida para ella. Viéndome en ése estado anímico Candy dejó la escritura para venirse

donde yo me encontraba, no sin haber echado un suspiro de alivio a tanta materia como tenía entre sus manos.

No me dijo ni una sola palabra, ni tan siquiera me habló de la novela; sabiendo ella que mi interés estaba en saber cómo la estaba llevando y en qué forma la iba dirigiendo en el tiempo: Solamente me hizo una caricia en la cabeza, para volverse a sentar, una vez más, en la mesa escritorio donde estaba rellenando folios y folios de aquella novela.

Me di cuenta que tenía que esperar otro tiempo más agraciado para que me dijese qué ponía en aquellas cuartillas; si tal vez era ficción toda ella, o había parte o era su totalidad toda ella en forma personal.

No me gustó un gesto que hizo Candy en un momento determinado; pues se echó las manos al vientre como significando que la dolía, o que estaba indispuesta por algo que había comido en aquel día.

A la mañana siguiente, no quería, pero sí hice que fuese al doctor para que la auscultase y pudiese saber qué la pasaba; pues nada, salimos de la consulta sin creernos una sola palabra de lo que aquel doctor nos había dicho: Pues si aquello fuese verdad, nos truncaba toda nuestra carrera en los Marines.

No queríamos decir nada a nadie, para que no supiese en el estado en que se encontraba Candy; ya que no podía desarrollar ningún operativo en el campo de visión.

Pero como las mujeres son muy suspicaces y se fijan en todo, nuestra amiga Cathy se fijó un día en Candy poniéndola las manos en la tripa, para más tarde felicitarla por lo que traía en ella: Que dándonos nosotros como quien ve visiones.

Sí, Candy se encontraba embarazada y debíamos acudir lo más pronto posible al ginecólogo, según nos dijo Cathy, antes que lo lamentásemos. Así lo hicimos,

poniéndola el doctor un sistema de reposo inminente, pues la placenta era previa, teniendo complicaciones en su embarazo si acaso no hiciese el reposo que el ginecólogo la había mandado.

Yo temía por el físico de Candy y como no estaba lo suficientemente conforme con lo que la había dicho el doctor y a causa de mis insinuaciones para que fuese una vez más al ginecólogo, Candy accedió ir al doctor para que la volviese a ver una vez más y quedarnos conformes con lo que él nos dijese.

Cuando entramos en la consulta del doctor oímos una voz conocida por nosotros y en el momento que se nos pasó a la sala de espera vimos en ella a Cathy esperando su turno. Levantándose ésta como ayudada por un resorte para saludarnos, quedándose Emerick como quien ve visiones.

Nos sentamos los cuatro a unísono entendimiento, como si algo nos quisiéramos decir, para el gusto y el deleite de todos nosotros. - Ya es bueno que tengamos un hijo -. Así se expresaba Cathy delante de todos nosotros, como queriendo ocultar el pesar que tenía metido en toda su Alma por no poder ejercer en las fuerzas armadas, por lo menos durante un buen tiempo.

Candy no dijo nada, dio la respuesta por callada para no delatarse ella misma delante de las señoras pacientes que había en aquella sala de espera en la consulta del doctor: Pero con los ojos la hizo una indicación Candy a Cathy para que se callase y no diese tres cuartos al pregonero; por si acaso podían pasar los meses adecuados para criar a sus hijos sin ningún impedimento por parte de sus servicios. Y para no dar qué hablar, Cathy no nos esperó a la salida de la consulta del doctor, prosiguiendo su camino derecha a su casa con su marido Emerick, y al pronto de llegar nosotros a casa sonó el teléfono siendo Cathy quién llamaba a Candy para excusarse por no haberla esperado a

la salida de consulta del ginecólogo. No dando más interés al caso Candy que el que tenía dicho problema.

Nadie se enteró de nada y los que tuvieron la suerte de saber algo se callaron por ser nuestros mejores amigos, siguiendo ellos mismos nuestras huellas en el Mundo; ya que al parecer nos dijeron cuando estuvimos estudiando los cursos de cadete que teníamos que estar sin hijos, entre otras cosas. Pero ahora no regía eso; ya que éramos todos nosotros dueños de nuestros actos, aunque mermase la capacidad de maniobra para llevar a cabo un operativo militar.

Pues claro que nos dio tiempo a todos nosotros tener descendencia, no habiendo cambiado, ni un ápice, nuestro estatus social dentro de las fuerzas armadas; ya que estábamos en la reserva, según nos decía un documento que teníamos en nuestro poder.

Éramos todos felices, todos nos alegrábamos de nuestra existencia; pero echábamos de menos la disciplina castrense militar, dentro de las fuerzas armadas de infantería de marines.

Un día que me crucé con un compañero de cuerpo, así se lo hice entender; no entendiéndolo él por ser yo demasiado joven para que me hubiesen destacado en la reserva militar. Y éste mismo compañero de cuerpo me alegó algo que no se me iba de la cabeza: El presentarme un día en comandancia de marina, para saber en qué situación me encontraba yo y todos mis compañeros.

Un día ya no pude más, trasmitiéndoselo a Candy lo que me dijo aquel compañero de cuerpo el día que estuvimos hablando, una vez que nos saludamos; no dando crédito alguno Candy a las palabras de aquel Major General: Pues al parecer me lo dijo como sabiendo él algo sobre el asunto de mi reserva militar. Y sin decir nada a

nadie me fui un día a Comandancia preguntando por mi situación en los marines de los EE.UU. y así poder saber a lo que yo tuviese derecho para acogerme a ello.

Tuve que esperar un tiempo para ser recibido por el almirante, pero al cabo del tiempo me hicieron pasar al despacho del almirante; no sin antes haberme cuadrado y pedido permiso a mi jefe superior en la visita que le estaba haciendo.

Fue muy amable mi almirante, pues cuando me iba a cuadrar y a poner las manos detrás de mi espalda me pidió, con suma amabilidad, que me sentase delante de él, y así lo hice para no ser incorrecto hacia su persona; que por otra parte parecía se encontraba agradable conmigo.

Me invitó un whisky no sabiendo yo si rehusarlo o aceptarlo; pero como insistió el almirante acepté dicha copa sin ninguna clase de problemas con mi jefe: Ya que estaba allí puesto para algo.

Hizo revisar mi expediente y cuando terminó un teniente en ver todo mi baremo, se lo entregó al almirante, quedándose completamente fijo en mi persona, para más tarde anunciarme que yo estaba en espera de un servicio dentro de las fuerzas armadas de los marines, al igual que mis compañeros de armas.

Aquello había dado un vuelco a mi vida y con ella a la vida de mis compañeros de armas; pues cuando se lo trasmití a todos ellos, se alegraron todos como si fuese aquella noticia una noticia de lo más agradable que ellos recibían en sus vidas.

No duraron mucho en visitarnos a Candy y a mí en nuestra casa, con el sumo interés de saber algo más; y por de pronto no los podía contar nada más, mas que lo que me había dicho e informado el almirante. Y pese a que fueron todos ellos agasajados en nuestra casa, la de Candy y la mía, salieron con pesar por no saber más sobre el asunto; el tema que los incumbía para formar parte activa de las fuerzas armadas en la infantería

de marines. Quedándome a mí un pesar por no haberlos podido decir nada más. Hasta el punto de insinuar algunos de mis amigos y compañeros de armas, para que fuésemos todos juntos y así saber más sobre su expediente en las fuerzas armadas de los marines de los EE.UU.

No sabía cómo hacerlo, si llevarlos a todos ellos directamente a comandancia o escribir una carta al almirante para que nos recibiese un día determinado; pues yo tenía idea que mi almirante tenía los Miércoles menos trabajo por causas ajenas a él. Y así lo hice; recibiendo contestación en unos días a mi carta a vueltas de correos.

Aquel día fue el día más grande para todos nosotros, al saber que no nos encontrábamos en la reserva militar; si no que estábamos en espera de recibir un puesto de trabajo donde nos mandasen nuestros jefes militares, y para ello teníamos que estar en la reserva de una lista confeccionada por la administración de los marines.

Eso era otra cosa; pues el que redactó el documento lo hizo a su modo y manera, ya que él se enteraba solamente de lo que ponía aquel impreso relleno por su ordenador, para que estuviésemos en la reserva de una lista confeccionada por nuestros mandos militares en espera de nombrarnos servicios a nuestro cargo.

No fue mal saber aquello, ya que en poco tiempo fueron nombrados los tenientes coroneles, coroneles y mi mujer Candy fue nombrada brigadier general ó lo que es lo mismo general de brigada.

Ya estábamos casi en el mismo cuerpo todos nosotros, conmigo faltaba un escalón; que al parecer pronto lograría llegar a mayor general como era yo.

Eso sí me dio una idea que se me pasó por el cerebro; el darme cuenta de que éramos imprescindible en nuestro puesto de información, ya que éramos todos nosotros

muy jóvenes, como para formar parte aditiva de la reserva en las fuerzas armadas de los marines.

Pero aquella idea se me fue borrando del cerebro cuando pasó el tiempo y no nos llamaban a ninguno de nosotros; era así tanto que nuestros hijos se nos hicieron mayorcitos, quiero decir que pasaron de ser bebé para convertirse en críos de cinco años y todavía no nos habían llamado a ninguno de nosotros para ejecutar un servicio en los marines.

Cuando un día me llegó un grupo de emisarios a mi casa, bajándose del vehículo uno sólo de él, y llamando a mi puerta muy comedidamente me confesó algo que yo ignoraba. Me llamó general, diciéndole yo que era general de división; pero al insistir éste me di cuenta que llevaba un sobre en las manos, entregándomelo con la sola idea de que me presentase en el Cuartel General de los Marines.

Así lo hice pudiendo comprobar que se me había ascendido a general; al tiempo que recapacitaba en un posible destino de inmediato; y cuando llegué a casa se lo hice saber a mi mujer Candy, que asustada se sentó en un sillón sin decir una sola palabra.

ANDREW -. ¿Qué te pasa?.

CANDY -. ¿Si te parece?. . . No es poco.

ANDREW -. Házmelo saber.

CANDY -. Estamos a punto de salir todos para nuestro nuevo destino.

Según me confesó Candy tenía recelos por quedar a nuestro hijo en manos de los abuelos; y menos mal que ella tenía a sus padres en la misma Ciudad, que había otros



compañeros de armas que tenían a sus padres en otra Ciudad un tanto equidistante de donde vivíamos todos nosotros.

El que espera desespera, y qué verdad es; pues el tiempo pasaba sin habernos asignado un servicio a ninguno de nosotros, llegando un día a mi casa los demás compañeros de armas, para saber a qué era debido eso.

Les tranquilicé un poco diciéndolos que como éramos un grupo de compañeros de armas, los marines se estaban tomando su tiempo para destacar a cada uno en su puesto de servicio; que tuviesen paciencia y esperasen acontecimientos, que no tardarían en llegar. Y así fue; pues un día recibimos todos las órdenes de presentarnos en el Estado Mayor de la Marina.

Se había terminado el curso de escolaridad en aquel año; así que cada uno apuntó a sus niños en la escuela de la Ciudad donde vivían sus padres, los abuelos de los niños.

Una vez más nos vimos entorchados todos nosotros y cada uno en su lugar de destino, para que informásemos a la plana mayor de nuestro ejército, sobre todo al servicio de información de los marines.

Pero como a mí se me destacó en el mismo Estado Mayor de los Marines, me iba de vez encunado a cada nación recabando información de mis compañeros de armas, y así poder hilar mejor lo que estaba pasando en las diferentes naciones; sobre todo en el sistema económico, que era el que más nos interesaba a nosotros para el bien de nuestra misma Nación.

En uno de esos mismos viajes que fui al extranjero, me pude enterar de algo imprescindible para los intereses económicos de los Estados Unidos del Norte de América; pues estaban a punto de no admitir en el cono sur de un continente las formas

económicas que se le asignaba a su nación, corriendo como la pólvora de una nación a otra aquel síntoma de desequilibrio monetario, dentro de la unión económica de aquel precioso continente, y eso sería fatal para los intereses, no sólo de aquel continente, sino de nuestra misma nación.

Había que tomar medidas excepcionales en cuanto al asunto; ocupando prensa, radio y televisión al momento, mentalizando a todas las personas de aquellas naciones, que todo iba bien y que el modus operandi de la llevanza de cuentas en aquellas naciones era beneficioso para ellos.

La forma más ideal para que subsistiese la moneda única, se estaba viendo en el candelero; al no aceptar los súbditos y ciudadanos la manera de cómo estaban siendo tratados por los diferentes estados de aquellas naciones, donde se estaba dando una diferencia de clase abismal.

Pero como nosotros no estábamos allí para resolver nada, solamente para informar; seguimos informando a nuestros mandos sin ninguna clase de pensamiento, solamente informábamos y nada más.

CANDY -. ¿Cuánto tiempo hemos estado en el dique seco?.

ANDREW -. Demasiados años, para nosotros.

CANDY -. Pues estamos a punto de volver otra vez al dique seco.

Así se expresaba Candy al saber que nos estábamos enterando de cosas muy sustanciosas, teniéndolas que callar por el deber de los marines en cuanto a su reglamento oficial. Ella veía nuestra vuelta a la nación de origen de inmediato; pues los

informes que estábamos dando eran primordiales para saber los mandos de nuestra nación cómo tenían que llevar todo el teje y maneje en el oficio de una buena dirección, no pudiendo fallar en nada de lo que se proponía el Estado Mayor de nuestra nación. No fuese a ser que nos pegase a nosotros mismos en la cabeza, dicha incumplimiento moral y económico de los habitantes de nuestra Nación.

Como yo tenía que estar más tiempo en el Estado Mayor de nuestra Nación recibía allí los informes que me mandaban mis compañeros de armas; que por otra parte no era lo suficientemente como para dar ánimo a la alegría.

Uno de esos informes me llegó de Candy, desde la nación donde tenía su operativo formado, en cuanto a la información financiera; no sabiendo yo si dar paso a dicha información o quedarla durante un tiempo archivada en mi escritorio, por si a caso no gustase mucho lo que decía en ella Candy.

Pero como era mi deber, di paso a dicha información tal y cual la recibí, tambaleándose el orden del Mundo al saber aquello: Ya que la moral estaba por los aires y el Dogma brillaba por su ausencia entre las personas. No había escrúpulo ni piedad para la persona que tenían delante, se la veía como enemiga: Así pasó todo en aquel tiempo tan deshumanizado.

No se sabía bien si lo que fallaba era la moneda única o los políticos, que no tenía cabeza alguna; por no tener capacidad de pensar por sí solos. Más bien los buenos políticos serían actores, en vez de personas estudiosa en la materia.

La capacidad adquisitiva dineraria mermaba en la gente llana, de a pie; mientras recopilaban todo el capital algunas cuentas personas por sí solas; pareciendo se llevase la línea antigua de empobrecer a las gentes para que creyesen. Todo lo contrario, que aquí no cree nadie en nada, y mucho menos cuando están sin medios de vida, que les

haga feliz y vean la salida en el horizonte. Que no sea un horizonte negro lo que están viendo las gentes, que sea más bien un jardín de rosas, y entonces creerán en algo esas mismas gentes. Los señores que tienen que desarrollar esto sabrán hacerlo lo mejor posible, ya que la demanda es poca y el desarrollo es mucho.

Está todo desequilibrado, no hay medida justa ni capacidad para hacerlo; así que ya veremos cómo se resuelve el sistema económico financiero de todas esas naciones. Que por otra parte tiene una gran diferencia de una nación a otra.

¡Bueno!, lo que a mí me interesaba era recibir informes de mis compañeros de armas, que para eso estaban destacados haciendo las labores de informadores y no de un operativo militar a gran escala; como se podía comprender, pero no: No era así aunque aquello se diese a comprender de esa manera. Era más bien el estudiar las formas y los hechos de esas naciones: Cómo se desarrollaban entre ellas, y cómo se movían esas mismas naciones en sus finanzas; puesto que el MERCADO era el mismo Estado y no el gobierno de esas naciones. Siendo un mercado de guerrilla totalmente: Había que comprar puestos, sitios en la sociedad, había que dar mucho dinero para que te dejasen abrir una actividad comercial o industrial para no fallar en el intento. Se molificaba la entrada de capital extranjero en todas aquellas naciones, cayendo la construcción y teniendo relevancia las exportaciones e importaciones. Se comercializaba con capital negro ó con B. . . Y así indefinidamente; siendo un escollo para la moneda única; ya que la estaban tirando infinidad de dardos como para que sucumbiese la moneda única.

“Lo quiere hacer, pero no puede”; eso era lo que se oía en aquel entonces en todas esas naciones, que no sabían cómo salir de tal enfoque dado a su moneda, que por joven estaba sucumbiendo a toda clase de eventos que la provocaban las fuerzas interiores del poco consenso.

Por mi despacho pasaban infinidad de coroneles de información y de generales, allegados a la misma información de marines; como asustados por los informes que se recibía de aquellas naciones tan dejadas por la mano de un buen estadista.

¡Vergüenza!, ninguna. Nadie tenía vergüenza para hacer y deshacer tal o cualquier cosa a modo y manera. Nadie hacía caso a su allegado o amigo, fuese quién fuese el que se le pusiera delante; pues no se hacía caso a los ruegos y preguntas de cada uno, ya que cada uno se creía con el deber de subyugar o pasar por encima del otro sin que se le pidiese perdón alguno.

Somoda y Gomorra no eran menos en éstos tiempos que en aquellos. Cada uno iba a ver si se hacía con las propiedades del otro y hasta con su propio dinero; así que la moneda única recibía cada enviste que temblaban sus cimientos al ver tal despropósito.

Me parecía que yo estaba demás en mi puesto de servicio en el Estado Mayor de la Armada, dentro de los Marines; pues como había sucedido en otras ocasiones, se me había rebajado los servicios en espera de un nuevo nombramiento, dentro de las fuerzas armadas y sobretodo de los marines.

Pero por otra parte, yo, tenía mando plenipotenciario para hacer y deshacer cualquier cosa, menos el detener una información de mis compañeros de armas; eso no. Por lo tanto me encontraba tranquilo al saber que estaba haciendo mis funciones con suma perfección: Aquello era lo que me pedía el Mando y así lo hacía.

Ya que estaba en mi Nación y sobretodo cerca de los abuelos de mi niño, me iba todos los sábados para ver a mi niño y a los abuelos maternos de éste; pasando una velada agradable entre ellos, pues eran unas personas buenas los padres de mi mujer Candy, apreciándome a mi mucho y queriéndome más.

Unas veces llevaba a mi niño al circo, otras de paseo por el lago Michigan, para que viese lo agradable que era vivir en aquella Ciudad, en donde todas las personas tienen cabida en su urbe: Una urbe hospitalaria donde las hubiesen y unas personas alegres y simpáticas como ningunas.

Un sábado se me ocurrió llevar a mi niño al teatro; puesto que había montada una función para niños en aquel día, pasándolo fenomenal al ver él la gracia de aquellos payasos. Era así, que la mandé a la madre un WhasApp para que viese a su niño disfrutar en aquella ocasión, oyendo yo los lloros y sollozos que hacía la madre por el móvil al ver a su niño disfrutar sin ella.

Aquello me dio pie para pensar en el tiempo que nos quedaba a todos nosotros en el servicio de información financiera; pues no solamente estaría sufriendo mi mujer Candy, si no todos los compañeros de armas por no tener a sus hijos cerca de ellos.

Pero cuando dejé pensar en cosas triste y bajé a tierra, comprendí que nos quedaba bastante tiempo para que nos rebajasen de ése servicio de información financiera; pues aunque hacía bastante tiempo que estábamos en el, no había hecho más que empezar los problemas para aquellas naciones.

Un día que fue llamada al Estado Mayor, mi mujer Candy, se presentó a mí de improviso; no sabiendo yo las causas de haberla llamado. Estaba yo en mi despacho, cuando unas manos me taparon los ojos por completo detrás de mí. Había sido Candy, que había entrado con sigilo en mi despacho, cerrando la puerta detrás de ella para que no la viesen, y adelantándose donde me encontraba sentado, se colocó detrás de mí tapándome los ojos como en señal de que yo dijese quién era dicha persona que me tapaba, en ése momentos, los ojos. No sabiendo yo al principio, ni por asombro, quién podía ser la persona demandante para que supiese su nombre.

Pero al sentir sus aterciopeladas manos y su caricia tan fina, supe de quien se trataba: No podía ser otra que mi mujer Candy.

Pasamos unos días agradables juntos los tres, mi mujer, yo y mi hijo. Mi hijo al ver a su madre se echó en sus brazos, ya que comenzó corriendo hacia ella con los brazos abiertos y Candy le elevó poniéndoselo en el regazo para besarle ininterrumpidamente como si hiciese ya años que no le veía.

Yo iba con ellos a todos los eventos que se desarrollaban para los críos en esa fecha en New York; pero los dejaba que se arrullasen entre ellos, al separarme un poco de ellos, para dejarlos sus movimientos y agradables caricias; pues la Academia Militar de Marines no se encontraba muy lejos de allí, para la distancia que hay en aquella bonita y gran Nación.

En casa retozaban a sus anchas, a modo y manera, madre e hijo; dándose su cariño constante a todas horas; pero cuando se tuvo que marchar mi mujer Candy, una vez más, a su puesto de trabajo, fue la desolación en la casa.

CANDY -. Andrew, no puedo dejar llorar por saber que me voy mañana dejándoos a vosotros.

ANDREW -. Que no te vea el niño llorar: Haz lo posible por retener las lágrimas.

CANDY -. Así lo hago.

Pero cuando Candy vio al niño jugar con los innumerables juguetes que ella le había comprado se fue rápido a nuestra habitación para poder desahogar nervios, llorando a mares; como sino le fuese a ver nunca más al niño, pero éste, el niño, presentía algo;

pues no hacía más que mirar para la puerta de la alcoba como queriendo saber lo que pasaba dentro de ella.

Saliendo su madre en pocos minutos de la alcoba para besar a su hijo sin demora y como repetitivamente; al saber que al día siguiente ya no le tendría en sus brazos.

Efectivamente, nos quedamos solos mi hijo y yo, añorando mi hijo a su madre; pero no se sabía quién la añoraba más; si él ó yo. Pero por aquello de ser un niño, pronto se conformó al jugar con los otros niños en la escuela y con los juguetes en casa; pues aunque de vez en cuando ponía cara triste, nunca me dijo nada al respecto: Sería para no agobiarme a mí al preguntar por su madre.

Yo no tenía, en aquel tiempo, los ánimos tan aplomo como en otras ocasiones, por no decir siempre en mí puesto de trabajo; ya que miraba la fotografía de mi mujer y de mi hijo continuamente, pues la tenía en la mesa de escritorio en mi despacho. Llamándome el almirante a su despacho con motivo de alzarme el ánimo que le tenía bastante decaído, y dándome unas vacaciones de tres días para que me repusiese de mi pérdida sobre mi mujer Candy.

No sabía ni lo que hacer; así que tomé un vuelo con destino a la nación donde ejercía su servicio mi mujer Candy, para pasar esos días con ella y así recuperarme de la falta que me asfixiaba de su presencia corporal; ya que por lo menos sí la veía en fotografía.

Creí que aquello fuese lo mejor, pero empeoró las cosas dentro de nuestros pocos ánimos y mucha moral, en cuanto a ejecutar bien los servicios encomendados a cada uno de nosotros.

Sobre todo cuando tuve que volver a mí puesto de trabajo, para ejecutar mi servicio, entre los marines. Aquello fue un completo desánimo por parte nuestra, y



sobretudo por la mía; ya que al verme solo una vez más no podía estar en casa más de cinco minutos, se me caía la casa encima.

Nadie presentía lo que iba a pasar; pero en unos días tuve que marchar para visitar a mis compañeros de armas, que estaban inquietos por los eventos que se estaban dando en las naciones donde ellos ejercían sus funciones de marines.

Más rápido que el viento me presenté en cada una de esas naciones con la sola idea de saber qué pasaba en ellas; y en ellas pasaba una posible subida de deflación en todas esas naciones, siendo malo que se diese a la vez inflación y deflación; así que se tenía que bajar los sueldos y subir los productos: En una palabra, que gastasen mucho y que ahorrasen más; no sabiendo nadie cómo se comía eso.

Desde luego aquellos vaivenes de fluctuación monetaria les valía mucho a dicho continente y sobre todo a la moneda única, para su subsistencia; pues es donde se apoya la economía en general, siendo viable la subida de impuestos y la bajada de salarios, con un cierto grado de cierre para la patronal.

Todos estaban dispuestos para sacar la moneda única a flote, fuese como fuese en general; pero sustancialmente respetando a los ciudadanos en sus exigencias económicas, sin saber cómo hacerlo por estar echado el cierre a los bancos, ya que esos ciudadanos o súbditos no podían pagar crédito alguno por falta de efectivos en su capacidad adquisitiva.

Nos pusimos para estudiar las empresas y otro tanto de lo mismo; a base de tanto tiempo medio inhabilitadas algunas y otras ya saldadas, no podían hacer frente a los créditos; así que los bancos harían mal se abriesen los préstamos sin saber a quién prestaban su dinero. Teniendo en mente, aquel dicho: “Mientras presto considero que estoy perdiendo un amigo a costa de mi dinero”.

No sabíamos qué hacer allí; si salir corriendo de aquellos terrenos o por el contrario seguir sabiendo cada día más y más del desaliento de todos los habitantes de aquellas naciones.

Pero, eso sí: Respiramos todos, pese a que se nos mandaba a otras tierras más incongruentes en materia de inestabilidad económica y política; puesto que esas tierras habían vivido sus gentes toda la vida igual, así que no era raro se conformasen con aquella manera de entender la sociedad entre ellos.

Me fui para ver a mi mujer Candy lo más pronto posible, estándome ella esperando en su lugar destino hasta ahora. Cuando llamé con esmero en la puerta de su despacho y abrí aquella puerta pude ver a tres coroneles y dos tenientes coronel con ella, por lo tanto se cuadraron todos, hasta Candy.

Cuando nos quedamos solo mi mujer Candy y yo, nos explayamos bien el uno con el otro, al sentirnos rebajado de nuestras funciones en aquel continente, de personas tan amables y tan buenas.

ANDREW -. Querida, ¿no tendrás recelo por el cese de actividad militar en éste continente?.

CANDY -. Ni por asombro.

ANDREW -. Además, si en éste continente son tan buenas y acogedoras las personas, donde nos han destacado no son menos aquellas personas.

CANDY -. ¡Claro que sí!; ya las conocemos.

No sabíamos qué clase de servicios iríamos haciendo en aquellas naciones; si informar solamente o un retén para el apoyo de la tropa, cosa que al parecer no

estábamos muy duchos en dichos menesteres, ya que el plan operativo de un asalto lo teníamos nosotros como oxidado. Pero pronto cogí mis apuntes y los libros para poder estudiar un posible asalto a alguna unidad o convoy de insurrectos.

Así mismo me informé sobre videos y sobre mis compañeros de armas, los generales que ya habían estado en dichos terrenos, como lagartija en tierra.

Pero hay que ver cómo es la realidad; ya que al principio iríamos a un continente que ya lo conocíamos todos nosotros, pero más tarde se volvieron las tornas. Pues recibí órdenes de ir destacado al norte del continente donde nos encontrábamos; así que distribuí a mis compañeros de armas y queridos amigos de la infancia en cada una de aquellas naciones.

Yo me instalé en lo que fue el Tercer R. . . para envidia y acomodo de mi persona, que estaba orgullosa de haber desarrollado los servicios a suma perfección; cuando recibí órdenes de presentarme en el Estado Mayor de los Marines cuanto antes, y al parecer, no había desarrollado los servicios a suma perfección, según me dijeron mis mandos en aquel departamento militar: “Así que no me lo creyese tanto”.

Me quedé como quién ve visiones, no sabiendo yo qué contestar al respecto en el tribunal que me habían formado en el Estado Mayor de los Marines y con un: Señor, sí señor fue toda mi respuesta, dando mi brazo a torcer y colgándolos los galones a mis mandos, sin haber dado ni un solo golpe. . . Con el perdón de mis mandos; pues siempre tienen razón.

Me fui a mi puesto de servicio con el Alma en vilo y con el Espíritu deshecho por la incredibilidad de mis mandos, en ver y saber lo que yo había hecho en el tiempo que estuve en el cono sur de aquel continente.

Como iba con la cara desencajada, me abordó Candy con no menos ánimos para saber qué me habían dicho en el Estado Mayor de los Marines en los EE.UU., al verme desencajado toda la cara; pero aquella pregunta que me había hecho mi mujer no sabía yo cómo contestarla: Ya que para ella sería un varapalo y de los grandes, por creer que habíamos obrado demasiado bien, no solamente bien; si no que lo habíamos hecho a la suma perfección. Teníamos la misma percepción Candy y yo, en cuanto al desarrollo de los servicios que habíamos acometido en el cono sur de aquel continente.

CANDY -. Te veo como alicatado, como cabizbajo: ¿Qué ha pasado?.

No sabía si contestar a Candy o callarme la realidad de aquel informe que se me había dado delante del Estado Mayor de los Marines, para que no sufriese; así que dudé un tiempo en contestar, pero al cabo de unas cuantas miradas que me había echado mi mujer Candy, abrí la boca para enterarla sobre lo que se me dijo en aquel Departamento de Marines.

ANDREW -. ¿Sabes?. Candy.

CANDY-. Dime.

ANDREW -. Tengo un pesar dentro de mí ser, que me corroe toda el Alma.

CANDY -. ¿Y eso?.

ANDREW -. Se me formó tribunal en el Estado Mayor de los Marines en base de información, no de requerimiento.

Se me quedó mirando a la cara mi mujer Candy como asustada por la forma que yo la había dicho aquello y para que no surtiese mucho efecto en ella aquellas palabras la tuve que conformar con un encogimiento de hombros; como si la cosa no fuese a más, ya que dicho tribunal no había sido de forma ejecutiva.

CANDY -. Ésta vez no te van a decir nada.

ANDREW -. ¡Candy!. No sé qué quieres decir con eso; pero te ruego te quedes quieta y no hagas nada al respecto.

No sé qué pensaría mi mujer Candy, pero se fue con la cara compungida a sus dependencias, quedándome yo solo para poder pensar un poco en la vida que habíamos llevado durante la permanencia en los marines; pues a mi simple opinión no había sido tan mala, como se suele decir en los medios de la milicia de los marines de Los Estados Unidos del Norte de América. Todos contaban bien el paso por los marines; ya que es un cuerpo de la armada de los EE.UU. más simpático que se pueda expresar uno y todavía nos queda fuerzas para decir mucho más cosas agradable para ése bonito cuerpo de la marina logística.

Los infantes de marina, o sea los marines tenían un lema agradable y bondadoso; ya que su manera de ser es la confianza en cada uno de ellos y el tratarse como familia entre todos ellos: Todos eran para uno y el uno era para todos. Poco más ó menos era ése el lema de los marines de la armada de EE.UU., para salir triunfante en todas las adversidades de la vida.

Me empezaron a llegar buenas noticias de mis compañeros de armas; pues a pesar de las estrécheles que estaban pasando las personas de aquellas naciones, éstas

mismas, las naciones, estaban obteniendo mucho dinero con sus impuestos y retenciones económicas: Mandando los informes al Estado Mayor, pues todo iba a pedir de boca; cosa que agradó a mis superiores en cuanto al mando de cada uno. Aquello había agradado mucho a mis mandos, que yo les informase positivamente del desarrollo cotidiano de las finanzas de aquellas naciones. No teniendo escrúpulo alguno para comunicarlo en la prensa, radio y televisión el resurgimiento de un pueblo que ha sufrido mucho; pero que por ahora se estaba viendo un atisbo de resurgir económico.

Aquella noticia que se dio a través de los medios sociales y de la prensa, tuvo resonancia enorme para que algunas personas empleasen su dinero en alguna que otra actividad económica.

A ésa noticia siguieron otras y otras, tan buenas como la primera; ya que al parecer había desaparecido la amenaza de la deflación, quedándose sólo la inflación que teníamos instalada en el sistema económico y bancario con nosotros desde hacía ya bastantes años.

Parecían que los días amanecía más bellos y confortables para todas las personas que vivían en aquel continente, teniendo repercusión en nuestro continente; y sobre todo en los Estados Unidos del Norte de América, llamándome mis mandos para hacerme una mención de lo bien que lo estaba haciendo yo en aquellos días.

No solamente me dieron una mención como fiel vigilante de las finanzas; si no que me asignaron una medalla del trabajo para que me emplease cada día mucho más en mis servicios oficiales, con una fe y una disciplina férrea; yéndome rápidamente al lugar de trabajo donde ejercía Candy para trasmitirla mi conformidad con el trabajo que estaban haciendo todos ellos.

Me senté en la mesa del despacho de Candy; ya que ésta me había ofrecido su puesto como mando superior que era yo, y en ése sillón me encontré confortablemente, sin pena ni gloria; al saber que todo iba bien y que todo se estaba desarrollando a favor de las finanzas de aquel contiéndete. Tan fuerte lo tomé, que en pocos días marché a donde Elisabeth ejercía sus funciones, sentándome en la mesa escritorio de ésta. Y como el coronel Elisabeth tuvo que salir en breves momentos de su despacho yo me quedé solo en el, sin saber lo que hacer; así que levantándome me fui a los archivos para buscar algo que valiese la pena. ¡Y vaya si lo encontré!, ¡y tanto!; pues pude darme cuenta de la pura realidad de las naciones del norte de aquel continente: Todo era igual que en las naciones del sur del continente; pero por aquello que las naciones del norte tenían su crédito personal por haber formado un comercio serio y afincado en las finanzas, no estaban al borde de la banca rota. Por otra parte, seguían diciendo aquellos informes que yo estaba leyendo, que debido al mucho trabajo y al poco descanso de las personas de aquellos sitios septentrionales del continente se podía creer que la economía todavía se estaba llevando de forma recuperativa.

En ése mismo instante entró el coronel Elisabeth y viéndome con la cara de susto, se quedó mirando a los archivos, intuyendo que yo había andado con ellos descubriendo la pura verdad y nada más.

Pero como Elisabeth era muy larga en cuanto a pensar pronto, hizo como que ni se daba por aludida; ni tan poco yo hice por que mi compañera de armas se creyese a ciencia cierta que yo había visualizado los archivos en su ausencia: Así que quedó todo en aguas de borrajas: Ni para mí, ni para ti.

Pero cuando llegué a donde se encontraba mi mujer Candy, el coronel Candy, eso era ya otra cosa; pues se me removieron las tripas comenzando a dar unas voces que se oían por todo aquel contorno.

Candy se levantó como asustada y sin saber qué decir de momento, para más tarde intentar que me callase y no diese tantas voces, que estábamos atrayendo el interés de todas las personas que había allí cerca de nosotros. Pero como yo no podía callarme, se fue a la puerta Candy cerrándola con sumo cuidado.

ANDREW -. ¡Esto no se me hace!.

CANDY -. ¿Qué quieres, que te vuelvan a recriminar una vez más los mandos que están sentados en sus sillones?.

ANDREW -. Están haciendo su labor.

CANDY -. Ya lo sé.

ANDREW -. ¿Es que has hablado con Elisabeth?.

En esos mismos momentos se abrió la puerta del despacho del coronel Candy entrando su secretaria, un teniente de marines, para coger unos documentos del escritorio y volviendo a pedir permiso para retirarse a mi persona, yo se lo di amablemente, retenándose aquella señora un poco en el escritorio, como buscando algo más. Y como el coronel Candy no se podía callar me habló algo del coronel Elisabeth.

CANDY -. Señor. He hablado con el coronel Elisabeth hace ya tiempo, señor.

ANDREW -. Mi coronel Candy, lo había intuido, señora.

No la quise quitar mando al coronel Candy delante del teniente de marine que estaba buscando algo en los archivos, pero mi mujer comprendió que la conversación



que tuve con el coronel Elisabeth no le había agradado nada, pero que nada; debido a que los informes que mandábamos estaban seccionados por completos, en cuanto que la pura realidad era otra y no la que estaba mandando yo día tras día, a mis mandos en el Estado mayor de los marines. Pero cuando se fue el teniente del despacho de Candy me irrité un poco diciendo a mi mujer, que nunca había debido decir nada a Elisabeth sobre el respecto; ya que la cuestión de haberme dado aquel rapapolvo era mía y solamente mía. Y que un marine tenía que decir la verdad siempre en todo momento, saliendo del despacho de Candy dando un portazo monumental: Hasta creo que temblaron los cristales de algunas dependencias de aquel edificio.

Me habían dado mención y medalla por nada, por decir lo contrario de lo que estaba pasando; pues era todo por igual en aquellas naciones. Unas dominaban a las otras con mañas e intrínquilis, para que la moneda única se afianzase en aquel continente con todas sus fuerzas.

Yo seguí dando los informes de lo más maravillosos que podía; ya que así se me pasaba a mí por parte de mis compañeros de armas en aquellos días. Hasta el punto de decir que la bolsa había sido un compendio de fluctuaciones para quedarse en un grado de compromiso oficial antes los inversores. . .

Pues no sabía yo lo que hacía allí, si mis mandos me sostenían en ése puesto sería por algo; más bien por los informes tan buenos que estaba dando a mi Estado Mayor de los Marines. Sobretudo a un grupo especial de los marines, más bien de información, dentro de la armada de los EE.UU. formada por gentes de estudios.

No estaba yo muy conforme; por lo tanto me fui para ver a Cathy, encontrándola en su despacho trabajando con ahínco y así pude saber mejor de aquellos informes, que al parecer eran todos ellos un tanto ambiguos.

Cuando terminó Cathy de informarme de todos los asuntos, me invitó a una granja que tenía ella a las afuera de aquella Ciudad, aceptando yo dicha invitación con sumo agrado y así congratularme con mi compañera de armas, Cathy, que se alegró mucho al saber que yo aceptaba su invitación.

Era una pequeña granja que había adquirido a precio rebajado, como todo lo que se vendía en esos días, por falta de la capacidad adquisitiva monetaria de cada persona de esas naciones.

Cerca de la granja había un río serpenteando por sus alrededores, en donde había unas nenúfar preciosas y unas matas de la banda oliendo con sumo agrado; y allí se me pasó toda la mañana viendo lo que tenía sembrado Cathy en dicha granja; ya que solamente contenía un par de vacas y un cerdo de unas once arrobas.

Por la tarde tomamos el té en la casa de aquella granja, que al parecer estaba amueblada con suficiente detalle en cada rincón de la casa, no faltando ningún adorno en ella.

La pregunté a Cathy por su marido Emerick, contestándome ella que solamente se veían los fines de semana y como estábamos a miércoles, le quedaba unos días para poderse juntar los dos en aquella acogedora huerta de las afueras de la Ciudad donde ejercía sus servicios mi compañera de armas.

Hasta hubo un tiempo en el que puso Cathy una música un tanto agradable para mí, ya que al parecer dicha música era movida y con sumo agrado. Y a una hora prudencial me dispuse para marchar a mi lugar de trabajo, dentro de lo que eran mis servicios prestados a la patria.

Me iba de aquel lugar con el Alma totalmente decaída al saber que todo estaba siendo una patraña; pues los informes verdaderos no casaban con los informes que se

me estaba pasando a mi despacho; pero como estaban gustando mucho a mis mandos, yo me conformaba con que no pasase nada malo por no dar toda la información detallada al máximo; pero mientras existiesen los verdaderos informes en un cajón de aquellos despachos, yo no estaría conforme: Pues no sabía yo lo que podía pasar tergiversando los términos de las finanzas.

No hizo falta que me molestase en recabar información detallada de lo que estaba pasando en general; pues en pocos días se presentó el Secretario de Estado en mi despacho; ya que había llegado a aquel continente con el solo propósito de saber más y más de cada nación.

Se sentó en mi mesa, para dar más credibilidad al tema y así hacerse escuchar mejor; ya que dicho señor no estaba lo suficientemente conforme con los informes que estábamos pasando al Estado Mayor, sobre todo con las finanzas de aquellas naciones, dentro de un marco legal en economía financiera.

Como aquel señor comenzó hablándome muy correctamente y con sumo agrado, a la vez que con una confianza en mi persona que rayaba el orden de las cosas; yo me relajé y le di a entender que algunas informaciones estaban subrayadas por mi personal de información, no dando mucho crédito a ellas.

El Secretario de Estado se me quedó mirando, con cara de circunstancias al intuir que casi todas o todas las informaciones tenían parte negativa o estaban delimitadas por seccionar la verdad.

En pocos días estábamos todos en el Cuartel General de los Marines, en los Estados Unidos del Norte de América, rindiendo cuentas delante de un tribunal, pero como yo les había alertado a mis compañeros de armas, para que llevaran los informes verdaderos en la carpeta, no hubo impedimento alguno para rendir cuentas delante de

aquel tribunal superior: No teniéndomelas yo todas consigo, por el grado de incumplimiento dentro de la normativa militar que habíamos hecho.

Nos indicaron que nos quedásemos en aquellas dependencias para recibir a la prensa en unos momentos; cosa que a mí me extrañó mucho, por el grado de incumplimiento que habíamos formado dentro de nuestras pesquisas en la información de los hechos.

CANDY -. Querido, has oído lo mismo que yo.

ANDREW -. Sí, querida. He oído lo mismo que tú.

CANDY -. ¿Qué tenemos que decir a la prensa?.

ANDREW -. Vendrán con las preguntas hechas; contestar todos a dichas preguntas.

Como lo estaban oyendo todos mis compañeros de armas, alcé la voz para decir que no escatimasen ninguna respuesta a los periodistas; comprendiéndome mis compañeros de armas lo que yo les quería decir, así que resultó todo tan ameno y con sumo agrado para la prensa, que no sabían dónde ponernos.

Cómo sería la cosa, que en poco tiempo estábamos saliendo en todos los medios oficiales de comunicación, todos nosotros; para informar que las finanzas estaban yendo por buen camino. Y entre alabanzas y parabienes, nos mandaron nuestros mandos, una vez más, a nuestro lugar de destino.

Pero cuando nosotros, los compañeros de armas, creíamos que seguiríamos lo mismo en el puesto asignado por nuestros mandos hace tiempo, vimos con gran sorpresa al llegar a nuestro despacho que ya había allí una persona que nos auditarían

los informes y todo lo que pasase por nuestras manos, no quedándome yo conforme para nada de aquel desplazamiento que nos estaban haciendo dentro de nuestros despachos y con una persona menos acreditativa que todos nosotros; pues no llegaba a nuestra graduación: Teniendo que conformarnos con lo que nos mandaban nuestros mandos.

Desde aquel entonces, todos tuvimos un portátil en casa en donde confeccionábamos los verdaderos informes; dando a los auditores los informes más beneficiosos para el continente. Por lo tanto nada habían adelantado en ponernos unos auditores de información financieros en todos nuestros despachos; si y les dábamos lo que querían oír y lo que nos beneficiaba a nosotros, que eran buenas informaciones dadas al Estado Mayor de los Marines.

Mientras tanto las verdaderas informaciones de las finanzas de aquel continente las teníamos todos metidas en nuestro portátil para no ser delatados como falso informadores, en vez de tenernos como informadores correctos a las investigaciones que estábamos haciendo. Y así ganarnos unas medallas, todos nosotros; pese a podernos considerar personas fraudulentas en las informaciones.

Nuestros mandos estaban cada vez más orgullosos de nosotros; y por supuesto de nada hubiese valido decir la verdad, ya que ése continente se estaba recuperando en cuando a las finanzas. Las bolsas se refortalecían, el dinero iba de una mano a otra con mucha frecuencia, pese a que los salarios y los sueldos eran ínfimos para las personas que trabajaban en ése continente.

¿Para qué hubiese valido contar el precipicio en el que estaba todo el continente hacía un año; si se empezó a ver la luz del túnel en poco tiempo?. Para nada hubiese valido decir la verdad, y pasar los informes tan pertinentes de un posible descalabro en

todas las naciones de aquel continente; ya que la economía comenzó a ser fluyente y los Bancos empezaron a abrir sus líneas de crédito a todos los súbditos o ciudadanos para que pudiesen hacer frente a sus actividades económicas, sin pérdida de tiempo. ¿Para qué hubiese servido?; si todo comenzó a estar mejor y en algunas naciones bien para lo que habían pasado en ellas.

Hasta retiraron a nuestros auditores de finanzas; yéndose todos los tenientes a su puesto de servicio en los EE.UU. no volviendo a dar una información desdoblada nunca más; ya que todas ellas eran agradables para sus respectivos gobiernos.

Un día que me encontraba a solas con mi mujer Candy, nos estábamos regocijando por lo bien que comenzaron aquellas naciones a vivir con tranquilidad bursátil y con confianzas de las demás naciones.

CANDY -. ¿Qué me dices si hubiésemos mandado, en información, la verdadera situación en la que se encontraban dichas naciones?.

ANDREW -. Hacía tiempo que estuviésemos ya en un puesto asignado de segundo, en los Estados Unidos del Norte de América.

Pues claro: Nos habían destacado a todos nosotros a un servicio que no quisiera nadie, sobre todo en el desierto y lejos de la civilización. Y sobre todo ostentábamos sendas medallas en la pechera, que éramos la envidia de todos nuestros compañeros de armas.

Pero el pesar iba por dentro; ya que no podíamos olvidar lo informal que habíamos sido a no decir la verdad de lo que estaba pasando en aquellas naciones, dentro de aquel continente: La vergüenza nos tapaba el Alma y el pesar nos invadía todo

nuestro cuerpo, al saber que no habíamos obrado ni medio bien, dentro del reglamento de las fuerzas armadas de los EE.UU. para con nuestros mandos. Y nuestros mandos confiados en nosotros como si fuésemos unos patriotas de los que no hay. Pero los informes verdaderos los teníamos nosotros bien custodiados, no sabiendo si deshacernos de todos ellos, por motivos de honor.

Una vez más me fui a buscar al coronel Cathy para que me llevase a su pequeña granja, en donde pasé un día excelente hace ya tiempo. Y otro tanto de lo mismo; ya que ése día había sido todavía mucho mejor que la primera vez que visité aquella granja, para deleite de nuestras personas.

Pero cuando me disponía para marchar a mí puesto de trabajo, oímos como unas detonaciones procedentes de armas cortas, a la vez que otras de armas más sofisticadas. A mí al principio me parecía un arma pequeña, pero cuando presté más atención a aquella arma, pude ver que se trataba de una escopeta. . .

No queríamos salir de nuestra casa, ya que allí no se encontraban más casa que donde entraron aquellos señores y la del coronel Cathy. Se nos hizo la noche y comenzó a contarse las horas por segundos; ya que nosotros no nos podíamos meter en nada, lo teníamos terminantemente prohibido, el meterse en un conflicto individual, si es que no peligraba la vida de alguien.

CATHY -. Lo siento, Andrew; pero tendremos que pasar la noche en mi casa.

ANDREW -. No te preocupes: Yo me acostaré en ése sillón.

Y señalando a un sillón hice ademán de acostarme en el, pero fui detenido por mi compañera de armas, Cathy, con la idea de que podíamos acostarnos los dos en la

misma cama; pues solo había una cama en la casa. Se notaba que era para el matrimonio solamente y no para poder recibir visita alguna.

Cathy no se dejaba mover en la cama: En un tiempo determinado se echaba sobre un lado y sobre el otro en otro tiempo determinado.

Como aquella noche hacía calor, Cathy se había desarropado intuitivamente, sin quererlo ella, enseñando unas piernas y unos muslos de lo más agradable del Mundo entero.

Yo me levanté y me fui a sentar en un sofá que había allí mismo, en la habitación; pero cuando me notó la falta en la cama Cathy se levantó ella también, yéndose a sentar en el mismo sofá que yo, echándome las piernas por lo alto de las mías.

Yo estaba que no sabía lo que hacer; hasta el punto que la puse las manos encima de los muslos sin saber qué hacía, y hasta se las tuve acariciando durante un buen tiempo.

Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, me entró vergüenza supina; al comprender que ella tenía marido y yo mujer, a los que queríamos mucho. Pero la verdadera causa de que yo comenzase acariciándola los muslos, fueron sus pechos: esos pechos tan promiscuos y abultados, que invitaban a su caricia.

Yo me quise levantar de cómo estaba sentado, no pudiendo por tener las piernas de Cathy encima de las mías, reteniéndome ella con las manos para que no lo hiciese, y así poder disfrutar aquella noche de mi presencia. Se veía que Cathy no me había dejado de querer, o tal vez sería una atracción física sobre mi persona; más bien creía yo eso, que a Cathy la atería yo.



Pasaron unas horas, que si la acaricio yo y que si ahora me acaricia ella, que en poco tiempo no sabíamos dónde nos encontrábamos; hasta que por fin sonó una detonación de arma corta, como si se estuviesen defendiendo aquellos señores que entraron en la casa por sí solos y en contra de alguien que los atosigaba desde fuera de aquella casa.

Ni siquiera retiramos el visillo de la ventana, para podernos asomar a ella, viendo en la oscuridad de la noche, que se movían unos hombres por el campo como corriendo de un lado al otro a la vez que los disparaban desde dentro de aquella casa.

Yo la insinué a Cathy para que se vistiese, haciendo yo otro tanto de lo mismo; para que no viesan aquellos señores que habíamos pasado la noche juntos mi compañera de armas y yo.

Pero así como al amanecer llamaron a la puerta, habiendo cesado todo tipo de contingencia alguna sobre la casa vecina. Era la policía para saber si nos encontrábamos bien y poder darse cuenta a quién teníamos metido en la casa de el Coronel Cathy y al ver la pura realidad, de que no teníamos metido a nadie en dicha casa y después de preguntarnos si nos encontrábamos bien, por vigésima vez, se retiraron a su lugar de destino, llevándose a los dos señores consigo.

Pusimos la radio anunciándonos que había habido el día anterior un atraco a un Banco en la Ciudad vecina, no sabiendo bien dónde se habían refugiado los dos hombres que habían ejecutado dicha acción. Por lo tanto ya sabíamos bastante sobre aquel caso.

Aquel día pasó sin pena ni gloria, pero cuando volví a mi despacho ya tenía encima de mi mesa la orden para trasladarnos a todos al Estado Mayor de los Marines, en EE.UU. no sabiendo dónde nos destinarían.

Mis órdenes fueron inmediatas para mis compañeros de armas; pues eso no se lo esperaban, cogiéndolos de improviso a todos ellos, y sin pérdida de tiempo cogimos un vuelo hacia Los Estados Unidos del Norte de América, no sin antes haber puesto en orden todos los documentos que teníamos pendientes en nuestros despachos correspondientes.

¡OH!, nuestra Nación, ¡OH!, nuestra casa; allí descansamos un par de días hasta que supimos el primer servicio que nos asignaban a cada uno de nosotros y por aquello de que éramos un grupo de amigos inseparables, nos asignaron un servicio en la vigilancia del territorio nacional,

Para ello teníamos que tener un número considerable en horas de vuelo, destacándonos a todos en una base no muy lejos de nuestro hogar: Preciosos hogar y bonita convivencia entre todos nosotros.

CANDY -. Ahora sí que voy a disfrutar de mi hijo.

ANDREW -. Y que lo digas, querida.

No hacía falta decir que de aquí en adelante disfrutaríamos nosotros dos de nuestro hijo, que estaba ya en unos cursos avanzados en la escuela. Y para ello se vino nuestro hijo a vivir con nosotros, separándole de los abuelos; cosa que se opuso rotundamente mi niño, por haber sido criado por sus abuelos.

No sabíamos lo que hacer, por lo tanto rogamos a los padres de Candy que se viniesen a vivir con nosotros a nuestra casa y así no sufriría mucho mi niño, viendo a sus abuelos queridos del Alma todo el día con él mismo.

Los abuelos se encargaban sacarle al niño para que diese paseos, mientras nosotros estábamos atareados en aumentar las horas de vuelo en unos aviones que rompían la barrera del sonido. No sabiendo el tiempo que estaríamos todos los compañeros de armas en esos menesteres y con qué nota saldríamos de aquella cuadrilla. Pero lo cierto era que seguíamos pilotando aquellos aviones a más y mejor, como si fuésemos unos expertos pilotos consumados todos nosotros, cogiendo en nuestro expediente baremo por dichas horas de vuelo.

Hubo un día que nos hicieron salir con pilotos que ya tenían bastantes horas de vuelos, sabiéndoselas todas y aquello nos cogió descuidados, Pues hasta cabriolas teníamos que dar en el aire junto con aquellos pilotos expertos en pilotar aquellos aviones que parecían cohetes.

Primero nos enseñaron a pilotar aquellos aviones juntos con ellos, en formación especial; para más tarde enseñarnos hacer vueltas y vueltas sin salirse de la formación con la escuadrilla, virajes y más virajes..

Yo había volado solo siempre, así que no estaba acostumbrado a volar en formación, ni ninguno de mis compañeros de armas; costándonos mucho no romper aquella formación, por más que se empeñaba el comandante de la misma.

Un día, al aterrizar, me estaba esperando el comandante de la escuadrilla para trasmitirme algo que yo ya sabía, que era alguna artimaña que él tenía para no salirme de la formación con mi avión. Pero antes me separó de mis compañeros de armas para que no oyesen lo que me tenía que decir él.

Me sirvió mucho el consejo que me dio el comandante de la escuadrilla aquel día; pues así se lo trasmití a mis compañeros de armas, volando todos en perfecta formación desde entonces.

Y para saber si habíamos aprendido todos la lección, nos hicieron volar en pareja, cada dos íbamos nosotros mismos acompañados en nuestros respectivos aviones; saliendo de maravilla aquellos vuelos de reconocimiento que tuvimos en aquel tiempo, no saliéndonos de nuestro contorno, que eran unas millas ya preestablecidas por nuestros mandos operativos.

ANDREW -. Candy, querida. He oído que desde mañana pilotaremos solos para recabar información del territorio de los EE.UU.

CANDY -. ¿Sabes si pilotaremos en compañía?.

ANDREW -. Son pocas millas a lo primero; más tarde irán ampliando el vuelo al territorio, hasta alcanzar la totalidad de todo el territorio de los EE.UU.

Se quedó más conforme Candy cuando la dije que no serían muchas millas las que volaríamos solos; pues cuando alcanzásemos a bolar todo el territorio de nuestra gran Nación, no sabía yo si iríamos en agrupación de escuadrillas para la vigilancia de todo el territorio nacional.

En aquellos días teníamos más tiempo para pasarlo con nuestro hijo, habiendo una atracción juvenil en un circo que merecía la pena llevarle al pequeño; así que le llevamos, encantándole aquella atracción que montaron para el deleite de todos los niños en aquella Ciudad. Y a la salida de aquel evento nos quedamos en un parque para que jugase nuestro niño con los hijos de nuestros amigos.

CANDY -. Qué satisfecha estoy viendo jugar a nuestro hijo.

ANDREW -. Igual te digo, querida.

CANDY -. Los niños de los demás compañeros, también son muy lindos.

ANDREW -. Así me parece.

Aquella conversación la entablamos solos mi mujer y yo; hasta que poco a poco se fueron arrimando a nosotros los demás padres de aquellos niños, todos nuestros compañeros de armas, hasta que el coronel Elisabeth destacó lo bien que se llevaban los niños y lo bien que estaban juntos todos ellos.

ELISABETH -. No debíamos separarlos tan pronto.

IRENE -. ¿Qué hacemos entonces?-

ELISABETH -. Me parece, más bien, que los llevemos a la casa más cercana de nosotros para que sigan jugando todos ellos.

IRENE -. La más cercana es la mía.

Así lo pensamos y así lo hicimos, yéndonos todos a la casa de Irene para que los niños siguiesen jugando entre ellos y como las señoras se retiraron a la cocina para hacernos unos bocadillos a todos, nosotros comenzamos habar de nuestras cosas que teníamos en común.

ANDREW -. Era bien sabido, que nosotros teníamos ya unas horas de vuelo considerable.

ÓLIVER -. Por eso han empleado en nosotros aviones de más potencia, en vez de los aviones de prácticas.

EMERICK -. Se nota que tienen prisa para que vigilemos todo el territorio nacional.

FREDERIC -. Eso por completo se da por añadidura, al ver en los aviones que hemos practicado vuelos.

ANDREW -. Al parecer saldremos pronto vigilando el territorio nacional.

No me equivoqué, pues en un par de días estábamos volando, en pareja, todo el territorio nacional; repostando en el aire combustible para nuestros aviones de un avión nodriza.

A mí me quisieron quedar en tierra para coordinar las operaciones; pero como el reglamento exigía que volásemos todos los cuerpos, yo volaba tres días en la semana; cosa que me agradó, ya que aquella oficina no tenía mucho trabajo: Solamente era el recabar información de todo el territorio nacional, y para eso tenía varias pantallas manipuladas por sendos marines, y a la vez me asistían varios tenientes de marines y un capitán en mi trabajo de oficina: ¡Vamos!, que apenas hacia nada. Y para colmo me asignaron un comandante; no quedando ahí todo, pues el lugar de enlace de nuestro operativo lo llevaba un coronel.

Un día que volé, junto a Cathy, ésta me hacía señas con las manos para que tuviese cuidado al frente y me fijase mejor; ya que se nos estaba presentando un cañón en aquel terreno, donde volábamos a baja altura.

Pero una vez que pasamos aquel cañón de una grieta considerable, siguió haciéndome gestos con la mano Cathy, no sabiendo yo qué me quería decir con tanto movimiento de manos mi compañera de armas, hasta que por fin supe descifrar aquellos

gestos tan impertinentes, pues no se nos presentaba ningún obstáculo en nuestro vuelo de reconocimiento en aquel día.

Cathy me quería decir, que aterrizásemos en aquel paraje encantador y de ensueño para ella, y para mí sería un paisaje que no olvidaría nunca si hacía caso a mi compañera, así que obvié su deseo marchando rumbo a nuestra base.

Cuando bajó Cathy del avión enseguida se fue a buscarme, antes que me entrase en los hangares para decirme algo que me extrañó mucho.

CATHY -. Hubiese sido un día entrañable para nosotros.

No la contesté a Cathy y proseguí mi camino para llegar a mi taquilla y poderme cambiar para ocupar mi puesto en mi despacho.

Yo no quería más que descansar en mi despacho un tiempo prudencial, así que me senté en mi mesa escritorio con sumo agrado, para más tarde prepararme y salir a mi casa sin otro contratiempo que no fuese el saber algo de mi niño.

Pero como yo estaba siendo conocido en los medios periodísticos, me saludo uno de ellos, haciéndome una pregunta muy directa.

PERIODISTA -. ¿A cuanta tropa ha mandado usted en los continentes donde ha sido destacado para hacer su servicio oficial?

Aquella pregunta, que me hizo el periodista, me desacerbó un poco; pues se me notó en la figura de la cara: Ponía cara de circunstancias y de no estar medio conforme

por aquello que me había preguntado aquel periodista, para contestarle sin falta alguna a su interés por saber qué fue lo que hicimos en aquellos continentes donde cumplimos órdenes de nuestros mandos; sobre todo del Estado Mayor de los Marines.

ANDREW -. Señor: Solamente hemos formalizado servicios de información en donde hemos estado.

Aquello se lo dije al señor con cara de circunstancias; pues era una afrenta hecha a los Marines, a todos ellos; si nosotros hubiésemos participado en alguna reyerta militar en aquellas naciones sin habernos llamado sus gobiernos para que los ayudásemos.

Aquel periodista no se quedó conforme para seguir preguntando por algo que yo ya me suponía.

PERIODISTA -. ¿Ha tomado nota los Estados Unidos del Norte de América de esas mismas informaciones, que ustedes les dieron?

ANDREW -. Eran informaciones paralelas.

PERIODISTA -. ¿De qué?. Señor.

ANDREW -. Eso se lo pregunta usted a mis mandos.

PERIODISTA -. ¿Ha esforzado los Estados Unidos del Norte de América, para obrar de esa manera al continente donde han estado ustedes últimamente?



Y aligerando el paso me escabullí de aquel periodista que quería saber mucho más que nosotros; pues desde luego, el que crea otra cosa se confunde de todas por todas. Nosotros solamente informamos de los eventos financieros y económicos de aquellos gobiernos de las respectivas naciones y de sus súbditos y nada más.

Yo no tenía que responder nada y sobretodo informar a nadie de lo que habíamos o dejamos hacer en los continentes donde habíamos estado de servicio militar. Aquello no le importaba a nadie, solamente a nuestros mandos y a nadie más.

Por lo tanto llegué a casa con los nervios exaltados del todo, al ver la poca predisposición que tienen algunos para dar credibilidad a su Nación y para no respetar lo más básico que hay en la vida: La Bandera y la Nación de cada uno; pues el honor es lo primero que debe una persona perder y se supone que esas personas han perdido su honor desde hace mucho tiempo.

Me notó mi mujer Candy con los nervios que llegué a mi casa, preguntándome por las circunstancias.

CANDY -. ¿Qué te ha pasado?.

ANDREW -. No merece la pena hablar de ello.

CANDY -. Pero lo quiero yo saber.

ANDREW -. Me ha hecho una pregunta un periodista como inmiscuyéndose en nuestra forma operativa. . . Me ha dicho, poco más ó menos, que hemos participado en alguna campaña de guerra. . . O que tal vez nuestra nación iba mal y ha obligado a las naciones de aquel continente hacer y deshacer a su forma y manera.

CANDY -. ¡AH!, no; de eso nada. ¿Y tú que le has dicho?.

ANDREW -. Al intuir, que me haría la pregunta en ése sentido último que te he dicho; le dije que se lo preguntase a nuestros mandos. ¡Vamos!, que me la dijo.

CANDY -. Muy bien dicho.

Queriendo que quedase bien sentado, que los marines no habíamos obligado a ninguna nación para que hiciese o dejase de hacer tal o cual cosa; eso que quede bien sentado como digo yo.

No habíamos implantado nuestro mando y nuestra forma de ser en ninguna nación del Mundo; solamente dejábamos hacer y nada más.

Pero como mi niño nos pedía a su madre y a mí que le sacásemos al parque aquella tarde, para ver a sus amigos y poder jugar con ellos; yo pedí a su madre que lo sacase ella, ya que yo estaba con unos nervios de poco aguante. Mi patriotismo se había elevado tanto, que no podía salir aquella tarde por sino me pudiese contener si sucedía otro tanto de lo mismo.

Me quedé ordenando mi archivo en mi escritorio, donde yo tenía mi ordenador particular, para poder escribir mis memorias, que por otra parte eran simples y sencillas, como ninguna otra. Encontrándome una ficha de cuando yo era cadete en la escuela oficial de la infantería de marines.

Aquello me dio qué pensar; pues tenía guardados unas fotografías en un cajón sin saber bien dónde se encontraba dicho cajón, así que andando en todas mis cosas y removiendo todos mis archivos di con aquellas fotografías, que en vez de estar guardadas en un cajón las tenía en un sobre; ya que un buen día las saqué para que las viesen mis compañeros de armas, gustándolas mucho y agradeciéndolos todos.

Aquella tarde pude dar un repaso a mi vida, sobre todo a la vida militar, ya que la vida de paisano fue poca; pues de jovencitos, cuando estábamos estudiando en la Facultad nos eligieron para formar parte activa de las filas en los marines, una vez que terminamos nuestras carreras todos nosotros: Pensé cómo conocí a mi mujer Candy y cuando me enamoré de ella, en qué día fue; pues al parecer eran fechas del día de gracia y yo estaba completamente solo en ésta vida, encontrando a mi mujer para gozo y alegría de mi ser. No teniendo día ni noche para agasajarla en los muchos cuidados que ponía yo en ella.

En ésa misma tarde sopesé lo que podía haber sido de mí sino llego a formar parte activa de los marines; pues en ésas fechas no había mucha actividad donde elegir, más bien la actividad era particular y como de empresas pequeñas. Pero viendo el resurgir de mi Nación me quedé más conforme por haber participado en la busca de valores más acorde a nuestro tiempo.

En estas divagaciones me encontraba cuando entró mi mujer Candy con mi hijo en casa; ya que los juegos de aquella tarde habían sido más cortos de tiempos por haberse tenido que marchar los padres de los demás niños a sus casas.

Mi niño llegaba con un oso de peluche en las manos, que le había comprado su madre en una tienda camino del parque para que jugase con el, no queriendo que se lo guardásemos por nada del mundo: Parecía que le había tomado mucho afecto al oso de peluche mi niño.

Recibí órdenes de entrevistarme con el responsable de presa de la armada, y allí que me fui, para saber qué me quería aquel señor tan urgente.

PRENSA -. Usted perdona, pero quiero saber: ¿Qué significa, información compartida?. Señor

ANDREW -. De una parte y otra. Pero yo jugué con el despiste en ese día, en el que fui preguntado por un periodista.

PRENSA -. ¡Vamos!. Que usted no quiso decirle nada de interés, señor.

ANDREW -. Lo ha comprendido.

PRENSA -. Señor. Puede usted retirarse, señor.

Muy pronto se sabían las cosas en los medios de la prensa entre nosotros; pues el responsable de prensa era un avisado y experto en su oficio, ya que tenía bastantes condecoraciones; así que me cogió el sentido con el que yo le hablé a aquel periodista, para que él no entendiese nada.

Pero sí le había dado a entender a aquel periodista, que estábamos en contacto una parte y otra; dando pie a su sugerencia de que nos habíamos apoyado en aquellas informaciones para la llevanzas de nuestras cuentas en los Estados Unidos del Norte de América.

Por lo tanto tuve que dar una rueda de prensa en el Estado Mayor de los Marines, para contradecir lo que dije al periodista, ya que solamente habíamos participado en el operativo de marines como un cuerpo de élite de información.

Parece que no se puede hablar nada; comprendiendo a los responsables de los servicios que no participen en ninguna rueda de prensa o respondan particularmente a nadie sobre alguna pregunta lanzada a su persona. ¡A otra vez espero!

Me cerré tanto en no decir nada, que ni a mi mismos compañeros decía una sola palabra de los servicios, si no fuese para indicar las generatrices en los servicios y dando las órdenes del día.

En aquellos días nos mandó el Estado Mayor de los Marines que formalizásemos unas maniobras en defensa de la Nación y para eso teníamos que coordinarnos todos los sectores de la Nación, para que saliese a la perfección aquellas maniobras. Y tan reales las hicimos, que estuvimos volando el entorno de nuestra periferia durante un día entero, siendo repostado el avión por otro nodriza en vuelo. Yo veía que a mi avión no se le daba la orden de repostar; solamente repostaban los aviones más viejos, teniendo el indicador de combustible siempre lleno el avión que yo pilotaba; parecía que el combustible en aquel avión no se terminaba nunca. Hasta que me di cuenta del signo que destacaba cerca la llave del combustible; ya que era un signo de radioactividad, más bien uranio o cualquier otro mineral que se apreciase para hacer volar a la nave desde las alturas.

¡UF!, cuando bajé del avión, me parecía que no sabía andar; pues todavía notaba bajo mis pies ése zumbido ensordecedor de los motores de aquel avión, temblándome las piernas en la tierra para no poderse sujetar recto mi cuerpo en ella.

CANDY -. ¿Qué te pasa?.

ANDREW -. A penas nada.

CANDY -. Si parece que te tambaleas.

ANDREW -. Pues eso: Que me parece estoy pilotando todavía el avión.

Como yo tenía un equipo perfecto en los sistemas de información, podía volar horas y horas; permaneciendo seguro de mis hombres en todo tiempo, pues aquellos marines eran expertos en sus servicios, en aquello que estaban haciendo todos ellos. Y por otra parte yo decidí volar junto con mis compañeros de armas.

Un día tuve una sorpresa un poco desagradable, una vez que bajé del avión y me fui al control de información encontrándome allí una línea de tierra que no funcionaba a consecuencia de haber sido eliminada por uno de nuestros aviones en las maniobras, al soltar la carga mortífera sin previo aviso; ya que el piloto creyó oír la voz de mando para que eligiese un punto de tiro: No ocurriéndosele otra cosa, que elegir la torreta donde apuntaba que estaba la línea de esa información.

Enseguida llamó el Estado Mayor de los Marines para recabar información de lo que estaba pasando en aquel gabinete de prensa e información; dándoles yo la escueta verdad de lo que había pasado, no queriendo dar el nombre del teniente que había tomado como diana la caseta de información para lanzar su bomba.

Aquello había sido un acto fortuito y nada más, así que no era cosa de formar tribunal a ninguno de mis hombres; pues todos ellos gozaban de mi completa confianza en cuanto a la ejecución de los servicios.

ELISABETH -. Andrew. ¿Ha tenido efectos secundarios lo que ha pasado con la línea de información?.

ANDREW -. Para nada, Elisabeth; no te preocupes de nada: Eso tengo que ser yo el que me preocupe del desarrollo de los servicios.

Así lo comprendió Elisabeth y pidiendo permiso se alejó de mí con cara de sorpresa; ya que ella venía con ganas de ayudarme, si acaso hubiese tenido problemas en el asunto.

Me di cuenta de que había sido un poco desagradable en aquella ocasión, que el coronel Elisabeth se ofrecía para ayudarme en los problemas que tuviese en cuanto a la línea de información terrestre destrozada por causas ajenas a nosotros, pero no para el teniente que había cogido mal la orden de ataque en aquella ocasión, en pleno operativo militar. Y como era eso, un operativo militar se pasó por alto la acción de no entender bien aquel teniente la orden dada para que atacase un blanco en aquel terreno. Así lo entendieron los mandos dando cumplimiento a ésa orden.

Llegaba un problema de tras de otro, no cesaban llamarme mis mandos para que les diese información sobre los casos que habíamos fallados; nunca me llamaron para saber los casos que habían sido un éxito completo: No, aquello no les interesaba a mis mandos para nada, como no fuese para una posible estadística de los adelantos que estábamos haciendo en el sistema de información.

ÓLIVER -. Te ruego me digas el día que pregunten por nuestros éxitos, para celebrarlo.

ANDREW -. Entonces espera sentado, que de pie te vas a caer.

Así hablábamos Óliver y yo un día en el que éste se presentó en mi despacho, al saber que no había nadie escuchando; pues de lo contrario no había empezado con aquellas palabras mi compañero de armas. Y después de llenar yo dos copas de vino,

esperé para que éste hiciese unos pinchos como aperitivos, relamiéndome los dedos como se suele decir.

Aquello fue una casualidad, el que se encontrase allí mi compañero de armas, Óliver, pues en ese día no tenía vuelo alguno por motivo de que a los marines se le hace cada tiempo un análisis bien detallado de sangre y de orina. Pero como la reunión se alargó, entró el coronel Elisabeth en mi despacho quedándose como quien ve visiones, al comprobar que estábamos de compañerismo su marido y yo. No había dudas de que entre todos nos llevábamos bien, demasiado bien diría yo; para la graduación que teníamos en los marines: Yo era General y Óliver teniente coronel, siendo su mujer, Elisabeth, coronel.

No solamente quedó ahí todo, pues al poco tiempo llegó el coronel Candy, sin saber que los dos compañeros de armas se encontraban conmigo. Viendo yo frotarse las manos a Óliver, sin saber qué significaba aquello.

Pero pronto supe lo que significaba el que Óliver se frotase las manos; ya que abriendo la puerta de mi despacho, pidió a un sargento nos trajese de cocina carne, pimientos, cebolla y ajos con un poco de sal; así como tomate y lechuga.

El sargento había creído que el teniente coronel le pedía comida para que trajese de la cocina, presentándose el personal de tropa de la cocina con sendos platos de carne con patatas; teniéndolos que devolver a la cocina para traer lo que Óliver les había dicho.

Aunque esperamos un rato, Óliver nos sirvió unos platos de carne con aquel condimento que había pedido, haciéndonos las delicias de nuestros paladares: Se veía cada vez a Óliver más cocinero.



CANDY -. No olvidas tu restaurante.

ÓLIVER -. Imposible.

ELISABETH -. Y tú, Andrew: ¿Olvidas la peluquería?.

ANDREW -. Para nada.

Nos quedamos mirándonos los unos a los otros, como pensando en algo factible de aquello que habíamos dicho, para en un momento determinado apostillar uno de nosotros en lo que se había dicho; ya que ése soniquete no nos parecía mala cosa, al haber formado parte activa de ésa actividad productiva.

Hubo un tiempo en el que ni hablábamos; solamente pensábamos en aquello que se había dicho hacía poco en mi despacho.

CANDY -. No es mala idea.

Solamente dijo eso mi mujer Candy, agudizando el oído el resto de los asistentes a dicha reunión en aquel día. Para más tarde apostillar yo una cosa que sonaba a una música encantadora.

ANDREW -. Tengo un dinero ahorrado.

CANDY -. Y si no, te presto yo.

Aquello fue el detonante que nos hizo ir en aquella tarde para ver unos locales que se estaban vendiendo en una zona privilegiada por la cantidad de turistas y de habitantes nativos que pasaban por allí.

Cada uno de ellos mentalizó lo que tenía ahorrado, para abrir su añorada actividad; de modo que nos fuimos a la oficina piloto de aquel bloque pidiendo precio de compromiso para dichos locales.

Aunque eran caros, la compra de aquellos locales, no nos pareció mal; quedando en notaria un día determinado, a una hora determinada, sin saber si podíamos asistir a dicho acto de nuestra firma. Y para no interrumpir aquel hado pedimos auxilio al resto de nuestro compañeros de armas, dándonos apoyo incondicional en el acto; una vez que supieron para qué nos iban a sustituir en nuestros servicios, siendo más bien un cambio de servicios en aquel día que habíamos quedado asistir en la notaria, para la firma y el pago de aquellos locales.

Por suerte nuestra en aquel cambio de servicio no pasó absolutamente nada, teniendo que doblar en los servicios, yo, Candy, Elisabeth y Óliver, para que el cuadro de servicio se quedase como estaba.

Pero por gracia, abrimos unos establecimientos buenísimos, Óliver y yo; él de restaurante y yo de peluquería; no existiendo mejores establecimientos que los nuestros, ya que se servía de todo en ellos. Teniendo unos empleados maravillosos; pues eran parte del contingente de los marines, pues daban de baja en las fuerzas armadas dentro de poco.

Así comenzamos a estar una vez más, Óliver y yo, el uno con un sistema de comedor elegante y yo con un sistema de peluquería como no había en aquella Ciudad.

Parecía que estábamos preparándonos para nuestra jubilación, faltándonos muchos años para que llegase aquello; ya que éramos muy jóvenes, pero con muchos años de experiencia en nuestro expediente militar.

Las sabíamos todas, por lo tanto no nos podían engañar, ni los proveedores, ni los acreedores. Tampoco nuestros empleados podían formar parte activa de ningún piquete especulativo en la entrada de nuestros respectivos establecimiento de una actividad empresarial digna como ninguna.

Teniendo tiempo para asistir en la oficina a los señores contables, y así saber de antemano cómo estaban yendo las cuentas en nuestra nueva gestión empresarial; en aquellos establecimientos abiertos por nosotros.

Pero como nuestros servicios seguían, nosotros nos debíamos a las fuerzas armadas de los marines; teniendo que volar casi todos los días en reconocimiento territorial, para informar de las posibles alteraciones que viésemos en nuestros vuelos.

Hasta aquí puedo contar; por las evoluciones y los eventos que se están dando económicamente en algunas naciones del Mundo. Si ustedes quieren saber algo más pregúnteselo al Estado Mayor de los Marines, que tal vez le dirán que no pueden hacerlo.

FIN

## CRITICA DEL AUTOR

Es una obra de ficción, en donde la imaginación se mezcla con la realidad de los hechos.

Ésta obra es una tirantez entre las finanzas y los informes sabidos a pie de bolsa y de producción de las empresas; para en un momento determinado saber llevar la llevanza de las cuentas en todas las naciones del continente estudiado. No sin antes haber pasado por ése tiempo de desaliento y decaimiento moral de sus súbditos de ésas naciones.

Pero al final se vio la luz del túnel; por rehabilitarse la economía y la producción de las empresas en todas las naciones de ése continente, para ir resurgiendo sus economías y con ellas los empleos de todos sus súbditos.